

LOS CRÍMENES DE GULLSPÅNG

LINA BENGTSDOTTER

ANNABELLE



de

Lectulandia

Una cálida noche de verano desaparece la joven de diecisiete años Annabelle Ross en Gullspång, un pequeño pueblo del interior de Suecia, donde todos se conocen y en el que nunca pasa nada.

La peculiar investigadora criminal de la policía de Estocolmo, Charlie Lager, es enviada allí para hacerse cargo del caso junto a su compañero Anders Bratt: es la mejor y nunca abandona un caso. Para Charlie, sin embargo, no se trata de un caso más, sino de un viaje en el tiempo, ya que se ve obligada a regresar al pueblo en el que nació, al lugar que dejó cuando tenía catorce años, a un pasado y a una infancia de la que hizo todo lo posible para escapar. De nuevo en casa, los recuerdos —y las pesadillas— cobran vida. Al tratar de descubrir quién era Annabelle y qué le sucedió, Charlie hará también sorprendentes descubrimientos sobre su pasado.

Lectulandia

Lina Bengtsdotter

Annabelle

Charlie Lager - 1

ePub r1.0

Karras 01.04.2019

Título original: *Annabelle*

Lina Bengtsson, 2017

Traducción: Martín Lexell & Juan José Ortega Román

Editor digital: Karras

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Esa noche

1

2

3

4

5

6

Ese día

7

8

Allí y entonces

9

10

11

12

Ese día

13

14

15

16

Allí y entonces

17

18

19

20

Ese día

21

22

Allí y entonces

23

24

25

Ese día

26
Allí y entonces
27
Ese día
28
29
Allí y entonces
30
31
Ese día
32
Ese día
33
Allí y entonces
34
Ese día
35
36
Ese día
37
Allí y entonces
38
Esa noche
39
Allí y entonces
40
Esa noche
41
42
Allí y entonces
43
44
45
Esa noche
46
Esa noche

47

Allí y entonces

48

Allí y entonces

49

Esa noche

50

Esa noche

51

Esa noche

52

Esa noche

53

54

55

Esa noche

Agradecimientos

Sobre la autora

A mis hijas, Ebba, Edit e Ingrid

*It was many and many a year ago
In a kingdom by the sea,
That a maiden there lived whom you may know
By the name of Annabel Lee;
And this maiden she lived with no other thought
Than to love and be loved by me.*

Annabel Lee,
EDGAR ALLAN POE

Esa noche

La niebla se había cernido sobre los prados, y los grillos cantaban en la cuneta. La chica avanzaba tambaleándose por el camino de grava. Le palpitaba la entrepierna, de donde le resbalaba algo líquido. Pensó que debería llorar, pero se veía incapaz de derramar ni una sola lágrima.

¿Qué hora sería? ¿Las once? ¿Las doce? Sacó el móvil del bolso: casi las doce y media. Su madre ya se habría vuelto loca. Estaría en la puerta, la cogería de los hombros y la zarandearía preguntándole, a voz en grito, de dónde venía. Y entonces descubriría los arañazos, la sangre, el vestido roto. ¿Cómo se lo explicaría?

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no advirtió la presencia de la persona que se hallaba ante ella hasta que los separaron unos pocos metros. Su primera reacción fue gritar, pero, luego, al verle la cara, respiró aliviada.

—Ah, eres tú —balbuceó—; me has dado un susto de muerte.

Era principios de junio y por la noche apenas oscurecía. Fredrik Roos se encontraba sentado en su coche contemplando los prados cubiertos de niebla. Sabía que Annabelle atajaba tanto por ellos que incluso había abierto senderos entre la alta hierba. Nora, por supuesto, le tenía prohibido que pasara por allí de noche, pero Fredrik sabía que, aun así, Annabelle lo hacía, cosa que él entendía perfectamente. Con esas estrictas horas límite para llegar a casa que Nora le imponía, cada minuto era muy valioso. Confiaba en que, de un momento a otro, su hija apareciera caminando por el prado; todavía albergaba la esperanza de verla con ese fino vestido azul que había desaparecido del armario de Nora, quien puso el grito en el cielo en cuanto se enteró de ello. Fredrik se detuvo a pensar un instante en su mujer, en su temperamento irascible y en su ansiedad. Siempre había sido emocionalmente inestable y bastante aprensiva. Cuando empezaron a salir, a él se le antojó más bien fascinante esa capacidad que ella tenía para imaginarse situaciones de auténtico terror en los acontecimientos más cotidianos, pero, con los años, esa fascinación se convirtió en irritación. Y ahora, sentado al volante de su coche, enviado por Nora una vez más para buscar a Annabelle, sintió que a duras penas resistiría mucho más.

«No se la puede proteger de todo», solía decir, consciente de que no había ningún otro comentario que sacara tanto de quicio a Nora, pues el hecho de que no se la pudiera proteger de todo no era argumento para que no se la protegiera de lo que sí se podía. El único conflicto residía en que discrepaban en lo referente a dónde situar el límite. Fredrik no veía inconveniente en que Annabelle regresara sola de la casa de sus amigos, aunque fuera en plena noche... Y no le gustaba ni un ápice que tuviera que telefonarlos para decirles dónde se encontraba si cambiaba de planes. Cuando él era joven entraba y salía a su antojo; se habría vuelto loco si alguien hubiese intentado controlarlo como Nora hacía ahora con Annabelle. No era raro que su hija hubiese empezado a infringir sus reglas. El problema no estaba en que

Annabelle tuviera las riendas sueltas, pensaba Fredrik, sino en la enorme necesidad de control que tenía Nora.

El edificio que antaño fue la tienda de comestibles del pueblo se hallaba situado en el otro extremo de la localidad. Llevaba varios años abandonado y durante bastante tiempo los jóvenes del lugar lo habían venido usando como sala de fiestas. Fredrik sabía que había mucha gente que consagraba todos sus esfuerzos a obtener un permiso de demolición. Él mismo, sin ir más lejos, había firmado una de las listas que circulaban para ello, pero lo había hecho más bien para que no se dijera. Tal y como él lo entendía, lo único que conseguirían con el derribo sería que los jóvenes trasladaran sus fiestas a otro sitio, con toda probabilidad mucho más lejos del centro.

Aparcó frente a la entrada principal. En el gran ventanal había unos amarillentos carteles en los que se leían los titulares de unos periódicos de hacía eternidades. Aún no había bajado del coche cuando le llegó el apagado sonido de un bajo. Fredrik sacó el móvil para telefonar a Nora y preguntarle si Annabelle ya había regresado a casa; no tenía muchas ganas de meterse en una fiesta de adolescentes a no ser que no hubiera otro remedio. Estaba a punto de marcar cuando lo llamó Nora. ¿Se encontraba ya en la tienda?

—Acabo de llegar.

—¿Y está ahí?

—Acabo de bajarme del coche.

—Pues entra.

—Es lo que estoy haciendo.

Los abandonados arriates que había junto a la fachada principal se hallaban repletos de latas de cerveza, colillas y botellas. Entró por la puerta y accedió a aquel amplio espacio donde antes se encontraba el establecimiento. Le asaltó un intenso olor a abandono, y Fredrik se quedó parado un rato mirando el sucio suelo, el mostrador con la vieja caja registradora y las vacías y alargadas estanterías que cubrían las paredes. La música procedía de la planta superior. Se acercó a la puerta que conducía a la vivienda que había encima de la tienda. Cerrada con llave. Salió del edificio y lo rodeó para entrar por la parte trasera. En el porche de una de las fachadas laterales un chico dormía en el suelo con la mano metida en los pantalones. Fredrik tuvo que dar una buena zancada por encima de él para alcanzar la puerta.

En el vestíbulo se respiraba un aire algo dulzón. Guiado por la música, subió por una larga escalera en curva.

*Por mucho que me abrigo siento escalofríos.
No es de extrañar cuando sólo veo idiotas.
Ochocientos grados, confía en mí, confía en mí.*

Fredrik bajó la mirada justo a tiempo para descubrir que faltaba una tabla en el siguiente peldaño. «Aquí se podría matar cualquiera», pensó antes de continuar hasta la planta superior.

En la cocina había dos chicos sentados en torno a una mesa de madera oscura y repleta de ceniceros, botellas, latas y paquetes de tabaco. Uno de ellos sostenía una pequeña navaja en la mano que, obsesivamente, clavaba en la mesa. Le sonaban sus caras, pero Fredrik no podía recordar sus nombres. Debían de tener unos años más que Annabelle, porque, si no, se habría acordado. Ninguno de ellos advirtió su presencia hasta que se acercó a la mesa.

—¡Eh! ¿Qué tal? —gritó el que estaba clavando la navaja.

Y entonces Fredrik vio que era Svante Linder, el hijo del dueño de la fábrica de madera contrachapada.

—¡Ven, siéntate y tómate una copa! —continuó—. Pero no pongas esa cara, hombre; está siendo una fiesta cojonuda. Los demás se han rajado, los muy cabrones, pero nosotros seguiremos hasta que salga el sol.

—El sol ya ha salido, Svante —dijo riéndose el chico que estaba a su lado mientras golpeaba con los nudillos el sucio cristal de la ventana—. Ahora que lo pienso, no creo ni que el muy cabrón se haya puesto.

—¿Está Annabelle por aquí? —preguntó Fredrik.

—¿Annabelle? —Los jóvenes se miraron.

—Annabelle —repitió Fredrik.

Svante le dedicó una sonrisa burlona que dejó ver sus dientes, manchados de tabaco snus, para acto seguido soltarle que sabía que a Annabelle le iban los viejos pero que aquello le parecía exagerado:

—Joder, tío, podrías ser su padre.

—«Soy» su padre —repuso Fredrik aproximándose más a él, pues le entraron unas repentinas ganas de pegarle un sopapo a aquel niño para borrarle la sonrisa de la cara.

Los chicos se quedaron contemplándolo fijamente.

—¡Hostia, es verdad! ¡Eres su viejo! —Svante le dio una patada a una de las sillas desocupadas que había alrededor de la mesa y pidió mil disculpas. No había querido..., no quería decir que...; es que, simplemente, no lo había reconocido. Habían bebido un poco más de la cuenta, eso era todo—. Es que

con este calor nos morimos de sed. Dale algo, Jonas —le dijo Svante al chico que se encontraba sentado frente a él—. Prepárale una copa... Pero de las buenas, ¿eh? Venga, levántate, Jonas, por Dios.

—No quiero nada —contestó Fredrik—. Lo único que deseo es saber dónde está mi hija. ¿La habéis visto?

—Ha pasado mucha gente por aquí —dijo Svante—. Una fiesta bastante animada, por decirlo de alguna manera; no sé si me entiendes... Empezamos a las siete, por eso todo el mundo se ha largado ya. Pero sí, ella ha estado aquí, aunque creo que ya se ha ido. Todavía hay gente arriba —aseguró señalando el techo—. Yo iría a echar un vistazo. Hay más plantas —le gritó mientras Fredrik se dirigía hacia la escalera—. Busca por arriba, porque la gente se echa un poco por todas partes.

El volumen de la música iba en aumento según subía. En el piso inmediatamente superior había un amplio recibidor con un acuario a lo largo de una de las paredes. Se acercó a él y vio una tortuga nadando en un agua repleta de colillas. «¿Qué tiene que pasarle a uno por la cabeza —pensó— para apagar un cigarrillo en un acuario?».

Desde el fondo de aquel espacio se accedía a un salón que tenía un par de sofás verdes de felpa con la tela desgarrada. En uno de ellos yacía una chica muy joven y con el pelo enmarañado. Al principio, Fredrik pensó que estaba dormida, pero al aproximarse descubrió que tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estoy genial, gracias —susurró ella—. ¿Y tú?

Luego se echó a reír y a hacer aspavientos con las manos. Fredrik pensó que aparte del alcohol se habría metido otras cosas, y se preguntó si no debería averiguar quién era y llevarla a casa de sus padres. Lo haría, decidió. En cuanto encontrara a Annabelle.

Nos morimos de frío,

nos congelamos.

Pobre de ti.

Pero ya hará calor.

El equipo de música se hallaba en la habitación contigua. La música estaba puesta, efectivamente, a un volumen ensordecedor. Tardó un rato en dar con el botón necesario para bajarlo. Luego continuó deambulando por el piso, abriendo una puerta tras otra, pero el resto de las habitaciones estaban

vacías. Llegó a un pequeño pasillo del que salía otra escalera. «Pero ¿cuántas plantas tiene esta casa? —se preguntó—. ¿No se terminan?». Al final de la escalera había dos puertas. La de la izquierda se hallaba cerrada con llave, pero la de la derecha se abrió cuando Fredrik bajó la manivela.

La ventana se encontraba abierta y una cortina llena de mugre se movía con la corriente de aire. En una cama situada en el centro de la estancia algo se movía rítmicamente bajo una manta.

—Annabelle... —dijo Fredrik—. ¿Estás ahí?

—¡Joder! —Un chico asomó la cabeza por los pies de la cama—. ¡Largo de aquí! —continuó—. ¿Qué te pasa? ¿Eres un perverso o qué? ¡Lárgate, tío!

—Estoy buscando a mi hija. Sólo quiero saber si Annabelle está aquí. Fredrik advirtió que el chico reaccionó al oír el nombre.

—No está aquí. Y no tengo ni idea de adónde ha ido.

—¿Y quién está contigo bajo la manta?

—Rebecka —respondió el chico—. Becca, dile algo para que vea que eres tú.

—Soy yo —contestó Rebecka por debajo de la manta—. No sé dónde está Annabelle. Dijo que se iba a casa.

—Creía que estabais juntas —repuso Fredrik—. Nora me dijo que habíais quedado para ver una película en tu casa.

—Sí, y es verdad —contestó Rebecka—, pero luego pasaron cosas y...

—¿Cuándo se marchó?

—No estoy segura. Es que bebimos mucho y Annabelle... estaba..., estaba bastante borracha. ¡Perdón! —gritó Rebecka mientras Fredrik abandonaba la estancia—. Tendría que haberla acompañado a casa, pero...

—No está, ¿a que no? —De repente Svante apareció detrás de él.

—No. Ya has oído lo que ha dicho Rebecka.

—Como si ella lo supiera.

—¿Qué hay detrás de esta puerta? —preguntó Fredrik señalándola con el dedo.

—Ahí dentro no está. Eso seguro.

—¿Y cómo es que estás tan seguro?

—Porque el único que tiene llave de ese cuarto soy yo.

—Entonces, no te importará abrirlo.

—Lo haría encantado si no fuera porque la he perdido. La perdí ayer. Por eso sé que no hay nadie. Por cierto, ¿quieres que te ayudemos a buscarla?

Tenemos una vieja moto de carga ahí abajo; la hemos puesto a punto y la hemos dejado de puta madre... Podríamos dar una vuelta y...

Fredrik lanzó una profunda mirada a los grandes ojos de Svante. Había algo raro en ellos. Pensó que no le gustaría verlo conduciendo por ahí en busca de Annabelle, que incluso sería un peligro para la gente teniendo en cuenta el estado en el que parecía encontrarse.

—Te ayudaremos a buscarla, hombre —continuó Svante—. Como no puede... Quiero decir que... que he oído que no puede volver a casa muy tarde, así que...

Fredrik examinó la joven cara que tenía frente a él y pensó que al final resultaba ser verdad lo que había oído en el pueblo: que el hijo del dueño de la fábrica era un tipo de lo más antipático.

Cuando Fredrik regresó al coche tenía tres llamadas perdidas de Nora. La llamó con la única esperanza de oír que Annabelle había vuelto, pero enseguida comprendió —por la voz de su mujer— que no era así.

—¿Sigues en la tienda? —inquirió. Y antes de que a Fredrik le diera tiempo a responder, continuó—: ¿Estaba allí?

—No, no estaba —dijo Fredrik.

—Y entonces ¿dónde está?

—No lo sé.

—Pásate a ver a Rebecka.

—Rebecka está en la tienda —repuso Fredrik—. Cálmate —añadió cuando Nora se echó a llorar—. Seguro que ya va para casa. Mantendré los ojos bien abiertos por el camino.

—Tráemela, Fredrik —le rogó Nora—. ¡Joder, dime que me la vas a traer de una puta vez, Fredrik!

A las siete, Charlie ya estaba despierta. La noche que salía no dormía bien, y mucho menos en una cama extraña. Miró al hombre que yacía a su lado. ¿Martin? ¿Así se llamaba? ¿Y qué nombre le había dicho ella? ¿Maria? ¿Magdalena? Nunca revelaba su verdadero nombre cuando iba de juerga y conocía a algún hombre en algún bar. Ni tampoco su profesión. Más que nada para que no se les ocurriera buscarla, pero también porque no había ninguna cosa que la aburriera más y le cortara más el rollo que los chistes sobre mujeres vestidas con uniforme y provistas de esposas. Ése era uno de los problemas que tenía (uno de los muchos): que se aburría con facilidad.

Fuera como fuese, lo cierto era que ese Martin se le había acercado para preguntarle qué hacía sola en aquel garito, y, sin darle tiempo a responder, la invitó a tomar una copa y luego otra, y cuando el bar cerró fueron a casa del chico. Martin —según le explicó mientras manipulaba torpemente la llave intentando abrir la puerta— no era de los que se llevaban un ligue a casa la primera noche. Charlie le había contestado que ella sí. Que ella sí era de las que se llevaban a un tío a casa la primera noche. Martin se rió y le dijo que le encantaban las chicas con ese sentido del humor; a Charlie le dio pena aclararle que no se trataba de ninguna broma.

Se levantó con sumo cuidado. Le palpitaban las sienas. «Tengo que irme a casa —pensó—. Tengo que encontrar mi ropa e irme a casa».

El vestido estaba en el suelo de la cocina; ni se molestó en buscar las bragas. Casi había llegado al recibidor cuando, sin querer, pisó un juguete que se puso en marcha ruidosamente con el tema *Mary had a little lamb*. «Joder —susurró—. Me cago en la puta». Oyó cómo Martin se daba la vuelta en la cama del dormitorio. Siguió andando a toda prisa, cogió sus zapatos con una mano, abrió la puerta y bajó corriendo la escalera.

La luz que le impactó en plena cara nada más salir la pilló desprevenida; tardó unos instantes en serenarse lo suficiente como para saber en qué lugar exacto se hallaba. En Skeppargatan, en el barrio de Östermalm. En taxi llegaría a casa en cinco minutos. Miró a su alrededor, pero no vio ninguno, de modo que echó a andar.

Tras haber recorrido un par de manzanas, recibió una llamada de Challe.

—¿Has salido a correr? —le preguntó.

—Sí, una hace lo que puede para llevar una vida sana. ¿Estás en el trabajo?

—Sí, como de todos modos me levanto pronto, ¿qué más me daba venirme?

Charlie sonrió. Por lo que respectaba a la ética profesional, su jefe y ella eran almas gemelas, aunque, a decir verdad, en otra serie de temas había una gran distancia entre los dos. Sin embargo, a diferencia de algunos de sus compañeros masculinos y de cierta edad, Challe no parecía dudar de su capacidad profesional, si bien es cierto que no lo mostraba ante los demás. A Charlie la sacaba de quicio que él no se enfrentara a ellos cuando se metían con ella por ser joven o por el mero hecho de ser mujer, pero al mismo tiempo no podía dejar de sentirse halagada cada vez que él, de puertas para dentro, la llamaba su mejor policía.

Charlie había aterrizado en la Brigada Operativa Nacional hacía un par de años. Al principio fue difícil. Durante su formación había oído muchas y terribles historias sobre el machismo que existía en el cuerpo, pero nunca alcanzó a entender que estuviera tan extendido: la jerga, las pullas y las insinuaciones referentes al síndrome premenstrual estaban a la orden del día cada vez que ella disentía en algo. La mayoría de sus compañeros eran hombres de mediana edad que llevaban décadas protegiéndose entre sí. Ya desde el primer día quedó claro que no les hacía mucha gracia tener a una niñata como colega, y mucho menos a una con la posición de Charlie. Uno de ellos incluso se lo llegó a decir directamente: el único sitio en el que aceptaba que una mujer estuviera por encima de él era en la cama. Poco importaba que Charlie poseyera una brillante trayectoria profesional, o que al empezar en la academia de policía ya contara con un título en Psicología. «Por cierto, ¿cómo diablos lo has hecho?», le preguntó uno de los hombres del equipo. ¿Cómo se había sacado una carrera universitaria si sólo tenía veinte años cuando entró en la academia de policía?

Y Charlie le dijo la verdad: que la pasaron de curso en el colegio, que acabó el bachillerato con diecisiete años y que luego entró directamente en la

universidad. Su compañero frunció el ceño mientras decía que eso de empezar a estudiar nada más terminar el instituto no era bueno, que era mejor adquirir un poco de experiencia en la vida, viajar y crecer como persona. Charlie lo cortó soltándole que no le veía ningún sentido a viajar por ahí perdiendo el tiempo sólo porque sí. Y que ella había adquirido experiencia estudiando. ¿O es que la vida se paraba porque uno estudiara en la universidad? El tipo le dedicó una sonrisa de superioridad, como si ella fuera demasiado joven y estúpida para comprender lo que él quería decir.

Durante mucho tiempo, Charlie albergó la esperanza de que esa actitud cambiara con los años, pero era como si los celos y la suspicacia no hicieran más que aumentar conforme ella iba ascendiendo. Al principio se defendía, discutía, se levantaba airada de la mesa donde tomaban café y enviaba indignados correos electrónicos a sus jefes. Pero después acabó adoptando la estrategia de la mayoría de las compañeras que habían logrado ascender en la profesión: bajar la voz y dejar de sonreír. De este modo, le quedó más tiempo y energía para hacer aquello para lo que la habían contratado. Pura pereza, pensaba a veces, cobardía y egoísmo; pero, de no haber actuado así, no habría podido permanecer en el cuerpo, ni tampoco mejorar ni progresar; y ese instinto era más fuerte que el de luchar contra unos compañeros gilipollas y duros de mollera.

Aunque, a decir verdad, no todos ellos eran iguales. Había unas cuantas excepciones y una de ellas era Anders Bratt, el compañero con el que más trabajaba. Tan sólo tenía unos cuantos años más que ella, y le había caído bien desde el primer momento. Procedían de ambientes completamente diferentes. Anders era el típico niño pijo, uno de éstos que han gozado de una infancia segura y a todo lujo: navegando cada verano en barco de vela y esquiendo en los Alpes en invierno. Podía ir un poco de superior y ser algo arrogante y pesado con sus continuas pullas, pero Charlie se lo perdonaba todo porque el chico poseía tres características que ella apreciaba en la gente: un buen corazón, sentido del humor y autoconocimiento.

Anders solía bromear con lo divertido que fue cuando ella entró en el equipo y empezó a alborotar ligeramente el avispero. Hubo más de un comentario acerca de su nombre. El primer día alguien le preguntó si le parecía bien que la llamaran Charline para evitar confusiones, porque si no, tendrían que añadir el apellido cada vez que hablaran de ella o del jefe. Charlie contestó que no, que ella se llamaba Charlie. Y punto.

Tiempo después, Anders le llegó a contar que todo el mundo se había reído de eso, de cómo el jefe había tenido que cambiar de nombre cuando ella

vino. ¿Cuántas personas eran capaces de hacer que su jefe se cambiara el nombre así como así?

Charlie pisó una piedra y soltó una palabrota.

—¿Qué te pasa? —preguntó Challe.

—Nada, que he tropezado.

—¿Podrías venir luego a mi despacho? —inquirió Challe.

Una gélida sensación recorrió el pecho de Charlie. ¿Tendría que trabajar hoy? ¿Había soñado que Challe le había dado el día libre?

—Sé que te dije que hoy podrías quedarte en casa —continuó Challe—, y sé que hace un calor sofocante y todo eso, pero es que ha ocurrido algo. ¿Has visto los periódicos?

—¿Los periódicos? —Charlie se dio cuenta de que ni siquiera había mirado los titulares en el móvil.

—Una chica de diecisiete años ha desaparecido en la provincia de Västra Götaland.

—¿Cuándo?

—En la madrugada del viernes al sábado. En un principio, esos paletos de ahí abajo pensaron que se había marchado voluntariamente, así que no hicieron nada. Pero luego han visto que hay indicios que apuntan a que tal vez se trate de un crimen.

—¿Qué indicios?

—Lo de siempre: su móvil no ha registrado ninguna actividad y la cuenta bancaria no se ha tocado.

—¿En qué lugar de Västra Götaland? —preguntó Charlie.

—En un pueblo llamado Gullspång.

Charlie se detuvo en seco. Challe continuó hablando de la desaparición, pero Charlie había dejado de escucharle; lo único que resonaba en su cabeza era el nombre de esa localidad: Gullspång.

—Charlie... —dijo Challe. Ella lo oyó encender un cigarrillo—. ¿Sigues ahí?

—Sí.

—He pensado enviaros a ti y a Anders. Además, creo que te vendría bien —añadió— dejar esto una temporada.

Charlie no pudo evitar decir que seguro que a Hugo también le vendría bien. Por otra parte, ella andaba metida en otra investigación. Pero Challe respondió que ya se la asignaría a alguien, que todavía se hallaban en una fase muy temprana; y sí, era verdad que podría mandar a Hugo, pero que no viera aquello como un castigo, sino como...

«Ahora —pensó Charlie—. Ahora es cuando le contesto que no puedo, que no puedo ir allí».

—¿Charlie?

—De acuerdo —dijo—. Iré.

«¿Seguirá allí la comisaría?», estuvo tentada de preguntarle, pero en vez de hacerlo se oyó a sí misma diciendo que llegaría al despacho de Challe dentro de una hora.

Tras colgar se dirigió al 7-Eleven más cercano. Una chica pelirroja de grandes ojos la miró desde las portadas de los periódicos bajo un titular: DESAPARECIDA. Cogió el móvil y entró en la página de *Dagens Nyheter* para leer la noticia. La chica se llamaba Annabelle Roos y tenía diecisiete años. Le sonaba su apellido, aunque no sabía exactamente de qué. ¿Cómo iba a acordarse de todas las familias de ese pueblo? No había estado allí desde hacía... Se puso a contar los años. ¿En serio habían pasado ya diecinueve?

A Charlie le quedaban varias manzanas por recorrer antes de llegar a casa. No había aparecido ningún taxi y el metro no lo cogía nunca; la idea de saberse bajo tierra la asfixiaba. Le dolían los pies de tanto andar con esos zapatos de tacón alto. Se detuvo para quitárselos. El asfalto le quemó las plantas de los pies. «Si alguien me viera ahora —pensó—, jamás adivinaría en qué trabajo».

Al entrar en el apartamento y ver reflejada su cara en el espejo del recibidor soltó una palabrota. Por encima de la ceja izquierda, un corte destacaba con un agresivo rojo sobre su pálida tez. Se palpó la gruesa costra de la herida y se dio cuenta de que no iba a poder hacerla desaparecer, como por arte de magia, con el maquillaje. ¿Cómo coño se había hecho ese corte en plena frente? Y de pronto se acordó de la ducha, de cómo ella y ese tal Martin se habían enjabonado mutuamente, y de cómo luego ella resbaló y se dio contra... ¿la alcachofa de la ducha? Ni siquiera recordaba contra qué había sido.

«Soy la parodia de un policía —pensó—; sola, fracasada socialmente y con una excesiva afición por la bebida». Pero luego se tranquilizó diciéndose que sólo bebía a rachas. Todo iba a peor cuando el verano se acercaba, cuando la vida le jugaba sus malas pasadas.

Casi llegó a sentir pena de no tener un hombre del que sus colegas pudieran sospechar. Ahora todo el mundo pensaría que la herida... Sí, bueno, ¿qué pensarían en realidad? Tras lo sucedido en la última fiesta de la comisaría, la idea de que se debía a un exagerado consumo de alcohol no sería muy descabellada. Challe insistiría en que necesitaba ayuda, y ella le respondería que se las apañaba sola perfectamente, que lo tenía todo bajo control.

¿De verdad se lo creía?

«¿Automedicación? —le preguntó seriamente una terapeuta en una ocasión en la que ella, a regañadientes, le habló de su relación con el alcohol—. ¿Bebes para reducir tu angustia?».

Charlie le contestó que no, que no se trataba de eso.

Entonces ¿de qué se trataba?

Se trataba de relajarse, de calmar sus nervios, de poner un poco de paz en su cabeza; a veces sólo necesitaba beber un poco para sentirse bien.

La terapeuta le dirigió una adusta mirada y le aclaró que en eso consistía, precisamente, la automedicación.

Charlie entró en el salón. En la mesa de centro, frente al sofá, había latas de cerveza y ceniceros llenos de colillas. Así de bien le iba su intento de dejar de fumar, pensó mientras buscaba una bolsa de plástico para tirarlo todo. Una vez recogido lo más gordo, se sentó en el sofá y paseó la mirada por la casa: la distribución abierta del espacio, la altura del techo, los suelos de madera. El apartamento podría tener muy buena pinta si no fuera por las mustias plantas, las montañas de ropa y los cristales de las ventanas, que llevaban una eternidad sin limpiarse. Todo parecía indicar que ahí vivía una persona poco amiga del orden y de la decoración de interiores. Le gustaba tenerlo todo bonito, pero era como si no fuera capaz de conseguirlo. A veces le daba una venada y decidía crear un hogar como los que salían en las revistas. Una de esas casas que solía ver en las lujosas revistas de la consulta del dentista. Pensaba que sería más feliz —o, como poco, menos infeliz— si tuviera una vivienda completamente blanca. Paredes blancas, suelos blancos y unos cuantos objetos colocados estratégicamente: cosas antiguas, heredadas o traídas de algún viaje. Pero el problema era que no había heredado nada, y en cuanto a los viajes..., nunca viajaba a ningún sitio. Además, conocía a demasiadas personas deprimidas y con casas preciosas como para dejarse engañar por ese mito.

En la encimera de la cocina había un solitario y abandonado cigarrillo. Se disponía a tirarlo cuando cambió de opinión; lo encendió, se sentó junto a la campana extractora y se lo fumó entero. «Voy a llamar a Challe ahora mismo —pensó—. Lo llamo y le digo que no puedo ir, que ese lugar...; que tengo motivos personales». Cogió el teléfono, pero lo soltó de inmediato. El tabaco la había mareado, así que en vez de llamar se dirigió al cuarto de baño.

Ya en la ducha volvió la cara en dirección al chorro de agua mientras pensaba que debía actuar con profesionalidad. Si así lo hacía, todo iría bien, ¿verdad? Había hecho cuanto estuvo en su mano para olvidar el pasado y continuar con su vida. Olvidar ese lugar, la casa, las fiestas...; olvidar la luz y la oscuridad de Betty. En algunas ocasiones llegó a tener la sensación de que

casi lo había conseguido, pero con el paso del tiempo aprendió que aquella sensación sólo era momentánea, que a los períodos tranquilos les sucedían otros más duros, que en cualquier instante los recuerdos podían sorprenderla y transportarla de nuevo a ese lugar, a aquella noche.

«Una historia con final feliz». Con esas palabras había definido su vida una señora de la oficina de asistencia social de Gullspång un día que se cruzaron en Drottninggatan. Una superviviente nata que había triunfado contra todo pronóstico. Charlie se quedó mirando la cara exageradamente entusiasta de la señora mientras pensaba: «Quizá debieras aprender a leer entre líneas».

Cuando acabó de ducharse se dirigió al dormitorio para hacer la maleta. Encima de la mesilla de noche había tres libros empezados. Dobló las esquinas de las páginas por las que iba y los introdujo en una bolsa. En el armario apenas había ropa limpia. Cogió unos cuantos vestidos, vaqueros y algunos jerséis y camisetas del cesto de la ropa sucia mientras pensaba que lo que se iba a poner era la menor de sus preocupaciones.

—¿Qué coño te has hecho en la frente? —fue lo primero que Anders le dijo a Charlie al cruzarse con ella en la puerta de la Jefatura de Policía de Polhemsgatan.

—Me he dado un golpe.

—Sí, claro. Hasta ahí llego. Pero ¿cómo?

—¿Importa?

—Te va a dejar otra cicatriz.

—No creo. Tengo buena encarnadura.

Pasaron el control de la entrada; y, al llegar a los ascensores, sus caminos se separaron: Charlie siempre utilizaba la escalera. Le daba igual que sus colegas se cachondearan de su claustrofobia. «Lo peor que puede pasar es que se pare el ascensor —solían decirle—, y en ese caso tan sólo hay que llamar y pedir ayuda». Pero para Charlie la idea de quedarse atrapada entre dos plantas en un espacio tan pequeño le resultaba aterradora. Se volvería loca antes de que acudieran a socorrerla.

—Challe te espera en la sala de reuniones —le anunció Anders cuando volvieron a encontrarse frente a los ascensores de la tercera planta.

—¿Y tú adónde vas?

—A por un poco de té. He pasado una noche horrible.

«¿Y crees que el té va a servirle de algo?», pensó Charlie.

—Annabelle Roos —dijo Challe después de que Anders entrara con su taza de té y los tres estuvieran sentados en las mullidas sillas rojas de la sala de reuniones—. Desapareció la noche del viernes al sábado tras una fiesta a la que sus padres no le habían permitido acudir. Al parecer, el alcohol corrió a raudales, de modo que no se ha conseguido sacarles gran cosa a los jóvenes. En algún momento, probablemente entre las doce y la una, Annabelle abandonó la fiesta sola, y desde entonces... desde entonces no ha aparecido.

No han dado con su teléfono, y en su cuenta corriente no se ha registrado ningún movimiento.

—Hace ya cuatro días —intervino Anders—. ¿Por qué no han empezado a buscarla antes?

—Tiene diecisiete años —dijo Challe—; y, por lo visto, no es la primera vez que desaparece. Según los policías del lugar, tiene fama de llevar una vida algo... algo disoluta.

—¿Disoluta? —preguntó Charlie—. ¿Y eso qué significa exactamente?

—Sólo repito lo que me han dicho. Sea como sea, necesitan refuerzos, eso está claro. Os he mandado toda la información por correo. El pueblo está a unos trescientos kilómetros de aquí, así que tendréis tiempo de echarle un vistazo al material antes de llegar.

Anders fue al baño. Charlie sacó su ordenador, lo encendió, abrió el correo y se puso a leer los documentos que Challe había enviado. Poco importaba que el texto referente a la desaparición estuviera redactado en un estilo muy frío y formal; a ella todo se le antojó lleno de vida y color.

—Tienes mala cara —le comentó Anders cuando se dirigían al coche.

—Sólo estoy un poco cansada —respondió Charlie—. Es el calor.

A ninguno de los dos les gustaba ir de copiloto, así que siempre solían empezar sus viajes discutiendo sobre quién iba a conducir. Pero con aquel aliento suyo apestando a noche de juerga y alcohol, a ella no le pareció muy oportuno hacerlo.

Charlie bajó el parasol y examinó su cara en el pequeño espejo. Anders tenía razón: le quedaría otra cicatriz. Justo al lado del ojo izquierdo aún podía verse la clara marca —en forma de ese invertida— que le había dejado aquel percance suyo con la botella. Betty le dijo que era el colmo de la mala suerte caer de manera tan desafortunada, pero que, aun así, había tenido suerte de salvar el ojo. Podría haber sido mucho peor.

—¿Una noche larga? —Anders la miró.

Charlie asintió con la cabeza.

—No entiendo cómo aguantas. Ni que nunca quieras irte a casa. Cada vez que sales te empeñas en echar el cierre a los bares.

—Oye, que tampoco hace tanto que se lo echábamos juntos, ¿eh?

Anders suspiró.

—Es como si eso hubiera sucedido en otra vida.

Charlie no dijo nada más. Le molestaba el cambio que había experimentado Anders desde que era padre. En los últimos meses casi siempre se había mostrado susceptible y estaba de mal humor. Charlie sabía que la mujer de Anders quería tener una relación de igualdad, lo que se traducía en que él asumiera la responsabilidad del bebé en noches alternas. Poco importaba que ella estuviera de baja maternal, solía quejarse Anders, porque, según su esposa, cuidar de un niño todo el día era un trabajo tan exigente como cualquier otro que se realizara fuera de casa. Anders acostumbraba a decir ese tipo de cosas para buscar apoyo en su compañera, pero Charlie no lo tenía tan claro; a ella más bien le parecía que eso dependía del tipo de trabajo y del tipo de niño de los que se hablara.

Anders subió el volumen de la radio. Sonaba una canción *country*.

—No, déjala —le pidió cuando Charlie se inclinó hacia delante para cambiar de emisora—; escucha.

*I had a daughter, called her Annabelle.
She's the apple of my eye.*

—Quiero escuchar la letra. —Anders subió el volumen un poco más.

*When I'm dead and buried I'll take a hard life of tears
For every day I've ever known
Anna's in the churchyard, she's got no life at all.*

—Da cosa que pongan esa canción precisamente ahora. Una chica muerta con el mismo nombre que la de nuestra investigación.

—No es más que una casualidad —comentó Charlie.

—¿Tú no decías que no creías en las casualidades?

—Me confundes con Challe. Yo en lo que no creo es en el destino.

—¿Y no es aburrido creer sólo en las casualidades? La mayoría de la gente que conozco cree, de una u otra manera, en el destino.

—Eso es porque son incapaces de separar el destino y el azar —repuso Charlie—; eso unido a una gran dosis de quiméricas esperanzas.

—Supongo que la mayoría de la gente quiere verles sentido a las cosas que pasan.

—Sí. Y por eso, precisamente, se convencen de que existe un destino. —Charlie bajó el volumen deseando que Anders dejara de hablar.

—¿Has leído algo sobre el lugar? —preguntó Anders.

Habían enfilado la autopista y Charlie se estaba irritando por la forma de conducir que él tenía. Negó con la cabeza mientras intentaba controlar el creciente mareo que sentía fijando la mirada en la carretera y evitando pensar en lo que había bebido la noche anterior, y eso que se había prometido tomar únicamente cerveza (siempre empezaba con una promesa así). Había quedado con un antiguo compañero de trabajo, y aquello pintaba bien, pero, a las doce, su compañero se despidió porque al día siguiente debía madrugar para irse de viaje. Y fue entonces cuando ese Martin apareció y todo se desmadró. Charlie pensó en los combinados dulces y se tragó un eructo ácido. A su mente acudieron cada vez más imágenes. Se había manchado al echarse una copa de vino encima. Martin la llevó en brazos hasta la ducha y allí... allí la acorraló contra la pared y la poseyó mientras el agua caía sobre ellos. «Casi como en una película», pensó; si no hubieran estado tan borrachos, si ella no se hubiera dado ese golpe en la frente al resbalarse y él no hubiera tenido que llevarla hasta la cama y... ¡Joder! ¿Por qué coño no aprendía nunca de sus errores?

Anders empezó a informarla de lo que había leído sobre Gullspång en internet. Se trataba de una pequeña población industrial de seis mil habitantes que contaba con las madres más jóvenes del país, con un elevado índice de paro y con una mala salud dental. «Qué sitio tan simpático», sentenció.

—Es que tú eres tan de Estocolmo... —suspiró Charlie—, tan despectivo y sarcástico con todo lo que no sea de la capital...

—Mmm, aquí hay alguien de muy mal humor.

—¿Cómo quieres que esté cuando, de la noche a la mañana, me quitan de un caso y me asignan otro?

—Por lo general, eso no suele molestarte. ¿No eres tú la que siempre dice que juegas en la posición en la que te coloca el entrenador?

—No cuando me castiga.

Anders no lo entendió. ¿De qué castigo hablaba? Challe no era rencoroso. Y si Charlie se refería a la última fiesta de la brigada, seguro que él la tenía ya más que olvidada.

«Lo sabe —pensó Charlie—. Lo sabe todo».

—¿Qué es lo que te han contado? —le espetó Charlie volviéndose hacia él.

—¿A qué te refieres? Sólo estaba pensando en que en la última fiesta ibas un poco... un poco demasiado entonada quizá. ¿Por qué me miras así?

—Porque de repente me ha dado la sensación de que sabes cosas de mí que yo no te he contado.

—¡Pero si nunca me cuentas nada...!

—¿Quién se ha ido de la lengua? —insistió Charlie—. ¿Challe? ¿Hugo?

—Ninguno de los dos. Sé que tuvisteis una relación porque os vi en una ocasión. Cuando a lo mejor creíais que todo el mundo se había marchado. En la sala de reuniones...

Charlie se sonrojó. Se acordó del instante en el que le dijo a Hugo que no, que allí no, que se fueran a su casa. No es que se considerara pudorosa, pero para ella el trabajo lo era todo y no le apetecía nada que la pillaran con los pantalones bajados encima de una mesa de reuniones. Ella intentó detenerlo en su empeño, pero Hugo insistió. Quería hacerlo allí mismo. Y luego tocó sus puntos débiles, hasta que ella se rindió olvidándose de dónde estaban. Y ahora resultaba que Anders aún no se había ido y andaba cerca de ellos. ¿Qué había visto?

—No mucho —la tranquilizó Anders—. Al principio ni siquiera vi de quién se trataba, pero luego deduje que teníais que ser vosotros, porque todos los demás ya se habían marchado.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Qué querías que te dijera? —Anders la miró.

—Ya, me refiero a después; que me dijeras que lo sabías.

—Supongo que pensé que ya me lo contarías tú si querías.

—Sea como sea, aquello ya se acabó.

—Mejor —sentenció Anders.

—¿Mejor? ¿Por qué?

—Bueno..., me refiero a que él está casado y...

—Decía que no era feliz —concluyó Charlie; luego no pudo reprimir soltar una carcajada, porque hasta ese momento, cuando lo verbalizó, no se había dado cuenta de lo previsible que resultaba todo: un hombre casado con una mujer que no lo entendía. ¿Cómo podía habérselo tragado?

—Además, ese tío no me cae muy bien —continuó Anders—. Entre tú y yo, me parece... me parece un auténtico creído. Es como si estuviera convencido de que es mejor que nadie.

Charlie no podía estar más de acuerdo. Recordó aquella vez en la casa que él tenía en el archipiélago. Se encontraban en la cama. Él intentaba hacer que ella «se abriera» y le hablara de su infancia. Cómo y dónde la había pasado. Porque no sabía absolutamente nada de su vida.

«¿Tiene alguna importancia?», le había preguntado Charlie.

No, no tenía ninguna importancia.

«Pues ya está», le contestó ella.

Pero aun así podía contarle..., podía contarle algo.

¿Como qué?

Quizá algún secreto.

Charlie le dijo que lo haría si él lo hacía primero.

Hugo se acomodó en la cama y le habló con un orgullo mal disimulado de las pintadas que solía hacer cuando era joven. Y, al echarse ella a reír, se ofendió. ¿Qué le resultaba tan divertido?

«Nada», respondió ella, tan sólo que eso era algo que, más o menos, hacían todos los jóvenes. No se trataba precisamente de un pecado mortal.

Entonces, si eso le parecía tan normal, ¿qué cosas había hecho ella?, quiso saber Hugo.

Y por un instante ella pensó confesarle: «En una ocasión dejé morir a una persona», pero luego se lo pensó mejor y dijo que nunca había hecho nada ilegal.

«Mentira —repuso Hugo—. Todo el mundo ha hecho algo ilegal». Se colocó a horcajadas encima de ella y le inmovilizó las muñecas con las manos. «Anda, cuéntamelo».

«Nada ilegal, pero he estado con unos cuantos hombres», le soltó ella.

«¿Cuántos?». Él le agarró las muñecas con más fuerza y ella vio cómo el deseo se despertó en sus ojos.

«Cien, doscientos... ¿Qué sé yo?».

Y entonces Hugo se rió. Por eso le gustaba tanto estar con ella. Le encantaban las mujeres que le hacían reír.

Charlie se acordó de que ella solía pensar que Hugo estaba muy equivocado con respecto a lo que siempre decía de sí mismo: que era un hacha calando a las personas. Ahora que la pasión que sentía por él había disminuido lo veía claramente; Hugo era una persona que en realidad no le

gustaba: falso y con una intuición y un autoconocimiento pésimos. Entonces ¿por qué no lo dejaba y seguía su camino?

Llevaban veinte minutos en el coche cuando Charlie se dio cuenta de que se había olvidado la sertralina en casa. Ni siquiera recordaba si se la había tomado esa mañana. Lo primero que haría cuando Anders no pudiera oírla sería llamar al médico para que se la recetara. En una ocasión llegó a cometer el error de dejarla de golpe, pensando que lo del síndrome de abstinencia era una exageración; y entonces comenzó a tener sudores fríos, mareos y angustia, algo que no quería volver a experimentar, sobre todo ahora, teniendo en cuenta adónde se dirigía. Era posible, incluso, que necesitara aumentar la dosis.

—¿Qué piensas de la chica? —le preguntó Anders.

—Aún es muy pronto para decir algo.

—Ya, ya lo sé. Pero parece obedecer a esa clase de personas capaces de desaparecer voluntariamente durante un tiempo.

Luego, Anders se puso a hablar de lo que habían oído comentar sobre Annabelle: ya había desaparecido con anterioridad. Quizá fuera una de esas chicas a las que no se las empezaba a buscar hasta pasado un tiempo.

—Es la primera vez que desaparece —comentó Charlie.

—Pues Challe dijo que...

—He repasado la documentación, y lo que consta en la denuncia es sólo que no llegó a casa a su hora. Pasó la noche en casa de una amiga, donde la madre la encontró al día siguiente por la mañana. De lo más normal.

—¿Cuándo has tenido tiempo de leerla?

—Le eché un vistazo mientras estabas en el baño.

—Estuve, como mucho, cinco minutos.

—Soy rápida leyendo.

—Eres rápida en todo —respondió Anders—. Joder, lo haces todo tan rápido...

Charlie pensó en la cantidad de comentarios que había oído acerca de su rapidez, una rapidez sobre la que ella no solía reflexionar. Sólo cuando debía leer algo con otra persona, caminar al lado de alguien, o cuando le decían que hablaba a demasiada velocidad se paraba a pensar en que estaba desfasada con respecto a su entorno para luego acabar concluyendo que en realidad el problema residía en que los demás eran muy lentos.

—¿Has visto alguna otra cosa interesante? —quiso saber Anders.

—No fue en una casa vacía. La fiesta, quiero decir; fue en una vieja tienda abandonada.

¿Tenía alguna importancia?, preguntó Anders. ¿Tenía alguna importancia el tipo de construcción?

No para alguien de fuera, pensó Charlie. No para alguien que no se hubiera tomado su primer cubata allí, que no se hubiera morreado allí, que no se hubiera caído por la escalera, que no hubiera vomitado sobre el suelo. Para alguien que hubiera crecido en cualquier otra parte del mundo carecía de importancia. Pero para ella..., para ella cada detalle significaba algo.

—Joder, ¿puedes intentar conducir de una forma menos brusca? —se quejó ella.

—¿A qué te refieres? —Anders le echó una mirada sin parecer entender nada.

—A que frenas y aceleras en lugar de mantener un ritmo regular.

—Bueno, me adapto al tráfico.

—No, no es verdad. Siempre conduces dando tirones aunque no haya tráfico. Por eso prefiero conducir yo.

—En tal caso —dijo Anders—, quizá sea mejor que no te emborraches por las noches.

—Corta el rollo.

—Te lo digo en serio.

Permanecieron callados durante varios kilómetros. Charlie pensó que estaba cansada, que debería haberse quedado en la cama con su sertralina, dos Treo y un Sobril en el cuerpo; y, sin embargo, muy a su pesar, ahí estaba ella, mareada y algo aturdida, de camino al lugar al que había prometido no volver en su vida.

6

Pararon en un bar restaurante de carretera. Había algo familiar y agradable en las oscuras sillas y en las mesas con manteles de hule de cuadros rojiblancos. Una señora mayor vino a tomarles nota. Anders tardó un buen rato en decidirse por lo mismo que Charlie: un sándwich de gambas.

—¿No tienes hambre? —le preguntó al verla absorta en sus pensamientos y con la mirada fija en el plato.

—Ya vale... No necesito un padre.

—¿Y quién ha dicho que lo necesites?

—Es que no entiendo por qué la gente se entromete siempre en todo. Tengo treinta y cinco años; ¿qué problema hay en que me tome una copa de vez en cuando?

—Treinta y tres.

—¿Qué?

—Que tienes treinta y tres años.

—Qué más da.

Observó cómo Anders sacaba todos los ingredientes del sándwich y apartaba el pan.

—¿Por qué no te lo comes tal cual? —preguntó ella.

—Intento eliminar los carbohidratos.

—Pues menuda estupidez pedirte un sándwich; si es que no tomas pan, quiero decir.

—Tampoco es que las otras opciones fueran demasiado tentadoras —contestó Anders para, acto seguido, meterse una hoja de lechuga en la boca.

Empezó a explicarle que no había nada malo en reflexionar un poco, pues solamente tenemos una vida, un cuerpo. Y Charlie dijo que, efectivamente, así era, y que por eso sólo los chalados perdían el tiempo contando calorías, entrenándose y haciendo dietas milagrosas.

—Y además: el cerebro necesita carbohidratos —añadió.

—Esto funciona perfectamente —dijo Anders golpeándose la frente con el dedo corazón—. Al menos no he notado que haya empeorado.

—Tal vez porque no te conoces lo suficiente. Sabes que los hombres suelen sobreestimar sus capacidades, ¿no? Hablando en términos generales, claro.

—¿Hablando en términos generales, claro? —la imitó Anders—. Pero ¿tú no odiabas las generalizaciones?

—Sólo cuando las hacen los demás, no cuando las hago yo. Supongo que es porque pienso que las mías están bien fundamentadas.

—Como piensan todos los que generalizan. Ése es precisamente el problema, ¿no te parece?

—Tal vez —contestó Charlie antes de soltar el tenedor y levantarse.

—¿Adónde vas?

—A fumar.

—¿No lo habías dejado?

—He vuelto a caer.

Fue a la gasolinera contigua a comprar un paquete de Blend mentolado, la misma marca que solía fumar Betty. Se puso a cubierto frente a la gasolinera, segura como estaba de que se iba a desmayar bajo aquel sol.

El sabor de los cigarrillos mentolados la transportó al pasado. Pudo ver a Betty sentada junto a la mesa de la cocina con un cigarrillo en la comisura de los labios y oír la rasposa voz de Joplin en el viejo tocadiscos del salón. En casa siempre sonaba música. «No soporto el silencio, Charline. Sin música me volvería loca». Y el pensamiento prohibido de Charlie: «Ya estás loca, mamá».

Un recuerdo: Betty y ella bailando en el jardín. Los cerezos están en flor, los gatos se mueven en torno a sus pies. Betty ha abierto las ventanas de par en par con el fin de que la música se oiga bien.

*Cuando brilla el sol de primavera y diecinueve años tienes,
muy pocas cosas son las que entiendes.*

*Y cuando el invierno se va,
y la primavera está por llegar,
a todas las niñas pequeñas hay que encerrar.*

Betty es el hombre y ella la mujer.

«No olvides que es el hombre el que lleva el paso», dice Betty con fingida severidad en la voz.

Y cuando Charlie le pregunta por qué, Betty se encoge de hombros y dice que no lo sabe, que sólo es una estúpida regla. Pero qué coño, las reglas están para infringirlas, así que vale, que sea Charline la que lleve el paso.

Betty se ríe de los pies de Charlie, que son como misiles que le atacan los dedos de los pies. «Relájate, tienes que relajarte».

Pero Charlie es incapaz de hacerlo. Está tensa donde no procede y relajada donde no debe.

«Nunca serás bailarina, Charline».

«Pues siempre me has dicho que puedo ser lo que quiera».

«Lo que quieras menos bailarina, cariño».

Charlie le dio una profunda calada al cigarrillo. Ya no era aquella flaca adolescente que abandonó el pueblo hacía ya casi veinte años. Incluso había perdido su deje al hablar. Y aun así, se dijo, todavía conservaba muchas cosas. Se acordó de la gente con la que más trataba por aquel entonces, de la que todavía estaba y de la que no. No había tenido demasiados amigos, y todas las personas con las que se relacionaba convinieron en que debían marcharse de allí en cuanto se les presentara la oportunidad. Por el tedio, porque allí no había nada, porque los sueños se cumplían en las ciudades. Y entonces pensó en Susanne, la que fue su mejor amiga; las dos sentadas en la ventana de la habitación de su casa de Lyckebo balanceando las piernas contra las tablas de madera de la fachada mientras sus padres se reían, gritaban y se revolcaban por el jardín.

«Somos las únicas adultas de aquí, Charlie».

Y, luego, la imagen de ambas tumbadas en el saliente que quedaba por debajo de la catarata, con los cuerpos desnudos y bronceados, y Susanne entornando los ojos hacia el sol con el bloc de dibujo en la mano. «Me da mucha rabia no lograr dibujarte tal y como eres. No, no puedes verlo, aún no he terminado. Pero ¿qué haces? ¡Déjalo!».

Charlie le quitó el bloc de las manos.

«¡Me has dibujado muchísimo más guapa de lo que soy!».

«¡Pero si no lo he terminado!».

«Pues venga, termínalo».

Charlie se inclina sobre el hombro de Susanne cuando ésta, con sumo cuidado, le añade la cicatriz junto al ojo y justo debajo dibuja un punto, de modo que aquello parece un signo de interrogación.

«Eres un misterio, Charline Lager».

Susanne... Charlie se había ido del pueblo sin despedirse de ella.

¿Por qué?

Porque odiaba las despedidas.

Charlie cerró los ojos, apoyó la cabeza contra la fachada que quedaba a sus espaldas y se imaginó en el bosque aquella noche, descalza, gritando, tropezando.

—¿Cuántos piensas fumarte si puede saberse? —De repente, Anders apareció frente a ella—. ¿Y qué haces tan cerca de los surtidores? ¿Dónde tienes la cabeza?

—¿Tan cerca? No lo estoy tanto.

—Iba a tomarme un café.

—Ahora te acompaño —dijo Charlie—. Déjame terminar el cigarrillo.

Antes de entrar, cogió el teléfono y llamó a su centro de salud. Siguió — cada vez más irritada— todas las instrucciones que la conminaban a pulsar teclas y confió en que la llamaran. Realmente necesitaba esa receta.

—Estás muy callada —comentó Anders mientras conducía. Se habían llevado los cafés al coche.

—Estoy pensando —respondió Charlie.

—¿En qué?

—En todo tipo de cosas.

Dios, ¿por qué no la dejaba en paz?

Sonó el teléfono. Charlie miró la pantalla y vio la H. Le molestaba que todavía le inspirara esperanza. El amor o la pasión, o lo que fuera, podía realmente volver idiota a la gente.

—Si no piensas cogerlo, ponlo al menos en silencio —le pidió Anders.

Charlie lo silenció. Un instante después vio que tenía un mensaje en el buzón de voz. No pudo resistir la tentación de escucharlo:

—Hola, soy yo. Tenemos que hablar. Es por Anna. Ha mirado mi móvil y se ha armado la de Dios, y yo... yo le he dicho que no fue más que un flirteo de lo más inocente, que ya no nos vemos, pero ella no me cree y ahora dice que te va a llamar y... En fin, que estaría bien que me llamaras cuanto antes.

«Y una mierda», pensó Charlie. Y dejó el móvil en el bolso.

—¿Quién era? —preguntó Anders.

—¿Necesitas saberlo?

—Pensaba que a lo mejor tenía que ver con el trabajo.

—En tal caso te lo habría dicho.

—No sé, como te veo tan misteriosa... —respondió Anders—. Bueno, más misteriosa de lo habitual.

—Es por ese lugar —le aclaró Charlie—. Gullspång. He vivido allí.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que viví allí.

—¿Y me lo dices ahora? —Anders la miró como si estuviera loca.

—De aquello hace ya siglos.

—¿Y eso qué tiene que ver? O sea, que es allí donde te criaste.

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Pues supongo que más o menos como en cualquier pueblecito de Suecia —contestó Charlie—: madres jóvenes, mala higiene bucodental, desempleo... Llevo casi veinte años sin ir.

—¿Por qué?

—Imagino que porque no me ha apetecido. —Charlie pensó que había sido un error contárselo, aunque sí, contra todo pronóstico, alguien la reconocía, lo mejor era que él lo supiera.

—¿Conoces a la chica? —preguntó Anders.

Charlie negó con la cabeza. ¿Cómo iba a conocerla si ni siquiera había nacido cuando ella se marchó del pueblo?

—¿Y cuándo fue?

—Hace mucho —dijo Charlie—. Sólo tenía catorce años.

—¿Y entonces os mudasteis a Estocolmo?

—Sólo yo.

—¿Sólo tú? —Anders la miró.

—Sí, había muchos problemas en casa. Acabé en una familia de acogida. ¿Quieres mirar la carretera, por favor?

—¿Por qué no me lo has contado nunca?

—No es algo en lo que suele pensar; y, si me disculpas, no tengo ganas de hablar de eso.

Anders no parecía entender nada. Quería saber cómo había sido su vida con su familia de acogida; circulaban tantas historias terribles sobre los jóvenes que acababan en casas de acogida...

—Me las apañé —dijo Charlie.

—¿Y ésta es la primera vez que vuelves desde entonces?

—Sí.

—Pero... ¿Y tus padres?

—Sólo mi madre, y ella ya se fue de allí.

Charlie tomó un largo sorbo de café mientras pensaba en la casa de Lyckebo. Hacía un par de meses que alguien del municipio la había llamado

para decirle que tal vez debería venderla, que debería ir para arreglarla un poco y luego buscar un comprador. Pero la casa era suya y haría con ella lo que le diera la gana. Y, aunque se estaba cayendo a trozos, no creía que los vecinos se hubieran quejado. El problema era suyo y de nadie más.

Anders continuó con su interrogatorio:

—¿Teníais buena relación tu madre y tú?

—No mucho, no —contestó Charlie—. Y ya hace muchísimo que no la veo.

«Eso es verdad —pensó—. De hecho, es la pura verdad». No le apetecía hablar de Betty con Anders. Ya había cometido ese error con sus antiguos novios, quienes siempre acababan compadeciéndola.

A medida que Anders siguió haciéndole preguntas, ella se volvió cada vez más parca en palabras.

—La mujer sin historia —concluyó Anders.

—¿Así es como me llamáis?

—¿Te extraña? Es que nunca nos cuentas nada de tu vida.

Charlie suspiró. Jamás había entendido que una persona tuviera que abrirse en canal ante sus conocidos. En una ocasión, un amigo (que quería ser más que un amigo) le comentó que por eso ella nunca llegaba a intimar con nadie. No era raro que se encontrara sola, le dijo, puesto que se cerraba como una ostra siempre que alguien deseaba conocerla de verdad.

«Pues eso depende de quién sea ese alguien», le contestó Charlie, tras lo cual aquella relación llegó a su fin.

—Entonces ¿habláis de mí? —preguntó Charlie volviéndose hacia Anders—. No creía que los hombres cotillearan de esa manera. ¿No es eso lo que se suele decir?, ¿que los lugares de trabajo dominados por hombres son una maravilla porque no hay cotilleos ni habladurías?

—No creo que sea verdad. Los hombres hablamos tanto como las mujeres. O, al menos, eso es lo que he visto.

—En cualquier caso, no me gusta intimar mucho con mis compañeros de trabajo —dijo Charlie.

Se dio cuenta de que se lo había servido en bandeja.

—Pues parece que algunos sí han podido intimar bastante contigo —le soltó Anders con una burlona sonrisa.

Charlie no pudo evitar sonreír. Y luego le expresó su opinión: había una diferencia entre lo físico y lo psíquico. Intercambiar fluidos corporales con otra persona no significaba abrirse por completo a ella.

Anders volvió a mostrar la misma sonrisa. Luego se puso serio. Nadie le exigía, le explicó, que lo contara todo, pero era raro, pensaba, que nunca dijera absolutamente nada. Llevaban casi tres años trabajando juntos y lo único que sabía de ella era lo que veía.

—¿Y qué ves? —inquirió Charlie.

—Veo a una mujer de treinta y tres años que teme a los compromisos.

Charlie se echó a reír. Los clichés siempre le provocaban risa.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido? —quiso saber Anders.

—Nada. Sigue. ¿Qué más ves?

—Veo a una mujer de treinta y tres años a la que le gusta salir de juerga, que odia charlar por charlar y que tiene una increíble capacidad para ver los detalles en el todo y el todo en los detalles.

—Gracias —dijo Charlie.

—De nada —respondió Anders con los ojos fijos en la carretera.

Ese día

Annabelle se despertó a las cuatro de la madrugada. Cogió el teléfono y leyó el mensaje una vez más:

No podemos seguir.

Tienes que entenderlo.

Lo había recibido durante la noche y lo primero que se le ocurrió fue presentarse en la casa de él y montarle una escena. Pero luego se calmó y se quedó tumbada en la cama sintiendo cómo el corazón le palpitaba fuertemente.

Tienes que entenderlo.

Eso era exactamente lo que él le había dicho un día antes, pero leer sus palabras resultaba, de alguna manera, mucho más definitivo. Tenía que entenderlo, pero cómo iba a entenderlo cuando hacía tan sólo dos días él la había desnudado mientras la colmaba de caricias y luego le había hecho el amor de una manera que...

Acababa de dormirse cuando sonó el despertador. Su primera idea fue permanecer en la cama. Pero luego pensó en la fiesta que habría esa noche. No la dejarían ir a ningún lado si decía que estaba enferma, y lo último que le apetecía ahora era quedarse en casa todo el fin de semana. Ya estaba bastante baja de ánimos como para hundirse aún más.

Se levantó lentamente de la cama y se puso unos pantalones cortos. Se acercó al armario y se quedó mirando un rato la balda donde tenía los jerséis y las camisetas. Después depositó la mirada en la que llevaba puesta y decidió que serviría. Era como si cada decisión, por pequeña que fuera, le absorbiera una inmensa cantidad de energía. Sólo le dio tiempo a pasarse dos veces el cepillo por el pelo antes de que su madre empezara a llamarla desde abajo para decirle que el desayuno ya estaba en la mesa. Siguió cepillándose el pelo

mucho más lentamente para manifestar que tenía diecisiete años y no siete. Si había algo de lo que estaba harta era de que la trataran como una niña.

—Anders —dijo Charlie—, para el coche.

—Estamos en una autopista. Tendrás que esperar a que llegemos a un desvío.

—Pues métete en el arcén, donde sea. ¿No ves que tengo ganas de...?

Anders cogió el siguiente desvío. Allí había un área de descanso con mesas fijas y pequeñas casetas rojas con váter y aseo. Todas estaban ocupadas, de modo que Charlie fue corriendo hasta la parte posterior de una de ellas y, una vez allí, apoyó una mano contra la pared y lo echó todo. «Voy a acabar como Betty —pensó—. Si la cosa no mejora pronto, acabaré exactamente igual que ella».

Al regresar al coche, Anders estaba hablando por teléfono. Por el tono de voz, Charlie comprendió que se trataba de su mujer. Maria lo llamaba, como mínimo, cinco veces al día, y Anders siempre contestaba.

—No sé cuánto tiempo nos llevará —le oyó decir—. Ya sabes que es imposible saberlo. Una chica ha desaparecido.

Charlie se sentó en el coche y Anders salió para continuar hablando.

—¿Problemas? —preguntó Charlie cuando Anders volvió.

—No le gusta que me vaya a trabajar fuera. Es que no es fácil quedarse sola a cargo del niño.

—Antes no teníais niño y tampoco le hacía mucha gracia.

Anders no respondió. Él, que se preciaba de ser tan abierto, no deseaba hablar de los problemas de celos que tenía su mujer.

—¿Estás mejor? —preguntó cambiando de tercio.

Charlie asintió con la cabeza.

—¿Vas a arrancar o no?

—Sólo quiero saber cómo te encuentras realmente. ¿No decías que no ibas a... a salir tanto?

Charlie abrió la boca para decirle que no era asunto suyo, pero de pronto le entraron ganas de llorar, de modo que se limitó a girar la cabeza y mirar por

la ventanilla. Los amarillos campos se sucedían. ¿Colza o canola? Hubo un tiempo en el que reconocía esas cosas.

—Ya sabes que puedes hablar conmigo si te pasa algo —se ofreció Anders.

—¿Y qué se supone que me pasa?

—Yo qué sé, pero resulta obvio que no estás muy bien.

—Estoy bien —repuso Charlie, y luego permaneció callada un rato pensando en aquella maldita fiesta de la brigada. Fue la que había hecho que todo el mundo empezara a preocuparse por su consumo de alcohol, y fue también la que dio el pistoletazo de salida a ese período poco sano de su vida en el que se hallaba ahora.

Cuando Hugo llegó a la fiesta con su mujer (esa mujercita tan radiante de belleza, simpática y dulce), se despertaron en ella un montón de sentimientos para los que no estaba preparada. E hizo lo que acostumbraba a hacer cuando la situación se ponía tensa: beber demasiado y demasiado rápido. A las once, Challe ya tuvo bastante y la metió en un taxi. A decir verdad, no recordaba gran cosa de esa noche, pero lo que nunca olvidaría era el encuentro que tuvo con Challe al día siguiente. ¿Por qué, quiso saber él, se había emborrachado hasta ese punto en una fiesta de la brigada?

Charlie se defendió diciendo que ella no había sido la única y que, además, tampoco era la primera vez en la historia que alguien tomaba una copa de más en una fiesta de empresa.

Pero a Challe le importaba una mierda la historia; lo que él quería saber eran las razones que se ocultaban tras ese caso concreto.

Charlie tan sólo respondió que no lo sabía, que había comido mal, que se había tomado unos cuantos chupitos demasiado rápido. Que estaba un poco... desacostumbrada.

Lo de la falta de costumbre no era del todo mentira. Durante los meses en los que estuvo con Hugo, en vez de salir tanto, se dedicó a otras cosas. Dieron largos paseos por la isla donde él tenía su casa de verano, hicieron el amor, hablaron y se rieron mucho. Ella llegó a pensar que quizá aquello fuera algo serio, pero luego comprendió que nunca iría a más, que lo único que ella significaba para Hugo era... A decir verdad no lo sabía; lo único que sabía era que él no pensaba divorciarse. Se lo había soltado a los pocos meses, como si fuera una obviedad:

«Nunca dejaré a mi mujer».

Después, ella lo evitó lo mejor que pudo. No le hacía caso en el trabajo y no le cogía el teléfono cuando la llamaba. En realidad, le habría gustado

decirle lo despreciable y ruin que era, pero sabía que resultaba fácil que ese tipo de asuntos se le fueran de las manos; cuando se sentía herida podía soltar cualquier impropiedad por la boca. Anders solía bromear sobre eso, decía que no era ninguna casualidad que ella manifestara una excesiva comprensión por los criminales que podían cometer los crímenes más atroces movidos por un impulso emocional. Si Hugo hubiera tenido la suficiente sensatez como para mantenerse alejado de ella, lo más probable es que todo se hubiera quedado en nada, pero lo cierto era que no la tenía. Unas semanas después de la fiesta, él irrumpió en el despacho de Charlie e insistió en que lo escuchara. Acabaron gritando y empujándose, y, en medio de aquel jaleo, como no podía ser de otra manera, entró Challe preguntando qué diablos estaba pasando allí. Era de suma importancia, dijo cuando se tranquilizaron todos un poco, solucionar los problemas personales fuera del horario laboral.

—Aquí es —le anunció Charlie—. Éste es el desvío.

—No he visto ninguna indicación.

—Bueno, pero es aquí.

—¿Qué habrá pasado ahí? —Anders señaló un edificio negro medio quemado.

—Ni idea, ahí había una pizzería.

—Bueno, de todos modos parece que allí hay otra —comentó Anders señalando el otro lado del camino—. Pizzería El salmón feliz.

Charlie miraba concentrada por la ventana a medida que se iban aproximando al centro. Por la parte izquierda pudo ver el negro río que dividía el paisaje en dos.

—Si nadas hasta la otra orilla, llegas a Värmland —le explicó mientras movía la cabeza en dirección al río—. Qué mala suerte que yo viviera en el lado equivocado.

—¿Es que hay un lado equivocado?

—Siempre hay un lado equivocado.

—Entonces ¿la gente un poco más acomodada vive en Värmland? —Anders contempló el río.

—No, no se trata de dinero —dijo Charlie, pero luego se acordó de que sí, de que era precisamente una cuestión de dinero. Habló de cómo, cada año, los niños de Värmland recibían becas de un fondo perteneciente a una pareja de ancianos que habían donado una fortuna para... La verdad es que no sabía ni para qué ni por qué. Quizá porque su colegio estaba ubicado en la otra comarca, en Västra Götaland. Charlie siguió contando lo mucho que se

cabreaba todos los años cuando, en el colegio, les daban los sobres a los niños de Värmland.

—¿Por qué se cabreaba por eso?, quiso saber Anders.

—¿Que por qué? Porque era injusto, ¿no lo entiendes? No es justo que te castiguen por vivir donde vives; no es culpa tuya.

—¿Era mucho dinero?

—Unos cuantos billetes de diez coronas o algo así —respondió Charlie—. ¿Qué pasa? —inquirió extrañada cuando Anders se echó a reír—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Nada, tan sólo que por unos billetes de diez coronas... Bueno, que no me parece que sea algo por lo que haya que indignarse.

—La cantidad es lo de menos. Es... es el principio.

—Perdona que me haya reído, pero es que creía que se trataba de mucho más dinero. —Anders volvió a contemplar el río—. ¿En serio te bañabas ahí?

—Sí.

Charlie pensó en cómo se pasaba los veranos enteros nadando en esas aguas, yendo y viniendo de Västra Götaland a Värmland una y otra vez; y luego alejándose aún más, hasta donde el río se ensanchaba y desembocaba en el lago Skagern, muy cerca de la casa donde vivía.

«Cuando me muera —solía decir Betty—, echa mis cenizas al Skagern. Siempre he querido que mis cenizas se esparzan sobre el mar. Imagínate dejarse llevar por el agua hasta el infinito».

Y entonces Charlie le recordaba que el Skagern no era más que un lago, que todo terminaba en las compuertas o en la planta depuradora, que esa agua no la llevaría a ninguna parte.

«Al final —decía Betty— siempre se llega al mar. Tarde o temprano siempre se acaba llegando al mar».

—Yo nunca me bañaría ahí —dijo Anders.

—¿Por qué?

—Hay algo en esas aguas negras, bueno, en los lagos en general, que me resulta desagradable.

—No es el agua la que es negra —contestó Charlie—; es la profundidad la que hace que parezca negra.

—Entonces, debe de ser un río tremendamente profundo.

—La gente solía comentar que no tenía fondo.

Anders se rió y dijo que era típico de esa clase de lugares dejados de la mano de Dios que la gente creyera todo tipo de cosas. Era como viajar atrás en el tiempo.

Y Charlie le respondió que era raro que él, que nunca iba a ningún otro sitio de Suecia que no fuera el archipiélago de Estocolmo, pudiera saber tanto de esos lugares dejados de la mano de Dios.

—Pero si lo acabas de decir tú misma, que la gente pensaba que no tenía fondo.

—Da igual —repuso Charlie. Lo cierto era que ella nunca creyó que no tuviera fondo. Ni ella ni Susanne.

«Todo tiene un fondo en algún sitio».

Incluso acostumbraban a ir nadando hasta ese lugar que llamaban «la fosa abisal», de la cual se decía que las corrientes submarinas eran tan fuertes que podían arrastrar a la gente hasta abajo aunque las compuertas estuvieran cerradas. Fue a raíz del accidente cuando el lago empezó a darle miedo. Después de aquello nunca más se volvió a bañar en el Skagern.

—¿Hay una central eléctrica? —preguntó Anders—. ¿Y corrientes?

—Sí.

Charlie pensó en el peligro de tomar el sol bajo el salto de agua. Era un sitio prohibido, porque en cualquier momento se podían abrir las compuertas y el agua se lo llevaría todo por los afilados bloques de piedra. Más de una vez, estando tumbada allí abajo, casi llegó a desear que eso ocurriera.

El centro de Gullspång parecía un pueblo fantasma. Tiendas cerradas, ventanas con los cristales rotos, carteles con la cara de Annabelle pegados a las farolas y agitados por el viento... Si no hubiera sido por todas las personas ataviadas con chalecos amarillos que había a las puertas del supermercado ICA, casi se podría pensar que el pueblo estaba abandonado. Delante del supermercado todavía se hallaba el viejo banco, ocupado ahora por tres hombres con pinta de haber sido maltratados por la vida y con sendas latas de cerveza en la mano. Quizá se tratara del mismo grupo de entonces, el que solía gritarle a Betty, cada vez que ella pasaba por allí, cosas como:

«¡Ven a darme un beso, Betty, guapa!».

«Cierra el pico —contestaba Betty—, no me pegues esas voces cuando voy con la niña».

«Tu hija —dijo uno de ellos en una ocasión—, tu hija se te parece cada vez más».

Ese día Betty le soltó la mano a Charlie y avanzó en dirección al banco. Se fue aproximando al hombre que había comentado lo del parecido y cuando estuvo muy muy cerca de él le advirtió, con un tono amenazador, que dejara en paz a su hija.

«Mantente alejado de mi hija, ¿vale?».

«¿Por qué dices eso, Betty? Yo sólo he dicho...».

«¡Tú mantente alejado!».

Charlie deseó haber estado sola en el coche. En todos esos sueños en los que ella regresaba siempre se encontraba sola. Le resultaba tan irreal volver a verlo todo, ver las deslucidas fachadas de las casas, el supermercado, el quiosco, el abandonado edificio donde una vez hubo una pastelería... Para alguien de fuera quizá sólo se tratara del pequeño y patético centro de un pueblo, pero para ella... Empezó a notar cierta irritación en la nariz. Cerró los ojos e inspiró hondo. Intentaría imaginarse que se trataba de un pueblo cualquiera, que los edificios, el agua y las carreteras le eran desconocidos, que

visitaba por primera vez aquel lugar. ¿Sería eso posible? Una machacona frase empezó a martillearle la cabeza: «Se puede sacar a la niña del pueblo, pero no al pueblo de la niña».

—Son rápidos —dijo Anders señalando con la cabeza a los de los chalecos amarillos.

—Pues mejor —contestó Charlie—. Necesitamos toda la ayuda posible. Aunque bueno, una chica sueca y guapa de diecisiete años... No creo que falte gente dispuesta a echar una mano.

Levantó la mirada hacia la pequeña plaza donde unos periodistas provistos con blocs de notas hablaban con «amigos» que estaban llorando. Ella sabía qué tipo de descripciones resultaban de esa clase de entrevistas. Las personas desaparecidas eran siempre buenísimas, fantásticas y maravillosas. Y no, no tenían enemigos; y las quería todo el mundo.

—¿Qué coño es eso? —soltó Anders cuando pasaron por la vieja fundición que se alzaba, enorme, en todo el centro del pueblo.

—Gea —dijo Charlie.

—¿Gea?

—Una fundición.

—¿Sigue en activo?

—¿Te lo parece? —Charlie miró hacia la oxidada fachada de chapa y las altas chimeneas.

—Tiene una pinta horrible. ¿Cómo pueden tenerla así, y en pleno centro encima? Quiero decir que si ya no está en activo...

Charlie volvió a mirar el edificio y fue entonces cuando se dio cuenta de que, en efecto, era muy feo. Nunca reparó en ello en su infancia, pues, simplemente, aquello siempre había estado allí. «Parece que se está usando para otra cosa», comentó. En un letrero se podía leer CLUB DE TIRO, y en otro más grande BIBLIOTECA.

La fundición. Una vez fue el lugar de trabajo de Betty. Lo odiaba.

¿Por qué?

Porque hacía un calor infernal, porque las tareas eran tan monótonas que podían convertir a la persona más cuerda en un enfermo mental. No había ningún lugar en el mundo que odiara tanto como la fundición.

Y cuando Charlie quiso saber por qué iba si la odiaba tanto, Betty se rió y dijo que no tenía otra elección. Luego, cuando Gea cerró, Betty consiguió trabajo en la fábrica de contrachapados. La hacía feliz poder probar algo nuevo, librarse del calor, recuperar sus pestañas. Esperaba encontrarse realmente a gusto allí, pero ya en su primera jornada volvió a casa

quejándose. Por el calor, dijo; en la maldita fábrica hacía tanto calor como en la fundición, y encima, por si fuera poco, se había hecho unos rasguños en los brazos. La fundición le había trastornado la cabeza, y ahora esa maldita fábrica acabaría con su cuerpo. ¿Es que nunca la dejarían en paz?

—Ya que eres de aquí —comentó Anders—, a lo mejor podrías indicarme dónde está el hotel.

—No hay —repuso Charlie—. Al menos no había ninguno cuando yo vivía aquí.

—Pero Challe dijo que...

—Lo que hay es un motel —contestó Charlie para, acto seguido, señalar un edificio amarillo que se hallaba un poco más adelante.

—¿Qué diferencia hay entre un hotel y un motel?

—Ahora mismo lo sabrás. Gira aquí.

Se quedaron contemplando el gran edificio amarillo con esquinas marrones. Una escalera de color madera adornaba la fachada occidental. Empezaba en una ventana de la planta superior y descendía hasta el suelo.

—Bonita escalera de incendios —sentenció Anders—, porque supongo que eso es lo que es, ¿no? Y realmente muy discreta, sí.

—Cumple su cometido —repuso Charlie—. Quizá eso sea más importante que la estética.

—Sí, pero ¿por qué no se pueden tener las dos cosas?

—Quizá por dinero. ¡Yo qué coño sé!

—Siempre muestras tu lado más amable cuando tienes resaca. —Anders aparcó el coche delante del motel y apagó el motor—. ¿Qué es ese olor? —preguntó al bajarse del coche.

Charlie inspiró profundamente y sintió un profundo olor a...

—¿Mierda? —dijo Anders—. ¿Estiércol?

—No, es la fábrica de papel.

—¿También tenéis una fábrica de papel?

—No —contestó Charlie—. Está a unos veinte o treinta kilómetros, pero si el viento viene de allí, nos llega el olor.

Casi se le había olvidado ese olor. Pero se acordó de cómo no podían tender la ropa fuera si soplaban fuertes vientos del norte y de cómo a Betty siempre se le olvidaba y tenían que dormir en sábanas que olían ligeramente a cloaca.

—¡Qué horror salir por la mañana y encontrarte con esta peste! —exclamó Anders.

—A mí me parece que huele bien —dijo Charlie—. Me gusta este olor. Huele a... mi infancia.

—Menuda infancia debes de haber tenido.

—Por cierto, no quiero que le digas a nadie que soy de aquí.

—¿Por qué?

—Porque no tiene ninguna importancia. Y porque creo, por desgracia, que sólo dificultaría las cosas.

—Pero ¿no te reconocerán?

Charlie negó con la cabeza. Creía que no. Había pasado mucho tiempo. Ella había cambiado.

Allí y entonces

Llaman a la ventana. Alice descorre la cortina. Allí fuera está Rosa sin nada más que el camisón. Tiene un aspecto fantasmagórico a la luz de la luna.

—Anda, abre —dice Rosa a través del cristal—. ¡Que abras, joder!

Alice quita el gancho de la ventana y la abre. Sin pronunciar palabra, Rosa entra arrastrándose y, de puntillas, cruza la habitación sigilosamente hasta la cama de Alice para, a continuación, meterse bajo las sábanas.

—Estás helada —susurra Alice cuando las plantas de los pies de Rosa tocan su espinilla—. Como un cubito de hielo.

Rosa no contesta. Sin explicar el porqué de su venida se da la vuelta para ponerse de cara a la pared y se duerme.

Alice permanece despierta durante mucho tiempo escuchando el regular ritmo de su respiración. Es como si todavía no hubiera comprendido del todo que son amigas, que ella, Alice Lo, es amiga de Rosa Manner. A pesar de vivir a tan sólo un par de casas de distancia la una de la otra, nunca intercambiaron palabra alguna antes de aquel día en el sembrado. Todo empezó en ese lugar, en el sembrado. Alice llegó corriendo hasta allí para librarse de los chicos de los ciclomotores. Llevaba varios días lloviendo y el suelo se había convertido en un auténtico lodazal; y, de buenas a primeras, se quedó atrapada. El barro le llegaba a las rodillas y no podía moverse; y fue entonces cuando Rosa la descubrió desde la carretera. «Al principio creí que eras un espantapájaros —se rió Rosa mientras la ayudaba a salir—; creí que los Larsson se habían hecho con un espantapájaros de carne y hueso».

Y luego: «Que no se te olvide que te he salvado la vida. Si yo no hubiera venido, te habrías hundido en el fango. No digas que no te he salvado la vida, Alice».

Alice se arrima un poco más al cuerpo de Rosa pensando en la suerte que ha tenido, que la vida a partir de ahora va a ser mucho más fácil.

El tipo con el que se encontraron en el restaurante del motel le resultaba familiar, pero, hasta que no se presentó como Erik From, Charlie no cayó en la cuenta de que se trataba del hijo del hombre que regentaba el motel cuando ella vivía en el pueblo. Por aquel entonces, era un tipo inseguro y nervioso, mientras que ahora su forma de dar la mano resultaba enérgica y su mirada era firme.

—De modo que ustedes son los de las fuerzas del orden de la capital... —dijo tras las presentaciones.

Charlie no pudo evitar sonreír ante tales palabras. No sabía si eran irónicas o no. Pues sí, ellos eran los de las fuerzas del orden de Estocolmo.

—Olof, el policía, estuvo comiendo hoy aquí y comentó que vendrían unos especialistas de Estocolmo. Espero que cojan al cerdo que se la ha llevado.

—¿Conoce usted a la familia? —preguntó Charlie.

—En este pueblo nos conocemos todos más o menos; no es precisamente como en Estocolmo. Y cuando este tipo de cosas ocurren..., bueno, pues uno quiere hacer lo que sea para ayudar. Es una pena que ni mi mujer ni yo podamos participar en las batidas como nos gustaría, porque esto está lleno de policías, periodistas y gente buscando.

Un joven con un chaleco amarillo y unos cascos con micrófono entró en el local. Iba hablando en voz alta de los lugares por los que habían estado buscando y de los que aún les quedaban.

—Missing People —comentó Erik señalando al chico con la cabeza—. Es el que lo dirige todo. Llegaron ayer. Antes que ustedes. —Se detuvo un momento como si esperara algún comentario por parte de ellos—. Ahora sólo confío en que la encuentren —continuó.

—La encontraremos —sentenció Charlie.

—¿Cómo pueden estar tan seguros? —se oyó decir a una voz femenina procedente de la cocina.

—Mi madre —anunció Erik presentando a una mujer con manchas rojas en la cara que apareció por las puertas de vaivén que había tras la barra del bar—. Ésta es mi madre, Margareta, que lo oye y lo ve todo.

—¿Cómo quieres que no oiga nada si estoy justo aquí detrás? —se defendió Margareta al tiempo que se les acercaba y les estrechaba la mano. Primero a Anders y luego a Charlie.

¿Eran imaginaciones de Charlie o la mirada de la mujer se había detenido un poco más en ella? Margareta, la que lo oía y lo veía todo, ¿también se acordaba de todo?

—Esperábamos impacientes su llegada —dijo Margareta—. Todo el pueblo está conmocionado. Pobres Nora y Fredrik. Les hemos enviado flores y comida y... Si alguien le ha hecho daño..., si alguien le ha hecho daño a esa chica... Sólo espero que ustedes lo cojan. Lo que sí está claro —continuó la mujer mientras les clavaba la mirada— es que nadie, «nadie» en el pueblo quiere que le pase nada malo a Annabelle, que ese loco debe de ser alguien de fuera. —Se echó un trapo sobre el hombro y desapareció por las puertas de la cocina—. Jonas —se la oyó decir desde dentro—, que yo no esté delante no es motivo para que te dediques a mirar el móvil. Te he contratado para que trabajes.

—Le pediré a Jonas que se encargue de las maletas —dijo Erik—. Jonas —gritó en dirección a la cocina—, ¿luego les subes las maletas a la habitación?

—¿La habitación? —se sorprendió Anders—. Espero que sean dos habitaciones.

—¿Dos? —Erik se acercó a la barra del bar, se puso a mirar en un cuaderno y emitió un gemido en voz alta—. ¡Jonas! —volvió a gritar—. ¡Ven aquí!

El chico que respondía al nombre de Jonas apareció y paseó la mirada por la estancia algo desconcertado.

—Estas personas —dijo Erik señalando a Charlie y Anders— son policías de Estocolmo. Están aquí para buscar a Annabelle, no para casarse, si es eso lo que creías.

—En ningún momento lo he creído —protestó Jonas.

—Entonces ¿por qué coño les has reservado la *suite* nupcial?

—¿Eso he hecho?

—Sí, les has reservado la tres. —Erik se volvió hacia Charlie y Anders—. Lleva ya un año trabajando aquí, de modo que se supone que debería controlar este tipo de cosas.

—Habrà sido un malentendido —se excusó Jonas—. Es que no quedaban muchas habitaciones y continuamente llama gente, periodistas y...

—No pasa nada —lo tranquilizó Charlie al ver que Jonas se había quedado tan pàlido que daba la impresión de que iba a desmayarse en cualquier momento—. Es sólo un error en la reserva.

Pero luego comprendió, por el gesto de Anders, que él no lo veía de la misma manera.

—Perdónenlo —dijo Erik como si Jonas no se encontrara allí—. Todos nos hallamos un poco en estado de *shock* por... por esa desaparición. Les conseguiremos otra habitación en cuanto podamos.

—¿Esta noche? —quiso saber Anders.

—En cuanto podamos.

—¡Tampoco es tan difícil, joder! —exclamó Anders mientras se dirigían al coche para acudir a la comisaría, donde tendría lugar su primera reunión con sus colegas.

—Bueno, ya has oído lo que te han dicho, ¿no? El pueblo es pequeño y todo el mundo está acojonado, y tampoco tienen mucha experiencia en recibir a tanta gente a la vez.

—Ya, pero aun así...

—No voy a tirarme encima de ti si es eso lo que piensas.

—No, no es lo que pienso.

—Entonces ¿cuál es el problema? —preguntó Charlie, aun sabiendo a la perfección cuál era el problema. Se trataba de Maria. La mujer de Anders tenía una extraordinaria capacidad para enterarse de todo. Charlie solía bromear sobre ello, decía que podría convertirse en una investigadora fantástica, que la contratarían enseguida en el caso de que decidiera cambiar de profesión.

—¿Se ha vuelto...? —Charlie no supo cómo terminar la frase—. ¿Peor? ¿Aún más controladora?

—La cosa va a más desde que nació Sam. Y yo la entiendo. Está claro que es duro pasar tanto tiempo sola con un niño pequeño. Esas criaturas pueden ser bastante... exigentes.

—¿Qué haría si se enterara?

—¿Si se enterara de qué?

—De que vamos a compartir habitación.

—Nos mataría a los dos.

—Qué peligroso es estar casado...

—¿Y estar soltera no? —inquirió Anders señalando la herida que Charlie tenía en la frente.

—Considerando las estadísticas de mujeres asesinadas —repuso Charlie—, creo que la vida de soltera es preferible.

Anders se echó a reír. Vale, vale, se rendía.

Habían pasado cuatro días desde que desapareció Annabelle, pero a Fredrik se le antojaba una eternidad. Lo cierto es que había intentado no perder el ánimo, convencerse de que Annabelle se había marchado por su propia voluntad. No era la primera vez que lo hacía. Apenas un par de meses antes, una noche, Annabelle no regresó a casa después de una fiesta. En aquella ocasión, Nora también telefoneó a la policía. Y al enterarse de que no iban a poner en marcha ningún dispositivo de búsqueda por el simple hecho de que una chica de diecisiete años se retrasara un par de horas, empezó a pegarles gritos como una posesa. Nora fue a casa de todas las personas donde Annabelle podría estar para finalmente dar con ella, ya por la mañana, en el domicilio de una compañera de clase.

Fredrik encendió su pipa. No solía fumar dentro de casa. La verdad es que no solía fumar. Ni dentro ni fuera. Punto. Pero ahora ni siquiera se molestaba en poner en marcha la campana de la cocina. Se quedó mirando por la ventana el camino de grava que conducía al garaje. Todavía no había perdido la esperanza de ver a Annabelle subiendo por él; desmelenada, cansada, muerta de frío. Lloraría, pediría perdón, juraría no volver a hacerlo nunca más, y él se limitaría a abrazarla, no la regañaría, no la amonestaría; tan sólo le acariciaría los cabellos y la haría entrar en calor mientras le decía que ya estaba en casa y que eso era lo único que importaba ahora. Hasta ese momento se había intentado convencer de que aquella historia terminaría así, y no con titulares de periódico, ni con mapas que indicaban los lugares por los que se había visto a Annabelle la noche en la que desapareció, y luego... Pensó en todos los chalecos amarillos que se movían por el pueblo, en toda esa gente que había venido para participar en la búsqueda. Al principio él también lo hizo, pero casi se volvió loco andando por aquellos parajes en medio de aquel calor. Era como si viera a Annabelle por todos lados, la veía tirada en el musgo con el vestido de Nora, veía sus pelirrojos cabellos por debajo de las

agujas de los abetos. Hasta que un agente de policía acabó diciéndole que quizá fuera mejor que se quedara en casa acompañando a su mujer.

Nora no dormía ni comía. Sólo lloraba deambulando de un lado para otro. «¡Encontrad a mi hija! —eran las pocas palabras que pronunciaba cuando los policías le hacían preguntas—, ¡tenéis que traerme a mi hija!».

Y Fredrik la tranquilizaba diciéndole que Annabelle volvería. Se lo repetía una y otra vez. Pero lo cierto era que ni él mismo se lo creía. Tenía la sensación, cada vez más fuerte, de que ya nadie buscaba a una chica con vida.

La comisaría de Gullspång la constituían unas cuantas salas situadas en la planta baja de un edificio de apartamentos ubicado en la calle principal del pueblo. Unos grandes ventanales daban a una pequeña plaza. Charlie había estado allí en una ocasión. Fue cuando arrestaron a Betty por escándalo público.

«¡Joder! ¿Qué es lo que os parece tan escandaloso? —había gritado Betty en esa ocasión—. ¿Qué coño queréis decir con “escandaloso”?». Y luego empezó a darle patadas a una silla hasta que un agente la agarró y le explicó que si no se calmaba, no volvería a casa con su hija. Es que no le parecía muy apropiado, dijo el agente, que tuviera a su cargo a la niña en el estado en el que se hallaba. Aquella vez estuvieron retenidas varias horas, porque el policía no tenía prisa por terminar su jornada, y su intención era esperar a que Betty se encontrara sobria. No pensaba mandar a casa a una niña tan pequeña con una madre tan borracha y alterada.

El hombre que los recibió en la entrada iba de uniforme. Les dio la mano con un aire serio y se presentó como Olof Jansson. Llevaba dieciséis años trabajando en esa comisaría y nunca habían tenido un caso de desaparición de un menor de edad. «Aquí, en el pueblo, todo el mundo controla a todo el mundo», les explicó.

En una sala de reuniones, otros dos agentes uniformados fumaban sentados en torno a una mesa. Anders le lanzó una mirada a Charlie como queriendo decir: «Esto es como volver atrás en el tiempo».

—Quizá habría que presentarse —dijo el más joven de los dos—. Soy Adnan Noor. —Le tendió la mano a Charlie—. Creía que eran dos hombres los que venían —continuó—; lo digo por el nombre, pensaba que...

—Espero que no estés decepcionado —respondió Charlie.

No, no lo estaba, aseguró Adnan. ¿Por qué iba a estarlo?

Su compañero los interrumpió y se presentó. Se llamaba Micke Andersson y llevaba trabajando en Gullspång desde... A Charlie le dio pereza escuchar

su historia; se limitó a sentir alivio por no reconocer a ninguno de los dos y también porque ninguno de ellos hubiera reaccionado al oír su apellido. «Lager..., una vez hubo una familia Lager viviendo aquí». Lo único que deseaba era ponerse manos a la obra. Olof comentó que en los años noventa trabajó en la Brigada de Homicidios de Gotemburgo, así que no le importaba seguir como jefe de la operación. Bueno, y además conocía el lugar, de modo que quizá fuera lo más lógico.

—Porque supongo que alguno de vosotros dirigirá los interrogatorios...
—Miró a Charlie.

Ella asintió con la cabeza. De acuerdo.

—Yo puedo ayudar a Charlie en esa tarea —se ofreció Anders.

En una pizarra blanca habían trazado una línea cronológica. Por encima de ella había una imagen de Annabelle, y, por debajo, unas cuantas fotos y los nombres de los sitios en los que ella estuvo durante las horas previas a su desaparición. Primero en casa de su mejor amiga, Rebecka Gahm, luego en la fiesta, y después... ni rastro.

Les ofrecieron café, pero no tenían leche, comunicó Olof. No, tampoco leche de soja, respondiendo a la pregunta de Anders. Pero azúcar sí, tanto terrones como esas cosas para diabéticos.

—No, gracias —dijo Anders—. Azúcar no.

—Cómo se nota que sois de Estocolmo —comentó Micke.

Anders quiso saber lo que quería decir con eso. Micke sonrió y explicó que a todos los estocolmenses les costaba mucho adaptarse a otros lugares, eso de donde fueres, haz lo que vieres.

—¿Estás diciendo que todos los de Estocolmo somos iguales?

Y Micke se rió y respondió que sí, al menos los que él había conocido.

—Quizá no hayas conocido a muchos.

—Los suficientes —zanjó Micke mientras se echaba tres terrones de azúcar en el café.

En cuanto todo el mundo tuvo su café, Olof repasó lo acontecido. Annabelle Roos había acudido a una fiesta en Valls, una antigua tienda de comestibles, actualmente abandonada.

—¿Era una actividad organizada? —preguntó Anders.

Micke se rió.

—¿Qué pasa? —Anders se volvió hacia él—. ¿He dicho algo gracioso?

Micke negó con la cabeza; era sólo la elección de palabras, explicó: escuchar «actividad organizada» y «la tienda de Valls» en la misma frase le resultaba cómico.

—Sólo intentaba hacerme una idea más clara. Espero que no te importe.

Olof continuó con el repaso de los hechos ignorando aquel intercambio verbal. A la fiesta habían asistido un total de quince jóvenes. Todos habían dicho más o menos lo mismo: que Annabelle estaba muy borracha, que se metió con varios de ellos y que anduvo de discusión en discusión. Armó más jaleo de lo habitual y bebió más de lo acostumbrado. Cuando su padre se presentó allí, quedaban seis personas en el edificio. Olof señaló las fotografías de los jóvenes que había en la pizarra: Svante Linder, Jonas Landell, Noel Karlsson, William Stark, Rebecka Gahm y Sara Larsson. Ninguno de ellos había podido decir el momento exacto en el que Annabelle abandonó el lugar, pero lo más probable es que fuera entre las doce y la una. Noel Karlsson, según su propio testimonio y el de los otros jóvenes, se desplomó poco después de que Annabelle y Rebecka llegaran a la fiesta, de modo que él quedaba descartado no sólo como posible autor de un eventual crimen, sino también como testigo.

—¿Jonas Landell? —se sorprendió Charlie—. ¿El que trabaja en el motel?

—Sí —respondió Micke—. ¿Qué pasa?

—Nada, tan sólo que he reconocido el nombre.

Olof se tiró de los dedos y los hizo crujir. Luego repasó el informe de los técnicos. Habían hallado sangre en la mesa de la cocina. No es que fuera una gran cantidad, pero aun así enviaron una muestra al Centro Forense Nacional de Linköping para analizarla. Y no, todavía no habían recibido ninguna respuesta. También habían encontrado restos de una plantación de cannabis en un cuarto de la planta superior que estaba cerrado con llave. De modo que había motivo para pensar que los jóvenes que solían montar fiestas allí no eran precisamente trigo limpio, aunque eso, por supuesto, no tenía por qué significar que estuvieran implicados en la desaparición de Annabelle.

—¿Habéis pedido una lista de llamadas? —preguntó Charlie.

Olof asintió con la cabeza. Había un número que se repetía y que pertenecía a un móvil con tarjeta prepago. Annabelle había llamado a ese número el viernes por la mañana. Lo habían confrontado con los teléfonos de los jóvenes de la fiesta y con muchos de los más allegados a Annabelle, y todos eran de contrato. Nadie dijo conocer ese número. Y sí, habían intentado llamar, pero el móvil estaba apagado.

—¿Y los mensajes? Los SMS —añadió Charlie viendo que el resto guardaba silencio.

—Cometimos un error —dijo Olof—. Contactamos con la compañía telefónica demasiado tarde, es que...

—Entonces ¿no se han podido recuperar los mensajes?

—No, el teléfono llevaba demasiado tiempo muerto. Es que no pensamos que... Bueno, nos centramos en encontrarla. Creímos que no tardaríamos en hacerlo.

—En fin, qué le vamos a hacer —concluyó Anders.

—Que los móviles de sus amigos sean de contrato no significa nada —explicó Charlie—. Se puede tener dos teléfonos. Suele pasar siempre que... se quiere ocultar algo. Y si consideramos lo del cultivo de cannabis...

—Sí, claro, ya hemos pensado en ello —contestó Olof—. En cualquier caso, de momento no podemos hacer gran cosa. Lo interesante es que Annabelle ha telefoneado a ese número, y también que, en los últimos meses, ha recibido varias llamadas desde él. También sabemos que la última actividad registrada fue una llamada saliente que tuvo lugar a las diez y media del mismo día en el que desapareció.

—Hay que encontrar a esa persona —sentenció Charlie.

—Sí, por supuesto; hasta ahí llegamos —dijo Micke—; la cuestión es cómo.

—Volviendo a hablar con sus amigos —comentó Charlie—. Hay que preguntarles si saben si alguien tiene dos teléfonos.

—Ya lo hemos hecho —aclaró Micke.

Charlie no se molestó en responder. Miró las fotos de los que asistieron a la fiesta aquella noche. Todos le parecían tan jóvenes...

—Esas discusiones de las que hablabas —intervino Charlie dirigiéndose a Olof—, ¿a qué se debieron?

—Según lo que nos han contado, hubo un poco de celos de por medio: William Stark, el exnovio —dijo Olof al tiempo que señalaba la foto de un chico moreno y con la sonrisa torcida—. Annabelle lo dejó hace un par de meses y ahora, por lo visto, el chico sale con Rebecka Gahm, la mejor amiga de Annabelle. —Olof señaló la foto de una chica rubia—. El viernes tuvieron una pequeña disputa sobre eso en el instituto, y también de camino a la fiesta. Annabelle estaba algo cabreada, aunque Rebecka dice que no se trataba de nada serio, que se le fue un poco la pelota de lo bebida que iba, de modo que no parece que esas discusiones tengan que ver con su desaparición.

—¿Y cómo lo sabéis? —inquirió Charlie.

—He dicho que no lo parece. No nos da la sensación de que la desaparición esté relacionada con las discusiones o con que su relación con William se hubiera acabado.

Charlie refrenó el impulso de comentar lo que decían las estadísticas en lo referente a mujeres asesinadas y exnovios.

—Cuéntanos más —pidió Anders—. ¿Cuánto tiempo estuvieron saliendo?

—Según William Stark, varios meses —dijo Olof—, pero los padres de Annabelle ni siquiera sabían que eran novios.

—¿Y eso? —preguntó Charlie.

—Ni idea. Por lo visto, Annabelle nunca les ha presentado a ningún novio. La madre es un poco... —Olof se rascó la frente—, bueno, un poco especial, por definirla de alguna manera. En una ocasión nos llamó para denunciar la desaparición de su hija, y luego resultó que la chica sólo había pasado la noche con una amiga. Tal vez por ello no me tomara esto muy en serio al principio.

—¿En qué trabaja? —se interesó Charlie—. La madre, quiero decir.

—Antes trabajaba en la residencia —contestó Olof—, en asistencia geriátrica —especificó—, pero ahora creo que no hace nada. Tanto ella como Fredrik son de fuera, no tienen familia aquí y no se relacionan mucho con la gente, de modo que no sé gran cosa de ellos. Lo que sí sé es que Fredrik trabaja en la fábrica de papel de Beckhammar.

—¿Y qué importan sus profesiones? —quiso saber Micke.

Charlie le echó una rápida mirada. El hombre masticaba un palillo con un aire de lo más provocador.

—Sólo intento hacerme una idea de la familia —explicó Charlie.

—¿Tiene William una buena coartada? —preguntó Anders.

—Sí —dijo Olof—. Se encontraba con Rebecka Gahm cuando Annabelle se marchó. Se quedaron en Valls hasta la madrugada. Además, Fredrik Roos, el padre, ha confirmado que habló con ellos cuando fue a buscar a Annabelle.

—¿Cómo es que no habéis conseguido sacarle más información a Rebecka Gahm? —se extrañó Charlie.

Olof le preguntó a qué se refería.

—Bueno, se trata de su mejor amiga; tiene que saber más de ella que lo que ha salido hasta ahora.

—¿Insinúas que no le hemos hecho las preguntas correctas? —intervino Micke—. Pero si lo ha dicho ella misma —continuó—, que estaba prácticamente inconsciente y que tiene grandes lagunas de memoria de aquella noche.

—Quizá ahora se acuerde de más cosas —comentó Charlie—. Ahora que ha comprendido la gravedad de la situación.

Olof asintió con la cabeza, era verdad. No tenían muchos más hilos de los que tirar: debían intentar encontrar al propietario del teléfono con la tarjeta prepago y seguir hablando con los amigos de Annabelle. Porque podría ser, prosiguió, que muchos empezaran a refrescarse la memoria ahora que se habían dado cuenta de que aquello era muy serio.

—También me gustaría saber algo más de Annabelle —agregó Charlie.

—¿Qué más quieres saber? —preguntó Micke—. Pensé que ya habíais estudiado el material que os enviamos. Lo que hemos hecho ahora ha sido repasar el resto.

—Quiero saber más de ella como persona —explicó Charlie—, no sólo información sobre la última vez que la vieron. Quiero saber quién es, qué es lo que le gusta hacer, sus sueños, deseos, miedos. ¿Qué? —añadió al ver cómo Micke ponía los ojos en blanco con un gesto burlón dirigido a Adnan.

—Nada —aclaró Micke—. Es que no va a ser fácil averiguar todo eso.

—Según los padres, es una adolescente normal a la que le gusta leer y que saca buenas notas en el colegio —dijo Adnan.

—Pues eso tampoco pega mucho con una adolescente normal —repuso Charlie.

—Todos los contactos que tiene en las redes sociales así lo confirman —arguyó Olof—. Su cuenta de Facebook está repleta de sugerencias de lecturas y mensajes de compañeros de clase que le piden ayuda con los deberes.

—Puede que tenga más cuentas —indicó Charlie—. Sí, muchos jóvenes tienen una cuenta en la que dejan entrar a padres, familiares y jefes, y luego otra secreta donde se muestran un poco más... abiertos.

—No sabía que también fueras experta en jóvenes —comentó Micke.

—No, no lo soy —se defendió Charlie—. Únicamente estoy diciendo que cabe esa posibilidad, no sería la primera vez que lo veo. Seguro que tiene una cara oculta, una que sólo enseña a ciertos elegidos.

—Eso ya lo sabemos. Pero de lo que se habla en la calle no es precisamente de sus resultados escolares.

Charlie se quedó mirándolo esperando a que continuara.

—Su reputación no es muy buena —prosiguió Micke—; se comenta que es una chica algo... ligona.

—¿Quién dice eso? —quiso saber Charlie.

—Es sólo un rumor pero...

—Pero ¿qué?

—La gente dice que le gustan mucho los chicos. —Micke miró a Olof—. Sí, eso es lo que se murmura —se defendió como si alguien hubiese protestado—. Yo os cuento lo que he oído.

—¿Tenemos el nombre de alguno de esos chicos que tanto le gustan? ¿O de alguno de los que dicen que es así? —preguntó Charlie.

Micke contestó que no, que se trataba, como ya había explicado, de simples rumores. Tan sólo quería que lo supieran.

—¿Algo más? —inquirió Charlie—. ¿Algún diario?

Olof negó con la cabeza. No habían encontrado ningún diario ni nada que se le pareciera cuando registraron su habitación.

—Entonces ¿qué creéis? —intervino Anders—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—No lo sabemos —dijo Olof—. ¿Cómo podríamos saberlo?

—Pero partiendo de lo que tenéis, ¿cuál es vuestra primera impresión?

—Uno no puede dejar de pensar... —respondió Olof mientras recogía unos papeles—, uno no puede dejar de pensar en que podría haberse cruzado con un loco.

—¿Con qué frecuencia ocurre eso? —preguntó Anders.

—No con mucha, pero ocurre. La nacional veintiséis pasa justo por las afueras del pueblo. Muchas personas hacen una parada, se toman una cerveza en el motel y...

—¿Y buscan una vieja tienda de comestibles en medio de la noche para raptar a una chica de diecisiete años?

—Nos has preguntado por nuestra primera impresión —dijo Olof—. Únicamente respondo a tu pregunta.

Charlie tenía la garganta seca. Se disculpó y se fue a la pequeña cocina. El desorden que allí reinaba —por raro que pueda resultar— la alivió en cierto sentido: ninguna nota exigiendo que cada uno lavara sus cosas, tan sólo platos sin fregar, *tuppers* y vasos con cubiertos sucios dentro. La única taza que había limpia estaba decorada con el escudo del club local de fútbol. Charlie la llenó de agua y, tras darle unos grandes sorbos, sintió el familiar sabor del agua de grifo de Gullspång. La gente que venía de fuera siempre solía quejarse de la calidad del agua. Había algo raro en aquel sabor: ¿hierro?, ¿calcio?, ¿cañería? Hasta ese momento no entendió a qué se referían.

Nada más concluir el primer repaso de los hechos, Olof les mostró a Anders y Charlie dónde podían guardar sus pertenencias.

—No se ha usado en mucho tiempo —dijo Olof nada más abrir la puerta de un cuarto cuyas paredes se encontraban repletas de archivadores con el lomo negro—. Éstos están aquí desde los años ochenta. No es que el sitio nos haya hecho mucha falta. Le pediré a alguien que recoja todo esto un poco para que tengáis más espacio.

—Sólo necesitamos los escritorios —dijo Charlie señalando con la cabeza dos mesas de teca con sendas lámparas verdes que se hallaban situadas frente a frente junto a la ventana.

Olof recibió una llamada y desapareció. Anders se acercó a la ventana y empezó a levantar las persianas.

—¿Qué haces? —le preguntó Charlie.

—Pensé que estaría bien que entrara un poco de luz.

—Yo prefiero un poco de oscuridad.

—¿Por qué siempre te empeñas en llevar la contraria?

—Podría hacerte la misma pregunta.

—A la mayoría de las personas les gusta la luz —replicó Anders—, sobre todo ahora que por fin hay sol.

—No hay nada tan amenazador como un cielo azul claro.

Anders se echó a reír. ¿Qué quería decir con eso?

—Es una frase de Ingmar Bergman, así que mira con quién te metes...

Charlie sacó su ordenador y se puso a cargar el móvil.

—Estoy muerto de hambre —dijo Anders—. ¿Tú no?

Charlie negó con la cabeza. Ni pizca. Olof les había dado todos los informes de los interrogatorios, y ella prefería empezar a repararlos antes que ir a comer.

Los hojeó. Se topó con exnovios, triángulos amorosos y rumores de ligues, y pensó en las palabras de Margareta: que nadie del pueblo quería

hacerle daño a Annabelle. Quizá fuera hora de reconsiderar esa afirmación.

Adnan entró en el cuarto para preguntarles cómo iban.

—Me gustaría ver a los padres —comentó Charlie—; hoy mismo si fuera posible.

—Bueno, pues ve a su casa —propuso Adnan antes de pasarle la dirección—. El número no se distingue muy bien pero es una casa blanca con la puerta verde.

Charlie dejó que Anders condujera. Volvieron a pasar por el centro de Gullspång. Un grupo de jóvenes con ciclomotores se habían congregado en torno al pequeño quiosco.

—¿Era ahí a donde solías ir? —preguntó Anders.

—A veces —contestó Charlie.

Miró a una chica rubia recién entrada en la adolescencia que estaba fumando. Junto a ella había otra chica igual de joven y con el mismo corte de pelo, y, a su alrededor, una pandilla de chicos en moto. Pensó en todas las tardes que había pasado en ese lugar con Susanne. En las veces que subieron a la carretera soñando con hacer autostop y marcharse lejos de allí. Pero las historias sobre hombres que conducían coches blancos y que raptaban chicas, las asesinaban y las descuartizaban les hizo mantener las manos bien metidas en los bolsillos.

«Un día de éstos, muy pronto —le anunció Susanne una noche en la que habían bebido demasiadas cervezas—, un día de éstos me armaré de valor. Y me montaré en el primer coche que pare».

«¿Y si no para ninguno?».

«Siempre me quedarán los camiones».

«¿Y si los camiones tampoco paran?».

«Bueno, lo cierto es que creo que no me gustaría que pararan».

—Nunca he entendido —dijo Anders— qué es lo que hace la gente para pasar el tiempo en este tipo de sitios. Es que no hay nada.

Charlie pensó en los días de verano de Gullspång, en cuando tomaban el sol al pie del salto de agua, en las fiestas...

—Lo hay —contestó—. Hay mucho más de lo que ves.

Ese día

Nunca más. Annabelle se había prometido no llamarlo nunca más. Y, aun así, allí estaba, detrás del gimnasio del instituto, fumando y marcando su maldito número con la otra mano. Respondió al primer tono:

—Belle —susurró—, ahora no puedo hablar. ¿Te llamo luego?

—¿Para qué? —repuso ella—. Ya me lo has dejado todo bien clarito en tu bonito mensaje.

—Te llamo luego.

—Ni se te ocurra. —Annabelle estaba a punto de llorar—. Todo lo que me decías..., ¿no eran más que...?

—No —respondió—. No lo eran, pero tienes que pensar en mi situación. Ya sabías desde el principio que...

—¡Cállate! —Y nada más soltárselo le brotaron las lágrimas—. ¡Vete a la mierda! ¡Eres un puto cobarde!

Luego, antes de que él continuara con más excusas y mentiras de las suyas, le colgó. Con manos temblorosas encendió otro cigarrillo mientras pensaba en el error que había cometido unas semanas atrás. Probablemente eso le hiciera comprender lo cara que podía salirle su relación con ella. Él le había dicho que su mujer se había ido de viaje, cosa que Annabelle entendió como una invitación. Pero no recordaba haberle oído comentar que dos de los niños se habían quedado. De haberlo sabido no se habría presentado en su casa para darle una sorpresa.

La clase de sueco ya había empezado, pero ¿cómo coño iba a poder concentrarse en analizar un texto cuando todo su mundo se estaba derrumbando?

Oyó el sonido de un mensaje en el móvil. Era de Rebecka:

¿Dónde andas?

Dando una vuelta, estoy hecha un lío.

Si tu madre se entera de que haces pellas, no te dejará ir a la fiesta esta noche.

¿Qué más da? De todos modos no me dejará...

Pero es que ni siquiera te dejará venir a mi casa. ¡¡¡Ven a clase ya!!!

OK.

Annabelle apagó el cigarrillo y entró en el instituto. En el pasillo de la planta superior se cruzó con William. Lo saludó con un leve movimiento de cabeza y él le correspondió de la misma manera. Resultaba raro que dos personas que habían estado tan cerca la una de la otra pudieran convertirse, de la noche a la mañana, en perfectos extraños. Por un instante pensó en darse la vuelta y gritarle que se arrepentía de todo, que había metido la pata, que lo necesitaba, que lo quería de verdad. Pero no lo hizo. Primero porque eso sólo empeoraría las cosas, y segundo porque ya no creía que fuera verdad.

«Tú mira sólo hacia delante —se dijo mentalmente Charlie al dejar atrás el centro de Gullspång—. No vuelvas la vista hacia la iglesia, ni mucho menos hacia “esa” salida. Límitate a mirar al frente».

El coche iba dando botes a causa de los baches del asfalto.

—¡Joder! Pero ¿qué carretera es ésta? —se quejó Anders.

—Una carretera normal.

—Deberían volver a asfaltarla. Es peor que un camino de grava.

—Parece que no lo entiendes —dijo Charlie.

—¿El qué?

—Que Gullspång es uno de los municipios más pobres de Suecia.

Anders dijo que ya lo sabía, pero que... Bueno, que seguro que salía más caro reparar todos los daños que se hacían los coches por culpa de los baches que asfaltar la carretera.

—El municipio no es el propietario de los coches —explicó Charlie.

A lo lejos divisaron la iglesia. Charlie pensó en cerrar los ojos, pero no pudo resistirse a mirarla. «Duele demasiado —pensó—. No debería haber venido».

Fredrik y Nora Roos vivían en una sencilla casa blanca de madera justo donde la población empezaba a transformarse en campos de cultivo y prados. Alguien había dejado una cortadora de césped en el jardín, con el césped a medio cortar. Sin duda, pasaría mucho tiempo antes de que la quitaran de allí.

El timbre estaba roto, de modo que Charlie llamó a la puerta con los nudillos. Esperaron un buen rato antes de oír, en el interior, unos pasos aproximándose. Un Fredrik Roos sin afeitar y con los ojos inyectados de sangre les abrió y los invitó a pasar. Sí, había oído que la policía iba a recibir refuerzos de Estocolmo, lo cual era bueno, dijo. Acto seguido, les mostró el

camino que conducía hasta la cocina. Con manos temblorosas echó café en el filtro de la cafetera. Estaba bien que viniera ayuda experta de fuera.

—Me temo que no tenemos leche —se excusó al ponerles dos tazas resquebrajadas encima de la mesa. Se encontraban sentados en lo que él llamaba «el salón de visitas».

—No nos importa tomarlo solo —dijo Charlie.

Paseó la mirada por la habitación. De las paredes colgaban cuadros de mercadillo, de ésos con niños llorando, como los que se habían puesto de moda en Estocolmo como una especie de ironía *kitsch*. Se preguntó si serían herencia de unos difuntos padres. Sobre la chimenea podía leerse *Carpe diem* escrito con gruesas letras blancas de madera. Charlie siempre había pensado que esas palabras eran como una burla, pero ahora se lo parecieron más que nunca.

Estaba a punto de preguntar por la madre de Annabelle cuando una mujer rubia y delgada vestida con vaqueros y camiseta asomó por la puerta. La mujer no pronunció palabra alguna, se limitó a dirigir una mirada fija y perdida a Charlie y Anders.

—No he querido despertarte —le dijo Fredrik—. Pensé que quizá necesitabas descansar... Ahora que por fin te habías dormido...

—No estaba durmiendo.

Charlie se cruzó con su atormentada mirada y creyó que probablemente fuera verdad.

—Son de Estocolmo —le comentó Fredrik—. Quieren hacerte algunas preguntas.

—Muy bien, pues adelante. —Nora hizo un gesto con las manos, se tambaleó y se sentó en un reposapiés—. Venga, pregunten.

Había algo en Nora que le resultaba familiar a Charlie. Estaba segura de haberla visto antes, pero no creía que hubiera sido en una de las fiestas de Lyckebo. Sabía cómo se llamaban las pocas mujeres que habían acudido a las fiestas de Betty.

—¿Café? —le preguntó Fredrik.

—¿A quién le importa el café? —le espetó Nora—. ¿Cómo quieres que piense en café cuando mi hija ha desaparecido?

—No hace falta que grites —contestó Fredrik.

—¡Annabelle no está! ¡Gritaré lo que me dé la gana! —Se volvió hacia Charlie—. ¿Tiene usted niños?

Charlie negó con la cabeza.

—¿Y usted? —Nora se dirigió ahora a Anders.

Éste asintió con la cabeza.

—Creo que una lo siente —dijo Nora mirando por la ventana—. Creo que una madre siente cuando su hija ya no vive.

—Haremos cuanto esté en nuestras manos para encontrarla —la tranquilizó Anders.

—Ya es demasiado tarde. Y no me mires así, Fredrik. Fuiste tú el partidario de dejarla salir todo lo que quisiera.

Nora se levantó y abandonó la estancia.

—Está enfadada porque yo no he sido muy estricto con las normas —les explicó Fredrik cuando Nora hubo salido—. Por lo que respecta a la educación de los hijos, tenemos algunas ideas algo diferentes. Nora siempre ha querido controlar todo lo que tenga que ver con Annabelle, mientras que yo... Bueno, yo he sido partidario de soltarle un poco las riendas.

—¡Pues mira adónde la han llevado esas riendas sueltas! —gritó Nora, quien, con toda probabilidad, se había quedado detrás de la puerta escuchando—. Y ahora supongo que te estarás preguntando si ha sido para bien. ¿Ha sido para bien?

Fredrik negó con la cabeza. Se encontraba al borde del llanto. Resultaba terrible ver cómo algunos hombres no se permitían llorar, pensó Charlie, que no fueran capaces de dejarse llevar por las emociones ni siquiera en casos así. Pero luego se acordó de esa atormentada mujer. Alguien tenía que intentar mantenerse entero.

—No le falta razón —admitió Fredrik—. Si yo hubiese sido tan estricto como ella, esto no habría sucedido nunca. Pero es que no se puede..., no se puede encerrar a una chica casi adulta, ¿verdad? —comentó dirigiéndose a Anders.

—No —respondió Anders—, no se puede.

Charlie se dio cuenta de que debía llevar la conversación por otros derroteros antes de que Fredrik se enfrascara en autoinculpaciones. Había conocido a padres de hijos desaparecidos, pero ninguno se le había antojado tan lleno de arrepentimiento y de culpabilidad como Fredrik. A Charlie le habría parecido más normal si la hija de éste hubiera sido más pequeña, o si él, por falta de cuidados o de atención, hubiera expuesto a la niña a algún peligro. Pero en esta ocasión se trataba de una adolescente de diecisiete años, una chica que alcanzaría la mayoría de edad dentro de un año.

—Hábleme de esa noche —le pidió Charlie—. Hábleme de la noche en la que desapareció.

Fredrik se frotó la cara antes de empezar:

—Iba a ir a casa de Rebecka. A ver una película juntas, nada más. Pero no volvía...

—¿Y entonces salió a buscarla?

Fredrik asintió con la cabeza. Fue directamente a la vieja tienda cuando Nora empezó a preocuparse.

—¿Por qué no se acercó primero a casa de Rebecka?

—Porque ni Annabelle ni Rebecka contestaron al teléfono, y entonces pensamos que quizá estuvieran en otro sitio. Fue Nora quien me dijo que me pasara por la tienda de Valls.

—¿Y qué hora era?

—Poco antes de la una.

—Hábleme de cuando llegó allí.

—Ya se lo he dicho a sus compañeros. Había una fiesta que se había descontrolado, unos jóvenes durmiendo y otros delirando, música a todo volumen, gente borracha por todas partes... Svante Linder se encontraba en la cocina con un par de amigos. Bueno, supongo que ya saben ustedes quiénes son... En cualquier caso, se les veía completamente impasibles.

—¿Qué quiere decir con «impasibles»?

—Quiero decir que si le hubieran hecho algo a mi hija, si le hubieran hecho alguna cosa..., no creo que..., pues eso, que no creo que estuvieran tan tranquilos. En la planta de arriba encontré a Rebecka con ese chico, William. Y al decirme ella que Annabelle se había marchado lo supe. Supe que algo terrible había ocurrido. Tuve ese presentimiento.

—¿Y luego? —preguntó Anders.

—Luego anduve de un lado para otro buscándola. Llamé a Nora y luego ella telefoneó a la policía, pero ellos no parecieron tomarnos muy en serio. Dijeron que debíamos esperar.

—¿Notaron, usted o su mujer, algo raro en Annabelle antes de que desapareciese?

—No que yo recuerde.

—¿Cómo estaba?

—No sé... Bueno, quizá un poco... No lo sé.

—¿Qué? —preguntó Charlie.

—Un poco baja de ánimos, o quizá más bien cansada.

—¿Llegó a preguntarle por qué?

—No; es una sensación que tengo ahora, al intentar recordar.

—¿Ha estado deprimida alguna vez?

—¿Por qué pregunta eso? No creerá que se ha...

—Sólo quiero saber si ha pasado por alguna depresión. Es una pregunta rutinaria.

Fredrik suspiró y negó con la cabeza. No, Annabelle no había pasado por ninguna depresión —que él supiera—, aunque tampoco era una de esas chicas que siempre estaban alegres...

—Continúe —le pidió Charlie al ver que Fredrik se callaba.

Fredrik no entendió lo que quería decir, y Charlie le pidió que continuara describiendo a su hija.

Permaneció en silencio un rato más. Y, tras tragar saliva no sin cierto esfuerzo, empezó a decir: Annabelle era especial; bueno, se supone que es lo que todos los padres piensan de sus hijos, pero Annabelle... Todo el mundo lo comentaba, que la chica era especial. Él ya lo sintió en el mismo momento del parto. Aquella criatura había empezado a llorar antes de salir por completo. ¿Cuántos bebés hacían eso? —Fredrik miró a Charlie y Anders como esperando a que le proporcionaran estadísticas al respecto.

—Le encanta leer —prosiguió—, devora varios libros por semana. Será por su curiosidad; Annabelle ha sido siempre muy curiosa y..., en cierto sentido, muy inquieta espiritualmente. Ha pasado por todo, desde el budismo hasta... —Se detuvo intentando recordar qué más cosas habían interesado a su hija. Carraspeó antes de continuar—. En cualquier caso, lo que le interesa ahora es la Iglesia.

—¿Nora y usted son también miembros activos de la Iglesia? —preguntó Charlie.

—No. Los dos somos ateos. Nora cree que lo de Dios no es más que otra de las maneras que tiene Annabelle para rebelarse.

—¿Para rebelarse contra quién?

—Contra nosotros. Si hasta ha hecho la confirmación... Quizá porque casi todos sus compañeros de clase también la han hecho. Sea como sea, esos estudios bíblicos que parecen aburrir a los de su edad... a Annabelle le encantaban. Decía que eran muy interesantes; y después empezó a ir a misa y a participar en... cosas parroquiales, como meterse en un grupo de lectura de la Biblia. Supongo que nos pareció también algo bueno; es mejor estar en la iglesia que en Valls. Aunque ella seguía yendo a Valls.

Fredrik se levantó y se acercó a la ventana. Andaba encorvado. Charlie pensó que así caminaban los que se han rendido, los que han perdido la esperanza.

—Si vuelve a casa, no le echaré ninguna bronca. Lo único que quiero..., que queremos, es abrazarla. Sólo tenerla entre nuestros brazos...

Se interrumpió cuando Anders le tendió un clínex, un gesto que incomodó a Charlie, porque tuvo la sensación de que Fredrik estaba a punto de revelar algo importante.

Fredrik se quedó mirando el clínex como si no supiera muy bien qué hacer con él, como si no fuera consciente de que las lágrimas le caían sobre la camiseta.

—Era mi única hija —dijo.

«Es —deseó corregirle Charlie—; ella es su única hija».

Fredrik se sentó y se dispuso a tomar un sorbo de café. Charlie percibió que al hombre le temblaron las manos cuando se acercó la taza a la boca. Lo que había contado no contribuía a formarse una imagen más coherente de Annabelle, sino más bien todo lo contrario. Una persona de extremos, pensó Charlie, una joven compleja.

—El día que Annabelle desapareció —continuó Charlie—, ¿pasó alguna otra cosa destacable?

Fredrik negó con la cabeza.

—¿Como qué?

—Como que discutieran, por ejemplo.

—Yo no la vi —contestó Fredrik—. Me marché de casa a las seis de la mañana y no volví hasta las siete de la tarde. Trabajo en Bäckhammar, en la fábrica papelera —añadió—. Hubo problemas con una de las máquinas y tuve que quedarme más tiempo. Cuando llegué a casa, Annabelle acababa de irse.

—¿Y Nora?

—Sí, ella sí estuvo en casa, así que ellas sí se vieron tanto antes como después del instituto.

—¿Sabe usted cómo estaban las cosas entre ellas?

—Nora me contó que discutieron por la hora de llegada, pero no fue nada grave. Siempre lo hacen cuando Annabelle va a salir.

—¿Suelen discutir por algo más?

—La mayoría de las veces sólo por lo que tiene que ver con normas y reglas.

Charlie tragó saliva y decidió preguntar lo que tanto le costaba preguntar:

—¿Alguna vez han sido, usted o su mujer, violentos con Annabelle?

—¿Qué clase de pregunta es ésta? —Fredrik la miró.

—Una simple pregunta rutinaria —respondió Charlie—. No se lo tome como algo personal.

—No, nunca lo hemos sido. No somos de esos... ¿Cómo no voy a tomármelo como algo personal? Ahora resulta que también soy sospechoso.

—No, usted no es sospechoso de nada —lo tranquilizó Anders—. Tan sólo se trata, como le ha aclarado mi compañera, de una simple pregunta rutinaria.

Charlie se topó con la mirada de Anders, una mirada que decía que ya hablarían de lo que es una pregunta rutinaria y de lo que no lo es.

—¿Puede hablarnos de la relación que había entre Annabelle y William Stark? —inquirió Charlie.

Fredrik negó con la cabeza. Ni siquiera sabía que estuvieran saliendo. Había sido la propia policía la que lo había puesto al corriente hacía tan sólo un par de días. Bueno, sí sabía que salía con chicos, claro; ¿qué chica de diecisiete años no lo hacía? Pero que tuviera una relación... Ni a él ni a Nora les había dicho nada.

—Annabelle ha tenido bastante contacto con alguien que la ha llamado desde un móvil con tarjeta prepago. —Charlie le enseñó un papel con el número—. ¿Lo reconoce?

Fredrik negó con la cabeza.

—Pensé que igual era de algún familiar o alguien cercano, alguien que pudiéramos excluir de la investigación.

—No creo —dijo Fredrik—. Pero puedo comprobarlo más detenidamente. —Cogió el papel.

Se quedaron callados durante un buen rato. Luego, Charlie se aclaró la voz y preguntó si les permitirían ver la habitación de Annabelle.

Fredrik dijo que Olof ya había estado allí y que no había encontrado nada relevante.

—Ya, pero me gustaría verla de todos modos.

—Nora estará en la cama —repuso Fredrik—. Si es que se ha dormido... No quisiera hacer ruido y molestarla.

—Ya volveremos otro día —indicó Anders antes de levantarse—. Gracias por el tiempo que nos ha dedicado.

—Les acompaño al coche —se ofreció Fredrik—. Y perdónenme, yo también estoy agotado.

Se dirigieron a la salida. Al pasar frente a la escalera, Charlie pareció vislumbrar a Nora arriba, de pie junto a la barandilla.

—¿Le gustaría comentar alguna otra cosa? —le preguntó Charlie a Fredrik en la calle una vez cerrada la puerta de entrada.

—Estoy pensando en Nora. Me gustaría que recibiera... ayuda. No ha dormido casi nada desde... Se vuelve muy extraña cuando no duerme.

—¿Y no le han dado nada para dormir? —se extrañó Anders.

—Sí, pero no le hace efecto.

—¿Antes también tenía problemas para dormir? —terció Charlie.

—¿Por qué lo pregunta?

Charlie advirtió que Fredrik se puso en guardia.

—Porque ha dicho usted que se vuelve extraña cuando no puede dormir, como si fuese algo habitual.

—Ha pasado sus malas rachas. Ha estado enferma.

—¿De qué? —quiso saber Anders.

—De los nervios —dijo Fredrik con la cabeza gacha. Luego alzó la mirada como para comprobar que todas las ventanas de la casa se hallaban cerradas—. Ha estado mal de los nervios en varias ocasiones.

—¿Deprimida? —se interesó Charlie.

—Peor que eso. Se vuelve casi... Creo que se podría decir que se vuelve loca.

—¿Psicótica?

—Sí.

—Entonces ¿ha estado ingresada?

Fredrik asintió. Lo había estado unas cuantas veces, y ahora, con toda esa tensión, tenía miedo de que eso ocurriera de nuevo.

—Lo entiendo —dijo Charlie—. De verdad que lo entiendo.

—Me gustaría que alguien nos ayudara.

—Nos encargaremos de que venga alguien —lo tranquilizó Anders.

—¿Quién?

—Un psicólogo o un asistente social, alguien con quien hablar.

—¿Tenemos de eso en el pueblo?

Anders le aseguró que pronto recibirían ayuda.

Charlie esperó que no le hubiera prometido demasiado.

Fredrik recogió las tazas y las llevó a la cocina. En la planta de arriba se oyó un gemido. Al final, iba a resultar que Nora estaba despierta a pesar de todo. Pensó en Solhem, en esas personas de miradas vacías, en esos juegos de mesa que había en la sala de estar y a los que no jugaba nadie. Nora pronto volvería a ese centro. A estar tumbada en un cuarto blanco con la mirada acuosa y a no responder cuando se le hablaba.

Pensó en la primera vez que la ingresaron. Annabelle apenas tenía un año. En las noches en que la niña estaba triste, él la sacaba de la cuna y acostaba el caliente cuerpo de la criatura junto al suyo. Hasta que Nora volvió a casa e insistió en que Annabelle durmiera sola; corría el riesgo de que se asfixiara, le dijo. ¿Es que no entendía que si la niña dormía con ellos él podría asfixiarla sin querer? Fredrik accedió y Annabelle volvió a dormir en la cuna. Las primeras noches el bebé lloraba de una forma tan descorazonadora que Fredrik creía que aquello lo destrozaría. ¿Por qué no se enfrentó a Nora? ¿Por qué había permitido que su hija tuviera que dormirse llorando cuando, simplemente, él habría podido cogerla en brazos? Pero ¿de qué servía —se dijo al meter las tazas en el lavavajillas— pensar en eso ahora?

Charlie respiraba pesadamente cuando se sentaron en el coche. Había algo en las personas en crisis que hacía que sus bronquios se encogieran. Pensó en la madre, Nora: en esas manos que no cesaban de moverse, en su mirada de pánico, en su rabia.

—¿Mal de los nervios? —dijo Anders mientras daba marcha atrás para salir de la casa de Fredrik y Nora—. ¿La gente todavía utiliza expresiones como ésa?

—Eso parece —contestó Charlie pensando en que era absurdo irritarse por la elección de unas palabras en un momento como aquél. «Estar mal de los nervios», ¿no era ése el caso?

—¿Y tú qué crees?

—¿Sobre qué?

—Sobre la madre. Parecía bastante... inestable.

Charlie se volvió hacia él:

—¿No lo estarías tú si te desapareciera una hija?

—Pensaba también en sus problemas psíquicos; sabes muy bien lo que una persona psicótica es capaz de hacer.

—La mayoría de las personas psicóticas son completamente inofensivas.

—Sí, y luego están las que no lo son.

—Exacto —dijo Charlie—, y también aquéllas a las que se las considera sanas y que son más malas que el diablo.

—Vale, vale. No te cabrees.

—No me cabreo, lo que pasa es que estoy harta de los que creen que todos los enfermos mentales son un peligro para la sociedad.

—Yo no he dicho eso. Ni tampoco lo creo.

Charlie suspiró mientras pensaba en todo el desconocimiento que había sobre la psique humana. A ella siempre le había interesado el tema; en primaria ya había intentado comprender por qué Betty no era como las demás madres: ¿por qué se pasaba los días acostada en la cama sin hablar con nadie?

¿Por qué no era como una de esas madres que preparaban la bolsa de deporte para la clase de gimnasia, que horneaban pan y que compraban los regalos cuando a sus hijas las invitaban a un cumpleaños?

—Lo de si han sido violentos con Annabelle —comenzó Anders—, ¿realmente te pareció oportuno preguntárselo?

—Es una pregunta que hay que hacer —zanjó Charlie antes de sacar su teléfono para buscar en Google «psicólogo municipio de Gullspång», pero lo único que apareció fue una página de información turística y diferentes actividades para familias con niños.

Suspiró pensando en todo lo que no había en Gullspång: psicólogos, asistencia en situaciones de crisis, especialistas. Luego escribió «pastor Gullspång» con la esperanza de que aquel viejo pastor hipócrita que había oficiado el funeral de Betty se hubiera jubilado ya. Apareció un nombre y un número de teléfono. Charlie lo marcó y enseguida saltó en el contestador la voz de un hombre joven que se presentaba como Hannes Palmgren y que se lamentaba de no poder atender al teléfono en esos momentos, aunque si querían dejar un mensaje, él devolvería la llamada en cuanto pudiera. Charlie dejó un mensaje antes de realizar una nueva búsqueda en Google con la idea de que tal vez hubiera más pastores. Sin embargo, lo único que encontró fue una lista de sacerdotes que estaban de guardia en la región de Västra Götaland.

—¿Y por qué no llamas a uno de éstos? —preguntó Anders cuando Charlie empezó a soltar maldiciones.

—Es que quiero que sea alguien que pueda venir, ¿no lo entiendes? Una llamada telefónica no serviría de mucho —sentenció Charlie antes de callarse y pensar que, en esa situación, no había nada que pudiera ayudar a esa madre. Nada excepto encontrar a Annabelle; encontrarla rápidamente y con vida.

—No son creyentes —comentó Anders—. Quizá no sea la mejor opción mandarles un pastor.

—Es una crisis, todo el mundo se vuelve creyente en una crisis. Además, ¿qué otras opciones tenemos cuando no hay ni psicólogos ni nada?

—Ya, aunque parece que el pastor tampoco está localizable —dijo Anders.

—Habrá que hacer otro intento si no llama pronto.

Empezaron a hablar de lo que sabían de Annabelle. De sus estudios bíblicos, de su interés por la lectura, de sus excelentes notas...

—Es contradictorio —constató Anders.

—¿El qué?

—¿A ti no te lo parece? Una chica a la que le gusta salir de fiesta e ir por ahí ligando y tonteando con unos y con otros, pero que al mismo tiempo lee muchísimo, participa en las actividades de la parroquia y obtiene excelentes resultados en el instituto.

—Una cosa no tiene por qué excluir a la otra —aclaró Charlie—. Y en cuanto a lo de que ligaba mucho..., no creo que haya que tomárselo muy en serio. Es sólo un rumor. En lugares como éste no se necesita mucho para que se extienda un rumor.

—Parece que lo dices por propia experiencia —le comentó Anders.

Charlie no contestó. No tenía ni tiempo ni ganas de hablar de ella ni de sus experiencias.

—La conozco —dijo para cambiar de tema—. Me he encontrado con Nora alguna vez, pero no sé dónde.

—Me imagino que debes de haber conocido a bastante gente en este lugar.

—Pues sí, supongo que sí —respondió Charlie.

—En cualquier caso, es raro —comentó Anders mientras tomaba la carretera general— que no hubiera ningún pariente con ellos.

—No creo que estén para muchas visitas.

—Me refiero a los más allegados.

—No todo el mundo tiene a alguien allegado —contestó Charlie mirando por la ventana.

Olof respondió al primer tono cuando Charlie lo telefoneó.

—¿Qué tal os ha ido? —soltó sin saludar—. No les habéis podido sacar gran cosa, ¿verdad?

—¿Sabíais que Nora ha sufrido de depresión? ¿Que ha estado ingresada varias veces?

—No, nadie nos lo ha dicho. Pero no me sorprende. Esa mujer siempre me ha parecido una persona... algo angustiada.

—A Fredrik le preocupa que pueda derrumbarse. ¿Sería posible contactar con algún psicólogo?

—Sólo tenemos a Hannes, el pastor. Voy a llamarlo.

—Ya lo he hecho yo. Y no me ha cogido el teléfono. Pero podemos ir a ver si está en casa. Y así aprovechamos para hablar con él sobre ese grupo de lectura de la Biblia en el que participaba Annabelle. ¿O ya lo habéis hecho?

—No, hemos estado ocupados con todos los que estuvieron en la fiesta. Charlie colgó.

—¿Vamos a ir a ver al pastor ahora? —preguntó Anders.

—Sí, mejor ir a verlo. De todos modos tenemos que hablar con él por lo de Nora. ¿No te parece bien? —continuó Charlie al ver la escéptica cara de Anders—. Es que nadie lo ha interrogado.

—¿Y crees que vamos a poder sacarle algo a un pastor?

—Bueno, puede contestar a algunas preguntas generales. No todo va a ser secreto profesional absoluto.

Anders dijo que por eso, precisamente, se llamaba así, porque era absoluto.

—Pues, sea como sea, hay que averiguar quiénes son los miembros de ese grupo de lectura.

—Vale, busca su dirección —le pidió Anders.

Charlie dijo que no era necesario, que seguramente residía en la casa rectoral. Y ella sabía el camino.

¿Qué más daba? Tan sólo se trataba de ir a la casa, pensó Charlie. No tenía por qué entrar en el cementerio, ni acercarse a la tumba, ni pensar en el descompuesto cuerpo. Estaba allí para investigar una desaparición. Eso era lo más importante ahora.

Pensó en las veces que había ido a la iglesia en bici cuando era pequeña. Solía pasar por entre las tumbas del cementerio aledaño y leer las inscripciones, los nombres y los años de nacimiento y fallecimiento de los enterrados. Por alguna extraña razón la tranquilizaba pensar en la cantidad de gente que yacía muerta bajo sus pies. En cierta ocasión —al finalizar la ceremonia de fin de curso a la que, por una vez en su vida, había asistido Betty—, Charlie le enseñó las lápidas más bonitas. Pero Betty no se dejó impresionar.

«En mi lápida no quiero ninguna de esas ridículas palomas. Ya sabes que nunca me han gustado mucho los pájaros. Además, quiero que esparzas mis cenizas en el Skagern. Sí, ya sé que no está permitido, pero ¿quién te lo va a impedir? No tienes más que coger la urna una noche y salir con la barca».

A Betty le parecía una auténtica locura que Charlie estuviera tanto tiempo en el cementerio, pero no pensaba prohibirle que se pasara el día deambulando por entre los muertos si eso la hacía feliz. Betty no era una persona que prohibiera a los demás que hicieran lo que les gustaba.

Más de una vez, Charlie deseó que Betty fuera más estricta, que estableciera normas como los otros padres, que le exigiera explicaciones sobre adónde iba y cuándo pensaba regresar a casa. Pero ese tipo de cosas traían a Betty sin cuidado. Y luego, cuando Mattias se fue a vivir con ellas, todo se descontroló como nunca.

«Él no es mi padre», solía replicar Charlie cuando Betty le echaba la bronca por el tono que empleaba al dirigirse a Mattias. Pero es que Charlie no podía remediarlo: le resultaba insoportable escuchar a Mattias contando historias sobre el niño que había perdido. Era como si a él no le entrara en la cabeza que los servicios sociales le hubieran dado la custodia a la madre. Betty y Mattias solían hablar del chico, de que intentarían traerlo a casa, de que los cuatro formarían una familia. Cuando Charlie les escuchaba decir ese tipo de cosas acostumbraba a subir a su cuarto y rezarle a ese Dios en el que no creía para que eso no ocurriera nunca. Le pedía que la relación entre Betty y Mattias se acabara, que se convirtiera en algo de lo que ella y Betty pudieran reírse. Pero Charlie sabía que, tratándose de Mattias, Betty no se reiría. Porque Mattias era la excepción que confirmaba la regla.

¿Qué regla?

Esa de que todos los hombres eran unos cerdos. Mattias era indulgente y bondadoso, la única persona que, aun sabiéndolo todo acerca de Betty, la quería. Quizá fuera esa la razón por la que Charlie empezara a odiarlo de verdad. No deseaba tener en su casa a ese hombre que lo sabía todo sobre su madre. No quería que el hijo de Mattias viniera a vivir con ellos. Nunca serían una familia normal, dijera lo que dijese Betty. Porque Mattias bebía y llevaba ropa muy rara, y Betty... pues lo mismo. Todo sería el doble de raro.

Un bache en la carretera la devolvió al presente.

—Te has pasado —dijo ella—. Tendrías que haber girado a la izquierda en el cruce anterior.

—¿Y por qué no has dicho nada?

—Porque estaba pensando en otras cosas. Además, deberías haberte dado cuenta; la iglesia no es precisamente invisible. Tendrás que hacer una pirula.

—La carretera no es lo bastante ancha para eso.

—Sí que lo es. Lo que pasa es que se te da mal calcular las distancias.

—Vale, pero intenta enterarte bien de adónde vamos, por favor.

Aparcaron frente a la roja casa rectoral, en una explanada de grava perfectamente rastrillada, y subieron la escalera hasta la entrada principal. Cuando llamaron a la puerta, un perro empezó a ladrar en el interior.

Les abrió una mujer con un niño pequeño apoyado en la cadera.

—No, *Kafka* —le dijo al labrador que se abalanzó sobre Charlie—. Todavía cree que es un cachorro —se disculpó—. No se ha dado cuenta de lo grande que es. ¿Está usted bien?

—No pasa nada —contestó Charlie—. Me gustan los perros. —Se agachó, lo acarició con las dos manos por detrás de las orejas y empezó a explicarle a la mujer el motivo de su visita.

El pastor, que se llamaba Hannes, apareció tras la mujer. Iba vestido con un clériman.

—Han venido a hablar de Annabelle —le aclaró la mujer.

—Le hemos estado llamando por teléfono —se anticipó a informar Charlie.

—Lo siento, no estoy muy pendiente del teléfono —se excusó Hannes—. Pero entren, por favor. Acabo de hacer café.

Charlie paseó la mirada por una gran cocina de aire rural. Junto a la ventana había una amplia y antigua mesa de roble que hacía juego con un sofá tipo banco tapizado con una tela de cuadros rojos; de las paredes colgaban una serie de cuadros bordados en punto de cruz que contenían frases que hablaban de la placidez del hogar y que daban gloria a Dios en el cielo.

—Son del anterior pastor —explicó Hannes—. Por lo visto, a su esposa le encantaba bordar.

Una niña de unos cuatro años entró en la cocina con un coche en cada mano.

—¿Puedes llevarte a los niños arriba, Louise? —pidió Hannes.

La madre asintió con la cabeza, llamó a la hija y abandonaron la estancia.

—Estaba a punto de cambiarme —continuó—. Esta ropa no resulta precisamente muy fresca. He estado en la iglesia rezando por Annabelle con un grupo de jóvenes. Todos se encuentran muy alterados. —Se secó una gota de sudor de la frente—. En situaciones como éstas, uno se siente..., se siente impotente.

—¿Se ha puesto usted en contacto con los padres? —preguntó Charlie.

—Los he llamado, pero no me han contestado.

—Quizá sea mejor que vaya a verlos. La madre se encuentra muy mal.

Hannes asintió con la cabeza. Claro que sí, lo haría muy pronto.

—¿Cuánto tiempo lleva en la parroquia? —quiso saber Anders cuando Hannes puso sobre la mesa unas tazas de café blanquiazules con sus correspondientes platillos.

—Sólo tres años.

—¿No son ustedes de aquí?

—No, de Estocolmo. Nos cansamos de la ciudad. Mi mujer quería un jardín y un lugar seguro para los niños. Supongo que tenemos que aceptar que los lugares seguros no existen.

—¿Conoce bien a Annabelle? —preguntó Charlie.

—Participaba en el grupo de lectura de la Biblia. Es un pequeño grupo donde todos nos conocemos.

—¿Por qué cree que se ha acercado a la Iglesia?

—Sólo podría contestarles con especulaciones. Pero no es raro que los jóvenes que tienen una problemática relación familiar se acerquen a la Iglesia.

—¿Está diciendo que Annabelle tenía problemas con su familia?

—Hablo en general. Pero, sea como sea, a ella le gustaban las conversaciones que mantuvimos para su confirmación. Después de eso intenté montar un grupo juvenil. Sin embargo, todos, a excepción de Annabelle, lo fueron dejando tras unas cuantas reuniones. Fue entonces cuando le propuse que participara en el grupo de lectura bíblica para adultos. Al principio creí que sólo vendría una vez, porque los demás son muy mayores. Pero Annabelle pareció apreciarlo. Ella no es..., no es como los de su edad.

Charlie le pidió que desarrollara ese punto.

—La veo más madura y más reflexiva. Y cuando ella habla la gente la escucha. Supongo que se podría decir que es..., que es inteligente. Simplemente.

Charlie quiso saber más de los otros miembros del grupo.

Hannes dijo que eran cinco, y en cuanto Charlie le pidió sus nombres él añadió que estaba convencido de que no tenían nada que ver con la desaparición de Annabelle.

¿Cómo podía estar tan seguro?, le preguntó Anders.

—Son todas mujeres y tienen más de setenta años.

—Aunque no sean sospechosas —dijo Charlie— quizá sepan algo que nos ayude a avanzar en la investigación.

Charlie sacó un cuaderno y un bolígrafo del bolso y pidió a Hannes que escribiera los nombres de todas ellas.

—¿Alguna vez tuvieron, Annabelle y usted, una conversación más personal? —preguntó cuando Hannes le devolvió el cuaderno.

—Sí.

—¿Y llegó a contarle alguna cosa importante?

—No puedo contestar a eso.

—Creo que entiende lo esencial que resulta que sepamos todo lo que nos pueda ayudar a encontrarla.

—Y yo creo que saben lo que es el secreto profesional absoluto. Y ahora, si me disculpan —Hannes le echó una rápida mirada al reloj—, debo preparar un entierro para mañana.

—Sólo una cosa más —dijo Charlie—: ¿dónde estuvo usted la noche del viernes al sábado?

—¿Qué quiere decir? —se asombró Hannes—. ¿Acaso insinúa que yo...?

—Es una pregunta que hacemos a todos los que interrogamos —lo tranquilizó Charlie—, así que no se lo tome a mal.

—No me lo tomo a mal —repuso Hannes—; es sólo que me ha sorprendido un poco, eso es todo. Pero estuve en casa toda la tarde y toda la noche.

—¿Y su familia también? —preguntó Charlie.

—No, habían ido a Estocolmo a visitar a unos parientes. Yo tenía que officiar misa a primera hora del domingo, de modo que me vi obligado a quedarme aquí.

—¿Qué te dije? —comentó Anders una vez sentados en el coche—. ¿En serio creías que íbamos a sacarle algo a un pastor?

—Pues lo hemos hecho —respondió Charlie.

—¿Sí?

—Sí, lo de la mala relación familiar.

—Eso lo dijo en general.

—No, tío, eso no lo dijo en general.

—Bueno, en cualquier caso, no es ninguna novedad —repuso Anders—. Ya sabíamos lo de la madre, que es sobreprotectora y...

—Bebe —le interrumpió Charlie—. Creo que el pastor bebe.

—¿Por qué? —Anders se volvió hacia ella.

Charlie no supo muy bien qué contestar. Sí, bueno, por el aliento, por ese inconfundible olor a etanol que desprendía cuando se dieron la mano, pero eso no significaba necesariamente que tuviera problemas con el alcohol. ¿Fue por su mirada? ¿Por esa nariz ligeramente roja y con los vasos sanguíneos rotos?

—Es sólo una sensación —dijo ella—, una sensación que he tenido...

—¿Y eso lo convierte en sospechoso?

—No, pero tú sabes tan bien como yo que el alcohol puede nublar la mente de la gente.

—Tan bien como tú no; perdona —le respondió Anders con una sonrisa.

Arrancó el coche y Charlie sacó el cuaderno para mirar los nombres que Hannes había apuntado: Inez Gustavsson, Gunlis Andersson, Anna-Britt Estberger, Marit Höglund y Rita Oksanen.

—Es posible que Annabelle le dijera algo a alguna de ellas —comentó Charlie—. En cualquier caso, alguien tiene que hablar con estas mujeres.

—¿En serio debemos darle prioridad a eso ahora? Me parece un poco improbable que puedan aportar algo. ¿No sería mejor concentrarnos en los que estuvieron en la fiesta?

—No pasa nada por interrogarlas. —Charlie llamó a Micke y le dio los nombres de las mujeres. ¿Podría averiguar sus números y concertar una cita para charlar un poco con cada una de ellas?

—Justo ayer hablé con una —dijo Micke—: Gunlis Andersson. Es mi abuela. Y hay una cosa que te puedo adelantar desde ahora mismo: que si ella hubiera sabido algo de interés, hace tiempo que me lo habría contado.

—Pues contacta con las otras —le pidió Charlie.

Allí y entonces

Rosa dice que si hay algo que siempre ha deseado es una hermana. Incluso se lo había rogado a Dios en sus oraciones.

—Y mira tú por dónde —dice mientras acaricia la mejilla de Alice—, es casi como para creer que existe a pesar de todo.

—Dios no existe —zanja Alice.

—Eso no lo sabemos —comenta Rosa propinándole un ligero golpe en el brazo. Alice se lo devuelve.

Rosa la golpea una vez más, en esta ocasión con un poco más de fuerza. No tardan en acabar rodando por la hierba.

—¿Te rindes? —pregunta Rosa. Se ha sentado a horcajadas sobre la cintura de Alice y le ha inmovilizado los brazos y las manos con sus rodillas.

—Me rindo —dice Alice entre risas.

—¿Ves como soy más fuerte que tú?

—Ya lo veo.

—Y que sepas una cosa —Rosa se inclina tanto hacia delante que su pelo le hace cosquillas a Alice en la cara—: si alguien te hace daño, tendrá su merecido. Lo digo en serio, Alice: tendrá su merecido.

Rosa no le teme a nada, ni siquiera a los chicos de los ciclomotores que avanzan hacia ellas hasta que están cerca, demasiado cerca. Rosa les escupe y los apunta con el dedo provocadoramente. Alice no entiende cómo se atreve. Acto seguido, uno de ellos detiene la moto, se levanta la negra visera del casco y le grita a Rosa que, como castigo, deberían follarla con pollas flácidas.

—¡A ti y a tu puta madre sí que deberían follaros con pollas flácidas! —le grita.

Alice mira a Rosa y espera el golpe.

Pero Rosa, en lugar de abalanzarse sobre el chico o de empezar a darle patadas a la moto, se echa a reír.

¿Qué amenaza era ésa? ¿Se supone que debía asustarse?

—Qué ridículo —dice Rosa cuando se van de allí—, como si yo me asustara de una cosa así.

Alice asiente con la cabeza, aunque apenas ha entendido nada de lo que se han dicho.

—Es que si la polla no está dura, no se puede follar. —Rosa la golpea en el costado—. Eso lo sabe hasta un niño.

—Voy a ir al quiosco. Cojo el coche, ¿vale? —dijo Charlie cuando llegaron al motel—. Tengo que comprar tabaco.

—¿Y por qué no me pediste que pasara por allí?

—Porque se me olvidó.

Delante del quiosco había unos jóvenes. ¿Eran los mismos de antes? Charlie detuvo el vehículo. Al bajarse vio cómo uno de los chicos le daba un empujón a una chica. Se acercó a ellos.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Los jóvenes se quedaron mirándola sin decir nada.

—Os he preguntado si todo va bien —repitió mientras miraba al chico que le había dado el empujón a la chica.

—¿Y a ti qué te importa? —soltó un chico algo mayor.

Charlie sacó la placa.

—Tan sólo ha sido una broma —se apresuró a decir el chico que había empujado a la joven—. ¿No tiene la policía cosas más importantes que hacer estos días que meterse con la gente que gasta bromas?

—¿A ti te ha parecido divertido? —preguntó Charlie dirigiéndose a la chica. Y fue en ese instante cuando descubrió que se trataba de Sara, una de las chicas que se había quedado en Valls hasta bien entrada la madrugada la noche en la que Annabelle desapareció.

Sara se encogió de hombros. Había bebido, advirtió Charlie. Trece años y ya estaba borracha a primera hora de la tarde un día de entre semana.

—Vente conmigo, te llevo a casa.

—Déjala en paz —le soltó el chico del empujón—. Ya nos ocupamos nosotros de ella.

—Voy a llevarla a casa —zanjó Charlie.

Sara volvió a encogerse de hombros y la acompañó sin protestar.

—Te llamas Sara, ¿verdad? —le preguntó Charlie una vez sentadas en el coche.

—¿Cómo lo sabes?

—Estabas en la fiesta la noche en la que Annabelle desapareció.

—Sí, pero ya he hablado de eso con tus compañeros. No vi nada. Ni noté nada raro.

—Aquí nadie ha visto nada raro, pero lo cierto es que ha pasado algo raro.

El teléfono de Sara sonó. Estuvo un buen rato rebuscando en el interior del bolso para cogerlo, pero se rindió cuando no dio con él.

—¿Dónde vives? —siguió preguntando Charlie.

Sara dijo una dirección que Charlie conocía.

—¿Se van a enfadar tus padres?

—«Mi padre» —la corrigió Sara antes de entrarle hipo—. Y no, no se va a enfadar. Lo más probable es que ni siquiera se haya dado cuenta de que no estoy. Es un borrachuzo —explicó—. Lo único que le preocupa es que no me suba al coche de un desconocido. —Se echó a reír—. Espero que sólo se refiriera a hombres desconocidos.

La casa de Sara era de ladrillo marrón, y en una de las ventanas había un candelabro de adviento. Charlie no pudo evitar pensar en las cortinas navideñas que colgó el último año en las ventanas de Lyckebo.

—¿Quieres que entre contigo? —se ofreció Charlie.

—No hace falta —dijo Sara—. Voy yo sola.

Sin embargo, se quedó sentada en el coche sin ni siquiera desabrocharse el cinturón de seguridad.

—Bonita canción —comentó mientras movía la cabeza en dirección a la radio donde sonaba *Forever Young*, de Alphaville—. Pero la letra es triste de la hostia.

Charlie estaba de acuerdo. Era triste.

Puede que hasta terrible, pensó Sara. Porque ¿quién quería ser joven para siempre? No se podía imaginar nada peor. Todos esos adultos que decían que tenían nostalgia de su juventud... O la habían olvidado por completo o eran tontos del culo. Se echó a reír de nuevo. Charlie también se rió y dijo que estaba de acuerdo, que ella era una de las que no la habían olvidado. No se podía imaginar nada peor que ser eternamente joven.

—En cierto sentido casi me habría gustado ser ella —dijo Sara mientras ponía una mano en el tirador de la puerta.

—¿Quién?

—Annabelle.

—¿Por qué? —le preguntó Charlie al tiempo que le clavaba una tensa mirada.

—Porque, a pesar de todo, ha conseguido salir de aquí. Esté donde esté.

—¿La conoces bien?

Sara negó con la cabeza. Annabelle no era de ese tipo de personas que se relacionaban con chicas más jóvenes.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe?

—Segurísimo —dijo Sara.

—Te voy a dar mi tarjeta. —Charlie rebuscó en su bolso hasta que consiguió sacar una tarjeta de visita.

—¿Para qué?

—He pensado que tal vez la necesites. Por si te acuerdas de algo más de lo que sucedió aquella noche, lo que sea... O para lo que quieras.

—De acuerdo. —Sara cogió la tarjeta. Estuvo dándole vueltas un buen rato antes de bajarse del coche y echar a andar en dirección a la casa.

Charlie siguió con la mirada sus tambaleantes pasos por el retrovisor; los cortos pantalones dejaban ver sus delgadas piernas. Durante unos segundos tuvo la sensación de que era ella la que se dirigía a una casa donde reinaba el caos. Quiso abrir la puerta y gritarle que todo saldría bien, que al final todo se arreglaría, pero ¿cómo iba a poder prometerle algo así? «Los servicios sociales —se dijo mientras conducía de regreso al motel—. Me pondré en contacto con los servicios sociales. Aunque lo más probable sea que eso no cambie nada. Al menos si trabajan de la misma manera que cuando yo los necesité. Aquí todo sigue igual —pensó Charlie—. En el fondo, nada ha cambiado».

Fredrik tomó un buen trago de *whisky*. Recordó las desagradables preguntas que la policía le había hecho. ¿Alguna vez habían sido violentos con su hija? Bueno, en alguna ocasión las discusiones entre Nora y Annabelle habían ido a más, y él había tenido que interponerse y separarlas para que no se hicieran daño. ¿Había actuado mal al ocultárselo a los policías? No, decidió, tan sólo los llevaría a seguir una pista falsa. Pero lo cierto era que las dos discutieron el día en que Annabelle desapareció. Eso sí se lo había contado a la policía. Repasó mentalmente ese viernes. Había hecho horas extra y no llegó a casa hasta las siete. Nora tenía la cena lista. Parecía alterada —de eso sí se acordaba—; alterada y distraída. Le preguntó si habían discutido, y ella contestó que no se habían puesto de acuerdo sobre la hora de llegada y que luego vio que le faltaba un vestido. Nada grave.

Fredrik tomó otro trago. ¿Qué sabía en realidad acerca de su mujer?

No tenía familia —le había dicho ella el día en el que, por fin, aceptó tomar un café con él hacía ya muchos años—, a excepción de una familia de acogida de Mariestad con la que no deseaba mantener ningún contacto.

¿Por qué?

Ella no quiso profundizar en ello.

¿Y cómo acabó en Gullspång?

Por los alquileres, por el bajo precio de los apartamentos. Él se rió y dijo que a él le había sucedido lo mismo. Luego intentó averiguar más cosas, pero ella no estuvo por la labor de seguir contestando a sus preguntas. Dijo que era una persona a la que le gustaba mirar hacia delante y no hacia atrás.

Cuando Fredrik le pidió que se casara con él, tan sólo un año después, apenas sabía mucho más del pasado de Nora que lo que ella le había revelado en su primer encuentro. Entonces no le molestó gran cosa. Pero luego comprendió que pensara lo que pensase Nora, uno no podía olvidar una parte tan importante de su propia vida. Las pesadillas de Nora lo despertaban cada noche; sus manos sobre la cara, sus gritos... Cuando él le preguntaba por lo

que había soñado, ella decía que no se acordaba. Y cuando Fredrik le hablaba de los golpes y de los gritos, Nora se encogía de hombros y respondía que eso le pasaba desde que era pequeña. Que siempre había sido una niña con unos sueños muy intensos.

Fredrik pensó en la alegría que tenía Nora cuando entraron a vivir en aquella casa. Todo estaba roto y desvencijado, pero ella no pareció verlo.

«Aquí, Fredrik, aquí creo que puedo ser feliz».

Pero ¿había sido feliz alguna vez?

—¿Tiene hambre? —quiso saber Erik cuando Charlie volvió al motel—. Su colega está allí. —Señaló a Anders, que se hallaba sentado a una mesa junto a la ventana, al fondo del local—. Siéntese, ahora le llevo la comida.

Al comentar Anders que había tardado mucho, Charlie se dio cuenta de que se le había olvidado comprar tabaco.

—He llevado a casa a una chica —dijo—: Sara Larsson. Una de las que estuvo en la fiesta.

—¿Y has averiguado algo nuevo? —preguntó Anders.

—Estaba bastante borracha. Así que habrá que volver a hablar con ella. ¿Qué? —añadió al ver la cara que puso Anders.

—Una chica de trece años borracha —indicó Anders—. Pero si es sólo una cría... Qué trágico. Y qué pena.

Charlie estaba de acuerdo. Aquello daba mucha pena.

—Hay que volver a interrogarlos a todos —concluyó Anders.

Hizo ademán de continuar hablando, pero decidió callar cuando vio que dos personas se sentaban a la mesa contigua. Miró en dirección a la cocina y preguntó por qué no les habían traído la carta. ¿Cómo sabría Erik lo que querían comer?

—Creo que es plato único —dijo Charlie—; al menos así era cuando yo vivía aquí.

Lo cierto era que le habría gustado llevarse la comida a la habitación para poder repasar juntos y con más detenimiento todos los datos del caso. Además, estaba luchando contra una especie de ganas de huir. Toda esa gente del local... No pensaba que fuera a reconocer a nadie, pero al mismo tiempo creía ver rasgos familiares en cada una de las caras en las que posaba la mirada.

Anders empezó a hablar del verano y de las vacaciones, que no resultaban ser del gusto de su mujer. Ella quería ir en julio a Torekov, a casa de sus

padres, y luego visitar a su hermana. Y ahora que tenían que repartir las semanas, iba a ser más complicado, y...

¿Qué más daba las semanas que fueran, preguntó Charlie, si de todos modos se encontraba de baja maternal?

Y Anders se metió en una larga disquisición acerca de lo inconveniente que resultaba que no coincidieran con las vacaciones de los suegros, porque Maria ya contaba con que éstos les aliviaran un poco la carga del niño y con tener, así, más tiempo libre.

Le interrumpió una mujer con un cuaderno en la mano que se puso en cuclillas junto a su mesa. Se disculpó y dijo que sólo quería hacer unas preguntas sobre la investigación.

—Sin comentarios —respondió Anders.

—Pero yo...

—Como ya he dicho, sin comentarios. Tendrás que acudir a la rueda de prensa como los demás.

—Nadie me ha informado de que haya una rueda de prensa.

—Ya te informarán cuando se convoque —repuso Anders.

La periodista se volvió esperanzada hacia Charlie, pero cuando se percató de que tampoco a ella iba a sacarle nada, se levantó bruscamente y se marchó.

—Una cosa está clara —dijo Anders—: que todos estos buitres se nos echarán encima si no resolvemos este caso.

—Bueno, supongo que están en su derecho.

Anders consultó su reloj.

—No llevamos aquí más que siete horas.

—Sólo te estoy diciendo que es mejor que no la caguemos.

—Hablas como una adolescente.

—Hablo como me da la gana... —replicó Charlie—. Por cierto —continuó cuando Erik apareció con dos grandes platos de patatas fritas, filetes y salsa bearnesa—: suerte con los carbohidratos.

—De todos modos, es extraño —objetó Anders mientras miraba su plato — que no haya otra elección. ¿No te parece que debería haber alguna ensalada o algo así como alternativa?

—Sí, claro —respondió Charlie, porque le daba pereza explicarle que todos los que intentaban ofrecer una amplia oferta en aquel pueblo de mala muerte acababan cerrando. Así sucedió, al menos, cuando ella vivía allí.

—Esto se va a ir a la mierda —aseguró Anders.

—Espero que te estés refiriendo a tu régimen —contestó Charlie.

Junto a la barra parecían haberse reunido los clientes habituales.

—¿Qué les ha pasado en los brazos? —Anders los señaló con un movimiento de cabeza—. ¿Se han peleado con navajas?

Charlie les miró los desnudos brazos, llenos de arañazos.

—Es por la fábrica —le aclaró—. La fábrica de madera contrachapada. La mayoría de la gente de aquí trabaja en ella.

—¿Y no llevan ropa de protección?

—Sí, pero allí dentro hace un calor de mil demonios en verano. Es por la madera, se hacen esos arañazos cuando manipulan la madera cortada.

—Creía que había máquinas para eso.

—Seguro que las hay, pero quizá no sean tan baratas como las personas. Anders volvió a mirar hacia la barra.

—Yo no podría... O sea, trabajar en una fábrica y encima arañarse así...

—No todas las personas pueden elegir.

—Siempre existe la posibilidad de elegir.

—Eso lo dicen los que han nacido con suerte.

—Aun así siempre se puede...

—No —lo interrumpió Charlie—, eso es una auténtica gilipollez.

Comieron un rato en silencio. Charlie miró al exterior a través de los sucios ventanales. Todavía hacía sol, aunque eran ya casi las nueve de la noche. En el césped que había entre el motel y la fundición aún estaba el laburno. Se hallaba en plena floración. En una ocasión, siendo niña, cogió un racimo de esas flores amarillas y empezó a comérselas. Betty se puso a gritar, la forzó a abrir la boca y la obligó a escupir. Escupir o morir. Después, Charlie arrancó a llorar porque le había hecho daño en la boca. «Ya, pero es que tenía que sacártelas; si no, habrías muerto. ¿O era eso lo que querías? ¿Eh? ¿Querías morir?». ».

Y por mucho que Charlie intentara explicar que no había tenido ningún deseo de morir, que aquello sucedió porque las flores parecían mazorcas de maíz, Betty convirtió aquel episodio en un relato protagonizado por la candidata al suicidio más joven de la historia. «¿Qué habría sucedido si yo no hubiera estado? —solía decir cuando hablaba de lo ocurrido con la gente que acudía a sus fiestas—. ¿Qué habría pasado si la niña se hubiera comido un racimo de flores de laburno como si fuese una mazorca de maíz?». ».

El murmullo y el tintineo de cubiertos del local se transformaron en un apagado ruido de fondo. Charlie pensó en la casa de Lyckebo, en aquel jardín de cerezos en flor, en Betty abriendo las ventanas y poniendo el viejo tocadiscos para que pudieran cantar al son de la música:

*¿Tú y yo
cogeremos cerezas en mi jardín?
Coge lo que quieras,
coge cuanto quieras,
si te atreves,
de mi jardín.*

Charlie estaba tan absorta en sus pensamientos que se sobresaltó cuando Jonas les sirvió dos buenos chupitos. Y antes de que les diera tiempo a protestar, él ya se había ido a la mesa de al lado.

—¿Los has pedido tú? —quiso saber Anders.

Charlie negó con la cabeza y Anders llamó a Jonas. Se había equivocado.

—Cortesía de la casa —contestó Jonas—. Siempre invitamos a unos chupitos tras la comida. Y se los he puesto dobles, por lo del error de la habitación.

Charlie lo siguió con la mirada hasta que desapareció por las puertas de vaivén que había tras la barra del bar. Se le veía estresado, torpe, nervioso.

—¿Qué piensas de él? —dijo Charlie mientras movía la cabeza en dirección a las puertas.

—Ya hablaremos si acaso. Pero tú misma lo has oído: estaba en la fiesta cuando Annabelle desapareció.

—No sabemos la hora exacta a la que ella se marchó de la fiesta, los datos son contradictorios.

—Ya, supongo que ninguno de los jóvenes lo tiene muy claro —comentó Anders—. La mayoría de ellos parecían haber estado prácticamente inconscientes. ¿Piensas beberte eso? —preguntó cuando vio a Charlie coger su chupito.

—No sé lo que harás tú —respondió ella antes de darle un buen trago a aquel líquido negro y viscoso—, pero yo suelo respetar eso de donde fueres, haz lo que vieres.

En ese instante sonó el teléfono de Anders, quien, tras mirar la pantalla, se levantó y salió del local. Charlie sabía que su compañero estaría fuera un buen rato. Aquel chupito, intacto, se hallaba ahora frente a ella pidiendo ser bebido. Antes de que Charlie tuviera ocasión de pensar que no debería beber más ya se lo había tomado todo de un trago. Como si fuera una señal acordada, Jonas se acercó a la mesa y le preguntó si quería otro.

Charlie negó con la cabeza. Estaba allí para trabajar.

—Siento lo de la reserva —se excusó Jonas—. Espero que no les haya causado ningún problema.

Charlie miró por la ventana y vio a Anders andando de un lado para otro con el teléfono apretado fuertemente contra la oreja y con cara de preocupación.

—No pasa nada —contestó ella—. Todos cometemos errores.

Al parecer, Anders tardaría un buen rato en acabar de hablar con su mujer. A Charlie le dio tiempo a terminar de cenar y a empezar a navegar por internet con el teléfono. La noticia de Annabelle ocupaba las primeras páginas de los dos periódicos vespertinos. En *Aftonbladet* aparecía una imagen de aquel camino de grava por el que se suponía que Annabelle debería haber regresado a casa aquella noche. La foto estaba hecha de madrugada, el rocío brillaba en los abetos. Charlie pensó que quizá no fuera mucha la gente que elegiría ir por un apartado camino del bosque en mitad de la noche, que tal vez Annabelle no fuera de ese tipo de personas que temían a la oscuridad. Bebió un poco de agua y, de pronto, se sintió nuevamente mal. Se levantó y fue avanzando entre la multitud hasta el cuarto de baño. Había cola en el de mujeres, de modo que se metió a toda prisa en el de hombres, donde no había nadie. Entró corriendo en uno de los compartimentos, se inclinó sobre la taza del váter, que apestaba a amoníaco, y vomitó. No solía pasarlo tan mal cuando estaba resacosa. Volvió a pensar en la sertralina. ¿Habría empezado ya a sufrir los síntomas de la abstinencia? ¿Cuántos días llevaba sin tomarse las pastillas? No había podido atender la llamada que le había hecho el médico, y encima se le había olvidado devolvérsela. «Mañana —pensó—. Mañana lo hago».

Nada más salir del compartimento se cruzó con un par de alegres ojos marrones en el espejo que quedaba por encima de los urinarios.

—Creo que te has equivocado de baño.

—Perdón —murmuró. Y se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde has estado? —preguntó Anders cuando Charlie volvió.

—En el baño.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ¿y tú?

—Hay una pequeña crisis en casa. Dolor de estómago. Maria piensa que quizá sea un cólico. Le han recetado unas gotas pero al parecer no le están

haciendo efecto. No hace más que llorar. Y Maria está agotada.

—Yo me volvería loca —respondió Charlie.

—Pues eso es lo que le ha pasado a ella —se le escapó a Anders—. Bueno, perdón —se corrigió mientras se limpiaba la boca con la servilleta—; lo que quiero decir es que quién no se volvería loco.

Charlie miró por detrás de Anders. El chico del cuarto de baño se hallaba sentado en un rincón, al lado de un pequeño escenario. Estaba hablando con un hombre de la misma edad, pero de vez en cuando miraba en dirección a la mesa en la que ellos se encontraban. Era guapo; y, sin embargo, no parecía ser consciente de ello, como a Charlie le gustaba. Tenía el pelo algo rizado y llevaba unos cuantos días sin afeitarse. Si ella no se hubiera encontrado allí trabajando, tal vez se le habría acercado, si bien es cierto que cuando estaba de servicio no ligaba. Ésa era una de las reglas que se había impuesto (Hugo sería la única excepción). Pero si no hubiera tenido esa clase de reglas, él sería justo el tipo de hombre con el que podría calmar sus nervios. Miró de reojo su perfil. ¿Había algo en él que le resultaba familiar? ¿Era de Gullspång? No lo creía, aunque no estaba segura. ¿Qué edad tendría? ¿Treinta y cinco? ¿Menos?

Y de pronto él se dio cuenta de que Charlie lo estaba observando. Sus miradas se cruzaron y a ella le pareció ver una promesa en sus ojos, una promesa de que él no se mostraría inaccesible en el caso de que ella decidiera traspasar el límite.

—¿No vas a comer más? —le preguntó Anders señalando con la cabeza su plato, donde las patatas fritas estaban intactas.

—No. Intento dejar los carbohidratos.

—Contigo hay que tener mucho cuidado con lo que se dice. —Anders le cogió unas patatas—. Porque luego lo utilizas en contra de uno.

Charlie se las acercó. Sí, podía cogerlas todas, ella no quería más.

—Por cierto, ¿reconoces a alguien? —quiso saber él después de dejar limpio el plato de Charlie.

—Hace una eternidad que viví aquí.

—¿Y tu madre? ¿Dónde vive?

—Está muerta.

—¿Muerta?

—Sí, muerta.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—No me lo has preguntado.

—Claro que sí. Te pregunté si la veías a menudo.

—Y yo te contesté que hacía mucho que no la veía —respondió Charlie—, lo cual no es ninguna mentira.

—Lo interpretas todo de forma tan literal que a veces uno está casi tentado a pensar que tienes síndrome de Asperger.

—No lo interpreto todo de forma literal. Tan sólo lo que me da la gana. Ésa es la gran diferencia. Si tuviera asperger no podría trabajar en esto.

—¿Por qué no? —preguntó Anders.

Charlie suspiró.

—Pero ¿tú no habías estudiado Psicología?

—Sólo un semestre.

—A veces me pregunto si no será una mentira.

—¿Por qué?

—Porque... —«Porque no te acuerdas de lo más importante», quiso decirle—. Porque... parece que se te ha olvidado alguna que otra cosa.

—No fui un estudiante muy aplicado. Acababa de conocer a Maria y supongo que tenía la cabeza en otra parte.

—El amor —concluyó Charlie— puede realmente atontar a la gente.

Miró de nuevo por la ventana. En el aparcamiento un grupo de jóvenes se habían congregado en torno a un viejo tractor EPA.

—¿Y qué pasó? —continuó Anders—. ¿Qué pasó con tu madre?

—Lo de siempre. Se puso enferma y murió.

Anders quiso saber de qué enfermedad, cómo murió, cuántos años tenía Charlie entonces, pero ella dijo que no estaba allí para ahondar en su pasado, sino para encontrar a una chica desaparecida.

—Bueno, una cosa no quita la otra —respondió Anders.

Un cantautor subió al pequeño escenario que había al fondo del bar. Cogió el micrófono y empezó a hablar de la jornada de búsqueda. Él mismo había participado, y esperaba que al día siguiente consiguieran reunir a tanta gente como hoy. Porque una cosa estaba clara: la buscarían hasta encontrarla.

Un murmullo recorrió el local. Por supuesto que sí, joder. Un hombre de mediana edad levantó su vaso, pero lo bajó de inmediato, como si se hubiera dado cuenta de lo inapropiado que resultaba hacer un brindis por una cosa así.

—La encontraremos —comentó un hombre que tenía una camiseta con las mangas cortadas—. No nos rendiremos hasta encontrarla.

El cantautor empezó a cantar. Anders puso los ojos en blanco mirando al techo.

Sally called when she got the word,

*And she said: «I suppose you've heard
About Alice».*

—Me voy a acostar —dijo Anders.

—Ahora subo —le respondió Charlie—. ¡Joder! —continuó cuando vio que Anders le clavaba una mirada que decía que debería acompañarlo—. Déjame al menos que termine de escuchar la canción.

*We grew up together,
Two kids in the park,
We carved our initials,
Deep in the bark...*

Un grupo de mujeres que parecían llevar una copa de más habían empezado a bailar delante del escenario, y, cuando el cantante llegó al estribillo, el público se unió a él en un coro: *Alice, Alice. Who the fuck is Alice?*

Dos jóvenes entraron en el local. Al acercarse a la barra, todas las miradas se posaron sobre ellos. Charlie reconoció sus caras de la pizarra de la comisaría. El rubio de anchas espaldas era nada más y nada menos que Svante Linder, el hijo del propietario de la fábrica, y el que lo acompañaba, el exnovio de Annabelle, William Stark. Jonas, que atendía el bar, se apresuró a terminar lo que estaba haciendo para servirles a sus amigos unas cervezas que no les cobró.

Charlie miró a Jonas, quien dio la impresión de estar nervioso, tenso. ¿Temía que lo pillaran invitando a la gente? ¿O acaso Erik había dado su visto bueno?

De pronto, frente a Charlie apareció una mujer de unos cuarenta años diciendo que venía a quitar las mesas porque la gente quería bailar. No las habían quitado antes, como solían hacer cuando los clientes terminaban de cenar, porque pensaban que —teniendo en cuenta las circunstancias— nadie desearía bailar, pero estaba claro que se habían equivocado.

—¿Y no hay sitio para bailar sin quitar las mesas? —preguntó Charlie.

La mujer dijo que era más que nada por su propio bien, porque si no, la gente chocaría no sólo con la mesa, sino también con ella.

—Es por los malditos chupitos de regaliz. Ya le he dicho a mi marido que dejemos de invitar, pero se niega.

—¿De modo que es usted la mujer de Erik?

Ella asintió con la cabeza. Era Linda, la esposa de Erik.

—Qué bien tener una empresa familiar —dijo Charlie.

—No, no lo es. Si por mí fuera, volveríamos ahora mismo a la ciudad. Yo no soy de aquí, soy de Skövde... Pero Erik no quiere dejar este pueblo. Dice que es un lugar seguro y tranquilo para que crezcan nuestros niños y supongo que siempre he pensado que tenía razón, pero ahora..., con todo lo de Annabelle, ya no sé qué creer. ¿Saben algo ya? ¿Tienen alguna teoría?

—Nada de lo que pueda hablar.

—Claro. —Linda se rió—. ¿En qué estaría yo pensando? Es que se queda una tan preocupada... Es todo tan desagradable... Todo parece indicar que hay alguien que... que ha hecho algo con ella. Ya nadie cree que se haya ido voluntariamente. —Bajó la voz y se acercó un poco más—. Es terrible imaginar que tal vez haya un criminal entre nosotros, alguien al que podría haberle servido una cerveza y con el que podría haber charlado.

—¿Está pensando en alguien en particular? —preguntó Charlie.

—No, si así fuera, me habría puesto en contacto con la policía, claro. Lo que pasa es que siempre hay bronca en torno a esa chica.

—¿Qué quiere decir?

—Pues eso, lo que estoy diciendo. Que cuando ella está aquí suele haber peleas. —Linda señaló con la cabeza en dirección a Svante Linder y William Stark, quienes, de repente, habían conseguido hacerse con una mesa que un momento antes estaba ocupada—. Esa chica sabe realmente cómo crear un drama a su alrededor, por decirlo de alguna manera.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que le encanta ligar, a que los tíos se sienten atraídos por ella como las moscas por la mierda y se pavonean a su alrededor compitiendo por llamar su atención.

—Si está pensando en algo concreto, me gustaría que me lo contara —comentó Charlie.

Linda negó con la cabeza; no tenía nada más que añadir.

—¿Le importa que movamos un poco la mesa? Así podría quedarse un rato... —comentó cambiando de tercio.

—Me voy a ir en breve —contestó Charlie—. Mientras tanto me sentaré en el bar.

Pidió una cerveza, se dio la vuelta en el taburete de la barra y recorrió el local con la mirada. Era como si se encontraran en un barco que se hallaba en plena tempestad. La gente se mecía de un lado para otro cuando estaba parada, de pie, y se apoyaba contra la pared cuando caminaba. En la mesa de

Svante Linder y William Stark se habían sentado unos cuantos jóvenes más. ¿Qué relación había realmente entre ellos? ¿Eran amigos?, ¿competidores?, ¿enemigos? ¿Alguno de ellos, en un arrebato de celos, locura o maldad, se había cargado a Annabelle?

Charlie miró el reloj. Eran casi las once. Ya iba siendo hora de subir a la habitación. Se levantó. Apenas había andado unos pocos metros cuando se topó con el hombre del baño.

—¿Te vas ya? —le preguntó.

Charlie asintió con la cabeza. Se iba. Había sido un día muy largo.

—¿También eres de Missing People?

—Sí —contestó Charlie.

—Por cierto, me llamo Johan —se presentó tendiéndole la mano.

—Lisa. —Al cruzar su mirada con la de él, sintió que algo le resultaba familiar, pero el inconfundible acento de Estocolmo la tranquilizó. Estaba a punto de decirle que necesitaba irse a la cama cuando descubrió un paquete de Marlboro en el bolsillo de la pechera de su camisa, y, antes de que le diera tiempo a reflexionar, se oyó a sí misma preguntándole si la invitaba a un cigarrillo.

Johan le tendió el paquete de tabaco y un mechero.

—¿Piensas fumar aquí dentro? —inquirió él cuando ella encendió el cigarrillo.

—No sería la única. —Charlie señaló con un gesto varios sitios en los que había gente fumando.

—Pues yo voy a salir —dijo Johan—. Me marea fumar en un lugar cerrado.

Charlie lo acompañó al exterior, hasta la pequeña escalera de la entrada. El viento debía de haber cambiado porque el olor de la fábrica de papel había desaparecido y había sido sustituido por un delicioso aroma de lilas.

—¿Eres de aquí? —preguntó.

—De Estocolmo. ¿Y tú?

—También.

—No te he visto —declaró Johan—. Me refiero a hoy, en la búsqueda.

Charlie pensó que no debería haber optado por mentirle a ese hombre. No había salido de juerga, ni a ligar, de modo que no tenía por qué inventarse historias. ¿Qué estaba haciendo?

—Bueno, éramos muchos —repuso Charlie.

Johan asintió con la cabeza. Había sido fantástico, pensó, ver la cantidad de gente que se había reunido. Había algo en ese pueblo que lo conmovía: el

compromiso, la unión entre la gente, la esperanza de encontrar a la chica con vida.

—En cualquier caso, no parece que esté en la zona más próxima al pueblo —continuó—; a no ser que haya acabado en el lago.

—No tiene fondo.

—¿Qué has dicho?

—Que llevará su tiempo —zanjó Charlie—. Ese lago... al parecer es muy profundo.

—¿Y tú qué piensas? —Johan se volvió hacia ella—. Quiero decir: ¿qué crees que estamos buscando? ¿A una persona viva o...?

—No lo sé, no parece que haya mucha esperanza.

—Vi a su padre ayer por la mañana. Quería participar en la batida, pero se encontraba tan mal que no pudo. Aunque entiendo que quisiera hacerlo. Yo me volvería loco si tuviera que quedarme en casa esperando.

En ese instante sonó el teléfono de Johan. Se disculpó y dijo que tenía que cogerlo. Desapareció rápidamente en dirección al aparcamiento.

Charlie entró y se encaminó al baño. Estaba lleno de mujeres de todas las edades riendo.

Sólo había agua fría. Puso las manos bajo el chorro del grifo mientras se miraba en el espejo. «Un fantasma —pensó—. Parezco un puto fantasma».

—¡Charline! —gritó de pronto, a sus espaldas, una voz que se le antojó conocida—. Al principio creí que había tomado demasiados chupitos, pero ahora veo... ahora veo que eres realmente tú.

Charlie se dio la vuelta.

—¿Susanne?

—Veinte kilos más tarde. Dios mío, ¿de verdad eres tú, Charlie? Te vi en el bar y me resultaste familiar, aunque no me atreví a pensar que... Pero ahora que veo tus ojos y la cicatriz... —señaló la sien de Charlie—. ¡Joder, Charlie! ¡Al final has acabado volviendo!

—¡No sabes cuánto te he echado de menos, Charline Lager! —exclamó Susanne. Ya habían regresado del baño y se encontraban sentadas en el bar, en una de las mesas que había junto a la pared.

—Yo también —contestó Charlie. Y al decirlo sintió que era cierto. Realmente había echado de menos a Susanne, el tener cerca a una persona que supiera tanto de su pasado, había echado de menos sus conversaciones y esa manera de reírse juntas cuando las cosas se ponían difíciles.

—Pues si tanto me echabas de menos, podrías haber contactado conmigo, ¿no? —le recriminó Susanne con una sonrisa—. No pasa nada —continuó al ver la cara de Charlie—, entiendo que tuvieras que marcharte. Que quisieras volver a empezar.

—Debería haber dado señales de vida —respondió Charlie—. No sé por qué no lo hice.

Permanecieron un rato en silencio, como si necesitaran reflexionar sobre el paso del tiempo.

—¿Y ahora? —dijo Susanne—. ¿Cómo es que has venido? ¿Eres miembro de Missing People?

Charlie le explicó por qué se encontraba allí.

—¿Policía? —Susanne sonrió; sí, debería habérselo imaginado. La verdad era que le pegaba mucho. Luego se puso seria. Qué terrible, dijo, lo de Annabelle. No entendía cómo alguien podía desaparecer sin dejar rastro.

—Siempre se deja algún rastro.

—Espero que la encontréis, de verdad. No quiero ni pensar cómo estarán sus pobres padres.

—¿Los conoces?

Susanne negó con la cabeza. Sabía de quiénes se trataba, pero eran mayores.

—¿Te apetece un *hot shot*? —preguntó—. Por nuestra vieja amistad.

Charlie le echó una mirada llena de añoranza a la barra y contestó que eso sonaba muy bien pero que estaba allí por trabajo y...

—Bueno, por tomar uno no te va a pasar nada —la animó Susanne; y antes de que a Charlie le hubiera dado tiempo a protestar, Susanne ya había empezado a abrirse camino hacia la barra. Regresó de inmediato con dos buenos chupitos colmados con nata.

—No lo entiendo —dijo—; de verdad que no entiendo que no sean capaces de prepararlo sin que se les corte. —Levantó la copa para enseñar cómo el café había bajado y se había mezclado con el Galliano—. Seguro que es porque les compran esa mierda de alcohol de garrafón a los camioneros del Este. Me apuesto lo que quieras a que esto es vodka coloreado; si no, no tendría este aspecto. En fin, ¿qué más da? —prosiguió diciendo para, a continuación, acercarle uno de los vasitos a Charlie—; se mezclará todo en el estómago.

—Hace una eternidad que no tomo *hot shots*.

—Pues ya va siendo hora. ¡Salud!

—¡Salud!

Se los tomaron de un trago.

—Bueno, ¿y qué es de tu vida? —preguntó Charlie.

—Ufff, ¿por dónde empezar? —dijo Susanne limpiándose un poco de nata con el dorso de la mano—. Como se suele decir, ha llovido mucho desde entonces.

—¿Qué tal tus padres?

—Mi padre murió.

Charlie le dio el pésame, pero Susanne contestó que ya se lo esperaban y que lo único que le sorprendió fue que hubiera conseguido vivir tantos años. Su muerte no sólo le produjo tristeza, continuó, sino también un cierto alivio porque a raíz de eso su madre dejó la bebida. Era más bien como si hubiera ganado un progenitor en lugar de perderlo.

—Creo que mi madre es la única persona que queda de la vieja pandilla. —Y, acto seguido, Susanne empezó a nombrar a todos los que solían organizar fiestas en Lyckebo que ya estaban muertos.

Nada más concluir, Charlie se percató de que se le había olvidado el primero que falleció; se había olvidado de Mattias.

—De vez en cuando pongo una flor en la tumba de Betty —agregó Susanne—. Siempre que visito la de mi padre.

—Gracias —dijo Charlie mirando hacia la barra y deseando no tener un trabajo en el que pensar.

—Tu madre... Era una borrachuza, pero al menos hacía reír a la gente. Todos se reían mucho con ella. Se merece un brindis.

Susanne se acercó a la barra y no tardó en regresar con dos chupitos más.

—¡Por Betty!

—Por Betty. —Charlie alzó su vasito mientras buscaba en su cabeza la manera de cambiar de tema—. ¿Estás casada? —le preguntó.

Susanne asintió con la cabeza. Se había casado, sí.

—¿Alguien a quien yo conozca?

Susanne negó con la cabeza y contestó que era de fuera.

—¿Tienes hijos?

—Cuatro —respondió Susanne levantando cuatro dedos al aire—. Todos chicos —añadió encogiéndose de hombros como si su sexo fuera un fracaso—. ¿Y tú? ¿Tienes niños?

—No.

—Sabia elección.

—Y tampoco estoy casada —aclaró Charlie adelantándose a la pregunta.

—Eso es más sabio todavía. No conozco ni a una sola persona que se encuentre felizmente casada. Y lo de tener hijos... Sé que suena fatal, pero está demasiado sobrevalorado.

Charlie contestó que eso era una cosa que llevaba sospechando hacía mucho tiempo pero que no podía decirlo a una persona que no tuviera niños.

—Una madre tampoco —apuntó Susanne—. Eso seguro. —Y continuó hablando de los hijos, de que estaban a punto de acabar con ella. Se peleaban, discutían, gritaban. Necesitaba tanto vino como Sobril para aguantar. Sí, ya sabía que era algo que no se debería decir en voz alta, sobre todo lo de las pastillas para los nervios, pero es que ya pasaba de hablar con circunloquios y adornar la realidad. Ella era así. Y punto.

—Quizá fuera eso lo que me atraía de ti —comentó Charlie—. Aquí no había nadie como tú.

—Lo mismo digo —respondió Susanne sonriendo—. Lo mismo digo, Charlie Lager.

Charlie pensó en el día en que se prometieron que nunca beberían. Estuvieron meciéndose en el columpio que colgaba de unas de las ramas del roble que había en Lyckebo y se juraron que nunca tendrían hijos, que nunca beberían, que nunca serían como sus padres. Y en aquel entonces realmente creyeron que lo conseguirían, pero los genes, o el entorno, o lo que fuera, parecían tenerlas a su merced. Empezaron apurando los restos de las copas de las fiestas de Lyckebo y acabaron robando botellas enteras de vino y licor.

Fue después de la primera borrachera cuando en realidad llegó a entender el amor que Betty le profesaba al alcohol. Porque esa sensación, la maravillosa sensación de paz y silencio que se producía en su interior, esa sensación era... Le había encantado desde el primer momento.

—La vida no es como yo esperaba —dijo Susanne.

—Nunca lo es.

—Tal vez no. —Susanne bebió un buen trago—. Pero era bonito cuando todavía se podía soñar.

Charlie asintió con la cabeza.

—Suéltame —le largó de pronto Susanne a un hombre que acababa de ponerle una mano en el hombro—. Suéltame, Svenka.

—¿Por qué estás siempre de tan mal humor? —inquirió ese hombre llamado Svenka.

—Quizá porque no te enteras de que no me gusta que me pongas las manos encima.

—Pero podemos hablar un poco, ¿no?

—Estaba a punto de ir a la barra.

—¿Para pedir qué?

—*Hot shots* —respondió Susanne—. Más *hot shots* para mí y mi amiga.

—¡Arne! —le gritó Svenka a un hombre que había en la barra—. Arne: ponme también dos *hot shots*.

Susanne miró a Charlie y puso los ojos en blanco.

—Aquí tenéis —dijo Svenka orgulloso al traerles él mismo los chupitos—. ¿Puedo sentarme?

—La verdad es que estábamos en una conversación privada —contestó Susanne.

—¿Y quién es tu amiguita? —preguntó él mirando a Charlie, con los ojos envueltos en una niebla de alcohol—. ¿Has venido a buscar a esa chica?

—Se podría decir que sí —respondió Charlie.

—Es policía —terció Susanne—, así que por supuesto que sí.

Svenka abrió los ojos inyectados en sangre de par en par y se inclinó sobre la mesa. Ya era hora de que llegaran refuerzos, pensó. ¿Habían subido hasta Skärven? ¿Habían empezado a interrogar a todos los *inmigratas* que vivían allí?

—¿Qué quieres decir? —inquirió Charlie.

—Tan sólo que si yo fuera policía, empezaría por allí —dijo Svenka antes de apurar su vaso.

—Pues es una suerte que no seas policía —sentenció Susanne.

—Pero ¿es que no os enteráis de nada? —continuó Svenka sin prestar atención al comentario de Susanne—. Es uno de esos putos *inmigratas*. Piensa en todas las bicis que han desaparecido desde que se instalaron aquí. Bueno, tú ríete pero a mí no me hace ninguna gracia, Susanne. ¡Joder, lo que está claro es que antes de los noventa aquí no se robaban bicis!

—¡Y una mierda! —soltó Susanne—. Aquí se han robado bicis toda la vida.

—Y luego está lo que pasó con la pizzería —prosiguió Svenka sin inmutarse.

—No sabemos quién le pegó fuego.

—Desde luego, nadie del pueblo. Eso seguro.

—No sólo es acosador de mujeres —comentó Susanne apartando la mano de Svenka por segunda vez, que en esta ocasión había ido a parar a su muslo—. También es racista.

—Qué va. Lo que pasa es que aquí no ha sucedido nada bueno desde que los yugoslavos invadieron el pueblo, y luego están todos esos somalíes que llegaron el año pasado... No es raro que ocurran cosas. Eso es lo único que digo —continuó antes de sacarse el snus de la boca e introducirlo en el vaso vacío que había encima de la mesa—, que si hubiera sido mi hija la desaparecida..., si fuera ella, habría hecho saltar todo el puto Skärven por los aires.

—¿Y eso te devolvería a tu hija? —preguntó Susanne—. ¿Un atentado con bomba?

—Tal vez no —dijo Svenka—, pero ojo por ojo... Lo dice hasta la Biblia.

Susanne se rió y repuso que la Biblia también hablaba de poner la otra mejilla, y que eso de querer hacer saltar por los aires a un montón de gente inocente era una locura, pero Svenka no la escuchó. Se limitó a seguir despotricando contra toda aquella basura que vivía en Skärven, que estaba más claro que el agua que era uno de ellos el que se había llevado a Annabelle para deshacerse del cuerpo en algún sitio.

—Basta ya —acabó diciendo Charlie.

—¿Que basta? —Svenka la miró—. Para ti es muy fácil decirlo. Seguro que tienes un pisazo en alguna calle elegante de Estocolmo y que no has vivido con yugoslavos, somalíes ni demás chusma como he tenido que hacer yo desde los noventa.

—Ella es de aquí —le aclaró Susanne—. Es la hija de Betty, Betty Lager.

De pronto, Svenka transformó su pependiciera mirada y se quedó mirando a Charlie de esa manera que ella tanto odiaba. Después de tantos años en

Estocolmo se le había olvidado lo mucho que esa forma de mirar la incomodaba.

—Ya lo veo —contestó Svenka—. Ahora me doy cuenta de que eres la hija de Betty... Tu madre..., qué mujer. La gente de por aquí sigue hablando de sus fiestas.

—Me lo imagino —respondió Charlie—. Por supuesto que me lo imagino...

—¿Te acuerdas de mí?

Charlie negó con la cabeza. No se acordaba. ¿Cómo se iba a acordar de todos y cada uno de los locos que habían estado en las fiestas de Lyckebo?

—¿Es la primera vez que vuelves desde...? Quiero decir: ¿cuánto tiempo hace que te marchaste?

—Casi veinte años.

—Veinte años... ¡Joder, tía! ¡Cómo pasa el tiempo! Es como si hubiese sido ayer cuando...

—Oye, Svenka —intervino Susanne—: creo que tus amigos quieren que vayas con ellos. —Y señaló en dirección a la barra, donde se había congregado un ruidoso grupo de hombres.

—Vale, vale, ya lo pillo —repuso Svenka—. Pero créeme —levantó un dedo y apuntó a Charlie—: al hombre que buscáis lo encontraréis allá arriba, en Skärven.

—De momento sólo buscamos a una chica —le respondió Charlie.

Siguieron a Svenka con la mirada mientras se alejaba dando tumbos al encuentro de sus amigos.

—No lo recuerdo de Lyckebo —comentó Charlie—. No me suena haberlo visto allí.

—Todos los hombres pasaron en algún momento por Lyckebo, ¿no? —dijo Susanne.

—Oye, lo de que soy de aquí —le pidió Charlie— es mejor que no lo vayas pregonando por ahí. Ahora sólo quiero... sólo quiero concentrarme en resolver este caso. Y me gustaría no tener que hablar de Betty con la gente.

—Lo entiendo —dijo Susanne—. Pero, sinceramente —continuó—, no creo que nadie te vaya a reconocer. No habías estado por aquí desde que eras una niña.

—Pues tú me has reconocido.

—No es lo mismo.

—¿Y Svenka? —Charlie señaló la barra con la cabeza—. No me resulta un tío muy discreto que digamos.

—Svenka es un borrachuzo. Mañana ni siquiera se acordará de que ha estado aquí.

—Un tipo simpático, por cierto —comentó Charlie—, realmente muy simpático y sutil.

Se echaron a reír.

—Lo cierto es que no es tan mal tío como parece —aclaró Susanne—. Es sólo un pobre hombre, un fracasado. Y está muy desorientado. —Se quedó callada un momento mientras recorría el local con la mirada—. Como la mayoría de los que estamos aquí.

Ese día

—«Hoy, mamá ha muerto. O tal vez ayer, no lo sé». —Kalle dejó de leer el libro cuando Annabelle entró e intentó ir sigilosamente hasta su sitio.

—Llegas tarde —constató.

Annabelle asintió con la cabeza.

—Ayer también llegaste tarde, y a la de anteayer ni siquiera viniste.

—Estaba enferma. —Pensó que la obsesión que tenía Kalle por la asistencia resultaba enfermiza. ¿Por qué no se contentaba con sus buenos resultados como la mayoría de los demás profesores?

—Luego hablamos. Acabamos de empezar a leer una novela —le comunicó Kalle. Y, acto seguido, se dirigió al resto de la clase—: ¿Alguien puede decirle a Annabelle qué libro estoy leyendo?

Silencio absoluto. Kalle suspiró. Era increíble que nadie se acordara. ¡Pero si acababa de decirlo hacía tan sólo unos minutos...!

—*El extranjero* —respondió Annabelle—. *El extranjero*, de Albert Camus.

Kalle asintió con la cabeza; sí, exacto. Unas primeras líneas muy conocidas, al igual que el libro. Conocerlo formaba parte de la cultura general. Por eso era especialmente triste, pensó, que nadie recordara el título.

Annabelle se sentó. Kalle se aclaró la voz y retomó la lectura desde el principio. «Hoy, mamá ha muerto. O tal vez ayer, no lo sé. He recibido un telegrama del asilo: “Madre fallecida. Entierro mañana”».

Annabelle pensó en su madre. Si ella muriera, no resultaría del todo imposible confundir los días de esa manera. Siempre había tenido una pésima noción del tiempo. Pero ¿se pondría triste? Un sentimiento de culpa se apoderó de ella por no saberlo a ciencia cierta. Era posible que hasta le supusiera un alivio. «Tal vez sea una psicópata —pensó—. Tal vez sea tan insensible como ese Mersault del libro». Intentó consolarse con la idea de que tampoco era tan raro, teniendo en cuenta que su madre le destrozaba la vida. En los últimos tiempos la cosa había ido a peor, porque no quería decirle

exactamente adónde iba. Lo último que deseaba cuando quedaba con él era que su madre apareciera y se comportara como una loca.

La monótona voz de Kalle sobre el análisis literario que debían realizar se convirtió en un apagado murmullo de fondo. Annabelle miró por la ventana pensando en aquella primera vez con él. Ella estaba en el bar del motel, en el primer baile de la primavera. Había bebido demasiado y bajó a sentarse a orillas del lago para que se le pasara la borrachera. Y fue entonces cuando él apareció y se ofreció a llevarla a casa en coche.

Al principio lo único que pensó fue que él sólo trataba de ser amable, que ella nunca sería capaz de seducirlo; por eso se sorprendió tanto cuando él no le apartó la mano que ella le puso en la pierna. Le pidió que detuviera el vehículo en algún sitio y él así lo hizo.

La clase terminó pero Annabelle no se dio cuenta hasta que Rebecka le chasqueó los dedos frente a la cara. Cuando llegaron al pasillo, recibió la llamada de su madre.

El primer impulso de Annabelle fue no coger el teléfono, pero luego pensó que era mejor responder, porque, si no lo hacía, ella seguiría insistiendo; había llegado incluso a ir al instituto, y hasta le había montado una escena por no haber contestado con la suficiente rapidez.

—Sí... —respondió.

—Me han mandado un mensaje que dice que no has ido a clase de sueco.

Annabelle suspiró. Al final resultó que Kalle le había puesto falta.

—Llegué un poco tarde.

—¿Por qué?

—Porque... Bueno, es que me retrasé un poco, pero nada más. Oye, ahora no puedo hablar. Tengo clase.

Suspiró y colgó sin despedirse.

Rebecka se acercó.

—¿Mami? —inquirió ladeando la cabeza—. ¿Ha sido tu querida mamaíta la que te ha llamado otra vez?

—Sí. Qué gracioso, ¿verdad?

—No entiendo cómo no se cansa. ¿Cómo es posible que alguien pueda estar llamando a todas horas sin cansarse?

—Yo qué sé —dijo Annabelle—. Pero ya sabes que está... —Se calló al no saber cómo seguir. ¿Qué tenía su madre realmente? ¿Nervios? ¿Demencia?

—No te va a dejar salir esta noche.

—Me importa una mierda. Tengo que salir.

—Bueno, ¿me lo vas a contar ya? —Rebecka abrió su taquilla y soltó una palabrota al caerse un libro al suelo.

—¿Contarte qué?

—Contarme quién era. Total, si ya se ha acabado.

—Esta noche, ¿vale? —dijo Annabelle—. Prometo contártelo todo esta noche.

—Vale. Yo también tengo algo que contarte. Pero prométeme que no te vas a enfadar.

Annabelle asintió con la cabeza mientras pensaba que seguramente se enfadaría; eso es lo que pasaba siempre que la gente prometía no hacerlo.

—Se trata de William —anunció Rebecka—. William Stark —añadió cuando Annabelle se limitó a mirarla fijamente sin pronunciar palabra.

—Sé quién es.

—Y, entonces ¿por qué no dices nada?

—Continúa —le espetó Annabelle.

—Nos hemos... Es que él me llamó porque estaba muy triste cuando tú... Y nos hemos estado viendo y... ¡No te vayas! ¡Joder, Bella, no me hagas esto, no te vayas así!

El cantautor se tomó un descanso y se dirigió a la barra. El nivel de ruido de la mesa de Svante y William era elevado.

—Sabes quiénes son, ¿verdad? —dijo Susanne efectuando un movimiento de cabeza en dirección a la mesa.

—Sí —respondió Charlie—. ¿Cómo sabes que lo sabía?

—Se nota que llevas fuera un buen tiempo. —Susanne sonrió—. ¿De verdad crees que se puede tomar declaración a una pandilla de jóvenes por la desaparición de una chica sin que todo el mundo se entere? ¿Se te ha olvidado lo rápido que se extienden aquí los rumores?

Charlie negó con la cabeza. No, no se había olvidado de la velocidad a la que viajaban los rumores o las verdades por el pueblo.

—Háblame de ellos —le pidió—. ¿Cómo son?

—Bueno, ninguno de los dos es precisamente un santo —contestó Susanne—. Mira —continuó cuando Svante se levantó y puso sus manos sobre el pecho de William.

Erik no tardó nada en presentarse frente a ellos. Él y Svante se quedaron mirándose un buen rato. Luego, Erik negó con la cabeza y regresó a la barra.

—No deberían dejarle estar aquí —comentó Susanne—. No entiendo por qué Erik no le niega la entrada; supongo que no se atreve.

—¿Por qué?

—El padre de Svante es el dueño de la fábrica de contrachapados.

—Entiendo —dijo Charlie.

—No es que Erik sea precisamente una lumbrera, pero creo que es lo bastante listo como para darse cuenta de que nadie lo ayudaría si se le ocurriese echar a Svante. Nadie quiere perder el trabajo de la fábrica.

Charlie miró de nuevo hacia la mesa de Svante. Los amigos de Annabelle, pensó. ¿No demostraba una excesiva falta de sentimientos estar tomando cervezas en un bar cuando su amiga había desaparecido sin dejar rastro? ¿O era justo eso lo que necesitaban tras haber participado en una dura batida?

El teléfono de Susanne sonó. Ella se disculpó y lo cogió.

—Sí, ya, ahora voy. Sí, pero me he encontrado con una vieja amiga y... Sí, ya sé que dije eso... No, sólo una copita... No, iré andando. —Miró a Charlie y puso los ojos en blanco—. Pero ¿no te das cuenta de que no puedes dejar solos a los niños?

—¿Tu marido? —preguntó Charlie cuando Susanne colgó.

Susanne asintió con la cabeza.

—Quería venir a buscarme. Me parece que es más por comodidad que por consideración. No le hace ninguna gracia que vuelva demasiado tarde porque entonces mañana por la mañana tendrá que ocuparse él solo de los niños. Mierda, no quiero irme todavía.

«Pues quédate», le dieron ganas de decir a Charlie.

—Lláname —le dijo Susanne levantando una mano en señal de despedida.

—No tengo tu número.

—Es verdad.

Susanne le pidió el número, lo tecleó y le hizo una llamada perdida.

Cuando Susanne se marchó, Charlie permaneció un rato en la mesa. Cogió el teléfono para guardar el número de Susanne y se dio cuenta de que Hugo había intentado contactar con ella dos veces. Pero ¿qué se creía? ¿Que ella lo defendería si su mujer la llamaba? Estaba cada vez más claro, pensó, que era un auténtico idiota.

Tras la pausa, el cantautor empezó a tocar de nuevo. Ahora el tema iba sobre los campos de algodón de Luisiana. Aquella canción transportó otra vez a Charlie a Lyckebo: Betty subiendo el volumen de la música y exigiendo que todo el mundo bailara. Charlie pensó un momento en la retahíla de nombres que Susanne había mencionado, en las personas que habían participado en las fiestas. Charlie las recordaba tan sólo como unas borrosas figuras sin contorno. Al único que veía con absoluta claridad en su recuerdo era a Mattias. Nunca había podido olvidarse del todo de su cara.

Mattias había aparecido en Lyckebo el mismo verano en el que Charlie cumplió doce años. Era un amigo, decía Betty. Un amigo que se había metido en problemas, y ella, con la casa tan grande que tenía, no iba a echar a un amigo que necesitaba un sitio donde pasar la noche. Los primeros meses, Mattias durmió en el cobertizo, pero, cuando entró el otoño e hizo frío, se trasladó al dormitorio de Betty. Con la llegada de la Navidad, Betty le contó que Mattias se iba a quedar.

Al principio, Charlie no entendió por qué. ¿No era Betty la que siempre decía que su casa era su fortaleza y que nunca nunca jamás la compartiría con un hombre?

A lo que Betty respondió que Mattias no era como los demás, que ya lo vería si le daba una oportunidad.

«Estoy segura de que un día lo querrás tanto como yo».

Anders ya estaba acostado pero seguía despierto cuando Charlie entró en la habitación. Había separado las dos camas y las había puesto a máxima distancia la una de la otra.

—Creí que ibas a cerrar el bar —le soltó antes de, oportunamente, darse la vuelta para que ella pudiera quitarse las bragas y la camiseta y acostarse.

Charlie miró los cuadros bordados en punto de cruz con frases de amor que colgaban de las paredes. En uno ponía: «El amor es lo más grande», y en otro que quedaba por encima: «El amor es paciente y bondadoso». Charlie murmuró algo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Anders.

—Que toda esa maldita carta a los corintios parece estar en estas paredes.

Anders leyó las frases y dijo que, efectivamente, así era. Pero tampoco le parecía tan raro que allí hubiera palabras de amor; al fin y al cabo se encontraban en la *suite* nupcial.

—Si alguna vez me caso, no dejaré que nadie lea la carta a los corintios —comentó Charlie—. Eso lo tengo claro.

Anders quiso saber qué le pasaba a esa carta, por qué la provocaban tanto unas bonitas frases sobre el amor. Además, no había nada que discutir ya que, de todas formas, ella no se iba a casar.

—¿Cuándo he dicho yo eso? —preguntó Charlie.

—Siempre has dicho que no crees en el matrimonio.

—No es lo mismo. ¿Hay alguien que crea todavía en él?

—Ahora estás siendo cínica.

—Y tú un ingenuo.

Charlie se acomodó en la cama. Las sábanas olían ligeramente a humo, aunque estaban limpias. La almohada le resultó demasiado plana.

—¿Qué haces? —inquirió Anders al verla levantarse.

—Estoy buscando otra almohada.

Como no encontró ninguna tuvo que enrollar una chaqueta de punto y ponerla encima de la almohada. Luego cogió uno de sus libros.

—¿Crees que podrás apagar la luz pronto? —Anders se dio la vuelta—. Es casi la una.

—No puedo dormir si no leo.

—Y yo no puedo dormir con esa lámpara encendida.

—Pues tienes un problema.

Anders suspiró, apartó la colcha y se levantó.

—¿Qué haces? —preguntó Charlie.

—Voy a buscar algo para taparme los ojos. Llevo tres meses sin dormir y...

—Vale, vale —dijo Charlie—. Ya lo pillo. —Dejó el libro y apagó la lámpara.

Resultaba imposible conciliar el sueño. La presión que sentía en el pecho había ido en aumento a lo largo del día, y ahora que estaba acostada era muchísimo peor. Nada más cerrar los ojos, se encontró de nuevo en la casa de Lyckebo. Vio las finas cortinas agitándose en el salón, vio a Betty tumbada en el sofá y con una toalla mojada cubriéndole la frente.

«Es la luz, Charline. Es toda esa luz la que me provoca dolor».

Anders ya se había dormido y no se despertó cuando Charlie encendió la lámpara y volvió a coger el libro. Intentó concentrarse en la lectura, pero le resultó imposible.

«Es este lugar —pensó—. Es este lugar el que no me deja apartar todo aquello de mi mente».

Ya no puedo mantenerlo alejado de mí.

¿Vamos a coger cerezas a mi jardín?

Yo para ti y tú para mí.

Nada se ve ni nada se oye

en mi jardín.

Como te prometí.

El sueño la transportó a Lyckebo. Se hallaba en el jardín. Los cerezos estaban en flor, los gatos se movían en torno a sus pies. Había alguien sentado en el columpio del árbol. ¿Betty? ¿Mamá?

Se acercó y extendió la mano para tocar la espalda de Betty, pero justo en ese momento la persona del columpio se volvió. No era Betty, sino Mattias.

«¿Por qué vienes ahora, Charline? ¿Por qué vienes cuando es ya demasiado tarde?».

A la hora del desayuno el comedor estaba casi vacío. Erik apareció y dijo que los de Missing People habían desayunado a las cinco y media.

—Hoy hará más calor aún —agregó mirando por la ventana—. Esta noche, la gente vendrá sedienta. Espero que... —se detuvo algo avergonzado por pensar en los negocios en un momento así—. Espero que la encuentren hoy y que esto termine de una vez por todas.

Charlie le pidió a Anders que se fuera sin ella a la comisaría. Quería ir andando sola, pensar, comprar tabaco. A pesar de que la noche anterior no se había excedido en absoluto con las copas, se sentía algo mareada y tenía sudores fríos. «Es el síndrome de abstinencia —pensó—. Necesito sertralina». Había llamado a su centro de salud y le habían dicho que todavía le quedaban tres meses de prescripción, de modo que todo cuanto debía hacer era acercarse a una farmacia a lo largo del día.

Al llegar a la comisaría, el ambiente estaba tenso. Se advertía que todo el mundo andaba muy estresado por no haber avanzado en la resolución del caso. Porque ninguna declaración ni ningún dato los habían conducido a nada.

—Una chica no puede desaparecer de la faz de la tierra así como así —dijo Olof mientras se paseaba por la sala con una taza de café de la que no bebía—. Si no ha desaparecido por propia voluntad, cosa de la que no hay ningún indicio, en algún lugar tendrá que estar... Se detuvo frente al enorme mapa que colgaba de la pared y empezó a señalar todas las zonas que habían peinado: el turbal de las afueras del pueblo, los prados, y todas las casas y granjas abandonadas que se encontraban en un radio de seis kilómetros. Tampoco los rastreos del lago y del río habían dado resultado alguno.

—El río es la hostia de profundo —apuntó Micke.

—¿Y qué tiene que ver la profundidad? —se extrañó Olof.

—Que Annabelle puede estar allí, que es imposible rastrearlo todo.

Olof lo interrumpió y dijo que era verdad que todavía no les había dado tiempo a rastrear todo el río, pero que si ella se encontrara allí, las corrientes la habrían arrastrado hacia las compuertas.

—No necesariamente —repuso Micke—. Ahí abajo la profundidad es enorme; hay grandes profundidades bajo la superficie, y raíces, y palos, y ramas... Podría haberse quedado enganchada en cualquier sitio. —Se volvió hacia Charlie y Anders—. Joder, lo que hay ahí es todo un paisaje subacuático. No es la primera vez que desaparece gente en ese lago.

—¿Gente? —Olof arqueó las cejas—. ¿En quiénes estás pensando?

—Estoy pensando en... Joder, ¿cómo coño se llamaba aquel borrachuzo?

Charlie sintió que casi se quedaba sin aliento. Un extraño alivio recorrió su cuerpo al ver que nadie parecía recordar su nombre.

—De eso hace ya una eternidad —dijo Olof—. ¿Tú ya habías nacido?

Micke miró a Olof como ofendido por recordarle lo joven que era. Sí, ya había nacido. Y no, no lo había olvidado, porque sus hermanos mayores siempre solían hablar de eso cuando iban al río a bañarse.

—Si está en el río, la encontraremos —zanjó Olof—. Y en ese caso es tan sólo una cuestión de tiempo, pero mientras tanto seguiremos con los interrogatorios.

Repasaron los nombres de los chicos a los que había que tomarles declaración más detalladamente. El exnovio era uno de ellos, dijo Olof. Seguro que todos entendían por qué... Y luego Svante Linder, porque no se había mostrado muy participativo la primera vez que hablaron con él.

—Anoche —dijo Charlie—, William Stark, Svante Linder y algunos más estuvieron en el motel.

—¿Armaron bronca? —preguntó Olof.

—Tanto como eso no, pero se les veía alterados. Svante provocó a William dándole un empujón.

—Svante siempre está metiéndose en líos —comentó Olof.

—En fin, como hemos dicho, debemos interrogarlos a todos de nuevo —remarcó Charlie—. Pero antes de nada quiero hablar con la mejor amiga de Annabelle: Rebecka Gahm.

—Ya le hemos tomado declaración, y no sabe más que los otros —respondió Micke.

—Pues si alguien sabe algo es ella. ¿Tienes algo en contra de que la interroguemos de nuevo?

—Claro que no. Es sólo que pensé que...

—Muy bien —le interrumpió Charlie—. Por cierto, ¿has hablado con tu abuela y las amigas que están con ella en el grupo de lectura?

—Sí, la verdad es que he tenido tiempo de hablar con todas. Con la última esta mañana. Pensionistas —les comunicó con una sonrisa—; ahora que por fin pueden quedarse durmiendo todo lo que quieran, van y se levantan a primera hora.

—¿Y? —dijo Charlie—. ¿Alguna novedad?

—Nada especial, exceptuando que Annabelle parecía ser muy popular en el grupo. Todas las mujeres comentaban casi las mismas cosas de ella: que tenía curiosidad, que era muy lista y que siempre iba bien preparada. Una joven realmente muy poco común.

A Charlie le entraron ganas de preguntar qué había de raro en que una chica joven fuese lista, pero no disponía ni de fuerzas ni de tiempo para seguir enfrentándose a Micke.

—¿Cuándo tuvieron su última reunión?

—El domingo pasado —contestó Micke.

—¿Advirtieron algo diferente en Annabelle?

—No. Al menos nada que me hayan contado a mí.

Charlie se imaginó a Annabelle sentada en una silla frente al altar de la iglesia, rodeada de señoras de pelo gris y del pastor. Se la imaginó enfrascada en un profundo debate y vio las sonrisas y las miradas de aprecio de aquellas mujeres. «¿Quién eres, Annabelle? —pensó—. ¿Quién eres y adónde has ido?».

Allí y entonces

A Alice nunca le deja de fascinar que su casa y la de Rosa, construidas exactamente igual, puedan ser tan diferentes por dentro. En casa de Rosa hay cortinas en lugar de puertas. En la parte de atrás tienen una campana de tubos que suena con el viento, y en la cocina no hay mesa. La comida la piden de la pizzería de la esquina.

¿Cómo se lo pueden permitir? ¿No es demasiado caro?, pregunta Alice. Rosa le contesta que les hacen un descuento. Además, su madre, de hecho, trabaja y gana dinero. Lee las cartas. «No te puedes imaginar —le explica Rosa— lo que la gente está dispuesta a pagar para conocer su futuro».

En el cuarto de baño de Rosa hay frascos marrones con pastillas. Rosa le enseña sus favoritas, unas pastillas naranjas y alargadas que son difíciles de tragar. Son mágicas, sentencia, porque cuando te las tomas te quedas supertranquila por dentro. Le da una a Alice y, acto seguido, ella se toma otra. Rosa tiene razón, piensa Alice, porque de pronto la invade una absoluta calma; al cabo de un rato es como si una suave alfombra de algodón se hubiese extendido sobre su pecho, y Alice se olvida de las rotas y doloridas articulaciones de su madre, y también de su padre, que nunca vuelve. Todo se tranquiliza, se sosiega, y su cuerpo se llena de un calor reconfortante. ¿Qué pastillas son?

Rosa se encoge de hombros. No lo sabe. Lo único que sabe es que cuando se las toma es feliz... ¿Qué más se necesita saber?

Las interrumpe el grito de la madre de Rosa.

—¿Qué pasa, mamá? —Rosa se levanta a toda prisa, sale hasta el pasillo y, atravesando la ruidosa cortina, entra en el dormitorio de su madre.

—Es ese hombre. ¿Me puedes hacer el favor de pedirle que se vaya?

A continuación, Alice oye unas fuertes palabrotas y un hombre grande y sudoroso aparece en el pasillo con tan sólo una toalla alrededor de la cintura.

—Lárgate —le espeta Rosa—. Lárgate de aquí.

Le tira la ropa a los pies.

Pero el hombre no quiere irse. La mamaíta de Rosa y él tienen que resolver aún algunos asuntos. Además, quiere vestirse tranquilamente. Rosa dice que si no se va de inmediato, llamará a la policía.

—¡Coge el teléfono, Alice! —grita en dirección a la cocina—. Llama a la policía y dile que tenemos un intruso en casa.

El hombre suelta una palabrota, recoge el montón de ropa y desaparece.

Tras cerrar la puerta y echar el cerrojo, Rosa se dirige a la cocina, abre la ventana y le grita al hombre que se ha dejado olvidados sus putos y asquerosos calzoncillos. ¿Los quiere o prefiere que se los quememos?

El hombre no contesta y Rosa le tira unos calzoncillos de color blanco amarillento.

—Pase lo que pase —comenta Rosa mientras están frente a la ventana mirando cómo el hombre desaparece corriendo y abrazado a su ropa—, pase lo que pase, nunca tendré a un hombre en casa.

—¿Y niños? —pregunta Alice.

Eso Rosa no lo sabía.

—Pero ¿cómo vas a tener niños sin un hombre?

—Pero ¿cómo vas a tener niños sin un hombre? —repite Rosa imitándola—. ¿Tú eres tonta o qué? —Sólo se necesitaba un hombre un par de minutos para tener un niño. No había más que mirar a sus propias madres. Las dos tenían hijos y ningún hombre—. No —continuó cuando Alice abrió la boca—, no me vengas otra vez con lo de tu padre navegando por los siete mares. Estoy harta de tus historias.

Y de repente se dan cuenta de que la madre de Rosa está en la cocina, vestida con una bata roja que parece de seda. Tiene las mejillas llenas de rayas negras a causa del rímel. Alarga el brazo para coger su paquete de tabaco y suelta un improperio al darse cuenta de que únicamente le queda un cigarrillo. Rosa saca su mechero y, acto seguido, la madre se pone el pelo detrás de la oreja, acerca el cigarrillo a la llama e inhala.

—Creo... —dice la madre mientras mira a Rosa— que ya va siendo hora de que tu amigueta se vaya a casa.

—Vete a casa, Alice —la exhorta Rosa—. Venga, vete, no te quedes ahí mirando.

Y cuando Alice llega a casa esa noche, su madre se halla sentada en el suelo de la entrada intentando atarse los cordones de los zapatos con sus doloridos dedos. ¿Por qué se empeña en llevar cordones si ya no puede atárselos?

Alice le pregunta adónde va. Se agacha para ayudarla, pero su madre la aparta con un gesto de la mano. Ya no necesita los zapatos. Es que iba a salir a buscarla.

—Estaba en casa de Rosa —se justifica Alice.

Sí, eso ya lo sabía, pero ya era hora de volver a casa. ¿O es que también pensaba pasar las noches en casa de Rosa?

Alice quiere enterarse de qué es lo que tiene en contra de Rosa, y su madre le responde que no se fía de ella. No estaría mal que se buscara unas amigas más simpáticas.

Alice es de la opinión de que su madre sólo ha visto la parte negativa de Rosa: la Rosa rebelde, la que dice tacos y no respeta a los adultos. ¿Qué sabía su madre de esos momentos en los que ambas se daban mutuamente calor por las noches, de esos juegos en la cabaña del árbol y de esas bromas que tan sólo ellas entendían? ¿Qué sabía ella de las palabras que Rosa le había susurrado? Lo de que eran más que amigas, lo de que eran hermanas, lo de que siempre se protegerían la una a la otra.

Quince minutos después de que la llamaran por teléfono, Rebecka estaba ya en la comisaría. Ese día no había ido al instituto. Los agentes se habían ofrecido a ir a su casa, pero ella les contestó que no se molestaran, que ya había salido. No obstante, había un pequeño problema, anunció Adnan cuando entró en el despacho de Charlie y Anders para avisarles de que ella ya había llegado.

—¿Qué problema? —se extrañó Charlie.

—Viene acompañada de su hermana pequeña.

—¿Por qué?

—No se lo he preguntado, pero supongo que su madre habrá tenido que ir a algún sitio.

—¿No la llevan a la guardería?

—Parece que no —respondió Adnan.

—¿Cuántos años tiene?

—Unos tres.

—Tendrás que ocuparte de ella —dijo Charlie.

—Estaba a punto de ir a hablar con los de Missing People.

—Pues que lo haga otro.

Adnan dio media vuelta mientras murmuraba algo. Le siguieron hasta la recepción donde, sentada en un sofá, se hallaba Rebecka con su hermana en las rodillas.

—No sabía qué hacer con ella —se excusó cuando Charlie se acercó a presentarse—. En la guardería tienen jornada de planificación escolar y mi madre está en el trabajo, y como, de todos modos, me faltan fuerzas para ir a clase...

—¿Quieres acompañarme a ver el coche patrulla mientras tu hermana habla un ratito con mi compañera? —le preguntó Adnan a la pequeña.

—Venga, Noomi, ve a ver el coche, anda —la animó Rebecka.

La niña soltó de mala gana la mano de su hermana.

Rebecka Gahm se sentó al otro lado de la mesa. Tenía diecisiete años, pero la ausencia de maquillaje la hacía parecer aún más joven.

—Qué bien que hayas podido venir tan pronto —dijo Charlie.

—Pues claro. Tampoco es que tenga cosas más importantes que hacer que ayudar a encontrar a Annabelle. Lo que pasa es que no sé qué más decir. Ya he hablado de esa noche.

—Sólo quería verte en persona —contestó Charlie—. Y mi colega también —señaló a Anders con la cabeza—. Hemos venido de Estocolmo.

—Sí, ya lo sé. Quiero decir que se ve, se nota en el acento.

Charlie sonrió y le contó lo que estaban haciendo. Rebecka escuchó con atención.

—¿Cuánto tiempo hace que Annabelle y tú sois amigas?

—Toda la vida; bueno, desde la guardería.

—¿Podemos decir, entonces, que la conoces bien?

—Sí, claro. Nadie conoce a Bella tan bien como yo.

—¿Cómo te pareció que estaba esa noche?

—Como una cuba.

—¿Y antes de eso?

—Yo estaba también bastante borracha cuando se pasó por mi casa, pero la vi bastante... alterada.

—¿Te dijo por qué?

—No, o quizá sí. Es que tengo unas enormes lagunas de memoria de esa noche.

—¿Sólo bebisteis? —preguntó Charlie—. ¿O tomasteis alguna otra cosa más?

—Sólo alcohol —dijo Rebecka mirando fijamente a los ojos de Charlie sin ni siquiera parpadear. Charlie pensó que tal vez había leído en alguna parte que así actuaba la gente que decía la verdad.

—¿Sabes a qué hora dejó Annabelle la fiesta?

—No, no exactamente. Pero sí la vi marcharse. Iba a fumarme un cigarrillo junto a la ventana justo cuando salió haciendo eses en dirección a la carretera. La llamé, pero no me contestó; y entonces bajé, aunque cuando llegué ya había desaparecido. Tampoco pude verla en la carretera a pesar de que eché a correr tras ella y la busqué un buen rato.

—¿Y por qué corriste tras ella?

—¿Que por qué? Pues porque estaba borracha. Tenía tal pedo que apenas podía caminar, y pensé que igual acabaría durmiendo en una cuneta, que no

lograría llegar a casa en aquel estado... No debería haberme vuelto a la fiesta. Si hubiera seguido corriendo hasta alcanzarla y la hubiera acompañado a casa...

—No pienses eso —intervino Anders.

—Pues es lo que pienso —aseveró Rebecka—. Es justamente lo que pienso.

—¿En qué dirección se fue?

—La verdad es que no lo sé. Estuvo haciendo esos más que otra cosa.

—He oído que esa noche discutisteis —comentó Charlie—. ¿Puedes hablarme de eso?

Rebecka puso los ojos en blanco. Ya les había contado a Adnan y Olof lo de William.

—Cuéntamelo a mí —le pidió Charlie.

—Le tomé el relevo a Bella —dijo Rebecka—. Sí, me lié con William Stark, pero sólo porque ella ya no lo quería. Si no, nunca lo habría hecho.

Rebecka habló de William como si él fuera un objeto, una persona sin voluntad propia. Charlie se preguntó si también Annabelle haría eso, si ésa sería su forma de hablar entre ellas de los chicos que conocían.

—¿Te gusta? —le preguntó—. ¿William Stark te gusta?

—¿Y eso qué tiene que ver? —respondió Rebecka.

—Únicamente quería saber si te gusta.

—Sí, supongo que sí, pero no es que nos vayamos a casar ni nada por el estilo, ¿eh?

—¿Ya te gustaba cuando salía con Annabelle?

—¿Qué quieres decir? ¿No estarás insinuando que...?

—No estoy insinuando nada —la interrumpió Charlie—. Sólo pregunto.

Notó que la cara de Rebecka cambió de color, lo que la llevó a considerar que, ya que la había enervado tanto, igual merecía la pena continuar. Total...

—¿Tenías celos de la relación de Annabelle y William?

Rebecka negó con la cabeza. ¿Por qué iba a tener celos de eso? Y aunque los hubiera tenido, agregó, nunca nunca jamás le habría hecho daño a Annabelle.

—De todos modos —continuó—, no se mata a alguien sólo por un ataque de celos, ¿no?

—Te equivocas; la verdad es que es un motivo bastante frecuente.

—Yo nunca le haría daño a Bella por un tío —sentenció Rebecka—. Ni por ningún otro motivo. Jamás le haría daño. Y punto. ¿Es que no os ha quedado claro que la quiero, que ella es mi mejor amiga?

Levantó el brazo, lo puso sobre la mesa y les mostró el corazón que llevaba tatuado cerca de la muñeca: *Becka and Bella forever*.

—No es lo que creéis —se apresuró a decir cuando vio que Anders fijaba la mirada en los rojos arañazos que se extendían sobre el tatuaje—. Es por la fábrica, todos los que trabajamos en la fábrica tenemos los brazos así. Bueno, es probable que los míos estén un poco peor que los de los demás —añadió suspirando—, porque no puedo dejar de toqueteármelos.

—Pensaba que ibas al instituto —se extrañó Charlie.

—Y voy, pero trabajo algunos fines de semana. —Rebecka se acarició el tatuaje con los dedos—. Bella tiene uno igual. Nos lo hicimos el verano pasado. Y éste también. —Les enseñó la otra muñeca, donde tenía tatuado un punto y coma pequeño y azul—. Fue idea de Annabelle. Me explicó que representaba el hecho de que nuestra historia no terminaría aquí, que habría una continuación.

Rebecka sacó un clínex de su bolso y se sonó la nariz ruidosamente. Era como si intentara centrarse en otra cosa distinta de esas lágrimas que habían empezado a caer con insistencia sobre la mesa.

A Charlie también le entraron ganas de llorar. Había algo en la desafiante esperanza de Rebecka que hacía que resultara difícil controlar las emociones. «Ojalá sea una historia con continuación —pensó—, ojalá no se termine aquí».

—¿Por qué acabó la relación entre Annabelle y William? —quiso saber Anders.

—Supongo que no funcionó. Es que a Annabelle no se le da bien lo de tener novio... Bueno, lo cierto es que a ninguna de las dos se nos da bien.

—Entonces ¿fue ella quien rompió?

—William dice que lo decidieron juntos, pero a mí me parece que fue sobre todo Annabelle.

—¿Estaba triste? —preguntó Charlie.

—No especialmente, al menos que yo sepa.

Charlie miró los dedos de Rebecka. «Se muerde las uñas», constató cuando la mano de Rebecka se acercó a la cadena que llevaba en el cuello y de la cual colgaba una fina cruz de oro.

—¿Eres creyente? —Charlie señaló la cruz.

—No, no mucho. Me la regalaron en la confirmación.

—Annabelle sí que lo es.

Rebecka sonrió:

—Será una más de sus etapas.

Charlie le pidió que se explicara.

—Me refiero a que cuando le da por algo lo hace hasta el fondo, sea lo que sea. Ella suele decir que le gusta profundizar en diferentes temas para ver si le van o no. La próxima vez se meterá en una asociación científica o en... yo qué sé. —Rebecka carraspeó y continuó con una voz un poco más apagada—. Si es que hay una próxima vez...

—¿Dirías de ella que se deja manipular con facilidad?

—No —respondió Rebecka—. En absoluto. Annabelle es..., es muy lista. No es una persona que se deje dirigir así como así. Pero es muy curiosa. No he visto a nadie que tenga tanta curiosidad por todo como ella.

—¿Sabes si Annabelle ha abierto alguna cuenta en las redes sociales? —preguntó Charlie—, ¿una que sólo conozcan unos pocos?

—¿Como otra cuenta de Facebook? —quiso saber Rebecka—. Sé que antes tenía una donde ayudaba a la gente con cosas del instituto. Pero no creo que esté activa aún. Le robaba demasiado tiempo.

—¿A qué te refieres con lo de «ayudaba»? —preguntó Charlie al tiempo que cruzaba rápidamente su mirada con la de Anders.

—Hacía redacciones y trabajos.

—¿Y qué recibía a cambio?

—Dinero —contestó Rebecka—; dinero, alcohol o tabaco.

—¿Sabes qué nombre tenía?

—«El guardián entre el centeno». Muy apropiado, ¿verdad? —Rebecka tragó saliva unas cuantas veces mientras miraba por la ventana. Sus rodillas habían empezado a pegar saltos bajo la mesa.

—Voy a salir a fumar —dijo Charlie. Y no le importó la escéptica cara que puso Anders—. ¿Me acompañas?

Rebecka asintió con la cabeza y se levantó.

Salieron al patio. Dos niños que parecían demasiado pequeños como para estar solos jugaban en la arena de un parque que había un poquito más allá de donde ellas se encontraban. Tras ofrecerle un cigarrillo a Rebecka, Charlie cogió otro.

—Ya no duermo por las noches —le confesó Rebecka para, a continuación, darle una buena calada al cigarrillo—. Aunque haya estado todo el día buscándola, no puedo dormir, y las contadísimas veces que consigo dar una cabezada, sueño con ella. —Se frotó la cara con el dorso de la mano.

—¿Y qué sueñas?

—Un montón de cosas raras. Sueño que somos pequeñas y que vamos a la guardería, donde nos escondemos dentro de un gran barco que tenían en la

sala de juegos. Solíamos escondernos allí cuando no nos gustaba la comida o cuando habíamos hecho algo malo. En el fondo del barco había una especie de agujero que era demasiado pequeño para que las profesoras pudieran pasar por él. Nos intentaban sobornar, nos amenazaban y nos regañaban para que saliéramos de allí, pero no les hacíamos ni caso. Ya no está. El agujero, quiero decir. Una vez que fui a buscar a mi hermana vi que lo habían tapado.

Permanecieron un rato en silencio.

—Hace un calor insoportable —comentó Rebecka—. Si hubiese sido un día normal, Annabelle y yo habríamos ido a La pequeña Rodas. Es un sitio para bañarse —aclaró—, no es la isla de Rodas.

Charlie sonrió.

—Si hubiese sido un día normal, habríais estado en el instituto, ¿no?

—Sí, claro. —Rebecka tiró la colilla al suelo. Acto seguido se arrepintió, la apagó con el pie y la recogió—. Nunca sabes lo que se pueden meter en la boca —explicó mientras señalaba con la cabeza a los niños del parque.

—Ahí tienes un cenicero —dijo Charlie—. ¿Te apetece otro?

—¿Tú eres de verdad? —preguntó Rebecka con tono serio—. O sea... Toda esta... amabilidad... ¿Es alguna estrategia para hacerme hablar?

—Bueno, tú quieres hablar, ¿no?

Rebecka asintió y cogió otro cigarrillo del paquete que Charlie le alargó.

—Has dicho que Annabelle estaba alterada —comentó Charlie—. ¿Qué crees que le pasaba? ¿Qué solía alterarla?

—Bella se altera con mucha facilidad —contestó Rebecka con una sonrisa—. Tiene un temperamento bastante fuerte, es muy impetuosa y se acalora con cualquier cosa. Pero supongo que lo que más la saca de quicio es la actitud de su madre. —Rebecka se echó hacia delante para dejar que Charlie le encendiera el cigarrillo—. Discuten mucho. Bella siempre decía que Nora le producía una sensación de asfixia.

—¿A qué crees que se refería?

—Pues es bastante obvio, ¿no? A que la enfermiza necesidad que tiene su madre de controlarla estaba a punto de asfixiarla.

—¿Cómo ves tú a Nora?

—¿Que cómo la veo?

—Sí.

—Veo que no está bien de la cabeza. A esa mujer le pasa algo grave.

—¿Cómo es contigo? —preguntó Charlie—. ¿Cómo es Nora contigo?

—Creo que no le caigo muy bien. Que quizá piense que soy la culpable de haber arrastrado a su hija a la mala vida.

—¿Y lo has hecho?

—En tal caso nos hemos arrastrado mutuamente. —Rebecka dio una larga calada—. Una cosa está clara, y es que a Annabelle nadie la arrastra a nada que no quiera. Annabelle es una chica dura.

—¿Tiene enemigos?

—Tanto como enemigos tal vez no, aunque sí hay gente que no la soporta. Pero es porque es muy lista, creo, porque destaca mucho. Esas cosas pueden hacer que seas muy odiada aquí.

—¿Estás pensando en alguien en particular?

—No, en general. Y eso que ha tenido algún que otro encontronazo con Svante Linder. Sin embargo, ahí me parece que es más bien ella la que lo odia a él, y no al revés.

—¿Discutieron esa noche?

—No más de lo habitual, creo. Aunque no pasé todo el tiempo con ella, es que yo estaba allí arriba... con William.

La puerta se abrió detrás de ellas. Era Adnan, que venía con la hermana de Rebecka, todo llorosa. La pequeña tenía los ojos rojos y la nariz llena de mocos.

—Quiere irse a casa —anunció Adnan.

Rebecka cogió a la niña y, con mano ducha, se la colocó a horcajadas en una cadera. La pequeña hundió el rostro en el cuello de su hermana, quien le acarició la espalda y le dijo que ya se iban a casa y que prepararían tortitas con nata y mermelada.

Como una madre, pensó Charlie, como una madre que consuela a su hija. Adnan volvió adentro.

—Si necesitas algo más, llámame —le pidió Rebecka.

—Rebecka —dijo Charlie cuando la chica ya había echado a andar—: ¿Qué crees tú que le ha sucedido a Annabelle?

—¿Que qué creo yo? —Rebecka se detuvo, se dio la vuelta y miró a Charlie—. Espero que se haya largado. Es lo que yo habría hecho con una madre tan pesada. No paro de llamarla y de mandarle mensajes al móvil con la esperanza de que me conteste, de que me diga que se ha marchado, que está sana y salva.

—Pero ya ha pasado casi una semana —le recordó Charlie.

—Sé perfectamente el tiempo que ha pasado. Sólo te he dicho lo que espero que haya ocurrido. Ahora tengo que ir a casa con ésta. —Señaló con la cabeza a su hermana pequeña—. Te llamaré si me acuerdo de algo más.

Rebecka cogió a Noomi a caballito. La pequeña se echó a reír. Antes de volver a entrar en la comisaría, Charlie las siguió con la mirada hasta que desaparecieron tras la esquina.

—¿Alguna novedad? —De repente, Micke apareció tras ella. Charlie pegó un grito y él se echó a reír: no sabía que fuera tan asustadiza.

—Es que no te he oído acercarte —contestó Charlie—. Tengo que conseguir hablar a solas con Nora Roos —continuó.

—De modo que crees que Nora...

—No creo nada, pero necesitamos averiguar más cosas de lo que está pasando en esa familia, ¿por qué Nora controla tanto a su hija?, ¿por qué...? Bueno, supongo que entiendes lo que quiero decir. ¿Podrías también comprobar una cuenta de Facebook? «El guardián entre el centeno» se llama. Annabelle la tenía como plataforma para hacer los trabajos de otros alumnos y cobrarlos.

—De acuerdo —dijo Micke.

—Y conciértame una entrevista con William Stark. Debo hablar con él.

—¿Ahora?

—Dentro de una hora. Antes tengo que hacer una gestión.

—¿No comes con nosotros? —quiso saber Micke—. Vamos a pedir algo del motel.

—No, no te preocupes; ya me pillaré cualquier cosa.

Al salir de la comisaría, Charlie sintió un golpe de calor en la cara. Se desabotonó el cuello de la camisa antes de continuar por la calle principal en dirección al centro de salud y la farmacia. Pensó en la visión negativa que tenía Anders sobre el pueblo, en la fundición, que afeaba el paisaje, y en el olor de la fábrica papelera que, por lo menos hoy, apenas se percibía. Anders se había perdido algo, creía, porque lo cierto era que oyendo el canto de los pájaros y el murmullo del agua del río, y oliendo ese aroma a flores y hierba, aquél resultaba ser un lugar muy bonito, un lugar idílico, como los que los periódicos describían en sus ridículos artículos. Aunque hacía mucho calor. Charlie estaba arrepentida de haberse puesto pantalones vaqueros, pero es que los vestidos que había echado en la maleta eran demasiado cortos. Pensó en la ropa barata de Lågprisladan, a las afueras del pueblo; tal vez existiera aún. Si la ola de calor continuaba, tendría que comprarse algo.

Pasó frente a la vieja casa donde un día se halló la pastelería. Ella y Betty iban allí algunas veces, cuando Betty cobraba.

«Elige lo que quieras, cariño, lo que quieras. No, cielo, no cojas el pastel más pequeño, no seas tan sosa. Coge algo más grande». Luego Betty solía gastarse un dineral en la vieja *jukebox* que había en medio del local.

«Elige una canción, *darling*. La que quieras, pero que no sea triste».

Charlie solía avergonzarse de su madre, avergonzarse de que hablara tan alto y de que no parara de ir de un lado a otro de la pastelería. En esos días en los que se la veía tan alegre, Betty intervenía en alguna que otra conversación de las mesas aledañas incomodando a los demás clientes. Y cuando Charlie ya no podía más, le pedía que dejara de hablar con gente que no conocía, que dejara de pegar la oreja en las conversaciones ajenas, que dejara de entrometerse en asuntos que no le concernían. Y entonces Betty se limitaba a reír y a decir que ella no pegaba la oreja en ninguna conversación, que lo que pasaba era que no había forma de evitar oír todas y cada una de las

conversaciones del local. ¿Qué culpa tenía ella de no poseer la capacidad de eliminar lo que no era importante?

En ese aspecto, Betty y ella resultaban ser muy diferentes. Porque Charlie sabía que su punto fuerte residía, precisamente, en ignorar lo superfluo y quedarse con lo esencial, en discernir un determinado tono entre el ruido de fondo. Al menos eso era algo que antes se le daba bien, antes de que dejara entrar a un loco en su vida. Esperaba que esa capacidad volviera pronto. La terapeuta, la misma a la que le encantaban palabras como «automedicación» y «pautas de asociación malsanas», pensaba que su capacidad de interpretar ambientes, así como a las personas, era una cuestión de supervivencia. Charlie había desarrollado esa capacidad porque se había visto abocada a ello, abandonada, como estuvo, a una madre tan voluble e inestable. Esa imprevisibilidad resultaba —según la terapeuta— especialmente dañina en la infancia. Creaba una alerta constante.

Al llegar a la farmacia, Charlie soltó una palabrota cuando leyó el horario de apertura que había en la puerta: lunes y viernes de once a dos. ¿Cómo era posible? «La sertralina no me bastará —se dijo—. También necesito algo para dormir, algo que me mantenga despierta y algo que aplaque la maldita presión del pecho». Susanne, pensó; y, acto seguido, sacó su teléfono del bolso.

Susanne contestó al instante. De fondo se oían los gritos de unas voces infantiles.

—Charlie, ¿eres tú?

—Sí.

—¿Va todo bien?

—Necesito que me ayudes.

—Espera un momento.

Charlie oyó cómo Susanne dejaba el teléfono para regañar a uno de los niños.

—Quítate de ahí, ¿me escuchas? No, él no quiere que estés sentado sobre su cara, ¿no lo entiendes? ¡Levántate ya! Lo siento, es que tengo que separarlos antes de que acaben matándose. ¿Cómo puedo ayudarte?

—¿Puedo pasar a verte un momento?

—Sí, claro. Pero te advierto: la casa tiene un aspecto terrible, y además dos de los niños están aquí. Es que ayer tuvieron un poco de fiebre...

Al abrirse la puerta, un perro salchicha de pelo duro acudió al encuentro de Charlie. Susanne lo apartó antes de darle un abrazo a su amiga.

—Bienvenida al circo. Espero que no sientas la necesidad de llamar a los servicios sociales cuando te vayas.

Susanne había heredado la casa de sus padres, pero no se parecía en nada a la de antes. Las paredes y los suelos se hallaban pintados de blanco, y la cocina y el salón habían sido unidos para conformar un único espacio.

—Disposición abierta —suspiró Susanne cuando Charlie comentó el cambio—. No es que ayude mucho que digamos a bajar el nivel de ruido.

Un montón de platos sucios se apilaban en el fregadero; el suelo estaba lleno de juguetes. Dos niños de unos cinco años entraron corriendo. Rodearon la isla de la cocina, derraparon en la alfombra y desaparecieron antes de que a Charlie le diera tiempo a saludarlos.

—¿Has visto lo bien educados que están? —ironizó Susanne con una sonrisa.

—¿Gemelos?

Susanne asintió. El doble de alegría, el doble de trabajo.

—¿Cómo se llaman?

—Trasto y Trastorno.

—¡Que no, mamá! —repuso uno de ellos, que acababa de volver—. Nos llamamos Tim y Tom.

—Sí, hija, ya —le dijo Susanne a Charlie cuando vio la cara que puso—; dejé que su padre decidiera... Es que tras el parto no tenía la cabeza para pensar en nombres bonitos. Los otros dos están en el cole —continuó—; cuando llegan a casa el nivel de ruido sube. Y dentro de nada empezarán las malditas vacaciones de verano. A veces me pregunto cómo diablos resistiré.

—Yo no sé si habría podido —contestó Charlie con una sonrisa.

—Claro que sí.

—¿Son tuyos? —preguntó Charlie apuntando a los cuadros del salón.

Susanne asintió. Todo cuanto colgaba de las paredes lo había pintado ella, y no para darse importancia sino porque..., bueno, porque no podían permitirse otro arte.

—Con cuadros así ¿quién necesita otro arte? —sentenció Charlie.

—No hace falta que...

—Lo sé. Pero hablo en serio. ¿No te acuerdas de que siempre te dije que un día serías una artista?

—Estoy lejos de ser una artista —respondió Susanne—. Le dedico muchas horas pero no gano nada.

Charlie se detuvo frente a un cuadro que representaba un prado en el que había una niña cogiendo flores y comentó que no le cabía duda de que sólo

era una cuestión de tiempo; que seguro que pronto alguien la descubriría.

Susanne se rió. No podía imaginarse peor pueblo en el que vivir si alguien pretendía ser descubierto. ¿Quién iría a Gullspång?

—¡Ni que vivieras en el siglo XIX! —exclamó Charlie—. ¿Has oído hablar de las redes sociales? Deberías tener un blog o una cuenta en Instagram donde mostrar tus cuadros e informar de la fecha de inauguración de tu próxima exposición y...

—Cómo se nota que llevas muchos años en Estocolmo... Aquí las cosas no funcionan así.

—¿Cómo lo sabes si no lo has intentado? Es que es una pena que la gente no pueda ver tus cuadros.

—Hay cosas que me dan más pena —repuso Susanne antes de acercarse a la cocina para hacer café—. Me temo que no hay más que café instantáneo —le anunció—. ¿Nescafé te vale?

—Sí, perfecto —dijo Charlie sentándose en el sofá—. Sólo puedo quedarme un rato.

Uno de los niños, ¿Tim?, empuñaba una espada de madera que blandía contra su hermano.

—¡Suelta el arma! —le gritó Charlie con un fingido tono autoritario, y el chico, que al parecer era demasiado pequeño como para entender la ironía, dejó caer la espada y se puso a llamar a su madre a voces.

—¿Qué pasa, Tim? —le preguntó Susanne mientras traía dos grandes tazas de café y un plato de bollos.

—La señora me ha regañado —sollozó el niño—, me ha dicho que suelte la espada.

—Pues genial, porque tienes que soltarla —le explicó Susanne—. No hace más que pegarle a su hermano con ella —se dirigió ahora a Charlie—, así que muy bien dicho.

—Ella no manda —se quejó Tim.

—Pues ¿sabes qué? —Susanne se arrodilló frente a su hijo—. Que sí que manda. Ella manda cosas como que la gente no vaya pegando por ahí. Porque resulta que es policía.

El chico abrió los ojos de par en par y desplazó la mirada hasta Charlie.

—No pareces de la policía —acabó diciendo—. Los policías llevan ropa azul.

—No todos —le aclaró Charlie.

Pero Tim no la escuchó, se limitó a seguir preguntando dónde tenía la pistola, si encerraba a los niños en la cárcel, si...

—Sólo a los que hacen demasiadas preguntas —terció Susanne—, a esos los mete directamente en la cárcel —continuó para, acto seguido, echarse a reír cuando Tim agarró a su hermano de la mano y desapareció con él.

Charlie fue consciente de que debería haber dicho la típica frase de que no había que asustar a los niños con la policía, pero se dio cuenta de que ésa era la única oportunidad que tendría de poder hablar con Susanne tranquilamente.

—¿Cómo va? —preguntó Susanne—. ¿La encontraréis?

—Tarde o temprano siempre acabamos haciéndolo —respondió Charlie—. Al menos en la mayoría de los casos —se corrigió.

—¿Con vida? —dijo Susanne antes de proseguir—. No hace falta que contestes, entiendo que no puedes hablar de la investigación.

—No sé mucho más que tú.

—Annabelle Roos —pronunció Susanne—. Esa chica iba bastante por el bar.

—Lo sé —aseguró Charlie—. En realidad, es un poco raro que pasara tanto tiempo allí. Me refiero a que sólo tiene diecisiete años.

Susanne se echó a reír. Diecisiete, dieciséis, quince..., en Gullspång entrabas en el bar cuando querías, Charlie debería saberlo. Un gato de atigrado pelaje subió de un salto sobre sus piernas y se puso a dar vueltas.

—Échate, *Poki*; échate y te daré mimos.

El gato acabó acomodándose en el regazo de Susanne y comenzó a ronronear.

Charlie alargó la mano para acariciarlo por detrás de las orejas.

—¿Te acuerdas de los gatos que teníais en Lyckebo? —preguntó Susanne—. ¿Cuántos eran?

—Muchos. Betty nunca supo gestionar muy bien lo de las esterilizaciones y ese tipo de cosas, así que lo más probable es que se aparearan entre ellos y fueran todos gatos endogámicos.

Susanne se rió porque era verdad, a esa extraña gata albina que siempre las seguía a todas partes seguro que le pasaba algo.

—Seguro —sentenció Charlie antes de consultar su reloj: tenía que volver a la comisaría—. Había una cosa que quería saber.

—¿Qué?

—Bueno, pues es que llevo un tiempo teniendo problemas para dormir y resulta que me he dejado las pastillas en casa, y la farmacia de aquí está cerrada, así que... me preguntaba si tú tendrías algo..., algo que me ayudara a dormir.

Susanne se levantó. Claro que sí. Tenía tantas pastillas que podría dormir eternamente si así lo quisiera.

—Acompáñame —dijo.

Charlie subió tras Susanne a la planta de arriba. Susanne apartó el cesto de la colada y avanzaron zigzagueando entre juguetes y montones de ropa.

—Lo tengo todo bajo llave —le explicó Susanne al llegar al cuarto de baño. Luego se subió a un taburete para buscar una llave que guardaba encima de un armario botiquín blanco—. En esta casa cualquier precaución es poca.

—¡Vaya arsenal! —exclamó Charlie cuando vio lo atestados que se hallaban los estantes.

—Lo pido todo por internet. Bueno, quizá no debería decirle eso a una policía, pero ¿qué coño quieren que haga cuando los médicos son tan tacaños con las prescripciones y la farmacia apenas abre? Espero que lo entiendas.

Charlie sonrió. Lo entendía.

Susanne le dio una cajita de Imovane. Luego rebuscó un poco hasta que encontró una caja de Sobril.

—Llévate también ésta. Yo ya estoy cubierta.

—¿Eso es sertralina? —preguntó Charlie señalando una cajita que le resultaba familiar.

—Sí. —Susanne la sacó del botiquín—. ¿La necesitas?

—Me dejé la mía en casa, y sin ella me pongo de los nervios.

—¡Joder! ¿Y quién no? —dijo Susanne antes de abrir la cajita y constatar que sólo quedaban tres pastillas.

—Es suficiente. La farmacia abre mañana.

Susanne le contestó que no contara con eso, que en Gullspång no había que fiarse de los horarios de apertura. Bastaba que alguien se pusiera enfermo para que un negocio cerrara unas cuantas semanas. Así que, bueno, no era raro que cada uno resolviera sus problemas a su manera.

En el camino de vuelta a la comisaría, Charlie llamó a Anders para avisarle de que iba a tardar un poco. Anders respondió que no había problema, porque William Stark no quería presentarse en comisaría.

—¿Por qué?

—Supongo que le asustan los comentarios, que la gente piense que tiene algo que ver con la desaparición.

—Vale, pues iremos a su casa —contestó Charlie—. Te veo dentro de un rato.

—¿Qué vas a hacer?

—Comprobar una cosa.

Tras colgar, Charlie continuó en dirección a la antigua tienda. La vio alzarse grande y blanca en la colina que quedaba al otro lado del río. Se detuvo en medio del puente y se inclinó sobre la barandilla. Al mirar la negra profundidad del agua le resultó irreal que, en una ocasión, ella y Susanne hubieran saltado desde allí. Fue una noche de verano, ya habían cumplido los doce años. Venían en bici de una fiesta de Lyckebo que se había descontrolado, cuando, de repente, a mitad del puente se les ocurrió bañarse. En cuanto Susanne empezó a bajar por la cuesta que había junto al puente dando un traspié tras otro, Charlie se rió y dijo que era mejor saltar.

Luego se quedaron quietas al otro lado de la barandilla contemplando las verdes compuertas que tenían ante sí. Ahí acabarían, dijo Susanne, si de pronto se activara la corriente. La turbina las trituraría. Sería una muerte terrible.

Charlie respondió que no se preocupara, que la corriente era muy débil al principio; y, además, si saltaban cuando ésta fuese fuerte, morirían ahogadas mucho antes de llegar a la turbina. Por cierto, morir ahogada era la mejor manera de morir.

¿Y ella cómo lo sabía?, le preguntó Susanne. ¿Acaso había hablado con alguien que se hubiera ahogado?

Estuvieron charlando un rato sobre eso hasta que Charlie se acercó un poco más a Susanne y —sin que ni la propia Charlie entendiera lo que estaba haciendo— agarró el brazo de Susanne y saltó al vacío.

Aún recordaba el vértigo que le produjo, la sensación de que no aterrizaría nunca, y luego, al hacerlo, el frío en los pies, aquella fuerza que tiró de ella hacia abajo, la tentación de ceder y dejarse hundir hasta lo más profundo.

Las cintas de acordonamiento se agitaban al viento cuando Charlie llegó a la abandonada tienda de ultramarinos Valls. Las viejas y amarillentas portadas de los periódicos de las ventanas se encontraban tan desgastadas por el tiempo que apenas se podían ya leer.

Charlie se acercó. Pensó en la primera vez que Susanne y ella se atrevieron a entrar. ¿Cuántos años tenían? ¿Doce? ¿Trece? Ninguno de los que estaban de fiesta en Lyckebo se dio cuenta de que cogieron un par de cervezas y de que salieron de la casa a hurtadillas. Se las bebieron antes de llegar, y entraron tambaleándose y riéndose en la tienda antes de percatarse de

que la fiesta era en el último piso. Por aquel entonces, en la parte de abajo todavía podía verse alguna antigua mercancía: paquetes de harina, latas de conserva y unos frascos de cristal con caramelos más duros que una piedra. De todo aquello ya no quedaba nada.

Charlie rodeó la casa y entró por el jardín, se sentó en el viejo banco que había junto al cenador y encendió un cigarrillo. Alzó la mirada hacia una de las ventanas de la planta superior y se acordó de aquella vez en la que una chica intentó saltar desde allí, recordó cómo estuvo tambaleándose en el alféizar de la ventana mientras gritaba que nadie podría impedirle que saltara. Y luego, cuando todos los que se habían congregado tras ella no se atrevieron a moverse, se bajó del alféizar, se abrió paso entre ellos y, llorando, se tiró por la escalera. No obstante, Charlie también tenía recuerdos más positivos de aquel sitio. Pensó en aquel día en el que Susanne y ella se sentaron en el porche con unos chicos mayores muy bronceados. Tocaron la guitarra, cantaron la canción que hablaba del verano del 69 y vieron salir el sol sobre el río.

Charlie dio una profunda calada y dejó errar la mirada sobre el salvaje jardín deseando que aquel lugar pudiera hablar. ¿Qué había pasado allí hacía menos de una semana? Se acercó a la entrada principal. En la puerta había un candado. Telefonó a Micke para pedirle que se acercara con la llave. Porque el candado lo habían puesto ellos, ¿no?

Micke le contestó que sí y le preguntó qué hacía allí. Poseía la curiosa capacidad de hacer que todas las preguntas que formulaba sonaran a crítica. Charlie intentó ocultar su irritación.

—¿Podrías venir a abrir?

—Ahora te mando a Adnan. Y, oye, yo no soy tu asistente personal...

Charlie colgó. Al cabo de diez minutos apareció Adnan con la llave. Se ofreció a acompañarla dentro, pero Charlie dijo que no hacía falta. Sólo quería dar una vuelta y echar un vistazo.

—Cuidado con la escalera —le advirtió Adnan—; falta una tabla en la mitad.

«Ya lo sé —pensó Charlie—. Anda, márchate ya».

Nada más entrar, un familiar olor a fiesta rancia vino a su encuentro. Las suelas de los zapatos se le pegaron al suelo e hicieron ruido al andar. «De momento, todo sigue igual», pensó Charlie al levantar la mirada hacia la curvada escalera. El papel de la pared había sido arrancado por varios sitios y dejaba ver la madera: se hallaba repleta de pintadas y escritos hechos con bolígrafo y rotulador negro que iban desde el habitual «Si quieres follar,

llama», seguido de un número de teléfono, hasta otras cosas algo más originales como «*Why drink and drive when you can smoke and fly?*». Había también algunas frases racistas, como la que decía que un cerdo, aunque haya nacido en un establo, seguía siendo un cerdo. Charlie se acercó para fotografiarlo todo con su móvil, y fue entonces cuando descubrió un texto cuyo tamaño de letra era diminuto. Se había escrito con un bolígrafo más fino y se encontraba medio oculto por un trozo de papel que colgaba.

*It was many and many a year ago,
In a kingdom by the sea,
That a maiden there lived whom you may know
By the name of Annabel Lee;
And this maiden she lived with no other thought
Than to love and be loved by me.*

«Esto no es casualidad —pensó Charlie al terminar de leerlo—; ni casualidad ni azar». ¿A quién se le ocurre escribir un poema de Poe en la pared de una casa que hacía las veces de una especie de centro juvenil donde no había nadie que los controlara? Se encontraba tan absorta en el poema que estuvo a punto de introducir el pie en el hueco de la escalera donde faltaba una tabla.

La cocina seguía como siempre. Olía a tabaco y a borrachera. Charlie se acercó a la mesa que había junto a la ventana. La superficie presentaba cientos de cortes. El juego del cuchillo, pensó; y entonces se acordó de cómo jugaban a clavar el cuchillo entre los dedos. En el centro de la mesa había una zona más oscura. Charlie intentó recordar lo que Olof había dicho sobre la investigación técnica. ¿A que fue en la mesa de la cocina donde encontraron sangre? ¿Por qué no se le ocurrió lo del juego del cuchillo cuando se lo comentó?

En un espacio contiguo había un gran acuario. Pero hasta que no estuvo a un metro de distancia no descubrió a la tortuga. Se hallaba sobre una gran piedra. El agua del fondo se veía turbia y sucia, llena de colillas y basura. Charlie no pudo apartar la vista de la tortuga. ¿Estaría viva? Casi esperaba que no, pero de repente el animal abrió los ojos y la miró. ¿Por qué no se la habían llevado los técnicos?

—¿Otra vez tú? —dijo Adnan cuando Charlie llamó.

—¿Quién es el dueño de la tortuga de la tienda?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Ni siquiera sabía que allí hubiera una tortuga.

—Pues la hay. Y no está muy bien. —Charlie pescó una colilla que flotaba en la superficie—. Esta agua apesta.

—¿Y qué quieres que le haga?

—Buscar a alguien que venga a hacerse cargo de ella.

—¿En serio crees que debemos dedicarnos a eso ahora?

—No tiene por qué ser un policía —repuso Charlie—. Seguro que conoces a medio pueblo; llama a alguien, a quien sea.

—De acuerdo —contestó Adnan—. Lo intentaré.

Continuó registrando las habitaciones. Los muebles eran los mismos de antaño. En las altas ventanas seguían estando, cubiertas de polvo, las familiares plantas de plástico que en su día fueron de vivos colores pero que se habían descolorido a causa del tiempo y de la luz del sol. Siguió subiendo por la escalera hasta que llegó a la habitación donde Fredrik se había encontrado con William y Rebecka, la habitación a la que seguramente seguirían llamando «el cuarto de follar». Se acercó a la ventana y miró en dirección al camino. «¿Adónde has ido? —susurró—. ¿Dónde te has metido, Annabelle? Si yo tuviera diecisiete años y estuviera borracha —pensó—, ¿adónde habría ido?». Intentó recordar su yo joven, evocar la sensación de borrachera y de agitación. No le resultó difícil. Pero ¿adónde habría ido? Apenas tardó un instante en quedarle claro que ella no habría ido a ninguna parte, que su estilo era más el de quedarse, beber aún más, hacer el ridículo. «Pero yo —se dijo— no soy Annabelle. Annabelle es...». Resumió lo que sabía de ella hasta ese momento. Era inteligente, una chica joven e inquieta que sabía lo que quería. «Es muy posible que, a pesar de todo, no sea tan distinta de mí —pensó Charlie—, sobre todo si se añadía lo de su impetuoso temperamento, si es que era tal, y su amor por la bebida. Y yo... yo sólo abandonaré una fiesta si hubiera sucedido algo que me resultara particularmente duro. ¿Se habría encontrado Annabelle en una situación así?».

—¡Hombre, por fin apareces! —exclamó Anders al llegar Charlie a la comisaría—. Has tardado lo tuyo. —Se acercó a la nevera. Micke y Adnan intercambiaron unas burlonas sonrisas cuando lo vieron sacar su leche de soja.

—Por cierto, ¿por qué se te ha ocurrido ir a la vieja tienda? —Micke se volvió para mirar a Charlie.

—Quería verla con mis propios ojos —contestó Charlie—. ¿Vamos a casa de William Stark?

—¿No estará todavía en el instituto? —Anders miró el reloj.

—¿Puede alguien llamarlo y averiguar dónde anda? —Charlie señaló a Adnan con la cabeza, quien cogió su teléfono, se levantó y salió de la estancia.

—¿Has conseguido encontrar su otra cuenta de Facebook? —Charlie miró a Micke.

—Sí —respondió Micke—. Pero «El guardián entre el centeno» lleva ocho meses inactiva. Y no he visto nada llamativo, tan sólo un montón de jóvenes tramposos y desesperados que necesitan ayuda para sus clases.

—¿Algún comentario raro? ¿Alguna amenaza?

—Nada.

—Por cierto, lo de la sangre en la mesa de la cocina... —dijo Charlie—. Puede que se deba a un juego.

—¿Qué quieres decir? —Olof la miró.

—El juego del cuchillo —aclaró Charlie separando los dedos y poniendo su mano sobre la mesa—; ya sabéis, se va clavando el cuchillo en la mesa intentando no tocar los dedos. Hay un montón de marcas en la mesa de la cocina.

—¿El juego del cuchillo? —se sorprendió Micke—. ¿Todavía hay gente que juega a eso?

En ese instante, Adnan entró y les comunicó que William Stark se hallaba en casa y que podían ir a verlo cuando quisieran.

—¿Dónde vive? —inquirió Anders.

—En Ribbingsfors. —Micke empezó a explicar cómo ir, pero Charlie lo interrumpió. Tenían GPS.

—¿El juego del cuchillo? —preguntó Anders ya en el coche—. ¿Soy yo el único que no está familiarizado con él? ¿Qué más solíais hacer por estas tierras en las fiestas? ¿Dispararos los unos a los otros? ¿Jugar a la ruleta rusa en vez de al cartero ruso?^[1]

Charlie se rió. Pensó en los botes de pegamento que habían esnifado, en las competiciones que habían hecho para ver quién se atrevía a asomar más el cuerpo en la roca que se encontraba junto a las compuertas...

—También jugábamos a desmayar al otro —respondió ella.

—¿«Desmayar al otro»? ¿Y eso cómo se hace? —Anders la miró.

—Apretando muy fuerte el cuello del otro hasta que se desmayaba. Así de simple.

—¿Por qué?

—Porque la sensación que se produce justo antes del desmayo es maravillosa; y luego, cuando te despiertas, es como si durante un rato vieras el mundo ligeramente diferente.

—Perdóname —dijo Anders—, pero me parece de lo más enfermizo. Alégrate de haber conseguido salir de aquí a tiempo. Joder, si te hubieras quedado, sabe Dios si habrías logrado sobrevivir.

Charlie deseó responderle que quizá no lo habría hecho pero que en tal caso se habría debido a razones totalmente distintas de unos simples juegos.

—¿Os habéis entregado a algo que no fuera destructivo? —preguntó Anders—. ¿Algo que no tuviera por objetivo haceros daño?

Charlie pensó en las noches que pasó con Susanne, en sus conversaciones junto al lago, en las manos de Susanne en su pelo, en aquellas puestas de sol. No, no sólo se habían hecho daño. También había habido otras cosas.

«¿Como qué?», quiso saber Anders.

—Amistad —respondió Charlie—. Amor, cariño.

Anders se rió, pero paró en seco cuando se percató de que Charlie hablaba en serio.

—Supongo —dijo— que un chico de Estocolmo como yo no llega a comprenderlo del todo.

—Exacto. Qué bien que al menos hayas entendido eso.

Enfilaron la carretera comarcal y, ya a cierta distancia, Charlie vio que, después de tantos años, la tienda de Lågprisladan todavía seguía abierta.

—¿Puedes girar por aquí? —inquirió.

Anders le preguntó qué iba a hacer allí, y ella le dijo la verdad, que estaba pasando un calor insoportable y que tenía que comprar algún vestido más fino.

—Bueno, pues date prisa —le pidió Anders.

Cinco minutos más tarde ya estaba de vuelta con una fina falda que le llegaba hasta las rodillas y una camiseta blanca de canutillo sin mangas.

—Precioso —comentó Anders cuando Charlie volvió a sentarse en el coche—. De verdad que es muy elegante el conjunto.

—Cállate —le soltó Charlie—. Es lo más bonito que he podido encontrar.

—Pues no entiendo cómo no han quebrado.

—Quizá no todo el mundo tenga tu exquisito gusto.

—Eso es obvio. —Anders arrancó el coche—. Por cierto, ¿qué es Ribbingsfors?

Charlie le contó que se trataba de una mansión de las afueras de Gullspång en la que una vez vivió Frans G. Bengtsson.

Anders se quedó mirándola con ojos inquisitivos.

—Frans G. Bengtsson, el autor de *Orm el Rojo* y...

—Sé perfectamente quién es Frans G. Bengtsson —la interrumpió Anders.

—Entonces ¿por qué pones esa cara de pasmarote?

—Porque no sabía que había vivido aquí. ¿Por qué no lo he leído en ninguna parte?

—Quizá porque no lees lo suficiente —le soltó Charlie con una sonrisa.

Pensó en Ribbingsfors y se preguntó el aspecto que tendría ahora la casa. Cuando ella era pequeña, sus enormes anexos estaban abandonados. Las vacas deambulaban a su antojo por el porche e incluso se adentraban en el amplísimo salón donde en otros tiempos se organizaron fiestas para la gente más acomodada de la zona. El único edificio que se hallaba en unas condiciones medianamente presentables era el anexo oeste, donde aún se encontraba el viejo escritorio de Frans G. Bengtsson. A veces llegaban grupos de turistas —provistos de termos— dispuestos a seguirle el rastro al gran escritor y deseosos de contemplar el milenario roble que se erguía en el jardín trasero. Se decía que Bengtsson escribió gran parte de *Orm el Rojo* sentado en un banco que había junto al tronco. Las inmediaciones del árbol habían sido

uno de los lugares predilectos de Charlie. Solía ir allí en bici cuando las cosas se ponían difíciles en casa. Unas veces se llevaba un libro, otras un cuaderno, pero la mayoría del tiempo se limitaba a sentarse en el suelo y levantar la vista hacia el enorme follaje. En una ocasión les dio un susto de muerte a unas señoras que se presentaron allí al anochecer. No esperaban encontrarse con una niña pequeña en medio de aquella oscuridad —se justificaron—, no estaban preparadas para ver a aquella criatura sentada allí toda sola. Por eso creyeron que se trataba de un fantasma.

—¿Qué haces? —le preguntaron—. ¿Qué haces aquí tan sola?

A lo que Charlie respondió que estaba pensando.

¿Y eso no lo podía hacer en casa?, preguntó una de las señoras. Es que podría coger un resfriado, incluso una cistitis y...

Pero es que en casa no la dejaban en paz. Betty ponía la música demasiado alta y podía irrumpir en cualquier momento en su habitación para bailar un vals con ella. Betty no entendía en absoluto su interés por los libros.

«¿Por qué lees tanto, cariño?».

Y Charlie siempre contestaba que porque le gustaba. Nunca se molestó en describir la sensación que se experimenta al entrar en otros mundos, al dejar que su propia realidad se borrara para convertirse en otra persona. Al estar en otro lugar.

—¿Es verdad? —preguntó Anders.

—¿El qué?

—Eso, lo que acabas de decir: que Frans G. Bengtsson vivía aquí.

—Sí, claro, ¿por qué iba a mentir?

—Pero ¿aquí precisamente? ¡Con la cantidad de sitios que hay en el mundo!

Charlie se quedó mirándolo y repuso que se trataba de un lugar fantástico, que cualquiera que no fuera ciego o idiota sería capaz de verlo.

—Tranquila —respondió Anders—. Sólo me preguntaba cómo vino a parar aquí.

Ya estaban recorriendo la larga alameda de abedules que conducía a la mansión.

—El amor —dijo Charlie—. Fue el amor lo que lo trajo hasta aquí.

Ese día

Tenía doble clase de historia. Annabelle sintió que se moriría si no salía de allí. Se levantó con sumo cuidado para no molestar y, mirando al profesor, gesticuló con la boca la palabra «baño».

Estando allí recibió un SMS de Rebecka. La mercancía había llegado, le había escrito. Svante esperaba en el aparcamiento que quedaba detrás del gimnasio. ¿Podía ir a recogerla? Las chicas no se hablaban desde que Rebecka le contó lo suyo con William. Se habían limitado a sentarse en clase juntas sin dirigirse la palabra, de modo que ese mensaje parecía ser, más que nada, un primer intento de restablecer el contacto, sobre todo considerando que Rebecka no era precisamente de éstas a las que les daría corte abandonar una clase para ocuparse de una cosa tan importante como aquélla.

Annabelle suspiró y respondió con un «OK». Lo último que deseaba ahora era ver a Svante, pero lo cierto era que necesitaban el alcohol. En su caso, no sólo necesitaba esas botellas, sino también a su mejor amiga.

Fue hasta el aparcamiento. El BMW naranja estaba allí esperando con la música a toda pastilla. Svante le mostró una sonrisa a través de la ventanilla, ya bajada.

—¡Cuánto tiempo!

Ella asintió.

—Bonita camiseta —comentó con una burlona sonrisa.

Annabelle se miró la camiseta con la que había dormido y le dijo que cortara el rollo.

—Es que todo te sienta genial —continuó Svante.

Annabelle pensó que él era la única persona del mundo que podía hacer que un piropo sonara a insulto.

—¿Tienes las botellas?

—¿Ni siquiera me vas a dar las gracias?

—Pues gracias. ¿Tienes las botellas, por favor?

—Me refería a lo de que todo te sienta genial.

—Tengo un poco de prisa. Estoy en clase.

—Se me olvidaba que eras una estudiante ejemplar.

—Es que una quiere labrarse un buen futuro.

Svante le contestó que no se preocupara por eso. Que él le buscaría un trabajo en la fábrica en cuanto se graduara; o antes, incluso, si así lo deseaba.

—Muy bien —dijo Annabelle, porque no quería poner a Svante de mal humor con algún comentario como que no pensaba destrozarse los brazos trabajando en una fábrica.

Svante se inclinó sobre el asiento del copiloto.

—Aquí tienes —dijo al tiempo que le entregaba una bolsa cuyo contenido tintineaba.

Justo cuando ella fue a cogerla, Svante la retiró.

—¿Qué haces? —se sorprendió Annabelle.

—Rebecka no me ha pagado.

—Ya te pagaremos.

—También me contento con un beso. —Svante mostró una amplia sonrisa burlona—. ¿Qué? —dijo cuando ella negó con la cabeza—. ¿Tú sabes cuánto costaría todo esto si lo compraras en Systembolaget?

—Prefiero pagártelo con dinero.

—Oye, Bella: si yo fuera tú, tendría mucho pero que mucho cuidado —le advirtió dejando la bolsa con las botellas en el asiento del copiloto.

—Ninguno de mis padres trabaja con el tuyo —dijo Annabelle—, así que a mí no me puedes amenazar. Yo no dependo de ti.

—Claro que dependes de mí. Más de lo que crees.

—Te equivocas. —Annabelle se dio la vuelta y echó a andar.

—Entonces ¿no las quieres? —lo oyó gritar a sus espaldas—. Joder, tía, Rebecka ya me ha pagado. Sólo te estaba tomando un poco el pelo.

Annabelle no se molestó en contestar.

—¿Las has dejado en el sitio de siempre? —le susurró Rebecka cuando Annabelle se volvió a sentar junto a ella en el pupitre contiguo—. Las has guardado en la taquilla, ¿no?

—No las tengo.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Está mal de la cabeza. No he cogido la bolsa.

—¡Pero si se las he pagado! —Rebecka se quedó mirándola airadamente.

—Ya lo solucionaré.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero ya lo solucionaré.

Cuando llegaron a la explanada de grava que había frente a la casa, Anders soltó un silbido. ¡Menuda casa! Charlie pensó en lo que sabía de la familia Stark. Antes vivían en Kristinehamn. William era hijo único, se encontraba en el último año de instituto y vivía con su padre, pues la madre había muerto unos años antes. Según Micke, el dinero de la familia procedía de sus antepasados, lo que les permitió comprar Ribbingsfors y también renovar no sólo el edificio principal, sino también los anexos.

Una mujer de unos treinta años les abrió la puerta.

—¿William? —dijo cuando le preguntaron por él—. Ha salido. Ha bajado al lago.

—¿Es usted...? —Charlie no supo cómo acabar la frase.

—Su madrastra —contestó la mujer sonriendo—. Kristina. ¿Quieren hablar con su padre? ¡Stefan! —dirigió la voz hacia el interior de la casa—. ¡Tienes visita! ¡Es la policía!

Un hombre de complexión atlética y con ropa de deporte apareció en la entrada y saludó a los policías. Iba a salir a correr, dijo, como si quisiera excusarse por su atuendo.

—Hemos venido a hablar con su hijo —le anunció Charlie—, pero al parecer ha salido.

—Sí, ha ido al embarcadero —respondió Stefan—. Le gusta acercarse hasta el lago cuando no se encuentra bien; y tal y como están las cosas ahora... Bueno, seguro que lo entienden.

—¿Podemos hablar antes un momento con usted?

Stefan asintió con la cabeza.

—¿Les apetecería tomar un café en el porche?

Al llegar al porche, Charlie se detuvo. Las vistas que tenía ante sí eran propias de un cuadro: el agua brillando entre los sauces llorones, aquella mezcla de colores de ranúnculos, perifollos y lupinos en el prado... Y luego el roble. El enorme y milenario roble.

—No podemos quejarnos de las vistas —dijo Stefan al tiempo que, con un gesto de la mano, los invitaba a sentarse en uno de los sillones de bambú.

Kristina no tardó en aparecer con una bandeja con tazas de café.

—Es *latte* —aclaró al depositar la bandeja sobre la mesa y sentarse al lado de Stefan—. Tuvimos que comprar una de esas máquinas buenas porque aquí hay que desplazarse por lo menos cuarenta kilómetros para conseguir algo que no sea café de filtro.

—Kristina —la reprendió Stefan no sin cierto cansancio—: no creo que hayan venido a hablar de café.

—Hemos venido para hablar de Annabelle —les comunicó Charlie—. ¿Sabían que William y ella mantenían una relación?

Stefan asintió. Claro que lo sabían. Annabelle había estado allí varias veces. No era ningún secreto.

—Pero acabaron cortando —explicó Kristina—. William se quedó completamente desconsolado.

—Tampoco hace falta que exageres. —Stefan miró a su mujer—. Anduvo algo bajo de ánimos durante un par de días. Pero luego se recuperó.

—¿Cómo describirían a Annabelle? —quiso saber Charlie.

Stefan y Kristina intercambiaron una rápida mirada.

—La verdad es que tampoco es que habláramos mucho con ella —se adelantó a responder Stefan—. Ellos iban casi siempre a lo suyo. Se metían en la habitación, escuchaban música y..., bueno, supongo que hacían, simplemente, lo que hacen todos los jóvenes.

—Los padres de Annabelle no estaban al corriente de la relación —dijo Charlie.

—¿En serio? —se asombró Stefan—. ¡Qué extraño!

—No nos relacionamos con ellos —intervino Kristina—. Es una de esas parejas que prefieren ir a su aire.

Charlie tomó un sorbo de café y volvió a contemplar el lago. Pensó en los padres de Annabelle, en esa casa de las afueras del pueblo, en lo solos que parecían encontrarse.

Cuando terminaron el café, Charlie y Anders se acercaron al lago. Un sendero trazado en medio de la alta hierba del prado contiguo al porche los condujo hasta el embarcadero. William se hallaba sentado al final, de espaldas a ellos.

—¡Joder, qué susto me habéis dado! —exclamó cuando se percató de que no estaba solo.

—Sabías que vendríamos —dijo Charlie—, así que no deberías haberte ido. Tenemos que hacerte unas cuantas preguntas sobre Annabelle.

—Pues venga, pregunta —la instó William antes de volver a dirigir la mirada al lago—, pero que sea rápido porque luego tengo que seguir buscando.

—Annabelle y tú —comenzó a decir Charlie— estuvisteis saliendo un tiempo, ¿verdad?

William se quedó observándola un instante. Esa pregunta ya se la había contestado unos días antes. ¿Es que la policía no tomaba notas para no tener que repetir las mismas preguntas?

—Sólo intentaba romper el hielo, pero como quieras; puedo ir al grano. ¿Por qué se acabó vuestra relación?

En ese instante sonó el teléfono de Anders. Lo miró y, tras hacerle un gesto a Charlie para indicarle que era importante, que lo tenía que coger, se alejó del embarcadero.

—Bueno, ¿por qué se terminó? —volvió a preguntarle Charlie.

—Porque todo se fue a la mierda. —William escupió al agua.

—¿Por qué?

—No lo sé muy bien. Simplemente se fue a la mierda. A veces las cosas se van a la mierda sin más; y no —prosiguió—, no soy un psicópata celoso si es lo que piensas.

—Aunque lo fueras es muy posible que no lo dijeras —comentó Charlie.

William le preguntó qué coño quería decir con eso, y ella le explicó que los psicópatas rara vez se describen a sí mismos como psicópatas, que el no darse cuenta de que lo son forma parte de su psicopatología.

—Entonces ¿crees que soy un psicópata?

—No te conozco. —Charlie se quitó los zapatos y se sentó junto a él—. ¿Lo eres?

William sonrió.

—Si lo fuera, no lo reconocería, ¿verdad?

Estaba claro que el chico, pensó Charlie, no era tonto.

—¿La querías? —preguntó—. ¿Querías a Annabelle?

William se encogió de hombros. Suponía que sí. Hasta habían hablado de irse a vivir juntos a alguna parte en cuanto se graduaran. Quizá a Estocolmo o a Gotemburgo. Annabelle se matricularía en alguna universidad y él buscaría trabajo. No debería de ser demasiado difícil encontrar trabajo en una gran ciudad. Se contentaría con cualquier cosa con tal de no estudiar. Ya estaba harto de estudiar. Pero ahora todo se le antojaba un sinsentido: la graduación,

la celebración, el futuro... Porque si algo terrible le hubiera ocurrido a Annabelle, si no la encontraran con vida, no habría ningún motivo para estar alegre.

Charlie dijo que lo comprendía, que sin duda muchos de los amigos de Annabelle sentirían lo mismo en esos momentos. Y añadió, con un tono de voz que no sonó demasiado convincente, que esperaba que pudiera celebrar su graduación.

—La echo de menos —confesó William—. La echaba de menos incluso antes de que desapareciera.

—Lo comprendo —respondió Charlie—. ¿Fue duro cuando rompisteis?

William asintió y contestó que había sido bastante duro.

—¿Discutisteis la noche en la que desapareció?

—No que yo recuerde.

Charlie no pudo resistirse a preguntarle si a veces le fallaba la memoria.

Los ojos de William brillaron un instante. No, no le fallaba; no más que a otros, en cualquier caso. Pero quizá Charlie conociera los efectos que produce el alcohol en la memoria.

Demasiado bien, pensó Charlie. Continuó haciendo las preguntas habituales: cómo era Annabelle, si se encontraba triste esa noche, cuándo fue la última vez que la vio, el estado en el que se hallaba ella... Si él había notado algo fuera de lo normal... No descubrió nada que no supiera ya.

Carecía de sentido seguir preguntando, y Charlie se percató de que la única oportunidad que tenía de sacarle algo era con el silencio. De modo que fijó la mirada en el agua, en los zapateros que avanzaban saltando sobre la superficie, en los bancos de peces que había por debajo, en el rojizo y ondulado fondo.

Estaba a punto de desistir cuando William se aclaró la voz.

—Me dio la sensación de que me dejó porque había conocido a otro.

—¿Por qué?

—¿No es eso lo que suele pasar? Conoces a otra persona y dejas a la que tienes.

Charlie asintió con la cabeza y dijo que, en efecto, eso podía pasar, pero que a uno también podían abandonarlo por otros motivos.

—Jonas y Svante hablaron de eso aquella noche, de que Annabelle me había sustituido o algo así. Jonas la había visto con otro.

—¿Le preguntaste con quién?

William negó con la cabeza. No se lo había preguntado, no tenía el menor interés en saberlo.

—Deberías habérselo contado enseguida —le reprendió Charlie.

—No se me ocurrió. La gente habla tanto...

—¿Svante Linder y tú sois buenos amigos?

—Sí, bastante, aunque Svante se pone muy raro cuando bebe. Bueno, lo cierto es que creo que eso nos pasa a los dos.

—He oído que os liasteis a puñetazos en el bar, que os peleasteis por Annabelle.

William la miró asombrado, lo que Charlie interpretó como que tal vez hubiera exagerado.

—Y ayer —continuó diciendo—, ayer en el bar también me pareció que teníais una cuenta pendiente.

—No fue nada —contestó William—, una chorrada. Ni siquiera me acuerdo de qué se trataba. Y nunca nos hemos peleado por Annabelle, si estás pensando en lo que ocurrió el Día de las Cataratas...

—¿El Día de las Cataratas?

—Sí, es el día en el que abren las compuertas. Por la noche siempre hay una fiesta.

Charlie sabía perfectamente lo que era el Día de las Cataratas: la apertura de las compuertas, esa agua espumosa cayendo a raudales por entre las rocas... De niña había sido testigo de ello varias veces. Pero no había oído nada sobre esa fiesta nocturna que, a todas luces, se celebró un par de semanas atrás.

—¿Y qué ocurrió ese día? —preguntó.

—Svante y yo no nos peleamos. Lo que hicimos fue poner en su sitio a Erik, el propietario del local.

—Cuéntame más.

—Es que le metió mano a Annabelle. Y daba igual que lo nuestro ya se hubiera acabado, pero, joder, que apartara sus sucias manos de las chicas que no quieren que las toquen. Una falta de respeto de la hostia.

Charlie intentó parecer impassible.

—¿Erik suele meterles mano a las chicas?

—No, que yo sepa. Pero esa noche bebió bastante. Tanto que hubo un momento en el que ya no fue capaz de servir copas. De todos modos, no creo que vuelva a acercarse a Annabelle. Lo asustamos. Me parece que esa noche lo asustamos de lo lindo.

Charlie no recordaba haber leído en los informes nada al respecto. ¿Cómo era posible que nadie lo hubiera mencionado? Seguro que hubo un montón de testigos.

—¿Por qué nadie nos ha hablado de eso?

William se encogió de hombros. Quizá porque estaban borrachos. Y luego porque la gente no pensaba que Erik tuviera algo que ver con la desaparición. Tan sólo era un buen padre de familia, un tío legal al que esa noche se le nubló la mente y se le fue la mano.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de que es un tío legal?

William volvió a encogerse de hombros. Era lo que pensaba. Erik no era, precisamente, de los que van por ahí raptando chicas.

—¿Y hay alguien de tu entorno que sí lo sea? —se interesó Charlie.

—No sé adónde quieres ir a parar.

—A que quizá no sea tan fácil identificar a ese tipo de personas.

—Es posible —dijo William.

—Y a partir de ahora es mejor que dejes que sea la policía quien decida lo que es importante o no.

—Sí, claro.

—Si recuerdas algo más de esa noche, o cualquier otra cosa, lo que sea, llámame. —Charlie le dio su tarjeta de visita y se levantó. Al alejarse de allí, sintió cómo la mirada de William se le clavaba en la espalda. No vio a Anders por ninguna parte, de modo que supuso que había regresado al coche.

¿Quién es William Stark?, pensó mientras subía el sendero. ¿Es el novio rechazado y triste que se consuela con la mejor amiga de la exnovia o es alguien que se siente mucho más herido? Imposible saberlo. No obstante, tenía coartada para la noche en la que Annabelle desapareció: se quedó en la vieja tienda hasta el amanecer.

Sonó el teléfono. Una H en la pantalla. Pensó en rechazar la llamada, pero, por algún inexplicable motivo, su dedo corazón izquierdo se vio atraído por el símbolo del auricular verde.

—¿Qué quieres? —preguntó Charlie.

Sin embargo, no era Hugo. Sino una mujer hecha un mar de lágrimas que, tras sorberse los mocos, se presentó como Anna, la esposa de Hugo.

—¿Qué es lo que te pensabas? —dijo.

Charlie se detuvo un instante.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo curiosidad por saber qué es lo que se piensa cuando una... Sabías que estaba casado, ¿verdad?

Charlie consideró la opción de hacerse la tonta, pero comprendió que ya era tarde, de modo que dijo que sí, que sabía que estaba casado, pero que eso era problema de Hugo y no de ella.

—Al final va a ser verdad lo que dicen de ti —le soltó Anna—, que eres una desalmada de la hostia, que no... Ahora entiendo que Maria no quiera que trabajes con Anders. Supongo que también te lo follas.

El primer impulso de Charlie fue mandarla a la mierda, pero luego se tranquilizó.

—Mira, tú no me conoces —respondió.

—Te conozco lo suficiente. Una persona solitaria y amargada que quiere arruinarles la vida a los demás, y... —Anna sollozó, recuperó el aliento y continuó—. ¿Crees que eres la única con la que se ha entretenido cuando se aburría?

—Creo que es mejor que soluciones esto con tu marido —le contestó Charlie. Acto seguido, colgó.

Aceleró el paso. ¡Mierda, mierda y mil veces mierda! Intentó sacarse las palabras de Anna de la cabeza: «¿Crees que eres la única?». Bueno, ¿y por qué se molestaba? Al fin y al cabo, ella ya sabía desde el principio que era «la otra». Aun así, quería ignorar que hubiera habido otras antes, quería que lo que había tenido con Hugo fuera algo más, algo más que sólo sexo. Pensó en sus exageradas palabras acerca de lo guapa y maravillosa que ella era.

«Aléjate de los hombres que quieran engatusarte con sus palabras —le dijo en una ocasión Betty—. Ésos son los peores. Pueden parecer buenos e incluso divertidos, pero la mayoría son unos auténticos idiotas. Que no se te olvide nunca, Charline».

Charlie pensó en Anna. ¿Cómo podía mantener semejante relación? ¿Por qué aguantaba? ¿Por qué llamaba a la amante de su marido? No lo entendía. Si Charlie se casara algún día y su marido la engañara, nunca haría una llamada así ni se humillaría de esa manera. Dirigiría la rabia hacia la persona culpable: hacia el traidor.

¿Y dónde está tu parte de culpa?, le oyó decir a una obstinada voz en su interior. ¿En qué coño pensabas?

Anders se hallaba junto al coche cuando Charlie llegó.

—Lo siento —se excusó—, pero era Maria. Al parecer, Sam tiene fiebre. Están en urgencias, aunque los médicos creen que no hay peligro. Entiendes que respondiera, ¿no?

Charlie asintió con la cabeza y dijo que sí. Luego sintió vergüenza por pensar que Maria quizá lo exagerara todo con el único propósito de controlar a su marido.

—Espero que se mejore —contestó.

Anders movió la cabeza en señal de agradecimiento y comentó que la fiebre alta no era igual en los niños que en los adultos, pero que a partir de ahora se vería obligado a coger todas las llamadas de Maria.

Charlie pensó que, al fin y al cabo, eso era lo que hacía siempre.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Anders cuando entraron en el coche.

—Sí, que William había oído que Annabelle salía con otro. La noche de marras, Jonas Landell le contó que había visto a Annabelle con un hombre. Tenemos que hablar con él, y con Erik. Y también con Rebecka —añadió—. Si resulta ser cierto lo que dijo Jonas, que Annabelle estaba saliendo con otro, tenemos que referírselo a Rebecka. Y preguntarle por qué no nos ha dicho nada.

—Quizá no lo supiera.

—Es su mejor amiga —arguyó Charlie—. Claro que lo sabía. Y luego está Erik, el del motel.

—¿Qué pasa con él?

—William ha dicho que hace unas semanas le metió mano a Annabelle en una fiesta. Hubo una pelea, y Svante y William lo pusieron en su sitio.

—Ya me ocupo yo de hablar con esos tres junto con Adnan y Micke —se ofreció Anders.

—¿Por qué?

—Porque me parece que necesitas descansar. Estás blanca como la pared. ¿Te encuentras bien?

—Es la cabeza —respondió Charlie—. Me siento algo mareada, eso es todo.

Anders le dijo que la dejaría en el motel para que descansara un rato. Charlie intentó protestar; tampoco hacía falta que exagerara: sólo había tenido unos días muy duros, nada más.

—Lo entiendo. —Anders la miró—. Ha debido de resultarte muy raro... Me refiero a lo de volver aquí después de tantos años. Imagino que demasiados recuerdos...

Charlie asintió con la cabeza.

—¿La echas de menos?

—¿A quién? —preguntó Charlie, aunque sabía perfectamente a quién se refería.

—A tu madre.

—Sí —confesó—. La echo mucho de menos.

—No pasa nada por llorar —dijo Anders al tiempo que le pasaba la mano por el brazo. Pero se la quitó enseguida.

—Ya lo sé —respondió Charlie—, es sólo que...

—¿Qué?

—Que no sirve de nada.

Allí y entonces

Alice y Rosa pasan por delante del viejo molino de la colina. Grande, rojo y poderoso proyecta su alargada sombra hacia las casitas más pequeñas y humildes de la calle.

A Rosa no le gusta acercarse demasiado a «la mansión», como ella lo llama, pero cuando van a bañarse es inevitable hacerlo.

Benjamin se encuentra sentado junto a su hermano en una manta extendida sobre la hierba. Benjamin va un curso por delante de ellas. Rosa lo llama «el bobo». Rosa le odia. ¿Por qué? Dice que porque es... bobo. No le gusta la gente boba.

—¿Y tú qué miras, bobo? —le grita a Benjamin. Y, como él no contesta, Rosa se acerca y le pregunta qué está leyendo.

—Nada —dice Benjamin para, a continuación, cerrar el libro.

—¿Qué tienes en el cuello? ¿Un colgante?

—No, es una piedra natal con una perla auténtica.

—Pues yo creo que es un colgante.

—Un colgante —repite John-John pasándose la mano por el cuello, de donde le cuelga uno idéntico al de su hermano.

Rosa niega con la cabeza. ¿Chicos con colgantes? ¿Y piedras natales? Nunca ha oído hablar de piedras natales.

—Nos las dio papá —explica Benjamin—. Son perlas auténticas.

—Son perlas auténticas —repite Rosa imitándolo antes de dirigirse a Alice—. No entiendo por qué les compran perlas a unos críos tan pequeños. ¿Tú lo entiendes, Alice?

Alice niega con la cabeza porque, para empezar, no comprende por qué se compran perlas.

Benjamin se levanta y responde que él no es ningún crío, que, de hecho, es mayor que ellas. Rosa dice que se refería más bien a John-John.

En ese momento, la madre de Benjamin sale a la escalera. Les grita que se vayan de su casa inmediatamente.

Rosa señala el suelo con el dedo y le explica que no están en su casa, que se hallan fuera de los límites de su terreno, pero eso a la madre de Benjamin le da igual. Además, añade, también son los propietarios del terreno que se encuentra al otro lado de la valla; bueno, para ser exactos, de todo lo que se extiende hasta el lago. Y quiere que Rosa se mantenga tan alejada de allí como le sea posible.

Rosa se queda inmóvil, petrificada, mientras mira a la madre del bobo. A Alice le da cosa ver así a su amiga. Coge a Rosa del brazo e intenta llevársela, pero no puede.

—Quizá yo también debería ir a buscar a mi madre —comenta Rosa.

Y entonces la madre de Benjamin dice que seguro que la señora Manner está ocupada con otros menesteres, que lo más probable es que se encuentre en la cama, trabajando.

—¿Qué hostias quieres decir? —pregunta Rosa—. ¿Qué hostias quieres decir con eso?

—Creo que sabes a lo que me refiero. Todo el mundo sabe a lo que se dedica tu madre. No entiendo por qué no pone un gran cartel en la fachada. Total...

—¿Es que te lo ha contado tu marido? —le espeta Rosa.

No había hecho más que terminar la frase cuando la madre de Benjamin se acercó a Rosa y le pegó una bofetada en toda la cara.

—¿Estás llorando? —inquire Alice cuando llegan al lago—. ¿Estás triste?

Rosa niega con la cabeza. No parece haberse dado cuenta de que su rostro se ha llenado de lágrimas. Alice se sienta a su lado.

—Pasa de esa familia —le comenta—. No dicen más que chorradas.

Rosa permanece callada. Se rasca tanto la picadura que un mosquito le ha hecho en la espinilla que empieza a sangrar. Luego se vuelve hacia Alice y le dice que está contenta de que sean amigas, que todo resulta mucho más fácil cuando se tiene una hermana, que se podría decir que se han salvado mutuamente.

Charlie subió a la habitación. Anders tenía razón: necesitaba descansar. Se tumbó en la cama, sacó su móvil y buscó en Google el poema «Annabel Lee», de Edgar Allan Poe.

Según Wikipedia había sido el último que escribió. El tema —la muerte de una joven y bella mujer— era, según dicha fuente, recurrente en toda su obra.

Charlie abrió la galería de imágenes del móvil y miró la foto que le había hecho a la pared de la vieja tienda. Una letra descuidada. ¿Quién había escrito aquello? ¿Annabelle?

Pasó a la siguiente foto, la del número de teléfono al que había que llamar si uno quería follar. Marcó el número sin pensárselo dos veces. Tres tonos después una voz femenina contestó con un «¿Diga?».

Charlie reconoció la voz pero fue incapaz de ubicarla.

—¿Con quién hablo?

—Con Sara. ¿Quién es?

—La policía, soy Charlie.

—¿Qué quieres?

Charlie detectó cierta inquietud en su voz.

—Sólo..., sólo quería saber cómo estabas.

—Estoy bien. Gracias por llevarme a casa anoche.

—No hay de qué. —Se hizo el silencio; Charlie ya no sabía qué más decir. De repente, se oyó a un hombre gritar.

—Tengo que colgar —se apresuró a decir Sara—. Ya nos veremos.

Al despertarse, Charlie tardó varios segundos en saber dónde se hallaba. ¿Cuánto tiempo había dormido? Cuando se puso de pie, la habitación le dio vueltas. Cogió su móvil y respiró aliviada al constatar que sólo había dormido una hora. Llamó a Anders.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Ya hemos hablado con Jonas. Ha confirmado la información de William: Annabelle estaba saliendo con alguien.

—¿Con quién?

—No lo sabemos. Jonas la vio con una persona, pero fue a mucha distancia porque había salido a navegar. No llegó a percibir bien quién era. Los vio en una isla, Guldö o algo así.

—Gullö —le corrigió Charlie.

—Sí, eso es. Está seguro de que era Annabelle por el pelo. Pero, de él, lo único que ha podido decir es que se trataba de un hombre mayor. Al menos ésa fue su impresión.

—¿No le preguntó a Annabelle quién era?

—Sí, pero ella le contestó que se había confundido, que ella no había estado allí.

—¿Y Erik?

—Dice que iba muy borracho y que se le fue la olla, que seguramente malinterpretó las señales de Annabelle. Que no le demos mayor importancia.

—¿Tiene coartada para la noche en la que desapareció Annabelle?

—Sí, trabajó hasta la medianoche; y su mujer dice que veinte minutos después ya estaba en casa.

—Bueno, tanto como trabajar... —repuso Charlie—. ¿Y no podría su mujer haberse equivocado de hora?

—Dice que está segura, que tiene un sueño muy ligero y que se despertó cuando él llegó a casa, y que eran las doce y veinte. Y que no le habría dado tiempo a hacer nada.

—Ya, pero es su mujer —dijo Charlie—. Que no se te olvide que es su mujer.

Ese día

Por fin había terminado la jornada escolar. ¿Cómo había podido aguantar? Annabelle atajó por el prado mientras pensaba en unas líneas que acababa de leer en *Jane Eyre*: «La razón se sienta firmemente en la silla y lleva las riendas, y no dejará que los sentimientos se desboquen y la arrojen al abismo».

Demasiado tarde, constató. Los sentimientos ya lo habían arrastrado todo. Y ella se precipitaba al abismo. Pero esta noche intentaría pensar en otras cosas. Se arrepentía de haberle prometido a Rebecka que se lo contaría todo, porque lo único que deseaba ahora era olvidar.

Ya casi estaba en casa cuando se acordó de que tenía que conseguir alcohol. Rebecka se volvería loca si se presentaba sin nada que beber. Por un momento pensó en llamar a Svante y pedirle perdón; él vendría enseguida y le solucionaría el problema. Se detuvo, cogió el móvil y buscó el número de Svante, pero no tardó en desechar la idea. No merecía la pena, pensó.

Dio media vuelta y echó a andar en dirección al pueblo. No tenía dinero, pero confiaba en que las cosas se arreglaran. Pensó en que ésa era la primera vez que iba a Valls desde que estuvo allí con Él. Se arrepentía de haberlo llevado allí: ahora ese lugar también estaría relacionado con su historia. ¿Por qué no habrían seguido viéndose al aire libre? Demasiado arriesgado, según él. Tan sólo era una cuestión de tiempo que los descubrieran. Después de aquel día en el que ella se presentó en su casa sin avisar y los chicos los pillaron en el sofá del salón, él se volvió más cauteloso. Las últimas veces había ido a buscarla en coche. Se habían alejado del pueblo adentrándose en el bosque por sinuosas carreteras. Luego había apagado el motor y reclinado el asiento hacia atrás. Hasta que un día ella lo llevó a la vieja tienda. Era un día de entre semana por la tarde y estaba casi segura de que nadie los molestaría. Él no conocía el lugar.

Cuando ella abrió la puerta, él dudó. Le resultó raro, pensó, entrar así, sin más, en una casa ajena. Annabelle tuvo que explicarle, otra vez, que Valls no

tenía propietario, que nadie los denunciaría.

Se detuvo junto a la escalera de la entrada para leer los textos de la pared. Quería escribir algo bonito, dijo. Para compensar el número de esvásticas y palabrotas.

Ella sacó un bolígrafo del bolso y se lo ofreció. «Escribe algo —dijo—. Escríbeme un poema».

Él cogió el boli y empezó a escribir. Cuando terminó dejó que lo leyera. ¿Le gustaba?

Annabelle dijo que no porque ya sabía cómo terminaba. Y no le gustaban los finales trágicos.

Se hallaban reunidos de nuevo en la comisaría. El grupo que Charlie veía ante sí se encontraba ligeramente resignado. Repasaron la información que tenían sobre ese desconocido, el posible amante. Identificarlo era de suma importancia, sentenció Charlie. Por eso les pidió una lista de todos los hombres con los que Annabelle había estado en contacto. Debían hablar con los amigos de la familia, los padres de los amigos, los profesores... Con todo el mundo. Así sabrían, por lo menos, a quién eliminar. Micke la interrumpió para comunicarle que ya lo habían hecho. Habían hablado con casi todas las personas del entorno de Annabelle, cosa que ella ya sabía. Charlie dijo que ampliarían el círculo mientras continuaban investigando más a fondo a los más cercanos. Y que había que volver a comprobar todas las coartadas. Charlie no supo cómo seguir sin revelar su procedencia ni insultar a nadie. Micke sólo tardó un par de segundos en replicarle:

—¿Quieres decir que las coartadas son menos fiables aquí que en otros lugares?

—Lo que quiero decir es que éste es un lugar pequeño, que mucha gente tiene vínculos entre sí. —Fue incapaz de resistirse a mirar a Anders y poner los ojos en blanco antes de proseguir—. No te olvides de averiguar si alguien cercano a Annabelle cuenta con otro teléfono con tarjeta prepago. ¿Habéis vuelto a hablar con Rebecka?

—Antes no conseguimos contactar con ella, pero la llamo ahora mismo —comentó Adnan.

—Muy bien. Dile que es importante y que lo de guardar un secreto ya no vale.

—Charlie —terció Micke—, ya lo ha pillado. No somos tan cortos de luces por estos lares.

—Y pregúntale si reconoce esta letra —continuó Charlie ignorando el comentario de Micke y levantando su teléfono para mostrarles el poema antes de enviarle la foto a Adnan.

Micke preguntó de qué se trataba y Charlie le respondió que lo había encontrado en una de las paredes de la vieja tienda.

—Yo creía que eso era cosa de los técnicos —dijo Micke.

—Sí, pero no han hecho muy bien su trabajo.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Anders y yo vamos a ir a casa de los padres.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó Olof—. Es que Nora está muy alterada... No sé qué podría aportar ir allí ahora.

—La de ayer fue una visita muy breve. Hay algo en esa familia que me da una sensación de... No sé, no sé muy bien de qué. Además, también quiero echarle un vistazo a la habitación de Annabelle.

—Ya la hemos registrado nosotros —repuso Olof—. Y no hemos encontrado ningún diario ni ninguna otra pista.

—Lo sé, pero aun así me gustaría verla —dijo Charlie—. Iremos Anders y yo, y luego nos acercaremos al instituto para hablar con los profesores. Micke, llama al director y avísale de que vamos a ir.

Fredrik los recibió con el mismo atuendo del día anterior. Charlie se apresuró a decir que no tenían ninguna novedad, pero que desearían ver la habitación de Annabelle y hablar un poco con ellos.

Esta vez no les ofreció café. Se limitó a invitarlos a pasar a la cocina y a preguntarles qué querían saber.

—Hemos estado pensando en lo de la relación que hay entre Nora y Annabelle, lo de que Nora es... un poco sobreprotectora con Annabelle. ¿Sabe a qué puede deberse?

Fredrik se quedó mirándolos y respondió que no. Su mujer siempre había sido así. Nada más. Ya se lo había dicho; ¿adónde querían ir a parar?

—Lo único que queremos saber es si existe alguna razón especial, si Nora tiene algún motivo especial para pensar que alguien deseaba hacerle daño a Annabelle.

—No —sentenció Fredrik—. Me lo habría dicho. Supongo que es, simplemente, porque algunas personas se preocupan más que otras —apostilló.

—Entonces lo dejamos en eso —zanjó Charlie antes de levantarse—. ¿Le importa si le echamos un vistazo a la habitación de Annabelle?

Fredrik les pidió que no hicieran mucho ruido porque Nora se encontraba descansando en el dormitorio de enfrente.

De camino a la habitación de Annabelle se cruzaron con Hannes en la escalera. Llevaba puestos unos vaqueros y una camisa con alzacuellos.

—Está durmiendo —se adelantó a anunciar señalando con la cabeza la planta de arriba—. Me he quedado un rato en la puerta y ahora iba a bajar a por un poco de café. No quiero despertarla.

—No haremos ningún ruido —le contestó Charlie.

Las paredes de la habitación de Annabelle eran de color rosa, como si se tratara de la habitación de una chica mucho más joven. Por encima de la cama había un dosel de color blanco, y, sobre ella, unas muñecas y unos cuantos ositos de peluche alineados entre unos cojines con fundas de encaje. En una de las paredes había un escritorio y un corcho con fotografías. Charlie se inclinó hacia delante para mirarlas de cerca: Annabelle a lomos de un caballo y con los ojos entornados, una Annabelle sonriente y mellada de los dientes de arriba, Fredrik con una pequeña y regordeta Annabelle comiéndose un helado en la playa... Y, luego, las fotos más recientes: una chica guapa y ligeramente pelirroja abrazada a unos amigos casi igual de guapos.

Charlie se acercó a la librería y leyó algunos de los títulos de los libros: *Los juegos del hambre*, *El círculo*, *Alicia en el país de las maravillas...*; y en los estantes superiores *Matar a un ruiseñor*, *Crimen y castigo*, *El extranjero...* A esta chica, pensó Charlie, le gusta leer.

—¿No resulta raro que una persona a la que le gusta tanto leer no parezca haberse dedicado a escribir? —preguntó.

Una cosa no tenía por qué estar relacionada con la otra, opinaba Anders.

—A menudo sí que lo está.

—Quizá tenga un buen escondite. O tal vez anote cosas en el móvil.

Charlie abrió la puerta del armario. Los collares que colgaban de un gancho sonaron estrepitosamente.

—Parece gustarle la ropa bastante atrevida —comentó Anders cuando vio colgada una colección de vestidos de todo tipo de colores y dibujos.

Charlie no dijo nada. Se limitó a pasarlos uno por uno. Ella no diría que fueran atrevidos, sino más bien... originales.

Anders registró los cajones del escritorio. Allí no había nada raro: bolígrafos, gomas de borrar, un cuaderno de cálculo repleto de ecuaciones de segundo grado...

En la mesilla de noche había una cajita de pastillas Ipren y un paquete de chicles. Charlie se arrodilló, levantó los faldones de la ropa de cama y miró

debajo de ella. Nada.

De pronto apareció Fredrik en la puerta. Llevaba unos libros en la mano.

—¿Cómo va? —preguntó—. ¿Han encontrado algo interesante?

—Es más bien que nos interesa hacernos una imagen global de quién es su hija —respondió Charlie.

—¿Podrían hacerme un favor?

—Sí, claro —dijo Charlie.

—Es que resulta que... Annabelle siempre estaba muy pendiente de devolver los libros a tiempo. —Fredrik entró y dejó los libros sobre el escritorio—. Y tenía que devolver éstos a la biblioteca.

—Estoy seguro de que los bibliotecarios serán indulgentes con el retraso —contestó Anders.

—Ya los devolvemos nosotros —dijo Charlie—. No hay ningún problema. Nos alojamos en el motel, así que la biblioteca nos pilla cerca.

—Me he acordado también del grupo de lectura —añadió Fredrik—. Me suena que Annabelle habló de crear un grupo de lectura, pero no sé si salió. Quizá no le resultara tan fácil encontrar gente dispuesta a apuntarse.

—Lo preguntaremos —dijo Charlie. Cogió los libros y salió de la habitación con Anders.

La puerta del dormitorio de Nora se hallaba entreabierta. Estaba llorando. «Mi niña —decía entre sollozos—, mi querida niña». Luego se oyó la voz del pastor. La instaba a que rezaran juntos. Que rezaran para que encontraran a Annabelle y para que volviera sana y salva.

—Tráeme más agua —le pidió Nora—. Necesito más agua y algo más para dormir. No quiero seguir despierta.

El pastor salió al pasillo justo cuando Charlie y Anders se disponían a bajar la escalera.

—¿Cómo está? —se interesó Charlie—. ¿Cómo se encuentra?

—Mal —respondió Hannes—. Aunque se ha tranquilizado un poco con el rezo —comentó dirigiéndose a Fredrik—. Quiere más pastillas —agregó.

Fredrik dijo que estaban en la encimera de la cocina.

—¿Puedo usar el baño? —preguntó Charlie.

Fredrik asintió con la cabeza señalando una puerta que se hallaba al otro lado del pasillo.

—Está allí.

En cuanto todos bajaron la escalera, Charlie se dirigió al dormitorio de Nora. Nora se encontraba medio tumbada en la cama con el pelo enmarañado y la cara roja por el llanto. Apenas reaccionó cuando Charlie entró.

—Nora —dijo Charlie—, me gustaría hablar un poco con usted. —Se acercó a la cama—. Me gustaría saber si hay algo de Annabelle que no nos haya dicho.

Nora negó con la cabeza.

—He oído que ha estado usted bastante... bastante preocupada por ella. ¿Por algún motivo en especial?

No hubo respuesta. Charlie iba a reformular la pregunta cuando Nora se aclaró la voz y contestó:

—El mundo es malo.

—¿Qué quiere decir?

—Que ése es el motivo. Que quiero protegerla.

—¿Hay algún mal en concreto en el que esté pensando? ¿Les ha amenazado alguien?

Nora negó con la cabeza. El mundo era malo, simplemente. El mundo y la gente que lo habitaba. Eso era todo.

—¿Qué te ha dicho Nora? —le preguntó Anders ya en el coche—. Porque imagino que no fuiste al baño.

—Que el mundo es malo y la gente que lo habita también; y que por eso quería proteger a su hija.

—¿Pensaba en algo concreto?

—Si lo piensa, no he podido sacárselo. No resulta fácil hablar con ella.

—Bueno, al menos lo has intentado.

—¿Qué opinas del pastor? —le espetó Charlie—. ¿Podría ser él el amante?

—¿El pastor? —Anders se volvió hacia ella.

—Sí, no sólo es pastor... —respondió Charlie—. También es un hombre...

—¿No te parece que tiene mucho que perder arriesgándose a algo así? —le preguntó Anders.

—A eso me refiero precisamente. Tengo la sensación de que sabe más de lo que nos ha contado. Hay que hablar otra vez con él.

El Colegio Central de Gullspång lo conformaba un gran edificio de ladrillo naranja con curiosos pabellones y añadidos. En la parte contigua al aparcamiento se encontraba el instituto, donde Charlie no llegó a estudiar. Ni siquiera terminó noveno curso, el último de la enseñanza obligatoria, que se cursaba en el edificio más grande del complejo. Levantó la mirada y pensó en los años que había pasado allí. El colegio... Ella era uno de esos niños raros a los que les encantaba. Lo empezó con una maestra de cálido regazo y suave voz a la que le sucedió un maestro que la animó a leer y que la dejó avanzar por los libros de matemáticas hasta los niveles superiores. Poco importaba que Betty olvidara acudir a las reuniones de evaluación y a las de los padres, o que nunca se preocupara de ayudarla con los deberes, porque Charlie se las apañaba estupendamente. «De alto rendimiento —la había definido una profesora en séptimo curso—. Nada ni nadie podrá detenerte, excepto tú misma —había añadido». No era verdad, se dijo Charlie ahora; había numerosos factores que podían detenerla, factores sobre los que ella no podía ejercer ningún control. Pensó en Betty y Mattias, que a menudo le impedían dormir por las noches no sólo los fines de semana, sino también entre semana. Si no era Betty tocando el piano era Mattias con la guitarra. «Tócame algo, cariño. Eres la primera persona con oído absoluto que conozco».

Un olor a piedra, fósiles y libros se apoderó de ella cuando abrieron la pesada puerta doble de la entrada del instituto. Las clases habían terminado y los pasillos se hallaban vacíos y en silencio.

La directora los recibió en su despacho, que se encontraba junto a la recepción. Les habló de lo conmocionados que estaban todos los alumnos. En el pequeño Gullspång no acostumbraban a tener ese tipo de sucesos. Si un niño desaparecía, siempre acababan encontrándolo, y todos..., bueno, todos se conocían y...

—¿Hay algo que quiera usted contarnos de Annabelle? —preguntó Anders.

—Ya se lo he dicho a sus colegas —respondió la directora—: Annabelle es nuestra mejor alumna. Es cierto que de un tiempo a esta parte llegaba tarde con frecuencia y que incluso ha faltado a algunas clases, pero por lo demás... Por lo demás no hay mucho más que contar.

—¿Los retrasos y las ausencias —intervino Charlie— se han producido sólo últimamente?

—Creo que sí, pero si quieren ustedes, puedo comprobarlo en el sistema.

—También necesitaríamos una lista de todos sus profesores —le pidió Charlie.

—Sí, claro. —La directora encendió su ordenador y suspiró por lo lenta que era la intranet del centro—. Todos los nombres de los profesores aparecen abreviados —explicó—, de modo que les anotaré los nombres completos al lado.

Cogió un bolígrafo y empezó a escribir. Charlie le pidió que apuntara también la edad. La directora alzó la vista y comentó que, en ese caso, tendría que mirar los contratos para no equivocarse.

—De acuerdo —dijo Charlie—. El padre de Annabelle nos ha dicho que su hija quería crear un grupo de lectura. ¿Sabe usted algo de eso?

—No —contestó la directora—. Pero pregunten en la biblioteca, se encuentra al final del pasillo. Quizá allí sepan algo. Creo que aún está abierta. Si la impresora no me da problemas, les entregaré la lista ahora mismo.

De camino a la biblioteca, Anders recibió un SMS. En ese instante, Charlie se dio cuenta de que se le había olvidado preguntarle por su hijo.

—¿Es Maria? —inquirió—. ¿Está bien el niño?

Anders asintió con la cabeza y le respondió que le había bajado la fiebre.

Al entrar en la biblioteca no vieron a nadie. Charlie se acercó al mostrador e hizo sonar la campanilla. Acto seguido, un hombre salió de un despacho con unos papeles bajo el brazo.

—¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó.

Charlie observó su ajustada camisa de color azul claro. El hombre no se parecía en absoluto a lo que ella esperaba encontrar. En su opinión, el personal de una biblioteca de instituto debía ser una mujer de mediana edad con ropa de alegres colores y grandes bolsillos; y en el caso de que se tratara de un hombre, había de ser una persona flaca, con gafas y grandes manos. Sin embargo, este bibliotecario era un hombre atlético de unos treinta y cinco

años que se presentó como Isak Sander y que les estrechó la mano con firmeza y autoconfianza. Charlie y Anders le dijeron quiénes eran.

—¿Podemos hablar un momento con usted? —preguntó Charlie.

—Sí, claro —respondió Isak—. Pero pasen al despacho. Hay más sillas.

Los invitó a pasar a un cuarto que se hallaba por detrás del mostrador. En un escritorio había una fotografía de cuatro chicos rubios con amplias sonrisas.

«De modo que es aquí donde trabaja —pensó Charlie—. Aquí está el marido ausente de Susanne». Charlie se había hecho la idea de que trabajaba en una oficina, pero ahora resultaba que era bibliotecario.

—No sé muy bien en qué puedo ayudarles —se excusó Isak—. Pero espero de verdad que la encuentren pronto. Esta... desaparición ha inquietado mucho a todo el pueblo.

—¿Conoce bien a Annabelle? —preguntó Charlie.

—¿Conocer? Bueno, es una alumna del instituto, una de las personas que más libros saca de la biblioteca, pero yo no diría que la conozco. Hemos hablado un poco de libros para lo del grupo de lectura que montó.

—Ah, entonces ¿llegó a organizarlo? —se sorprendió Charlie.

—Sí —confirmó Isak.

—¿Y sabe quién más participaba en él?

—Rebecka —dijo Isak—. Rebecka y otras chicas de su clase. Y también William Stark y, a veces, el chico que trabaja en el motel, Jonas.

—¿Jonas Landell?

—Sí, si no me equivoco, ése es su apellido.

—Entonces ¿el grupo de lectura no era sólo para alumnos del instituto?

—No —aclaró Isak—. No veo ningún motivo para excluir a alguien de un grupo de lectura sólo porque tenga unos cuantos años más que sus amigos.

—No me refiero a eso —explicó Charlie—, sino a que me parece raro que un chico que ha terminado el instituto quiera participar en él.

—Bueno, aunque no lo crea, hay muchos chicos interesados en la literatura —repuso Isak con una sonrisa.

Sí, seguro, pensó Charlie, pero lo más probable era que le interesara una chica del grupo.

Sonó la campanilla del mostrador. Era la directora. Isak la invitó a pasar al despacho.

—Aquí tienen la lista con los nombres y los números del carnet de identidad —dijo—. No están sólo los profesores, sino también todos los trabajadores del colegio. Sí, tú también, Isak —le aclaró con una sonrisa—.

Tú, y los conserjes, y el personal de limpieza... En fin, todos. He marcado a los que le dan clase a Annabelle —explicó al entregarle los papeles a Charlie—. Y, en cuanto a lo de las faltas de asistencia..., se han incrementado un poco durante las últimas cinco semanas, aunque no es especialmente raro que muchos estudiantes se sientan más cansados en primavera.

Charlie le dio las gracias y se levantó.

—Ya nos pondremos en contacto si necesitamos volver a hablar con alguno de ustedes —añadió—. Y si se les ocurre cualquier cosa con respecto a Annabelle, lo que sea, llámenos enseguida, por favor.

De camino al aparcamiento, Charlie empezó a leer los nombres de la lista. Había tres hombres que le daban clases a Annabelle. Dos de ellos se acercaban a la edad de jubilación y el otro rondaba los cuarenta años. Continuó leyendo hasta llegar a los conserjes y al resto del personal.

—Quizá deberías esperar a estar en el coche —dijo Anders cuando vio que Charlie se tropezó.

Una vez sentados, Charlie sacó un boli del bolso y se puso a marcar a todas las personas con las que debían hablar en primer lugar.

—El profesor de sueco, Kalle, es el más interesante —sentenció Charlie—. Es el más joven de sus profesores masculinos y enseña una materia que le gusta mucho a Annabelle.

Cogió el móvil y llamó a Adnan para pedirle que contactara con Kalle.

—¿Y qué piensas del bibliotecario? —le soltó Anders mientras enfilaba la calle.

—Conozco a su mujer —dijo Charlie—. Es una amiga de la infancia.

—Vale, pero ¿qué piensas de él?

—No pienso nada —le contestó Charlie—. Pero marcaré su nombre. Y también el de Jonas Landell —continuó—. ¿Qué hace en un grupo de lectura del instituto?

—Bueno, ya has oído lo que ha dicho el bibliotecario. Hay muchos chicos que se interesan por la literatura.

—¿No crees, entonces, que sea por Annabelle?, ¿que también él esté enamorado de ella?

—No lo sé —respondió Anders—. Pero gracias al interrogatorio que se le hizo nos enteramos de que, al parecer, se veían bastante a menudo; de que él casi ejercía de chófer particular. Solía llevarla en su coche.

—¿Llevarla adónde?

—Adonde ella quisiera, a casa de sus amigos, a las fiestas de la vieja tienda...

—¿Y comentó qué tipo de relación tenían, lo que sentía por ella?

—Decía que eran buenos amigos, nada más. Que ella estaba saliendo con William...

—De todos modos, hay que preguntarle por el grupo de lectura.

Unas horas después, de nuevo en la sala de reuniones de la comisaría, Adnan contó que Rebecka había confirmado la información facilitada por Jonas: Annabelle se veía con alguien. Rebecka se lo había callado porque le había prometido a Annabelle que no se lo diría a nadie y porque no quería que Nora enloqueciera. Y también porque al principio pensó que Annabelle volvería, y luego no lo comentó porque tenía miedo de que pensarán que mentía. Y, bueno, tampoco sabía quién era él. Y además ya habían roto... Annabelle le había prometido contárselo todo a Rebecka la misma noche en la que desapareció, pero no llegó a hacerlo. Lo único que Rebecka sabía era que se trataba de un hombre mayor. Tampoco se acordaba del apodo que Annabelle había usado en alguna ocasión para referirse a él. Únicamente recordaba que empezaba por erre y que sonaba a inglés.

Micke había conseguido hablar con Kalle, el profesor de sueco. Él no tenía ninguna relación especial con Annabelle. Ella era la mejor estudiante que había pasado por sus clases, pero no eran amigos y nunca se habían visto fuera del instituto. También contaba con una coartada muy sólida para esa noche, ya que estuvo en urgencias con su madre, que había sufrido un derrame cerebral.

—¿Os vale eso como coartada? —preguntó Micke dirigiéndose a Charlie y a Anders.

—¿Y el poema de la pared? —inquirió Charlie mirando a Adnan.

—Ignoraba quién lo había escrito —respondió Adnan—. No reconoció la letra, de modo que no es la de Annabelle. ¿Por qué insistes tanto en ese poema?

—No es que insista —le aclaró Charlie—. Pero creo que la persona que lo ha escrito... tal vez experimente fuertes sentimientos por Annabelle.

—¿Por qué? —quiso saber Adnan.

—¿No lo leísteis? —dijo Charlie.

—Sí.

Charlie suspiró y recitó de memoria la segunda estrofa:

*I was a child and she was a child,
In this kingdom by the sea,
But we loved with a love that was more than love—
I and my Annabel Lee—
With a love that the winged seraphs of Heaven
Coveted her and me.*

Olof, Micke y Adnan se quedaron mirándola sin pronunciar palabra.

—¿Por qué te lo has aprendido de memoria? —se extrañó Adnan.

—Bueno, se me da bien recordar textos. Simplemente. De todas formas, creo que es importante averiguar quién lo ha escrito.

—Creía que lo que estábamos haciendo era buscar a un amante de cierta edad —dijo Micke—, así que supongo que no debemos hacerlo entre los que van a las fiestas de la vieja tienda.

—Quizá no sea ninguno de ellos —comentó Charlie—. Quizá se trate de alguien con el que Annabelle se ha visto allí en secreto.

—Me cuesta un pelín seguir tu razonamiento —confesó Micke.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema? —se asombró Charlie—. ¿Cuál es realmente tu problema?

—¿Eh? —Micke puso una cara de fingida sorpresa—. No, no, ninguno, sólo he dicho que me cuesta un poco seguirte.

«Ése no es mi problema», pensó Charlie.

—Es que no parece que lo haya escrito alguien mayor —continuó Micke—. Al principio se dice que los dos eran niños.

—Quizá no debemos interpretarlo todo al pie de la letra —repuso Charlie.

—Y quizá tampoco debemos obsesionarnos con unas cuantas palabras garabateadas en una pared —soltó Micke mientras le lanzaba una airada mirada a Charlie.

—¿Y qué tal en el instituto? —preguntó Olof—. ¿Alguna novedad?

—Annabelle ha faltado a clase algunos días. Nos han dado una lista de todos los profesores y de los otros trabajadores del colegio —respondió Charlie depositando los papeles en la mesa—. He marcado a todas las personas con las que debemos hablar. Ya nos hemos entrevistado con el profesor de sueco, pero nos faltan unos cuantos. Vamos a intentar averiguar si alguno de ellos tiene un móvil con tarjeta prepago. También hemos sabido que Annabelle creó un grupo de lectura en el instituto en el que participaban tanto William Stark como Jonas Landell. Creo que debemos volver a

preguntarle a Jonas qué tipo de relación mantenía con Annabelle. ¿Podrías encargarte de ello? —Charlie se dirigió a Adnan.

—Sí, claro. Ahora mismo.

—Por cierto, ¿has conseguido contactar con alguien que se pueda ocupar de la tortuga?

—Sí, pronto estará en buenas manos. Pero existe el riesgo de que sufra daños irreversibles por culpa de esa agua llena de colillas —se lamentó Adnan con una sonrisa.

Allí y entonces

—Un día —dijo Rosa señalando la casa de lo alto de la colina—, un día le prenderé fuego.

—¿Por qué?

—Porque fastidia la vista del lago. Sí, fastidia la vista del lago...; y además ya estoy harta de ver esa sonrisa tonta cada vez que voy a bañarme.

¡Pero bueno...! ¿Qué era lo que realmente le había hecho Benjamin?

Es un llorica, un empollón y un memo. Rosa casi deseó que estuviera muerto. Y luego está ese crío, el pesado de... John-John; vaya nombre tan ridículo, por cierto. ¿Acaso no era suficiente con llamarse John?

—¿Vamos a bañarnos?

—Pero ¿no te han dicho que tengas cuidado? —pregunta Alice señalando con el dedo la cabeza de Rosa, que está vendada desde el otro día, cuando se cayó de la cabaña del árbol. En realidad, lo que el doctor le ha dicho es que guarde reposo, porque lo más probable es que también haya sufrido una conmoción cerebral. Pero Rosa no quiere quedarse en casa. Dice que es por su madre, que quiere que la dejen en paz.

—Tal vez sea mejor que sólo nos mojemos los pies —comenta Alice.

A lo que Rosa contesta que con ese calor de mil demonios no basta con meter los pies. Se levanta, sale corriendo por el embarcadero y se zambulle en el lago de cabeza. Cuando Alice llega, no ve a Rosa por ninguna parte. El agua se va calmando, pero Rosa no sale a la superficie. El corazón de Alice empieza a latir más deprisa. Hasta que descubre el pelo de Rosa unos metros más allá. Rosa se encuentra flotando boca abajo con los brazos abiertos y la venda suelta. Alice se tira a por ella. Cuando sólo le queda una brazada para llegar, Rosa se da la vuelta y, al ver la aterrorizada cara de Alice, se echa a reír.

—¿Te has asustado? —le pregunta entre risas—. ¿No te has dado cuenta de que era una broma?

Pero Alice no se ríe. En lugar de hacerlo, señala con el dedo la cabeza de Rosa, por donde corre un reguero de sangre, y le dice que ha empezado a sangrar y que debe quedarse quieta. Ya en la orilla, Alice coge su toalla y se la pone a Rosa en la cabeza a modo de venda.

—No te has asustado, ¿verdad? —dice Rosa.

—Pues sí, me he asustado. He pasado mucho miedo cuando he visto que tardabas en salir.

A lo que Rosa contesta que es un don que posee, que puede contener la respiración durante mucho tiempo. Ella es una de esas personas que necesitan menos aire que otras.

—¿Así está bien? —pregunta Alice una vez vendada la cabeza de Rosa—. ¿Cómo te sientes?

—Me siento... No siento nada —responde Rosa—. Nada de nada.

Decidieron dejar el coche en la comisaría y recorrer a pie el corto trecho que había hasta el motel. Cenarían y luego intentarían dormir unas horas.

—¿Qué haces? —le preguntó Anders cuando Charlie se detuvo para quitarse los zapatos.

—Quiero ir descalza —contestó—. Cuando era pequeña siempre iba descalza, hasta en el colegio... Como la niña del poema.^[2]

—Ya voy teniendo una idea mucho más clara de ti —comentó Anders—. Te gustan los perros, eras una pobre niña sin zapatos...

—«Que perdió su papelito...», como dice Ferlin —completó Charlie.

Cuando entraron en el bar del motel, Erik acudió a su encuentro. Agitaba una llave que le entregó a Charlie.

—¡Buenas noticias! —anunció—. Se ha quedado libre una habitación, así que ya no tienen que compartir la otra.

Charlie notó el alivio que recorrió la cara de Anders.

Decidieron ir a arreglar lo de la habitación cuanto antes y verse luego en el restaurante.

—Menos mal que se ha resuelto, así me ahorro el divorcio —comentó Anders mientras subían la escalera—. Creo que Maria sospechaba algo.

—Bueno, las personas celosas siempre sospechan algo.

—Ella no es celosa, tan sólo está un poco... preocupada.

Charlie se rió y dijo que eso sí que era una bonita manera de definirlo.

Unos instantes después, ya había soltado la maleta sobre la cama de la nueva habitación. Se hallaba situada una planta por encima de la *suite* nupcial y en sus paredes no había ninguna cita bíblica relativa a las bondades del amor. Se acercó a la ventana y se quedó contemplando los prados, los bosques, el lago y hasta el camino que conducía a la iglesia. «¿Dónde estás? —pensó—. ¿Dónde te has metido, Annabelle?».

¿Había alguien allí fuera que lo supiera?

Una llamada de teléfono interrumpió sus pensamientos.

—¿Eres la policía? —oyó decir a una voz ahogada en llanto.

—Sí, lo soy.

—Soy yo, Sara; necesito hablar contigo.

—¿Dónde estás?

—En La pequeña Rodas... O sea, en el lugar que hay en el lago para bañarse...

—Lo conozco —contestó Charlie—. Voy enseguida.

Llamó a Anders y le comunicó que tenía que hacer una cosa. ¿Podían verse en el restaurante dentro de una hora?

—Me moriré de hambre —dijo Anders—. ¿Qué vas a hacer?

—Ver a la chica a la que llevé ayer a casa.

—¿Por qué?

—Porque quiere hablar conmigo.

—Te acompaño.

—No hace falta.

—No debes ir sola a este tipo de cosas.

—Voy a ver a una chica que está triste —repuso Charlie—; y no me gustaría parecer borde, pero creo que es mejor que vaya sola.

La pequeña Rodas era un lugar para bañarse que estaba situado a unos pocos kilómetros del pueblo. No tenía mucho en común con las playas de la verdadera Rodas. Era muy posible que el nombre, en un principio, no fuera más que una broma. Charlie paseó la mirada por la fachada de los vestuarios, el embarcadero, los columpios, la barbacoa... Ni rastro de Sara. No la vio hasta que levantó la vista a la torre de saltos, un poco más allá. La chica se hallaba sentada en el extremo de la plataforma más alta. Charlie corrió a toda prisa y subió la escalera hasta arriba del todo. Seguro que Sara la había oído llegar, pero no se dio la vuelta.

—Sara... —dijo Charlie por detrás de ella—. ¿Estás bien?

Sara negó con la cabeza.

—¿Puedo sentarme?

Sara asintió en silencio y se echó a un lado para hacerle sitio.

—La recordaba mucho más alta —afirmó Charlie.

—¿Cómo que «la recordaba»? —Sara la miró.

—Yo vivía aquí. Pero luego me mudé. Me fui con catorce años.

—Yo también me voy a marchar de aquí —le comentó Sara—. Todo este pueblo puede... puede irse a la mierda.

—¿Ha pasado algo?

—Sí, pero mi vida será un infierno si te lo cuento.

—Y aun así quieres contármelo.

—Sí. Me he dado cuenta de que las cosas ya no pueden ir a peor. Mi vida es ya un infierno.

Charlie depositó la mirada en el agua. Los pequeños remolinos que se formaron bajo sus pies eran la prueba de que las turbinas acababan de activarse. Quiso decir algo para animar a Sara. Algo así como que la vida nos puede deparar todo tipo de sorpresas, no sólo malas. Quiso decirle que siempre había alguien dispuesto a ayudar, que las cosas se arreglarían, pero fue incapaz de pronunciar palabra alguna.

—¿Puedo fumar? —preguntó Sara.

—¿Y por qué no ibas a poder fumar?

—Porque tengo trece años —le recordó Sara—. No puedo comprar tabaco.

—Es verdad —asintió Charlie—, pero no creo que sea ilegal fumar un cigarrillo.

Sara sonrió.

—Tú no eres como los demás. Tú eres... maja.

Sara sacó un paquete de tabaco de su bolso.

—Los he liado yo —dijo al ver la mirada de Charlie—. Y es tabaco, no lo que piensas.

Le ofreció uno a Charlie. Fumaron un buen rato en silencio.

—Las compuertas están abiertas —constató Sara mirando hacia abajo—. Si te tiraras ahora al agua, las corrientes te arrastrarían hasta el fondo. Y, además, más allá la profundidad es enorme. Como acabes allí no saldrás nunca a la superficie, desaparecerás para siempre.

—¿Qué querías contarme? —preguntó Charlie—. ¿Qué era lo que querías contarme, Sara?

—Esa noche, la noche en la que desapareció Annabelle, no sólo habíamos bebido. Svante había llevado también otras cosas. Creo que por eso nos cuesta tanto recordar, la mayoría de nosotros estábamos totalmente colocados. Svante me advirtió que no se lo contara a la policía, porque entonces todos acabaríamos mal y echarían a mi padre. Mi padre trabaja en la fábrica de contrachapados y se quedaría hecho polvo si volviera a perder el trabajo. La última vez que le pasó... —Sara sacó otro cigarrillo y lo encendió— empezó a beber tanto que creí que la acabaría palmando.

—¿La última vez? —se extrañó Charlie—. ¿Es que lo han echado más veces?

Sara respondió que cada dos por tres. Le ofreció otro cigarrillo a Charlie y continuó hablando de todas las veces que habían despedido a su padre. Había currado en esa maldita fábrica desde que ella nació; y, sin embargo, no le habían hecho un contrato fijo. Siempre ponían excusas, como que iban a traer unas máquinas nuevas y que por eso no se atrevían a hacerlos fijos.

—Las máquinas —dijo Charlie—. Ya se hablaba de ellas cuando yo tenía tu edad. Mi madre trabajó allí. En cualquier caso, Svante no puede echar a tu padre así como así... Lo sabes, ¿no?

Sara dijo que lo sabía pero que, a pesar de ello, y por alguna extraña razón, seguía teniendo miedo.

—Esa noche ocurrió algo terrible —le soltó antes de tirar una humeante colilla al agua—. Incluso lo..., lo grabé.

—¿Qué? —Charlie la miró.

—Puedes verlo tú misma. —Sara sacó su móvil y le dio al *play*—. La calidad no es muy buena que digamos, ya ves cómo se mueve la imagen. Se me había olvidado por completo que lo había grabado. Y lo he visto hoy, al repasar mis fotos. Por suerte, creo que nadie se enteró. —Sara le pasó el teléfono a Charlie—. Tendrás que verlo tú sola, yo soy ya incapaz.

Nora se había vuelto a dormir. Respiraba tan silenciosamente que Fredrik tuvo que inclinarse sobre ella para comprobar si respiraba. El suelo de madera crujió bajo sus pies cuando, con sumo sigilo, salió al pasillo y bajó la escalera.

Las últimas dos noches había estado atormentándose con los vídeos de Annabelle. Había empezado viendo las movidas imágenes del parto y de ese bulto arrugado con ojos negros que descansaba sobre el pecho de Nora. Luego, el primer cumpleaños: Annabelle con un vestido rojo y con un pasador que le sujetaba el flequillo, algunos amigos, a los que ya no veían, alrededor de la mesa, y las risas de todos cuando Annabelle metió sus gorditas manos en la tarta. Después, un salto en el tiempo de unos cuantos años: Annabelle tumbada en la cama sonriendo.

«¿Qué has hecho hoy, cariño?».

Y la carita de la niña se ilumina.

«¡Chuches!».

«Sí, has comido chuches. ¿Te han gustado?».

Enérgicos asentimientos de cabeza.

«Pero no le diremos nada a mamá».

«No, nada a mamá».

Fin de la cinta. Fredrik se levantó y se sirvió un buen vaso de *whisky* antes de introducir el siguiente vídeo en la cámara, que estaba conectada al televisor. «Verano 2004» ponía en la carátula. En imagen apareció un primer plano de la mano de una niña.

«Parece el ojo de un pájaro, papá. ¿Ves cómo mi mano parece un pájaro?».

«Sí, cariño, lo veo. Pero ¿no ibas a bañarte? ¿No querías que te grabara cuando te tiraras al agua desde el embarcadero?».

«Tengo frío. ¿Puedes calentarme?».

«Sí, ven».

La cámara graba la arena.

«Te quiero, papá».

Fredrik paró la cinta, la rebobinó y le dio al *play*. Lo repitió una y otra vez.

«Te quiero, papá».

—Vuelve a casa —susurró con las lágrimas resbalándole por las mejillas—. Vuelve a casa ya.

Ese día

Su madre estaba haciendo la compra, de modo que Annabelle podía acercarse sin problema a su armario y coger el vestido azul. Lo había llevado el día en el que fue con Él a la isla de Gullö. Estuvo sentada en la proa pasando la mano por la superficie del agua y le comentó que el lago no tenía fondo. Él se rió y le contestó que eso no era verdad, que todo tenía un fondo.

Después dejaron la barca varada en la orilla y, a continuación, él extendió una manta sobre la seca hierba a la sombra de los pinos. Había traído vino y galletas. Se tomaron una copa y luego él quiso bañarse.

Ella dijo que no tenía bañador.

Y él le respondió que no importaba, que ya la había visto desnuda. La había sentido.

Cuando ella se quitó la ropa pensó que era la primera vez que estaba desnuda frente a un hombre a plena luz del día. Todos esos torpes manoseos en oscuros cuartos de baño o bajo unas sábanas no eran lo mismo. Él también se despojó de su ropa. Se quedaron mirándose, totalmente desnudos, durante un buen rato.

—¡Cobarde el último! —gritó ella antes de echar a correr hacia el agua.

Él la alcanzó y, acto seguido, desaparecieron bajo las gélidas aguas del lago.

—Para de mirarme así —le pidió ella cuando salieron del agua.

—Para tú. Tú me miras de la misma forma. ¿Cómo estás? —le preguntó luego—. ¿Te encuentras bien?

—Tengo frío. Me muero de frío.

—Yo te calentaré —dijo él cogiéndole la mano—. Ven.

—¿Qué haces? —le susurró Annabelle. Estaba tumbada en la manta y ya no sentía frío—. ¿Qué haces? —repitió desplazando la mirada hacia los pinos que se mecían sobre ellos.

—¿Quieres que pare?

Ella negó con la cabeza, lo agarró del pelo y le pidió que continuara:

—Sigue.

Annabelle se quedó contemplándose en el espejo de cuerpo entero. Cogió el móvil. Naturalmente, él no había llamado ni enviado nada. Mejor, pensó. Aun así le mandó la foto, la imagen del test de embarazo en el que se leía: «Embarazada de diez semanas».

Olof había convocado una reunión urgente. Micke llevaba un traje pasado de moda que, por si fuera poco, le quedaba enorme. Le habían pillado en medio de una fiesta de cumpleaños, explicó cuando Anders se metió con su indumentaria.

—Charlie quiere enseñaros una cosa —dijo Olof—, pero no consigo que este maldito proyector funcione, así que deberéis conformaros con el ordenador.

Se apelotonaron frente a él.

—¿Qué es? —preguntó Adnan.

—Un vídeo —respondió Charlie—. De esa noche, en la vieja tienda.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Quién lo ha grabado?

—Calla y mira —le espetó Charlie.

En la pantalla empezaron a aparecer una serie de imágenes. El mundo temblaba en la inestable mano del filmador. De fondo retumbaba un tema punk: «El Estado y el capital», de Ebba Grön:

*Cogidos de la mano
se ayudan entre sí.
El Estado y el capital
están en el mismo barco.*

Tres jóvenes sentados en un sofá de felpa verde se pasaban una pipa: William Stark, Svante Linder y Jonas Landell.

—¡Joder, cómo pega! —gritó Svante tras dar una profunda calada—. ¡Qué subidón!

Luego se produce un corte y, a continuación, se ve una tortuga en un acuario con el agua muy turbia.

—¿Quién lo ha grabado? —preguntó Adnan.

—Sara Larsson —contestó Olof—. La hija de Svenka... Pero ¿qué haces?
—protestó cuando Charlie pulsó el botón de pausa.

—¿Sara es la hija de Svenka?

—Sí —dijo Olof—. ¿Por qué?

—No, por nada; es sólo que ayer me crucé con él —respondió Charlie antes de proseguir con la grabación.

La cara de Annabelle apareció en primer plano. Unos ondulados mechones de pelo colgaban sobre su rostro. Tenía el maquillaje corrido y los tirantes del vestido azul caídos. Bailaba, con los ojos cerrados, levantando los brazos por encima de la cabeza. Charlie siempre se sentía provocada cuando alguien decía que las víctimas de un crimen eran bellas, pero era difícil no fijarse en la evidente belleza de esa chica. Luego, la cocina: Annabelle con la mano abierta sobre la mesa y el cuchillo sorteándole los dedos. Ni ella ni nadie parecían darse cuenta de que había errado el golpe, de que le salía sangre de la mano.

—¿Por qué no nos hemos hecho antes con esto? —preguntó Micke—. ¿Cómo coño ha podido esperar esa cría a enseñarnos algo así?

—No lo sabía —contestó Charlie—. No recordaba haber grabado nada. Lo ha descubierto hoy, al revisar las fotos del móvil.

—¿Y por qué no ha acudido a nosotros?

Charlie lo miró y le respondió que no entendía lo que quería decir. ¿No era eso, precisamente, lo que había hecho?

—¿Podemos dejar la discusión para más tarde? —preguntó Olof—. Por lo menos ya sabemos que Annabelle se encontraba todavía en Valls a las once. —Señaló la hora que aparecía en la esquina superior izquierda de la imagen, las 23.06, y luego le dio al botón de pausa.

—Pero eso ya lo sabíamos, ¿no? —dijo Micke—. Lo que importa es lo que ocurrió después.

—Eso es lo que os voy a enseñar ahora —explicó Olof—. Pero antes me gustaría decir unas palabras: lo que vais a ver no debe salir de aquí bajo ningún concepto. Sí, tal vez os parezca un poco exagerado, pero es muy importante que esto quede entre nosotros. ¿Lo habéis entendido todos?

Cuando volvió a darle al *play*, la cámara se paseó por un jardín salvaje. Sobre la alta hierba flotaba una densa niebla algodonosa.

—El jardín de detrás de la vieja tienda —anunció Olof.

Ahora la mano que grababa temblaba aún más, y desde el interior de la casa se oían gritos y risas que competían con la música.

Charlie se armó de valor para aguantar la escena final. Había visto el vídeo una decena de veces antes de enseñárselo a Anders y Olof, pero resultaba imposible acostumbrarse a ese tipo de imágenes.

Sara tropezó. A continuación, se vio un primer plano de la hierba. «¡Hola, pequeño violinista!».

—¿Con quién habla? —preguntó Adnan.

—Con el saltamontes —contestó Charlie señalando la pantalla.

—¿Cómo has podido verlo? —dijo Adnan entornando los ojos.

Durante un par de minutos la pantalla se quedó negra y se oyeron unas cuantas palabrotas provenientes de Sara.

—Se le ha caído el teléfono —aclaró Charlie—. Esperad un poco...

El mundo siguió patas arriba durante unos segundos más antes de que un cerezo en flor apareciera en la imagen. Y allí estaba Annabelle, tumbada al pie del árbol. Tenía el vestido subido por encima de los salientes huesos ilíacos de las caderas, y había alguien a su lado, de rodillas y con la cara medio vuelta fuera del cuadro de la cámara. Pero cuando levantó la mirada se pudieron discernir claramente sus rasgos faciales.

—¡Svante Linder! —exclamó Micke—. ¡Joder, qué hijo de puta! ¡La madre que lo parió!

Adnan le chistó.

Svante se inclinó sobre Annabelle. Vieron cómo ella se retorció para evitar las manos de Svante, vieron cómo su pene erecto se balanceó al quitarse los pantalones y los calzoncillos de un solo movimiento, vieron cómo se escupió en la mano y le frotó la saliva entre las piernas para, acto seguido, penetrarla. Pudieron ver cómo Annabelle intentó girarse y cómo Svante le inmovilizó las muñecas por encima de la cabeza para continuar con su propósito.

Ese día

A Annabelle le temblaban las manos cuando dejó el teléfono sobre la cama con la pantalla boca abajo. No quería saber si él contestaba o no. ¿Qué iba a decir? ¿Y qué sentido tenía contarle lo del niño si pronto se acabaría todo? ¿O quizá no?

Nunca le habían interesado demasiado los niños, pero de pronto se imaginó con una pequeña y caliente criaturita entre los brazos. Daba igual que su lado realista le dijera que resultaba imposible, que un niño daría al traste con todos sus sueños. Sabía cómo les había ido a las chicas que, con su misma edad, habían tenido niños en Gullspång, a las que se quedaron solas y se vieron obligadas a trabajar en la fábrica para salir adelante. Sí, los niños podían dificultarle a una la vida, y la vida... ya era, de por sí, lo suficientemente difícil. Además, seguro que el niño ya habría sufrido algún daño. Teniendo en cuenta las fiestas que se había pegado en los últimos tiempos, sería muy raro que aún pudiera existir un ser vivo dentro de ella. En cualquier caso, esa noche se lo contaría a Rebecka. «Y se lo voy a decir todo —pensó—. Le voy a decir quién es el padre. Ya no hay motivo alguno para protegerlo».

—Espero que sea importante —dijo Svante Linder cuando se sentó frente a Charlie en la sala de interrogatorios.

—Ha desaparecido una chica —le contestó ella—. Así que es importante.

Apenas era capaz de mirarlo a la cara sin verlo encima de Annabelle, sin ver su frialdad.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudaros? —preguntó altivo mientras dejaba que su mirada paseara entre Charlie y Anders.

—Hemos visto un vídeo de la noche en la que Annabelle desapareció —le comunicó Anders.

Charlie constató que debía de ser cierto lo que Sara le había dicho, que Svante no había advertido su presencia, porque se quedó contemplándolos con una absoluta y sincera incompreensión.

—Del jardín que hay detrás de la vieja tienda —completó Charlie—; alguien lo filmó todo.

Sintió una agradable satisfacción cuando descubrió un ligero cambio en el rostro de Svante.

—Vale. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo? ¿Soy sospechoso de algo?

—¿Tú qué crees? —respondió Charlie.

—Sinceramente, no entiendo nada.

Charlie advirtió un ligero aumento en uno de los vasos sanguíneos de la frente del chico.

—¡Bueno, decid algo! —continuó Svante antes de levantarse bruscamente de la silla.

—¡Siéntate! —le ordenó Anders—. Siéntate.

Svante negó con la cabeza antes de volver a sentarse.

Charlie le lanzó una mirada a Anders como diciendo que se esperara un poco a preguntar.

—¡Yo no me la he llevado! —exclamó Svante—. Y nadie puede haberlo grabado porque eso no ha ocurrido. ¿Por qué me miras así?

—Por nada, sólo estoy esperando —respondió Charlie.

—¿El qué?

—La continuación.

—No entiendo a qué te refieres.

—Vamos a ver: tenemos un vídeo en el que se os ve a ti y a Annabelle en el jardín que hay detrás de la vieja tienda —dijo Charlie—. ¿Lo entiendes ahora un poquito mejor?

—¿Y quién coño lo ha grabado? —preguntó Svante. Su rostro palideció.

—Eso es lo de menos. Lo importante aquí es lo que le hiciste a Annabelle. Svante se inclinó sobre la mesa.

—Que tuviera sexo con ella no quiere decir que... Porque es a eso a lo que os referís, ¿no?

—¿Tener sexo? —se indignó Charlie—. ¿A eso lo llamas tú tener sexo?

El ordenador ya estaba encendido y Charlie le dio al *play* justo en el momento de la grabación en el que Svante agarraba a Annabelle por las muñecas y se las sujetaba por encima de la cabeza. Giró la pantalla hacia Svante.

—¡Eso no significa nada! —protestó Svante.

—¡Dios mío! ¿Eres tan idiota como pareces o te lo haces?

—No soy ningún idiota —repuso Svante—; soy cualquier cosa menos idiota.

—Ése suele ser, precisamente, el problema de los idiotas —contestó Charlie—, que rara vez se dan cuenta de lo idiotas que son.

—¿Para esto me habéis hecho venir? ¿Para hablar de mi inteligencia?

—No. Claro que no. Te hemos hecho venir para hablar de que has violado a una chica, una chica que desapareció esa misma noche.

—¿Violado? —Svante puso cara de sincero asombro—. Yo no he violado a nadie. No es que ella dijera que no, precisamente.

—Se encontraba indefensa, de modo que se entiende como violación.

—No creo que ella pensara lo mismo. Las fiestas de la vieja tienda... siempre se desmadran bastante. La gente se emborracha, se pelea y folla. Es lo que suele pasar en las fiestas... Aunque parece más de lo que en realidad es.

Charlie volvió a darle al *play*, amplió la imagen y le enseñó la parte de la grabación en la que Annabelle intentaba oponer resistencia.

—¿Y esto qué te parece?

—Yo no soy ningún violador —se defendió Svante.

—Si mantienes relaciones sexuales con alguien que se halla en estado de indefensión, eso es lo que eres. Y ahora me gustaría que nos hablaras de lo que hiciste la noche en la que Annabelle desapareció. Aparte de violarla, quiero decir.

—Pero si yo estaba todavía en la tienda cuando ella se marchó... —respondió Svante.

—Pero después podrías haberte deshecho de ella rápidamente y haber regresado a la fiesta.

—La gente la vio marcharse, ¿no? ¡Y para entonces yo ya había vuelto a entrar en la casa! Hablad con Jonas y los demás si no me creéis.

—¿Podemos fiarnos de lo que dicen?

—¿A qué te refieres?

—A que a lo mejor quieren protegerte. A que quizá los hayas amenazado...

—¿Y por qué iba a amenazarlos?

—He oído que ésa es tu costumbre cuando no te sales con la tuya, que amenazas a tus amigos con que vas a hacer que despidan a sus padres.

—No hay que creerse todo lo que la gente dice —repuso Svante.

—Por eso te lo pregunto —le aclaró Charlie—. En cualquier caso, en lo que sí creo es en lo que veo.

—No sigas —le pidió Svante cuando Charlie volvió a pulsar el *play*—. Ya lo he visto.

—¿Te molesta verlo? Pero si es lo que suele pasar en las fiestas... La cuestión es qué hiciste con ella después.

—Nada. Tenéis que creerme.

—Nos has mentado en esto —dijo Charlie—. ¿Por qué no ibas a mentir también sobre el resto de la noche?

—Ahora estoy diciendo la verdad.

—Todo un detalle por tu parte.

Los interrumpieron unos gritos procedentes del exterior. Alguien venía a buscar a su hijo.

—Mi padre —anunció Svante—. Me parece que está bastante cabreado con vosotros.

—No será nada en comparación con el cabreo que va a coger contigo —le soltó Charlie antes de abandonar la sala.

Allí y entonces

Y un día Rosa le habla de la niña, de la hermana que habría tenido si no hubiera sido por ese loco hijo de puta que se presentó una vez en casa y empezó a pegarle a su madre en el estómago; no paró de darle golpes y patadas hasta que la niña murió y salió.

Alice se queda callada. Espera que Rosa le diga que es una broma, que es muy fácil engañarla. Pero Rosa no dice nada de eso, sino que se limita a sacar la pitillera donde guarda los cigarrillos, encender dos y darle uno a Alice. Luego empieza a hablar de la sangre:

—No he visto tanta sangre en mi vida. No pensaba que una persona pudiera tener tanta sangre en el cuerpo.

—¿Cómo sabes que era una niña? —pregunta Alice al cabo de un rato.

Y Rosa contesta que lo vio perfectamente. Si no, ¿cómo iba a saberlo...? Todo estaba ya desarrollado: las uñas, el pelo, las cejas... Todo. Todas y cada una de las partes del cuerpo, incluso los pulmones. Pero ¿qué más daba eso si no podía respirar? ¿Qué más daba que fuera totalmente perfecta si había muerto? Y luego Rosa le habla de todos los ceros del número de teléfono de emergencias, 90000. Era como si no acabaran nunca.

—¿Y eso cuándo pasó? —pregunta Alice.

—Cuando yo tenía siete años —responde Rosa—. Acababa de cumplirlos.

—¿Y quién era ese hombre?

—¿Quién?

—El hombre violento.

Rosa le da una profunda calada al cigarrillo.

—Sólo un hombre normal y corriente.

Eran casi las once cuando Charlie dejó la comisaría para dirigirse al motel. Anders se iba a quedar un rato más para transcribir el interrogatorio. A Svante, pese a las intensas protestas de su padre, lo habían enviado a Mariestad, donde estaría en prisión preventiva y lo seguirían interrogando al día siguiente. Habían decidido volver a tomarles declaración a todos los jóvenes presentes en la vieja tienda la noche de los hechos. Existía el riesgo de que se hubieran callado cosas que sabían, de que Svante los hubiera manipulado o amenazado.

Sonó el teléfono. En la pantalla apareció la ya familiar H. ¿Sería Hugo o su mujer? Charlie rechazó la llamada. Acto seguido, le llegó un SMS: Tengo que hablar contigo. Es importante. Volvió a sonar el teléfono. Y entonces Charlie pensó que quizá fuera mejor cogerlo y ponerle fin a aquello de una vez por todas.

—Sí... —contestó.

—¿Puedes hablar? —preguntó Hugo.

—La cuestión es más bien si tú puedes hablar.

—Necesito hablar contigo, Charlie.

—Que sea rápido —dijo ella—; tenemos mucho trabajo.

—¿Cómo lo lleváis?

—No muy bien, pero seguro que no me llamas para hablar del caso, ¿a que no?

—No. ¿Estás sola?

—Sí.

—No sé si has escuchado el mensaje que te dejé. Es por Anna, me ha..., me ha mirado el móvil y ha encontrado nuestros SMS.

—Ya lo sé —dijo Charlie—. Me ha llamado.

—¿En serio?

—Sí, y me ha soltado un montón de cosas muy agradables.

—Está loca de remate —concluyó Hugo—. Dice que me va a dejar y que...

Charlie deseó decirle que eso sonaba más a lógica que a locura. No acababa de entender por qué la había llamado. ¿Qué era lo que realmente quería? ¿Que lo consolara?

—Le he dicho que sólo se trata de una aventura —continuó Hugo—, pero no me cree.

—Qué raro. —Charlie no pudo evitar responderle con ironía pensando en el contenido de los mensajes que ambos se habían enviado. No daban lugar a malentendidos—. Hugo —prosiguió—, ¿por qué me vienes ahora con esto?

—No lo sé, supongo que he pensado que a lo mejor tú podrías hablar con ella, pero si ya habéis hablado...

Permanecieron callados un momento.

—¿No decías que ya estabas harto? —acabó preguntándole Charlie—. Pues ya tienes lo que querías, ¿no?

—No estoy harto. Yo amo a mi mujer. Creía que te había quedado claro.

Charlie se sorprendió de la calma que transmitió su voz cuando le contestó que ésa no era, precisamente, la interpretación que ella hizo en su momento, pero que seguro que lo había malinterpretado.

Hugo se encontraba, a todas luces, demasiado alterado como para captar la ironía, porque sólo le dijo que sí, que lo había malinterpretado. Lo que ellos tenían... era... era únicamente una pasión pasajera. Él no quería a nadie más que a su mujer.

—Pues muy bien —zanjó Charlie—. Espero, entonces, que resolváis las cosas entre vosotros.

Estuvo a punto de mandar el teléfono a la mierda pero se contentó con colgar.

Era como si su cerebro se hallara sobrecalentado por el cúmulo de impresiones. La arrogante sonrisa burlona de Svante Linder, el vídeo de éste y Annabelle reproduciéndose en bucle en su cabeza...; y en medio de todo eso, por si fuera poco, tener que representar el papel de «la otra». Ya basta, pensó. Antes muerta que convertirse en una mujer igual que la esposa de Hugo... Todo lo que en su día sintió por él se esfumó en el acto. Pero, entonces, ¿qué era eso que palpitaba dentro de ella si no era envidia? «No quiero que él sea feliz —se dijo—. Soy vengativa, una mala persona». Y, acto seguido, acudieron a su mente todas las cosas que la gente podía hacer por venganza, todo lo que había visto debido a su trabajo: rostros femeninos destrozados por

ácido, cuerpos molidos a palos y abandonados en fosas... Fuera como fuese, siempre había gente peor. El mundo estaba lleno de perturbados.

Ese día

«Tengo que dejar de verlo como a un niño», pensó Annabelle. Se acarició el vientre, aún liso. No había podido resistirse a buscar en el móvil todo lo que le sucedía al feto durante esa semana. Más que nada para convencerse de que sólo se trataba de una pequeña concentración de células y así tranquilizarse. Sin embargo, lo que leyó fue que el feto ya medía, en su décima semana, de tres a cuatro centímetros desde la cabeza hasta el culo. Al comprobar la longitud con sus propios dedos le pareció inquietantemente grande. Tampoco le gustaron las palabras «desde la cabeza hasta el culo». Eso significaba que había algo dentro de ella que tenía cabeza y culo, y que en absoluto se parecía, como ella había imaginado, a un pequeño y coleante animal acuático. Pero no tenía sentimientos, pensó. El cerebro de esa minúscula cabeza difícilmente podría experimentar dolor. ¿O sí? No se atrevió a buscar información al respecto, temerosa de que pudiera hacerla dudar en su decisión. Ya se sentía más susceptible de lo normal. No; debía centrarse en esa noche, ponerse guapa, intentar ser ella misma de nuevo.

Se recogió el pelo y, al mirarse en el espejo, se dio cuenta de lo bien que le irían con el vestido los pequeños y brillantes pendientes de diamante que le regalaron a su madre cuando se casó. Pero ¿dónde estaban? Sólo se los había cogido en un par de ocasiones... Hasta que su madre la pilló y los escondió en otro lugar. ¿Dónde los habría guardado? Annabelle entró en el dormitorio de sus padres y rebuscó por entre la ropa de las baldas del armario. Nada. Sacó un cajón de la mesilla de noche, pero allí no había más que pañuelos y cajas vacías de medicamentos. Suspiró. ¿Dónde podría continuar la búsqueda? Entonces se acordó del desván y de que no subía allí desde el día —hacía ya muchos años— en el que vio un ratón. Si su madre quería ocultarle algo, lo más seguro es que hubiera elegido el desván.

Sería como buscar una aguja en un pajar, pensó al abrir la chirriante puerta. El recuerdo del ratón le produjo escalofríos. ¿Realmente valía la pena exponerse a esa sensación sólo por unos pendientes?

Sí, decidió. Ya que había subido, ¿por qué no quedarse un rato buscando? El suelo se hallaba cubierto de una fina capa de serrín. Venía de arriba, le explicó su padre en una ocasión, algún animal habría roído las vigas del techo. Annabelle se asustó. Pensó que la casa se les caería encima, pero su padre la tranquilizó diciéndole que no corrían ningún peligro y que él nunca permitiría que la casa se les cayera encima. En esta ocasión, el serrín le fue de gran ayuda, porque le permitió ver las huellas de las pisadas. Cruzaban toda la estancia y terminaban en la parte sur, justo bajo el techo inclinado, donde se alineaban una serie de cajas.

Annabelle tiró de la primera caja y la abrió. Allí no había más que viejos jerséis de lana apolillados. Suspiró y cogió la siguiente. En ella se encontraba su ropa de bebé: vestiditos con flores y volantes. Ya se disponía a colocar la caja entre las demás cuando, de pronto, descubrió un pequeño cofre. Estaba segura de no haberlo visto nunca. Agarró una de las asas y, tras acercárselo, descubrió que estaba cerrado con llave. ¿Por qué? ¿Tan cuidadosa era su madre con los pendientes que los guardaba con tanto celo? Barrió la estancia con la mirada en busca de algo que le sirviera para forzar la cerradura y no tardó en dar con un martillo oxidado. Apuntó bien y golpeó la cerradura con todas sus fuerzas. «Mi madre se va a cabrear de la hostia», pensó cuando la cerradura cedió al segundo martillazo, pero su curiosidad era más fuerte que el miedo a las consecuencias. Lo abrió. Apartó a toda prisa unos viejos cuadernos de tapa negra, unos antiguos recortes de prensa y algunas cartas. Pero allí no había ninguna cajita con pendientes. Leyó el titular de uno de los amarillentos recortes de periódico que había apartado. Luego leyó todo el artículo, y también el siguiente; el vello se le fue erizando. Acababa de abrir la primera página de uno de los cuadernos cuando oyó el familiar chirrido de la puerta de la calle.

—¿Está abierta la cocina todavía? —preguntó Charlie cuando llegó al bar.

—¿Por qué no iba a estarlo? —dijo Erik—. Yo estoy aquí.

Charlie se sentó a la única mesa que quedaba libre. Esta noche lo que había en el menú era el famoso salmón de Gullspång. Anders la telefoneó y le dijo que se había comprado una *pizza*. Se la comería en la habitación y luego se acostaría. Charlie se molestó consigo misma al oírse responderle que ella también se acostaría pronto, en cuanto terminara de cenar; le molestó sentir esa necesidad de explicárselo.

El cantautor ya se había subido al escenario. Parecía cansado; tal vez se hubiera pasado el día participando en las batidas, como la mayoría del pueblo. Ahora cantaba una canción bien conocida:

*Sí, allí quiero vivir, sí, allí quiero morir.
Si alguna vez de Värmland me busco una moza,
sé que nunca me voy a arrepentir.*

Charlie estaba tomándose una copa de vino cuando apareció Johan, el de Missing People.

—¿Un día largo? —inquirió antes de sentarse junto a ella sin pedir permiso.

Ella asintió. Un día jodidamente largo.

—¿Te has enterado de que la policía ha cogido a un chico? Creo que se trata de uno de los macarras del lugar. —Johan le pegó un trago a su cerveza—. Espero que se resuelva pronto, porque da la sensación de que todo el pueblo está a punto de estallar.

Charlie no dijo nada.

—¿Quieres algo más? —Le señaló la copa, casi vacía.

—Sí, otro vino blanco. Gracias.

Johan se acercó a la barra. Charlie se acordó de las pastillas que se acababa de tomar. Lo cierto era que no debería seguir bebiendo. «Sólo una más —pensó cuando Johan volvió—; una más y paro».

En la barra, el ambiente estaba caldeado. Charlie vio cómo Svenka se tambaleaba junto a una mujer mucho más joven. Visto lo sucedido, tendría que estar con su hija. ¿Dónde se encontraría Sara ahora? ¿Estaría sola? Charlie le escribió un rápido SMS en el que le decía que no dudara en llamarla si quería hablar de algo, fuera lo que fuese.

Ninguno de los miembros de la pandilla de la vieja tienda se hallaba en el bar esa noche. Charlie pensó en Svante Linder, en que no parecía ser consciente de lo que le había hecho a Annabelle. Resultaba obvio que no se veía a sí mismo como un violador. ¿De qué más cosas era capaz?

—¿Quieres estar sola? —le preguntó Johan.

—No —respondió Charlie al tiempo que sentía que era verdad. No quería estar sola.

El cantautor tocó un famoso acorde.

*I come from down in the valley
Where mister when you're young
They bring you up to do like your daddy done.*

—Es bueno —sentenció Johan señalando al cantante con la cabeza.

—Sí —dijo Charlie—. Aunque tal vez un pelín... previsible. La lista de canciones no es muy original que digamos.

—Quizá sea eso lo que me gusta: lo previsible que es.

—Pues entonces somos muy diferentes, porque a mí lo que me gusta es que me sorprendan.

—¿Ah, sí? —Los ojos de Johan brillaron un instante.

Charlie volvió a prestarle atención al cantautor: había llegado al estribillo y cantaba con los ojos cerrados.

Johan paseó la mirada por el local y dijo que Gullspång era realmente un sitio especial. Nunca había visto nada semejante.

—Mira a tu alrededor. Todos son tan..., no sé qué, pero son diferentes, bastante directos y...

—Será el alcohol. ¿No se vuelve todo el mundo así cuando bebe demasiado?

Sí, Johan estaba de acuerdo, pero nunca había visto a tanta gente bebiendo tanto.

—Y también es, en efecto, una situación bastante tensa —añadió Charlie—. La gente estará cansada, asustada y estresada.

Johan respondió que quizá fuera así. Y que ahí residía, justamente, el encanto de los pequeños lugares: en que todo el mundo se preocupaba por los demás.

A la copa de vino le sucedió otra, y luego otra... La presión que Charlie sentía en el pecho fue disminuyendo; si tomaba una más, seguro que, al respirar, el aire le bajaría a los pulmones en lugar de quedarse atrapado a medio camino, tal y como le sucedía ahora.

«¿A cuál es más fácil decir que no? —le preguntó en una ocasión a Betty una señora de los servicios sociales—, ¿a la primera o a la segunda copa?».

Betty se rió y contestó que, sin duda, su problema era que le costaba decir que no a cualquier cosa.

Desde la barra, Linda les comunicó que iba a cerrar y que si querían pedir algo más que lo hicieran ya. Johan miró a Charlie y quiso saber si le apetecería continuar la noche.

—Si te gusta lo imprevisible —comentó con una sonrisa—, a lo mejor te apetece...

Charlie pensó que eso era más bien bastante previsible. Pero que quizá fuera lo que más necesitaba en esos momentos. Se dijo: «Sólo una vez más. Es por la tensión. Necesito compañía, un cuerpo a mi lado, descargar tensiones».

Abandonaron el comedor del motel acompañados de la última canción de la noche:

*Last thing I remember, I was
running for the door
I had to find the passage back
to the place I was before
«Relax», said the night man,
«We are programmed to receive.
You can check out any time you like,
but you can never leave».*

Probablemente no fuera tan raro, pensó Charlie, que tanta gente confundiera el azar con el destino.

Charlie estaba soñando. Era verano y se encontraba en la casa de Lyckebo. Betty tumbada en su floreada tumbona Baden-Baden en el salvaje jardín. Y ella arrodillada en el camino de la entrada, lleno de hierbajos. Los cardos negándose a ser arrancados. Gatos en torno a sus pies.

«Tienes que sacarlos de raíz, cariño; si no, crecerán enseguida».

Y entonces Charlie hunde las manos en la tierra. Las raíces se convierten en dedos que se deslizan como serpientes por sus muñecas e intentan arrastrarla hacia abajo, hacia la oscuridad.

La despertaron unos golpes en la puerta.

Se levantó lentamente y fue dando tumbos hasta la entrada mientras se agarraba la cabeza con las dos manos.

—Charlie, ¿estás ahí? Abre, por favor —le pidió Anders.

—¿Qué hora es? —fue lo primero que consiguió pronunciar. Se dio cuenta de que debía de tener un aspecto terrible, pero ya era demasiado tarde.

—Las ocho y media. Tenías que estar en la comisaría hace media hora.

—¿Ha pasado algo?

—Yo diría que sí. —Anders cogió su móvil y le mostró el titular del artículo del *Expressen*: EL VÍDEO DE LA DESAPARECIDA ANNABELLE.

—Pero ¿qué coño...? —comenzó a decir Charlie—. ¿Quién coño lo ha filtrado?

—No lo sé, pero el que ha escrito el artículo es el tío que te llevaste anoche a la habitación. Es un periodista *freelance*.

Un tornado empezó a coger forma en el interior de Charlie. ¿Anders los vio? De pronto, sintió frío y calor a la vez. «Me estoy muriendo —pensó—. Todo se ha acabado».

—Anders —dijo antes de sentarse en la cama—, yo no le he...

—Olof ha estado hablando por teléfono con Fredrik Roos desde que la noticia apareció en la red. Como comprenderás, los padres de Annabelle se preguntan de qué diablos va todo esto.

—¿Y qué les habéis dicho?

—Que no se crean todo lo que ven en los periódicos. Es cuanto podemos decir de momento. Por eso era importante que lo del vídeo no saliera a la luz.

—Yo no le conté nada —le aclaró Charlie—. Te lo juro. Me crees, ¿no? Yo nunca...

—No sé, Lager... —replicó Anders—. No sé cómo vas a salir de esto. —Dio media vuelta y se marchó.

Charlie quiso correr tras él, intentar explicarle que... Pero ¿qué le iba a decir? ¿Qué le había contado a ese puto cerdo de periodista? Habían hablado, sí, vale, después hablaron, pero «¿de qué?». Por mucho que lo intentaba, era incapaz de recordar una sola palabra. Al levantarse se mareó. Tuvo que apoyarse contra la pared para no caerse. Ni siquiera le dio tiempo a llegar al cuarto de baño antes de vomitar. «Mierda, qué mala suerte», pensó; el motel era de los que todavía tenían moqueta en el suelo.

Nada más acabar de devolver, sonó el teléfono. Era Challe.

Le preguntó cómo iba el caso; Charlie advirtió desde el primer momento que ya lo sabía todo.

—Me lo ha contado Anders —comentó Challe—. Y no te enfades con él. Es que hay unos límites, Charlie.

—No lo sabía. Yo...

—Me dijiste que nunca bebías cuando trabajabas.

—Fue una excepción —susurró Charlie—. Fue...

—La gota que colmó el vaso.

Se hizo un largo silencio. Charlie vio esfumarse toda su carrera profesional; todos esos años, todas esas horas extra para ser la mejor... Y ahora lo había echado todo a perder por una puta borrachera, por ese puto periodista y... por sus erróneas decisiones. «Soy una idiota», pensó.

Y pasó lo que se temía: Challe le comunicó que quedaba suspendida del servicio y que ponían un psicólogo a su disposición. Por su propio bien, añadió él. No podía trabajar estando a punto de derrumbarse.

Charlie suspiró y pensó que Challe no había entendido nada.

—Me encanta mi trabajo.

—Ya lo sé —dijo Challe—, pero necesitas descansar. Descanso y apoyo psicológico. Y...

—Yo sé mejor que nadie lo que necesito.

—No lo creo. Si lo supieras, no tomarías decisiones tan malas.

Challe continuó hablando de todas esas personas que llevaban algún tiempo preocupándose por ella y le soltó que, para empezar, nunca debería haberle encomendado ese caso.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

—Porque —respondió Challe— eres uno de los mejores miembros del cuerpo.

Charlie colgó, se tumbó en la cama y se echó a llorar.

Ese día

Rápidamente, Annabelle se metió unos cuantos recortes de periódico y uno de los cuadernos bajo el vestido, e intentó bajar la escalera con el mayor de los sigilos.

Su madre ya había empezado a llamarla desde abajo.

Tuvo el tiempo justo de introducirse en su cuarto y ponerse un jersey antes de oírla llamar a la puerta. Como ya era habitual, Nora la abrió tan sólo un microsegundo después, sin esperar a que le diera permiso para entrar.

—¿Todo bien? —Una mirada penetrante atravesó a Annabelle.

—Sí.

—Te veo nerviosa.

—Pues no lo estoy.

—Ah —repuso su madre adentrándose en la habitación—. ¿Tienes planes para esta noche?

—Voy a ir a casa de Becka. ¿O es que también está prohibido ver una película con mi mejor amiga?

Le respondió que no estaba prohibido, pero que no le gustaba que le mintieran.

Annabelle quiso gritarle que a ella lo que no le gustaba era que la controlaran, pero no deseaba empezar otra pelea y arriesgarse a que le prohibiera salir, así que se limitó a decir que no llegaría tarde a casa, que sólo iban a ver una película. Y sí, sólo estarían Becka y ella.

—A las doce —sentenció su madre—. A las doce, como mucho, en casa. Y cuando digo a las doce es a las doce, no a las doce y diez o a las doce y media. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —contestó Annabelle—. Y no me saldré del camino ni hablaré con el lobo, iré directamente a casa de la abuelita —no pudo resistirse a añadir.

—A las doce —le recordó su madre antes de abandonar la habitación.

«Diez meses —pensó Annabelle—. Diez meses más y seré libre».

Se sacó el cuaderno y los recortes. A pesar de lo poco que había leído, tuvo la impresión de que se trataba de algo muy importante, importante a la par que terrible; si no, ¿por qué guardar artículos, cuadernos y cartas en un cofre cerrado con llave? Quería saber la verdad. «Ya lo seguiré leyendo por la noche cuando vuelva a casa», pensó. Pero ¿dónde esconderlo hasta entonces? En su cuarto no, desde luego. No se atrevía. Su madre solía rebuscar tanto entre sus cosas que ella ni siquiera había podido llevar un diario.

Fue en ese momento cuando se acordó de su escondite secreto. Su madre nunca lo encontraría. En cuanto terminó de esconderlo todo, metió lo que necesitaba para esa noche en una bolsa. Las botellas las había escondido en el camino.

Cuando bajó, su madre no se hallaba en la cocina, ni tampoco en el salón ni en el cuarto de estudio. ¿Habría subido a su dormitorio? Annabelle se acercó a la escalera.

—¡Me voy! —voceó desde allí mismo.

—¿Por qué está abierta la puerta del desván? —le gritó su madre—. ¡Annabelle!, ¿has estado en el desván?

Una hora permaneció Charlie tumbada en la cama mirando al techo, incapaz de levantarse. «Tengo que ducharme —se dijo—; por lo menos tengo que ducharme».

El agua caliente se acabó al cabo de unos minutos, pero ella permaneció en la ducha y dejó que el agua fría anesthesiara su cuerpo.

Hugo tenía la culpa de todo, pensó. Si él no la hubiera llamado y le hubiera revuelto todo su interior, ella no habría bebido tanto, ni se habría llevado a ese cabrón de periodista a la habitación, ni... Pero luego pensó que su razonamiento era idéntico al de esos inconscientes delincuentes con los que se había topado a lo largo de su vida profesional, esos cobardes que siempre echaban la culpa de lo que habían hecho a los demás. Anders solía decirles que cada uno era dueño de sus actos. Ella, sin embargo, nunca llegó a convencerse de que eso fuera realmente así.

—Acabo de quitar el bufé del desayuno —le anunció Erik cuando Charlie llegó al comedor—. Pero si quiere, puedo prepararle unos huevos fritos con beicon.

—No, no se preocupe. Gracias.

—¿Todo bien?

Charlie asintió con la cabeza. Se sirvió café y, tras sentarse a una de las mesas, se puso a hojear el periódico local. Como no podía ser de otra manera, estaba repleto de las últimas noticias sobre Annabelle, de fotos de personas buscando por las cunetas y de preguntas a las que se les buscaba respuesta. Pero no decía nada del vídeo. Charlie albergaba la esperanza de que tampoco lo publicaran al día siguiente. Quizá los periodistas locales tuvieran más ética.

Anders se sentó frente a ella.

—Quiero estar sola —le advirtió Charlie.

—Y yo quiero hablar contigo.

—¿No deberías estar en la comisaría?

—Como te acabo de decir, quiero hablar contigo.

Charlie deseó preguntarle: «¿Qué es exactamente lo que le has dicho a Challe?». Pero luego se dio cuenta de que era mejor no saberlo. No soportaría oírlo, así que se limitó a comunicarle que se tomaría unos días de descanso.

—Muy bien —concluyó Anders—. Lo necesitas.

—Qué bien que todo el mundo parezca saber lo que necesito —le soltó Charlie.

—Pues quizá sí, porque tú no pareces entenderlo.

—Como te acabo de decir —respondió ella sin levantar la vista del periódico—, quiero estar sola.

—No lo he hecho para joderte, si es eso lo que crees —le aclaró Anders—. ¿Qué querías que le dijera a Challe? Me ha llamado y me ha preguntado cómo estabas; y yo sabía que te habías llevado a un periodista a la habitación e imaginé que probablemente estuvieras borracha. Sí, no me pongas esa cara. No es culpa mía que me despertaseis al subir la escalera, y... Joder, es que cuando oí tu voz me vi en la necesidad de levantarme para ver lo que pasaba.

—Bueno —dijo Charlie—, vale ya. Por cierto, ¿cómo te has enterado de que es periodista?

—Ayer intentó hacerme unas preguntas. ¿No lo sabías?

—El muy cerdo me dijo que era de Missing People —comentó Charlie.

«¿Por qué no me paraste? —quiso preguntarle—. ¿Por qué no dijiste nada?».

—Si no hubiese salido en el periódico, igual te habrías salvado.

—¿Y quién dice que soy yo la que ha filtrado la información?

—Bueno, la posibilidad de que uno se vea inclinado a sospecharlo es bastante grande —contestó Anders—. En cualquier caso, quizá fuera mejor que acabara así. No me mires con esa cara —continuó—. Sabes que sólo pienso en...

—¿Lo mejor para la investigación? —Charlie tomó un sorbo de café y se quemó la lengua.

—Lo mejor para ti —le aclaró Anders—. Pienso en ti, Charlie.

—Gracias por tu consideración —respondió Charlie antes de levantarse.

—¿Te vuelves a Estocolmo?

—No lo sé. Ya no sé nada.

—¿Y ahora adónde vas?

—A hacer la maleta.

Charlie recogió la ropa que se encontraba esparcida por el suelo y la echó en la maleta. Bajo un jersey estaba la bolsa de libros que Annabelle sacó en su día de la biblioteca municipal. La metió también en la maleta con la idea de pasar por allí antes de... ¿De qué?, ¿qué era lo que iba a hacer? Pensó en su caótico apartamento de Estocolmo, en las sedientas plantas de la ventana, en el calor... ¿Qué diablos haría en Estocolmo si no podía trabajar?

«No puedo ir allí —se dijo—. Al menos hoy».

Cuando bajó al vestíbulo del motel, Anders se encontraba sentado en el sofá.

—¿No vas a trabajar? —preguntó Charlie.

—He pensado que a lo mejor quieres que te lleve a la estación de trenes.

—No voy a la estación —contestó Charlie.

—Y, entonces, ¿adónde vas?

—A visitar a una persona que conozco.

—Yo te llevo —se ofreció Anders.

Charlie estuvo a punto de declinar la oferta, pero luego pensó que, con aquel calor, no sería capaz de andar con la maleta los cinco kilómetros que había hasta Lyckebo, de modo que aceptó.

Ya en el coche, permanecieron callados. Charlie deseaba hablar del caso, de Svante, que estaba en prisión preventiva; y de lo del vídeo, preguntarle si había habido alguna novedad durante la noche... Pero no se atrevió a correr el riesgo de que Anders le recordara que ella había sido excluida de la investigación, de que le dejara claro por enésima vez que, antes que amigos, eran compañeros de trabajo.

Ella le indicó por dónde girar. El bosque se hacía cada vez más denso. Las ramas de los abetos invadían el camino, mal asfaltado.

—¿Adónde vamos exactamente? —preguntó Anders.

—A casa —respondió Charlie.

—¿A casa?

—Métete por aquí.

—¿Por aquí? ¿Hay algún camino?

—Anda, métete.

—Pues yo aquí no veo ninguna casa —dijo Anders al llegar al final de aquel pequeño camino de grava.

—Está más adelante —le aclaró Charlie.

—Lyckebo —leyó Anders en un blanco letrero de madera medio caído en el suelo—. ¿Quién te espera en Lyckebo?

—No lo sé. Eso es exactamente lo que no sé.

—¿Es aquí donde viviste?

Charlie asintió con la cabeza. Abrió la puerta del coche y se bajó.

—Oye, Charlie, ¿no pensarás en serio quedarte en...? ¡Charlie! —gritó Anders tras ella—. No sé si es muy buena idea... O sea, dejarte aquí sola, en medio de la nada, teniendo en cuenta que...

—Mira, Anders —Charlie se dio la vuelta y, deslumbrada por el sol, entornó los ojos—: no me importa lo que pienses.

Acababa de abrirse paso entre la maleza cuando lo oyó gritar de nuevo:

—¡¿Y cómo doy la vuelta?!

—¡Pues dando marcha atrás! —le gritó también ella—. ¿No eras un hacha conduciendo?

Charlie casi se sorprendió al ver que la casa seguía todavía en pie. El jardín había sido totalmente invadido por la vegetación. Era como si el bosque se hubiera adentrado en él para reclamar su territorio.

Lyckebo. Betty había elegido aquella casa por tres razones. La primera porque le encantaba el nombre. La segunda porque estaba muy bien situada, a una distancia perfecta del pueblo; Betty nunca había entendido eso de apelotonar casas y vivir pegada a personas que una no había elegido. Y la tercera por el agua. Un sueño vivir tan cerca del agua, opinaba Betty.

Si no se sabía, resultaba muy difícil imaginar que hubo un día en el que aquella casa fue roja. Ya durante los últimos años que vivieron allí, la pintura había empezado a desconcharse, y Betty solía bromear con que hubiera sido mejor haber pintado la casa de color madera, porque así se habrían despreocupado del asunto. Ahora la fachada presentaba una tonalidad grisácea, apagada, y una humedad verdosa se había extendido por los cimientos; y en el sitio donde Betty solía sentarse al sol, los cardos y las ortigas campaban a sus anchas. Los rosales trepadores, que le encantaban a Betty, habían extendido sus ramas y cubrían las ventanas de la parte sur. El columpio del viejo roble se mecía al viento.

Sintió una punzada en la parte izquierda del pecho. «¿Esta vez es de verdad? —pensó Charlie—. ¿Me está dando un infarto? ¿Voy a morirme justo ahora que estoy tan cerca?». Tuvo que sentarse en una piedra. Metió la cabeza entre las rodillas e intentó concentrarse en su respiración. «Inspirar y luego

espirar —pensó—. Adentro y afuera. Es sólo un ataque de pánico. No voy a morir. Sobreviviré».

En cuanto pudo volver a respirar con normalidad, dirigió la mirada hacia el bosque de cerezos.

*En mi jardín florece el paraíso
un día sí y el otro también.
Y lo que tengas que pagarme
ya lo decidiré.*

Allí y entonces

Están en la cabaña del árbol. Durante el día, los rayos de sol se filtran por entre las tablas de madera, pero ahora sólo les llega la tenue luz de la luna.

—Éstas son las reglas —explica Rosa sentada en el suelo con las piernas cruzadas mientras va calentando el vaso con una vela—: no se pueden hacer preguntas sobre la muerte, y si llegamos a contactar con el diablo, hay que romper el vaso y quemar el tablero. ¿Entendido?

Alice deposita la mirada sobre el trozo de cartón marrón en el que han dibujado círculos, números y letras, y pregunta cómo sabrán si es el diablo.

—Lo sabremos —sentencia Rosa. Señala con el dedo el número seis y comenta que si el vaso se detiene allí tres veces, no cabe ninguna duda de que él ha entrado en el juego.

—¿Y cómo sabes que se trata de un hombre? —pregunta Alice.

Rosa responde que eso lo sabe todo el mundo, que el diablo es un hombre. ¿Qué va a ser si no?

—¿Tienes miedo? —añade.

Alice niega con un movimiento de la cabeza.

—Pues venga, empecemos.

Rosa deja el vaso sobre el tablero. Está muy quemado y tan caliente que apenas pueden ponerle el dedo encima.

—Tan sólo hay que rozarlo. El resto lo hace el espíritu.

Rosa coge el vaso y susurra algo. Luego, las dos apoyan sus dedos, cuidadosamente, sobre la chamuscada superficie del vaso.

Alice siente unas cosquillas en el estómago cuando el vaso empieza a moverse lentamente por entre las letras. Van deletreando en voz alta: B, E, N, J, A, M, I, N.

—¿Qué has preguntado? —dice Alice.

—Que quién es el más idiota del barrio —se ríe Rosa—. Ahora te toca a ti.

Alice piensa que debería preguntar por su madre, por los dedos de su madre. Quiere saber si algún día se le enderezarán, si algún día dejarán de dolerle. Pero luego piensa en una cosa que ha oído en algún lugar: que si ya sabemos la respuesta, no se deben hacer preguntas. Rosa la mira impaciente y acaba susurrando unas palabras sin sentido antes de colocar el vaso en el tablero.

—¿Qué le has preguntado? —quiere saber Rosa al ver que el espíritu ha deletreado P, R, O, N, T, O.

—Le he preguntado que cuándo seremos famosas.

A Rosa la pregunta le parece ridícula. Le quita el vaso de las manos y susurra algo breve.

—¡Hostias! —exclama cuando ve que el vaso va volando de letra en letra y forma su nombre—. ¡La hostia puta!

—¿Qué pasa?

—He preguntado que quién de las dos morirá primero.

—¡Joder, tía, has dicho que no podíamos hacer preguntas sobre la muerte! —le recrimina a Rosa.

Alice se levanta.

—Ya, pero, entonces, ¿qué sentido tiene esto si no se hacen preguntas sobre la muerte? —argumenta Rosa. Luego se echa a reír.

Antes de despedirse, mira a Alice a los ojos.

—No tengas miedo —la tranquiliza—. No eres tú la que va a morir primero.

La valla que había alrededor de lo que antaño fue un jardín había cedido y estaba caída. Charlie se quedó mirando los palos, cubiertos de musgo, y se vio a sí misma de pequeña, sentada sobre uno de ellos y dictándoles, a voz en grito, una serie de normas a los adultos que venían a las fiestas: que no hicieran fuego porque la tierra estaba muy seca, que no soltaran el manillar cuando montaran en bici, que no invitaran a los niños a tomar cerveza... Todo aquello que ella sabía que no se podía hacer. Su único deseo era que todos respetaran las reglas. Betty solía recordarle quién era la adulta y quién la niña en su relación. Porque era ella, Betty, la que establecía las reglas. «Si hay algo que odio, cariño, son las reglas. Es como si sólo estuvieran ahí para ser infringidas».

Y daba igual que Charlie comentara que había ciertas cosas que, de hecho, estaban prohibidas. Betty se limitaba a reír y decir que tenía la hija más vieja y redicha del mundo. No conocía a ninguna otra niña tan vieja como ella.

Las cortinas de la ventana del salón seguían en su sitio, y, por un instante, a Charlie le pareció vislumbrar a Betty, mirándola tras la fina y blanca tela.

En una ocasión, una terapeuta excesivamente entusiasta le pidió a Charlie que se imaginara volviendo a la casa. «Déjame acompañarte a Lyckebo, Charline. Cierra los ojos, cógeme de la mano y llévame contigo». Y Charlie la condujo hasta el recibidor para luego continuar hasta la cocina y el salón. Llegó, incluso, a subir la escalera, pero en el pasillo de la planta superior le faltó valor.

«Descríbeme lo que ves. Háblame de lo que ves». Sin embargo, en ese momento, Charlie abrió los ojos y le contestó que era una imagen que no deseaba recrear. No creía que los sentimientos fueran más manejables si los describía con palabras.

Entonces ¿cómo pensaba resolver su problema?, quiso saber la terapeuta, ¿cómo pensaba dejar atrás todo aquello y seguir adelante?

«Tienes que aceptar los hechos, Charline, aceptarlos y perdonar».

Y Charlie se dijo que nunca sería capaz de eso, que nunca perdonaría a Betty.

Probablemente, Challe y Anders tuvieran razón: ella era una persona que no sabía lo que le convenía, una persona que erraba en sus decisiones. «Si entro ahí, me volveré loca», pensó. Y, aun así, cogió su maleta y se dirigió hacia la casa.

Los palés se apilaban en una suerte de escalera ante la entrada lateral. El agujero que, en su día, Betty le hizo a la madera de la puerta con el zueco parecía una boca abierta. Charlie empujó hacia abajo la manivela. La llave estaba echada, claro. ¿Qué esperaba? No sabía si existía siquiera alguna llave. No recordaba haber recibido ninguna. «Pero la casa es mía —se dijo al doblar la esquina para buscar una piedra—. Es mi casa, y si quiero entrar por una ventana, entro».

Y entró. En sus sueños, las visitas a aquella casa siempre se le antojaban escenas de una película de terror, pero ahora que la luz del sol se filtraba por los sucios ventanales y el familiar olor a madera acudió a su encuentro, aquel espacio no le resultó tan amenazador. Aun así, volvió a marearse; tuvo la extraña sensación de que la cabeza le crepitaba y apoyó las manos en las paredes del pasillo que había a continuación del recibidor.

Las moscas revoloteaban zumbando por toda la cocina. Sobre la mesa, tazas y platillos, como si alguien esperara una visita. Se le pasó por la mente el cuento de Ricitos de oro que su madre solía contarle. Era injusto, creía Charlie, que la chica sólo acabara rompiendo y comiéndose las cosas del oso pequeño. A lo que Betty siempre respondía que el mundo era así: injusto.

Continuó hasta la sala de estar, el *lounge*, tal y como Betty solía llamarlo en broma. «Venid, amigos, tomemos una copita en el *lounge*». Charlie pasó un dedo por el polvo acumulado sobre el negro piano. Betty siempre lo tocaba en las fiestas.

«Pide una canción, la que sea».

La ventana que había junto al piano se encontraba cubierta por el rosal de fuera. Aquello le daba una luz verde muy bonita a la estancia. Charlie pensó que era verdad lo que Betty acostumbraba a decir: que los árboles y las plantas no debían podarse, que la gente debería permitir que las cosas crecieran en paz. Miró hacia la empinada escalera que conducía a la planta de arriba. No, aún no estaba preparada para subir.

Sobre el piano se hallaba la única foto de familia que existía en la casa: Betty de pequeña junto a una mujer joven y bella, su madre. Charlie pensó en todos los infructuosos intentos que había hecho para que Betty le hablara de su familia, de sus antepasados, de cuanto existió antes de mudarse a Lyckebo. Lo único que Charlie sabía era que su abuela se llamaba Cecilia y que, según Betty, había sido una persona fantástica. Cecilia se había atrevido a ir a contracorriente, le había comentado Betty; y si había algo que hiciera las delicias de su madre, era la gente que iba en contra de la corriente. Se trataba de un rasgo familiar, un rasgo del que debían sentirse orgullosos.

No obstante, Charlie pensaba que quizá no debiera ser motivo de tanto orgullo, puesto que el ir a contracorriente parecía haberlas llevado a una muerte demasiado temprana; todas habían fallecido ya. Pero la muerte no tenía nada que ver con una mala elección, le decía siempre Betty. Habían tenido mala suerte, simplemente. Es que la vida era así: injusta.

«Pero tú y yo nos tenemos la una a la otra, Charline. Tú y yo no necesitamos a nadie más. Juntas somos fuertes».

¿Y su padre? ¿Nunca llegaría a saber quién era?

Betty suspiró y le respondió que jamás existió tal padre. Y que eso lo sabía muy bien.

Al final, Charlie acabó contentándose con ello. Lo hizo hasta el día en el que Betty dejó que Mattias viniera a vivir con ellas. Porque si era verdad que las dos solas se las arreglaban tan bien, ¿qué pintaba Mattias allí?

Charlie fue a la habitación que quedaba por detrás de la cocina. El papel de la pared, blanco y con unas rosas, se había despegado por varios sitios; una gruesa capa de polvo cubría su antiguo escritorio y la librería. En la parte exterior de la ventana vio colgando la cuerda que bajaba de la planta de arriba, la que iban a usar su hermano y ella para enviarse cartas. Betty solía comentar que eso era lo que siempre había deseado, un hermano con el que compartir secretos.

Betty pensaba que Charlie resultaba muy aburrida cada vez que intentaba explicar que uno no se convertía en hermano sólo porque... porque sus padres estuvieran juntos.

Charlie sintió que necesitaba beber algo. Sí, ya..., pero ¿qué sentido tenía mantenerse sobria si no podía trabajar? Abrió la puerta del sótano y rezó para que el tesoro de Betty se hallara todavía allí.

Un olor a tierra y humedad le golpeó la cara nada más bajar la escalera. Las pequeñas y sucias ventanas apenas dejaban entrar la luz, de modo que tuvo que avanzar a tientas hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad.

No tardó en dar con la puerta de la despensa donde se hallaban las provisiones de vino. ¿Podría beberse todavía? Pronto lo sabría. Cogió dos botellas y subió a la cocina.

Le llevó un rato encontrar un sacacorchos. Los cajones estaban manga por hombro. Betty nunca había entendido lo de tener una manera ordenada de guardar las cosas. Y, precisamente, ése era uno de los puntos que la tozuda señora de los servicios sociales solía comentar: la importancia del orden, de un horario fijo y de unas reglas claras. «Si quieres seguir con tu hija, Betty, no tienes más que demostrar que eres adulta y que puedes asumir responsabilidades». Acto seguido, Betty mostraba una exagerada sonrisa y argumentaba que lo más importante era el amor; y entonces la señora suspiraba y le explicaba que una cosa no quitaba la otra, que todo estaba relacionado.

«¿Va a llevarme consigo? —preguntaba siempre Charlie tras esas visitas—. ¿La Prussiluskan^[3] va a llevarme a algún sitio?».

«Por encima de mi cadáver —sentenciaba Betty—. Conmigo estás a salvo, puedes estar muy tranquila, Charline».

Pero resultaba difícil estar tranquila con Betty. Y no por el desorden de los cajones y las estanterías, ni por la ausencia de reglas, que le permitía entrar y salir a su antojo. Sino por su cambiante humor, por lo imprevisible que resultaba en función de cómo se levantara. Porque, aunque era verdad que había días de canciones y bailes en el bosque de cerezos, días en los que iban a nadar hasta la balsa y en los que tocaban el piano a cuatro manos en el salón, también había días en los que Betty no se levantaba de la cama y en los que su única preocupación consistía en protegerse de la luz y aislarse de cualquier ruido; días en los que se quedaba acostada sin hacer nada, limitándose a mirar fijamente al techo y a apenas contestar cuando se le hablaba. Pero a todos ellos les sucedían, cuando por fin se levantaba, los períodos de fiesta. Un sinfín de personas borrachas provistas de guitarras y acompañadas de inquietos pastores alemanes. Y Betty en la escalera dándoles la bienvenida. ¿Por qué tenía que venir a su casa aquella gente tan rara?

Porque Betty quería un hogar abierto, un hogar con canciones, risas y música. Es que la vida era demasiado corta como para perder el tiempo aburriéndose. ¿Verdad que Charline no quería privar a su mamá de un poco de ambiente festivo ahora que había recuperado el ánimo?

Y poco importaba que Charlie adujera que no le gustaba, que toda esa panda de borrachos le daban miedo. Betty no entendía en absoluto lo que quería decir; ella jamás invitaría a su casa a nadie que no fuera una buena

persona. «Y si alguien te toca un solo pelo de la cabeza..., si alguien se atreve siquiera a rozarte, yo lo... Yo te protegeré, cariño».

Pero las noches en las que las fiestas se desmadraban, esas noches en las que Betty se quedaba dormida en el cuarto de baño y no podía protegerla de nada, Charlie deseaba que la Prussiluskan viniera a buscarla y se la llevara a un lugar más agradable.

Esa noche

—¡Anda, mira quién está aquí! —exclamó Rebecka cuando Annabelle entró en el salón. Tenía la tele puesta a un volumen tan alto que no le quedó más remedio que gritar—. Pero ¿qué coño te pasa?

Rebecka alargó la mano para coger el mando y puso el volumen a cero.

—¿Por qué? —dijo Annabelle.

—¡Vaya cara! Ni que hubieras visto un fantasma...

Pues quizá sea así, pensó Annabelle. Se topó con la acuosa mirada de Rebecka y se dio cuenta de que, en ese momento, no tenía mucho sentido hablar con ella de algo serio. Esperaría al día siguiente.

—Yo ya he empezado. —Rebecka alzó su vaso y lo dirigió a modo de brindis hacia Annabelle.

—Ya lo veo —contestó Annabelle mientras contemplaba la mesa que había junto al sofá: el cenicero a rebosar de colillas, la Fanta, el vodka...—. ¿De dónde has sacado el alcohol?

—Del mueble bar —le aclaró Rebecka—. Me debes una si mi vieja lo descubre. No entiendo cómo has sido capaz de mandar a la mierda el trato con Svante. Sabes que ya le había pagado, ¿no? Trescientas coronas.

—Imagino que te las devolverá. De todos modos, el problema ya está resuelto. —Levantó la bolsa haciendo sonar las botellas.

—¿A quién se las has comprado?

—Nunca revelo el nombre de un proveedor.

Rebecka suspiró y dijo que estaba hasta el moño de tanto secretismo. Hasta el mismísimo moño. De repente, había pasado de contárselo todo a guardar secretos. No entendía de qué servía tener una amiga —su mejor amiga— que se cerraba como una maldita ostra.

Annabelle empezó a sacar el alcohol de la bolsa. Rebecka soltó un silbido al ver la botella de licor de regaliz.

—Acabas de delatar a tu proveedor —le soltó con una sonrisa.

—¿Qué estás viendo? —Annabelle se sentó en el sofá, junto a Rebecka. Frente a ellas, en la silenciosa pantalla del televisor, se sucedían una serie de asquerosas escenas, imágenes de un cadáver grande e hinchado.

—Es *Seven*. Me la recomendó mi madre. Le pregunté cuál era la película que más miedo le había dado, y me dijo que ésta. Acabo de verla entera, pero la he empezado otra vez porque no sé qué es lo que le dio tanto miedo. Va de los siete pecados capitales. Ese gordo, por ejemplo —Rebecka señaló la pantalla—, es culpable de cometer el pecado de la...

—¿Gula?

—Eso es. Se me había olvidado que tengo conmigo a toda una experta en la Biblia. Oye, tía, qué fuerte que estés yendo a la iglesia. Vas por él, ¿a que sí? No es por Dios, ni por las señoras, ni por las charlas bíblicas. Dime la verdad, Bella. El pastor te pone cachonda.

—¡Corta el rollo! —le pidió Annabelle—. Ya me lo has preguntado mil veces. Hannes nunca... Que no se te olvide que es pastor.

—Los pastores son los peores —respondió Rebecka—. Los pastores, los polis y los trabajadores sociales. Nunca te fíes de la gente que tiene esas profesiones. ¿Me juras que no es él?

—Te lo juro.

—¿Por la Biblia?

—Por la Biblia.

—Entonces ¿quién es? Joder, ya he nombrado a casi todos los hombres de este puto pueblo...

Annabelle permaneció callada esperando a que Rebecka terminara. A Rebecka le costaba trabajo hablar de un mismo tema durante mucho tiempo, especialmente si había bebido. Annabelle había pensado contárselo todo esa noche, hablarle de Él, del niño, de todo, pero ahora... Hablar ahora de eso sería una catástrofe.

—Ahora viene la avaricia —dijo Rebecka mirando la televisión—. Joder, creo que es mejor que me vuelva religiosa yo también; y pronto, porque veo que he cometido todos los putos pecados capitales.

—¿Y quién no? —preguntó Annabelle—. Por cierto, ¿tienes un pitillo?

—Se me han acabado. Mira en las provisiones de mi madre, en el armario que hay por encima de la campana de la cocina. Y coge un paquete entero. Así no se enterará.

Annabelle volvió con un paquete de Prince y se sentó de nuevo en el sofá. Tomó un trago de la copa que Rebecka le había preparado con el alcohol que ella misma había traído. Estaba tremendamente cargada. Al terminar la

segunda copa empezó a experimentar la familiar sensación de que los brazos le pesaban. Se reclinó en el sofá.

—Oye, pero que no se te ocurra quedarte frita, ¿eh? —le advirtió Rebecka —. Esta noche va a haber una pasada de fiesta. Ya están todos allí.

—¿Quiénes?

—Los de siempre. William también viene.

—¡Mira qué bien! —dijo Annabelle.

—No estás cabreada, ¿verdad?

Annabelle negó con la cabeza. No, no estaba cabreada. Era tan sólo que no le apetecía nada verlo. Ni a él ni a Svante.

El sacacorchos se encontraba en una estantería para especias que había por encima de la hornilla de la cocina.

Charlie le pegó dos buenos tragos a la botella. Nunca había sido entendida en vinos, pero éste al menos no sabía a vinagre.

Se acercó a la ventana que había junto al fregadero y, al dirigir la mirada hacia el cobertizo, se acordó de que Betty y Mattias lo habían arreglado y pintado, y de que incluso habían empezado a levantar un tabique para hacer una habitación. Pero luego Mattias se instaló en la casa, de modo que la obra quedó a medias.

¿Por qué no podía haberse quedado a vivir en el cobertizo?

Porque Betty estaba enamorada de él, y él de ella, y cuando dos personas se aman quieren vivir juntas. ¿Qué tenía eso de raro?

«Lo que tiene de raro —quiso decirle Charlie— es que no te basta con vivir conmigo».

¿Y Mattias? ¿Qué tenía Mattias de malo?, quiso saber Betty. No acababa de entender por qué estaba en su contra. Él nunca le había hecho nada malo, ¿verdad?

Charlie no supo qué contestar.

Nunca le había hecho nada, cierto, pero siempre deseó que nunca hubiera venido, que desapareciera de sus vidas. Porque todo fue a peor desde que él se vino a vivir con ellas: las fiestas, las borracheras, el caos... ¿Era tan extraño, entonces, que ella lo odiara?

Tras una copa de vino, Charlie se decidió: se quedaría en la casa. Haría aquello por lo que esa tozuda terapeuta había abogado: enfrentarse a sus demonios. Ninguna otra cosa había funcionado, de modo que no tenía nada que perder. Cogió el teléfono, llamó a Susanne y le contó dónde se hallaba.

—¿Qué haces ahí?

—No podía quedarme en el motel. Es que... estoy de baja.

—¿Y eso?

—Supongo que porque... estoy enferma.

—¿Quieres que vaya?

—Sí.

—¿Necesitas algo?

—Sí... —Charlie miró a su alrededor—. Necesito productos de limpieza, sábanas, agua mineral y un hornillo de gas si tienes. La verdad es que necesito de todo.

Susanne sólo tardó una hora en venir con dos grandes bolsas de Ikea.

—Joder, cómo ha invadido la vegetación todo esto —dijo—. Habría que limpiar y quitar esta maleza y...

—No pienso quedarme a vivir aquí para siempre —repuso Charlie—. Sólo pensé que..., bueno, que ya que estoy aquí, por qué no darle una vuelta a la casa.

—Sí, la verdad es que no le vendría nada mal que le dieras una vuelta... O dos...

Entraron y sacaron las cosas que Susanne había traído. Susanne empezó por limpiar los armarios y suspiró cuando se percató de que la nevera no funcionaba. ¿Cómo pensaba Charlie arreglárselas sin nevera?

Charlie dijo que podían dejar algunas cosas en el sótano, que allí hacía bastante fresco.

—¿Has estado arriba? —quiso saber Susanne.

—No.

—Pues podríamos subir juntas y...

—Es suficiente con que recojamos lo de aquí abajo.

Cuando terminaron se sentaron a la mesa de la cocina y Charlie le sirvió a Susanne una copa de vino.

—Bueno, ¿qué es lo que te pasa? —preguntó Susanne—. ¿Qué es lo que realmente te pasa?

—Llevo un tiempo atravesando una mala racha. Ha sido... He bebido bastante.

—¿Y quién no? —Susanne encendió un cigarrillo—. Las cosas no siempre salen como una espera. Nosotras que creíamos que no..., que no íbamos a ser como ellos... Pero la herencia genética o lo que sea... ¡Joder, es que es la hostia de difícil luchar contra eso!

—Nosotras no somos como ellos —sentenció Charlie.

—Pues yo no estoy muy lejos de serlo. Siento que me sería muy fácil dar ese último paso y perder el control. No sé si me entiendes...

—Sí, pero a ti no te han echado del trabajo.

—Claro, porque no tengo —precisó Susanne—. Si lo hubiese tenido, seguro que me habrían echado.

Charlie no pudo evitar reírse.

—¿«Echado» dices?... Cuéntamelo —la animó Susanne—. ¿Qué ha sucedido?

Y Charlie le habló de la noche que pasó con el periodista: seguro que le reveló alguna información importante, aunque ella no recordaba haberlo hecho. En cualquier caso —le comentó—, ésa había sido la gota que había colmado el vaso. Por eso su jefe la había suspendido temporalmente del servicio.

—¿Es por lo del vídeo? —preguntó Susanne—. Leí en internet que había un vídeo.

Charlie asintió.

—Entonces ¿es verdad que existe un vídeo?

—No puedo comentar nada. Ya me he echado bastante mierda encima.

—No tienes por qué haber sido tú. Ya sabes cómo son los del pueblo, cómo husmean y lo averiguan todo.

Charlie asintió. Lo sabía perfectamente.

—Pero a veces husmean mal —puntualizó—. E incluso pueden llegar a destruir las pistas.

—Sí, aunque otras veces lo hacen bien —replicó Susanne.

Charlie miró por la ventana y dijo que quería salir.

Cogieron las copas y una silla cada una, y salieron a sentarse en el rincón donde Betty solía tomar el sol. Empezaron a hablar de las fiestas. ¿Cuántas se organizaron realmente en Lyckebo? ¿Cien? ¿Mil?

Se rieron al recordar al viejo que se cayó del canalón que pasaba por la fachada de la habitación de Betty, se rieron de cuando pillaron al padre de Susanne con otra mujer en el cobertizo. Hablaron de todas las noches que pasaron juntas en la cama de Charlie, de noventa centímetros de ancho. Recordaron aquellos momentos en los que se susurraron historias de terror, historias de uñas arañando las tapas de los ataúdes y de fantasmas que pululaban por el bosque, cuando en realidad los fantasmas estaban allí mismo, a su alrededor, en la casa, vivitos y coleando.

—¿En serio vas a coger el coche? —le preguntó Charlie cuando, unas cuantas horas más tarde, Susanne soltó una maldición al darse cuenta de lo tarde que era.

—Son sólo pistas forestales —dijo Susanne—. Y la policía está ocupada con cosas más importantes.

Joder, cómo se le había pasado el tiempo. Isak la mataría. Es que le había prometido que prepararía la cena, que recogería la casa y..., en fin, un montón de cosas. Aunque bueno, continuó al ponerse de pie, Isak también le había prometido unas cuantas cosas, como lo de serle fiel, por ejemplo.

—¿Es...?

—Sí —contestó Susanne—. Mi marido me es infiel; es un cabrón y un hijo de puta. No sé por qué coño me casé con él.

—Bueno, quizá porque en ese momento aún no lo sabías —comentó Charlie.

Susanne se rió y dijo que no podía echarle la culpa a eso, pues sabía perfectamente cómo eran la mayoría de los hombres. De modo que debería haber sido consciente de que la probabilidad de que ella diera con una persona normal de entre todos esos cerdos no era muy grande.

—¿Por qué no te divorcias?

—Por lo de siempre: los niños, la falta de fuerzas, la sensación de que nada mejorará..., los gastos de la casa...

—Ya no estamos en el siglo XIX.

—Algunas sí. Algunas no tenemos elección.

Por un momento, Charlie estuvo a punto de repetir el estúpido comentario que solía hacer Anders, el de que todas las personas podían elegir. ¿Había influido en ella, a pesar de todo, la visión que él tenía del mundo? Era posible que a veces sí se pudiera elegir, pensó, pero a menudo se interponía el azar, el destino, o lo que fuera.

Allí y entonces

Rosa dice que hay que hacer lo que el espíritu pide.

¿Y si no?

Pues si no, una de ellas moriría; y seguro que ella no deseaba que eso ocurriera.

Alice dice que no quiere morir. Que su mamá y su papá se pondrían muy tristes si muriera.

—¿Qué papá? —pregunta Rosa—. ¡Si tú nunca has tenido papá, Allie!

Y Alice dice que eso es mentira, que ella sí tiene papá, pero que es marinero. Rosa se ríe y le dice que es mejor que deje de contar historias como si fuera Pippi Calzaslargas y que se enfrente a la verdad: su padre se largó. No la quiere. «Nadie te quiere como yo, Allie».

Cuando Susanne se marchó a casa, Charlie se quedó sentada en el jardín. Se reclinó en la silla, cerró los ojos y dejó que el cálido sol de la tarde le diera en la cara. Debió de quedarse algo traspuesta porque fue consciente de que se despertó cuando algo rozó sus desnudas piernas. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que era un tejón, un animal al que, por alguna razón, le tenía un miedo atroz, pero antes de que le diera tiempo a gritar o a patalear descubrió que se trataba de una gata. Se parecía mucho a una gata albina que tuvieron una vez, con el mismo pelaje blanco y los mismos ojos azules, aunque ésta era más delgada. ¿Cuántos años podía vivir un gato?

No, se dijo mientras se agachaba para llamarla. Por aquel entonces, el animal ya era viejo. Betty solía, incluso, hacer bromas al respecto: que tenía la gata más vieja del mundo y la hija más vieja del mundo. Tal vez se tratara de alguna de sus crías.

Charlie le acarició el lomo, lleno de heridas y cicatrices. Una de las orejas estaba descolgada y con algunos cortes. En un principio, la gata se mostró reacia a que la tocaran, pero luego bajó la guardia, se tumbó y empezó a dar vueltas sobre sí misma y a ronronear.

—¿Te has peleado? —susurró Charlie—. ¿Quién te ha hecho daño? ¿Tienes hambre?

Bajó al sótano a por uno de los cartones de leche que Susanne había traído y echó un poco en un platillo limpio. Al volver arriba, el animal seguía todavía allí. Ávidamente, empezó a beber la leche a lengüetadas. Bajo el pelaje se le apreciaban con toda nitidez las costillas. Se trataba de una gata a la que, con toda probabilidad, nunca habrían desparasitado. Betty nunca se preocupó por desparasitar, esterilizar o sacrificar a los animales. La vida debía seguir su curso, opinaba.

Eran más de las siete pero el calor continuaba siendo sofocante. A Charlie le entraron unas repentinas ganas de bañarse. No había bajado hasta el lago desde el verano en el que cumplió trece años. La memoria del cuerpo era una cosa extraña, pensó mientras descendía por el sendero: los pies se acuerdan de cada raíz, de cada piedra. Cuántas veces no habría caminado con Betty por allí, cuántas veces no se habrían dado un chapuzón por la noche desde principios de junio hasta finales de agosto...

El lago era un espejo. Charlie se detuvo. Se le había olvidado la belleza de aquel lugar. Una neblina se cernía sobre el agua. Una gaviota rompió el silencio con un graznido. Todo brillaba. Se acercó al embarcadero. Algunas de las tablas estaban podridas. Avanzó con sumo cuidado hasta el final antes de sentarse y mirar las oscuras aguas.

«Si te sumerges a demasiada profundidad —le dijo Betty un día que Charlie quiso enseñarle cuánto tiempo podía permanecer bajo el agua—, el frío puede distorsionarte los pensamientos de tal manera que llegas a creer que abajo es arriba y que arriba es abajo, y no te das cuenta de que nada hacia el fondo del lago hasta que es demasiado tarde».

Charlie metió los pies en el agua, cerró los ojos y se dejó invadir por los recuerdos.

Era la fiesta de Midsommar. Betty había empezado a beber muy pronto. Había hecho un pequeño mayo y no dejaba de insistir para que todo el mundo bailara alrededor de él. «¡Joder, que estamos en Midsommar! ¡Vaya panda de muermos que he invitado a mi casa!».

Susanne y Charlie se habían cansado de tanto adulto borracho. Así que se metieron en la habitación de Charlie, donde empezaron a fumar y a contemplar a todos aquellos locos que iban dando bandazos por el jardín.

«Es como si tú y yo fuéramos los únicos adultos de aquí, Charlie».

Hubo bronca. Betty lloraba por algo y empujaba a todo aquel que se le acercaba para intentar calmarla. La fiesta era suya y lloraría cuanto le viniera en gana. Pasadas las doce, todos los invitados se marcharon, pero Betty continuó dando voces y armando bronca. Le gritó a Mattias que era un cobarde y un gilipollas, y Mattias le devolvió los gritos diciéndole que él no era ningún caballero que hubiera venido a lomos de un caballo blanco para salvarla, si era eso lo que creía.

«Porque la verdad, Betty Lager, es que a ti no hay quien te salve».

Y entonces Betty se le echó encima y empezó a golpearle el pecho. Quería saber por qué estaba con ella, entonces, si no tenía salvación. ¿Y qué coño hacía en su casa? ¿Por qué no se iba a la mierda de una puta vez?

Charlie huyó hasta el lago. Se sentó en el embarcadero esperando a que saliera el sol, a que amaneciera un nuevo día. Y de pronto apareció Mattias, aunque él no la vio. Dando tumbos, puso rumbo a la playa, que quedaba un poco más allá. Empujó la vieja barca hasta el agua, recorrió un trecho de orilla antes de subirse en ella con no poco esfuerzo, y empezó a remar. La embarcación avanzó zigzagueando, y Charlie pensó que debería llamarlo para que volviera, para que se detuviera, porque pronto el lago se haría muy profundo... Pero no hizo nada. Luego, todo sucedió muy deprisa. Lo vio levantarse, permanecer un instante de pie en medio de la barca y tambalearse antes de caer y desaparecer bajo la negra superficie.

¿Y qué hizo ella? ¿Salió nadando con el salvavidas?

No.

¿Subió corriendo a la casa, a por Betty, para que llamara a emergencias?

Tampoco.

Se limitó a permanecer sentada en el embarcadero contemplando cómo la superficie del agua volvía a ser un espejo mientras una extraña calma se apoderaba de todo su cuerpo.

Pero ¿cómo se le ocurrió coger la barca?, le preguntó Charlie a Betty cuando la policía empezó a rastrear el lago buscando a Mattias.

Sin embargo, Betty sólo le gritó que no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? Querría... ir a algún sitio. ¿Qué más daba por qué lo había hecho? ¿Y cómo era posible que estuviera tan tranquila sabiendo que Mattias había desaparecido? ¡Mattias había desaparecido!

—Acababa de enterarse de que iba a venir su hijo —dijo Betty cuando los policías finalizaron el rastreo. No podían dejar de buscar, porque ¿qué sería, entonces, del chico?

«A lo mejor no cogió la barca», comentó Betty. Y Charlie le recordó que habían encontrado su jersey dentro, que todo parecía indicar que...

Pero ¡joder!, ¿por qué coño no habían dado con él?

Charlie tuvo que recordarle una y otra vez la enorme profundidad que tenía el Skagern. Betty no hacía más que llorar y decir que todo era muy injusto. Con lo bien que se lo habían pasado juntos... Y con lo feliz que estaba Mattias por lo del niño...

A lo que Charlie repuso que si era tan feliz, tal vez no debería haberse adentrado en el lago con una barca estando tan borracho.

—¿Quién coño ha dicho que fuera feliz? —gritó Betty—. Lo que he dicho es que estaba feliz por lo del niño, pero por lo demás...

Y, además, que estuviera bebido era lo de menos; el problema era que Mattias no sabía nadar.

Después fue como si Betty se hubiera olvidado de que tenía un trabajo. Y una hija. Lo único que hacía era pasarse las horas echada en la cama mirando fijamente al techo.

«Es como si todo volviera».

«¿Qué, mamá? ¿Qué es lo que vuelve?».

«Todo, todo vuelve».

Betty no paraba de darle vueltas a lo que podría haberle sucedido a Mattias: quizá se asustara, quizá sufriera algún ataque. Y de poco sirvió que Charlie intentara consolarla con sus propias palabras: que ahogarse en el agua era la muerte más dulce. Porque Betty le respondió que qué sabría ella y que, además, a ella le importaba una mierda cómo hubiera muerto; lo único que deseaba era tener a Mattias a su lado. Sin él, ella era como una hoja a merced del viento, sin él ella podría salir volando en cualquier dirección. Porque ya no había nada que la sujetara.

Charlie pensó en el sofá donde Betty había pasado la mayoría de sus últimos días. En cómo se quedó tumbada pasando frío a pesar de que hacía calor, quejándose de la luz que se filtraba por entre las mantas que había colgado para tapar las ventanas. «Esa luz, cariño. No podemos dejar que entre tanta luz».

Betty tenía una botella de *whisky* en la mesa que había junto al sofá. Y también todas aquellas pastillas. Por las noches deambulaba por la casa como un alma en pena. A veces, Charlie se despertaba con la pálida cara de su madre flotando en el aire sobre ella. Y aun así, cuando los de los servicios sociales, subidos en los palés que había frente a la puerta, preguntaron si podían entrar, Charlie les respondió que no hacía falta, que lo que su madre necesitaba era descansar. Que todo se arreglaría si la dejaban descansar.

Pero por mucho que Betty durmiera o que Charlie le hablara bajito o cubriera las ventanas con mantas, las semanas pasaron y las vacaciones terminaron, y Betty no se levantó del sofá. El pelo se le enmarañó tanto que Charlie pensó que jamás podría volver a peinárselo. Las hojas de los árboles pasaron a ser marrones y el curso escolar dio inicio, pero Betty seguía tirada en el sofá. Charlie empezó a ir a casa de Susanne después de las clases y a acudir con ella a las fiestas de la vieja tienda, no sólo los fines de semana, sino también entre semana. Era como si salir de juerga fuera lo único que le

daba fuerzas para ver a Betty, para asegurarse de que comía algo y para albergar la esperanza de que un día llegaría a casa y la vería en la cocina. La encontraría fumando ante la hornilla, sujetando el teléfono con el hombro y la oreja para invitar a la gente a una fiesta. Pero en Lyckebo nunca más se organizó una fiesta.

«Voy a subir —se dijo Charlie al volver a entrar en casa—. Voy a subir a la habitación de Betty». Se tomó de un trago media copa de vino y pensó que tampoco se moriría por ello; y, bueno, en el caso de que eso ocurriese, es muy probable que se debiera al destino o a lo que quiera que fuese. El círculo se cerraría.

Subió la empinada escalera, atravesó el pasillo y, tras abrir la chirriante puerta blanca de madera del dormitorio de Betty, cruzó el elevado listón del umbral y entró. Se detuvo un instante; las rodillas le temblaban. Luego se serenó y se dirigió directamente a la ventana para descorrer las cortinas. La luz de la tarde entró a raudales en la habitación.

Dirigió la mirada hacia la cama. Estaba hecha. ¿Quién habría cambiado aquellas sábanas manchadas de vómito por unas limpias?

Charlie se quedó contemplando la barra de la que colgaba la ropa de Betty. Allí estaba su vestido rojo favorito, viejo y polvoriento, al lado de abrigos de pieles y gabardinas. Se acercó e introdujo su cara en uno de los abrigos para sentir el particular aroma de Betty, pero allí sólo olía a viejo. Luego depositó la mirada sobre el tocador. Los recuerdos pasaron por su cabeza en una rápida sucesión de imágenes. Betty sentada en la silla, medio tirada sobre la mesa, y con los brazos colgando. Un zumbido de moscas. Charlie lo comprendió al instante. Aun así, entró corriendo y, tras lanzar a Betty sobre el suelo, intentó poner su inánime cuerpo en decúbito lateral. Betty ya estaba fría; y, a pesar de ello, Charlie le dio unos cachetes en la cara e intentó insuflarle vida haciéndole el boca a boca. Ignoraba el tiempo que estuvo intentándolo. ¿Un minuto? ¿Una hora? En la siguiente imagen de su recuerdo se vio en el bosque: la maleza le golpeaba en la cara pero no sentía ningún dolor. No sentía nada.

Un accidente, le dirían después. Betty debió de equivocarse con la dosis de somníferos. Eso, combinado con el alcohol... Su cuerpo no lo resistió.

Charlie cogió la blanca silla del tocador y se sentó frente a él. Era la posesión más querida de Betty porque había pertenecido a su madre, y a la madre de su madre, y a su...; Charlie ignoraba hasta cuándo se remontaba.

Cuántas veces no se habría quedado junto a Betty mientras ésta se arreglaba para una fiesta, admirándola mientras se peinaba la oscura y abundante melena, mientras se perfumaba y se pintaba los labios de rojo. A veces, Charlie se acercaba y le ponía morritos para que Betty se los pintara de color rosa claro. Luego, Betty ladeaba la cabeza y decía que era increíble que alguien pudiera ser tan guapa.

En el cajón superior había una brocha de maquillaje, una vieja cajita de rímel y un esmalte de uñas que se había secado. En el segundo cajón encontró un pequeño joyero. Charlie no recordaba haberlo visto nunca. Al abrir la tapa, apareció una bailarina con un roto tutú. Tiró de los cajoncitos. Allí había anillos de plástico, algunos broches, algo que parecía ser una medalla de natación... Y, en el fondo, debajo de todo, había un... Charlie sostuvo en el aire un pequeño colgante que tenía una piedrecita roja. No es que fuera precisamente una experta en joyas, pero había algo en él que lo hacía parecer caro. La cadena era demasiado corta como para colgársela del cuello. Le dio dos vueltas alrededor de la muñeca y se quedó contemplando la pequeña piedra. Fue al disponerse a meter en el joyero las otras cosas que había sacado cuando descubrió una fotografía en el fondo: una chica de unos trece años con la cara pálida y seria. No era Betty, constató. Pero ¿de quién se trataba y por qué le resultaba tan familiar?

Esa noche

Avanzaban por el camino cogidas del brazo. Rebecka empezó a cantar: «Entra el padre, borracho como una uva».

—¡Como una uva! —Annabelle se rió tanto que tuvo que detenerse—. ¿Has dicho «como una uva»?

—Sí, ¿no dice eso la letra?

—Borracho «como una cuba» —la corrigió Annabelle.

A Rebecka le gustaba más «como una uva». Le parecía más gracioso una uva borracha.

«Entra el padre, borracho como una uva, y golpea la mesa con su polla».

Annabelle le pidió que se callara. Ella quería cantar algo más serio.

—¿Como qué? —preguntó Rebecka.

Pues quizá como esa canción que solían cantar en la iglesia en la fiesta de fin de curso.

—¿De qué coño de fiesta hablas?

De nada sirvió que Annabelle le recordara que únicamente habían cantado juntas en una fiesta de fin de curso, cuando terminaron noveno.

Rebecka se rió y dijo que lo había olvidado por completo. Le resultaba tan lejano... Pero de la canción sí se acordaba:

And I never thought I'd feel this way

And as far as I'm concerned

I'm glad I got the chance to say

That I do believe, I love you.

La letra era banal, pero, aun así, inundó a Annabelle de melancolía. Pronto dejarían de estar juntas. Hacía ya unos cuantos años que se habían prometido una cosa: que nunca nunca jamás se separarían. ¿Cuántas chicas no se habrían prometido lo mismo?, pensó Annabelle. ¿Y cuántas habrían podido mantener su promesa?

Al llegar al estribillo cantaron a pleno pulmón:

*Keep smiling, keep shining,
Knowing you can always count on me, for sure
That's what friends are for.
For good times and bad times...*

De repente, Rebecka se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —se inquietó Annabelle—. ¿Qué haces?

—He oído algo. —Rebecka miró hacia el bosque—. ¿Tú no?

Annabelle negó con la cabeza. ¿Cómo iba a hacerlo con lo alto que cantaban? Pero Rebecka estaba segura, había oído algo en el bosque. ¿Qué coño podía ser?

Annabelle respondió que el bosque se encontraba lleno de animales. Y Rebecka dijo que ojalá, que ojalá fuera un animal.

—Pues claro, tonta. ¿Qué va a ser si no? —Annabelle le dio a Rebecka un golpe en el costado—. Te vuelves tan paranoica cuando bebes...

—¡Y tú pasas de todo! Bueno, tú sigue así, pero no me eches la culpa si algún puto loco nos ataca por la espalda.

—Tienes que dejar de ver tantas películas de terror, Becka. En serio.

Charlie estaba tumbada en la habitación que tenía de niña mirando el dibujo que hacía la madera del techo. Por aquel entonces recordaba haber visto figuras, pero ahora tan sólo veía... madera. Oyó el débil sonido de las patitas de los ratones del piso de arriba. Sus pensamientos la condujeron al desván. De pequeña solía fantasear con que los ruidos que oía en aquella casa los producía el fantasma del hombre que había vivido allí antes que ellas. Se había ahorcado en el desván. Eso se lo contó Betty una noche como un bonito cuento para dormir. Sí, claro que era triste y todo eso, pero no hay mal que por bien no venga porque, si aquel hombre se hubiera quitado la vida en otra parte, ella nunca habría podido comprar la casa. Sí, claro; como los del pueblo sabían lo ocurrido, el precio bajó. Charlie pensó en todas las tragedias que habían tenido lugar en Lyckebo después de aquello. Se imaginó que sería tremendamente difícil vender la casa. Su única esperanza estaba, sin duda, en algún comprador alemán o noruego. Con el lago, el jardín y el bosque tan cerca, no resultaría imposible.

Como no le apetecía leer ninguno de los libros que se había traído de Estocolmo, pensó en ponerse a buscar alguno entre sus libros de juventud, que los tenía en la librería. Ya estaba a punto de hacerlo cuando se acordó de los que Annabelle había sacado de la biblioteca. Todavía no los había devuelto. Se levantó a por ellos. El primero que sacó de la bolsa fue *Jane Eyre*. Lo había leído, aunque de eso hacía ya una eternidad. Quizá le viniera bien romper con esa oscura violencia que había caracterizado a su lectura en los últimos tiempos. Pero vio que aquel ejemplar no era de la biblioteca: no tenía ningún código de barras en el lomo y, además, en la primera página alguien había escrito una dedicatoria:

Espero que te guste tanto como a mí.

ROCHESTER

Charlie cogió su teléfono y llamó a Anders.

—Rochester —le soltó en cuanto él contestó.

—¿Qué has dicho?

—Annabelle lo llama Rochester. Es el apodo que empezaba con erre y que sonaba a inglés. Rochester es el hombre casado de *Jane Eyre* que inicia una relación con la niñera. El que tiene a una loca encerrada en el desván. ¿Annabelle ha hecho de canguro para alguien? ¿Se nos ha pasado que ha hecho de canguro?

—Si así fuera, a estas alturas deberíamos saberlo, ¿no? —dijo Anders—. Y, en cualquier caso, ya no hace falta que nos centremos tanto en ese posible amante. Ya sabes por qué.

—¿Svante ha confesado algo?

—Sabes que no puedo hablar del caso contigo.

—Pues lo estás haciendo. ¿Ha confesado algo?

—Nada, ni siquiera admite que haya sido una violación. Lo que en realidad sólo demuestra que es capaz de mentir. Pero es difícil pillarlo. Y, según sus amigos, estuvo en Valls toda la noche, hasta el amanecer.

—Unos amigos que no se atreven a decir otra cosa... —apuntó Charlie.

—Exacto. Estamos intentando buscar una fisura en su historia, aunque lo cierto es que sin más pruebas, sin un cadáver y sin ni siquiera un móvil es bastante difícil.

—Ya, pero comprueba si Annabelle ha hecho de canguro alguna vez —le pidió Charlie—. Hazlo. Habla con el pastor. Con todos los hombres del entorno de Annabelle que tienen niños.

—Charlie —dijo Anders—: agradezco tu ayuda, pero la idea es que te mantengas apartada de la investigación, que descanses y que...

—Mira, no puedo dejar de pensar en esto de la noche a la mañana. —Charlie tosió y sintió que estaba al borde del llanto, pero no quiso que Anders supiera lo triste que se encontraba—. Me necesitáis —musitó—. Ya descansaré cuando la encontréis.

—No. Tienes que obedecer a Challe.

Charlie se serenó y contestó que eso era, precisamente, lo que estaba haciendo.

Dejó que las silenciosas lágrimas cayeran sobre su camiseta.

—Quizá te hayas involucrado en esto de una manera demasiado personal —le comentó Anders—. Quizá te resulte difícil mantenerte al margen teniendo en cuenta que... Bueno, que te has criado aquí.

Quizá sea ésa mi baza, quiso responderle Charlie, pero sabía que se le quebraría la voz en cuanto lo hiciera.

—Creo que... —continuó Anders, pero Charlie ya no escuchó lo que él creía porque, antes de que a él le diera tiempo a seguir, ella colgó.

Los rayos de sol y el canto de los pájaros despertaron a Charlie a las cinco de la mañana. Estaba sudando a pesar de haberse quitado el edredón, a patadas, en algún momento de la noche. Había soñado con Annabelle: las dos caminando juntas por un camino de grava que había detrás de la vieja tienda. Las dos en silencio y cogidas de la mano. Y de pronto alguien las llamó. Cuando se dieron la vuelta, Charlie vio a una pequeña niña descalza y con un camisón blanco. Se les acercaba con pasos apresurados y parecía envejecer a cada metro que avanzaba. Primero era una chica joven, luego una mujer de mediana edad, y cuando llegó frente a ellas ya se había transformado en una esquelética vieja de pelo blanco. Aun así, no cabía duda de que se trataba de Betty.

«Nunca serás una bailarina, Charline —le dijo con una sonrisa—. Cualquier cosa menos una bailarina, cariño».

Luego, Betty cogió la muñeca de Annabelle y echó a andar.

«Tengo un jardín lleno de cerezas —la oyó decir Charlie—. Es casi como el paraíso. Tuve la oportunidad de comprar la casa muy barata. No hay mal que por bien no venga, como se suele decir».

Charlie no pudo ni gritar ni correr tras ellas. Todo lo que consiguió hacer fue quedarse quieta y ver cómo Betty y Annabelle desaparecían en el horizonte.

En el sueño, Charlie había estado muy cerca de algo. Intentó dormirse de nuevo, pero le resultó imposible. Se levantó a las siete y se echó un gran vaso de agua de la garrafa que Susanne le había traído. El sol ya calentaba. Un día más de abrasante calor.

Se mantendría al margen de la investigación; se lo había prometido a sí misma tras hablar con Anders el día anterior. Había provocado a Challe lo suficiente y debería concentrar todos sus esfuerzos en demostrarle que

obedecía sus órdenes y que no era psíquicamente inestable. Pero en ese preciso instante comprendió que le resultaría imposible; imposible dejar por completo la investigación. Annabelle seguía desaparecida y Charlie era una de las personas que habían venido para encontrarla; y esa metedura de pata con el periodista... no tenía por qué impedirle dar con la chica. Estaba cada vez más segura de que no le había mencionado nada sobre el vídeo. ¿Por qué iba a hacerlo? Es cierto que podía cometer muchas tonterías cuando se emborrachaba, pero jamás compartiría información clasificada de una investigación en curso. No lo haría nunca, se conocía lo suficiente como para estar convencida de ello. Terminó de tomarse el café y entró a por *Jane Eyre*. Creyó que a nadie le importaría que se lo devolviera a los padres de Annabelle.

La Monark roja de Betty continuaba bajo el pequeño tejado voladizo de la leñera. La bomba se hallaba sujeta a la barra del cuadro. Charlie infló los neumáticos y comprobó que el freno funcionaba.

A pesar de que casi todo el camino que había hasta la casa de Nora y Fredrik era cuesta abajo, llegó con la espalda empapada en sudor. Apoyó la bici en la valla y echó a andar hacia la casa. La cortacésped se hallaba en el mismo sitio.

Fue Fredrik quien abrió la puerta.

—¿Ha sucedido algo? —se extrañó.

Charlie dijo que no.

—¿Qué quiere? —inquirió Nora, que, de repente, apareció detrás de su marido—. ¿Qué pasa ahora?

—Tan sólo quiero hacerles unas preguntas sobre un libro. No ha sucedido nada importante.

—¿Podemos fiarnos de eso? —Nora la miró con unos ojos llenos de desconfianza—. Con todo lo que ha aparecido en los periódicos... Pero, claro, supongo que usted tampoco tendrá nada que decir sobre ese vídeo, ¿verdad?

—No hay que creerse todo lo que publican los periódicos.

—Y, entonces, ¿a quién hay que creer? ¿Por qué no nos dicen nada?

—Yo estoy de baja —repuso Charlie—. Ya no trabajo en el caso.

—¿Y qué hace aquí? —Nora le lanzó una mirada vacía—. ¿Por qué viene ahora mareando con lo del libro?

—Sólo quería devolvérselo. —Charlie le dio *Jane Eyre* a Nora—. Nos pidió que devolviéramos los libros a la biblioteca —comentó dirigiéndose a Fredrik—, pero éste debe de ser de Annabelle. He pensado que tal vez sepan quién se lo regaló. Hay una dedicatoria.

Al dárselo, Nora se quedó en silencio mirando fijamente a Charlie.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Charlie.

—¿De dónde ha sacado eso? —Nora señaló la piedrecita roja del colgante que Charlie llevaba en la muñeca.

—¿Esto? Era de mi madre.

—¿Y quién es su madre?

¿Por qué?, quiso preguntarle Charlie. No tenía ganas de contarle a Nora nada de su vida. Aun así, le dijo la verdad: que era la hija de Betty Lager.

Nora siguió mirándola fijamente.

—¿Pasa algo?

—Vete —le pidió Nora—. Vete de aquí.

—Creo que es mejor que se vaya —dijo Fredrik.

—Pero...

Charlie no alcanzó a decir mucho más, porque Nora dio un paso al frente y le propinó un empujón en el pecho.

—¿Qué haces, Nora? —Fredrik la cogió de los hombros.

—¡Quiero que se vaya de aquí! —exclamó ella apuntando a Charlie con el dedo.

—Pero ¿qué te pasa? —Fredrik intentó apaciguar los violentos aspavientos de su mujer.

—¡Vete! —gritó Nora—. ¡Vete de aquí, Charline!

Allí y entonces

Todo empieza con la gata que maúlla fuertemente. El espíritu dice: «Cállala para siempre».

—Eso sólo puede interpretarse de una manera —comenta Rosa toda seria. Y, acto seguido, salen a buscarla.

No es difícil dar con esa ruidosa gata atigrada. Rosa se pone en cuclillas y la llama. El animal se acerca inmediatamente y se frota contra las piernas de Rosa, quien la coge en brazos y se la lleva a la parte posterior de la casa, hasta un barril lleno de agua en el que desagua un canalón.

—Ahora sólo tienes que cogerla y sujetarla con fuerza —le dice Rosa a Alice antes de pasarle la gata, que no cesa de maullar—. Métela en el agua.

Alice niega con la cabeza. No puede hacerlo; con un animal inocente no.

Pero Rosa responde que lo importante no es la gata, sino obedecer al espíritu, y que, si no lo hace, seguro que les sucederá algo terrible. Y ella no querrá eso, ¿verdad?

Y entonces Alice quiere contestarle que no cree en los espíritus y que, diga lo que diga, no piensa ahogar a la gata. Sin embargo, sumerge al animal, que se defiende con arañazos y bufidos, y lo mantiene un buen rato bajo el agua. Alice puede ver cómo sus aterrados y amarillos ojos la miran desde dentro del agua.

No puede. No puede hacerlo. La gata se esfuerza en respirar cuando la saca. Se la ve tan pequeña e indefensa con ese pelaje mojado pegado al cuerpo... Pero ya no araña, ya no lucha. Sólo respira espasmódicamente con los ojos cerrados.

—No puedo —susurra Alice.

—Entonces tendré que hacerlo yo —le espeta Rosa para, acto seguido, arrebatarla.

La gata sigue sin oponer resistencia, cuelga de sus manos como si fuera un trapo mojado. Pero deja escapar un débil maullido antes de que Rosa vuelva a sumergirla en el agua.

Alice se da la vuelta y se tapa los oídos. Es como si no pudiera respirar. Es como si fuera ella la que se ahoga.

Después entierran al animal en el pastizal de los Larsson. Las vacas las observan con grandes ojos cuando se aproximan con el mojado bulto.

—No estés triste, Alice —le dice Rosa—. Ya sabes que la muerte por ahogo es la más dulce. No tienes más que preguntarle a tu padre. Todos los marineros saben que ésa es la mejor manera de morir. Pero la próxima vez... —le advierte Rosa mientras se alejan de la tumba—, la próxima vez no me falles. Sabes que yo haría cualquier cosa por ti, lo que sea. Lo sabes, ¿no?

Y Alice asiente con la cabeza. Lo sabe.

—Porque si vuelves a fallarme, no podremos ser amigas —continúa explicándole Rosa mientras se limpia las manos, llenas de tierra, restregándolas contra la seca hierba—. La gente tiene que hacer cualquier cosa por sus amigos. Que no se te olvide quién fue la que te salvó.

Unas semanas más tarde, la madre de Alice cuenta que la vecina ha encontrado a cuatro gatitos abandonados con el mismo dibujo en el pelaje que esa gata atigrada que solía maullar tanto. Recién nacidos, dice, porque sus ojos aún permanecían cerrados. Seguramente habrían atropellado a la madre en la carretera o algo así, porque no es normal que una gata abandone a sus crías.

Esa noche, Alice no puede dormir. Piensa en los gatitos abandonados cuyos ojos no se abrirán jamás, piensa en los pequeños cuerpos pegajosos, los oye gemir de hambre, ve cómo sus bocas buscan en vano algo de lo que mamar.

Alice no quiere contactar con los espíritus nunca más. Se lo dice a Rosa.

¿Por qué?

Por lo del diablo. ¿Cómo pueden saber que no es el diablo con quien contactan?

Y Rosa contesta que esas cosas se saben. Y que si ella fuera Alice, obedecería al espíritu. Porque piensa que quizá sea la desobediencia de Alice la que hace que su madre no mejore de su enfermedad.

Algún tiempo después, un joven policía fijará su mirada en los ojos de Alice y le preguntará si cree en los espíritus. «¿Crees en los espíritus, Alice?».

Y Alice baja la mirada y dice que ya no cree en nada.

A Charlie le temblaban las manos cuando se montó en la bicicleta. ¿Qué le había sucedido a Nora? ¿Por qué había reaccionado de esa manera al ver el colgante y enterarse de que era la hija de Betty? Charline, así la había llamado. Tan sólo Betty y su profesor de primaria la llamaban así. «Me habrá conocido de pequeña —pensó Charlie—. Será alguien del pasado a quien yo no recuerdo. Pero ¿qué cuenta tenía pendiente con Betty?». A juzgar por su reacción, no se trataba de ninguna tontería. Eso era evidente.

Debía hablar con alguna persona que conociera el pueblo. Se detuvo y buscó el número de Susanne en el teléfono. Diez minutos más tarde entró con la bici en el jardín de su casa. Todos los chicos estaban allí —le había advertido Susanne— e Isak había salido a correr, de modo que no las dejarían en paz ni un instante. Charlie oyó sus ruidosas voces mucho antes de llegar a la entrada principal.

Como nadie salió a abrirle cuando llamó a la puerta, se atrevió a entrar. El perro acudió a su encuentro. Lo acarició durante un rato esperando a que alguien viniera, pero, viendo que eso no ocurría, se quitó los zapatos y se dirigió a la cocina. Susanne se encontraba delante del fregadero con la frente apoyada en el armario de arriba. No se dio la vuelta hasta que Charlie estuvo casi a su lado.

—No te he oído —comentó—. Bueno, ya ves; no voy a llevarme precisamente el premio a la mejor madre del año —continuó diciendo mientras se sacaba unos tapones amarillos de los oídos—. Son para poder sobrevivir. Ya has visto el jaleo que hay. Menuda diferencia a cuando nosotras éramos niñas; entonces necesitábamos tapones para aguantar el ruido de los mayores. ¿Has desayunado?

—No.

—Pues venga, ¿desayunas con nosotros? Aún no nos ha dado tiempo a hacerlo.

Charlie asintió.

—Podemos comer algo antes de llamar a esa tropa de ahí arriba —dijo Susanne.

—Acabo de pasar por casa de Nora y Fredrik —le comunicó Charlie cuando se sentaron a la mesa.

—¿Qué has ido a hacer allí? Creía que estabas apartada del caso.

—Sólo quería devolverles una cosa. Pero Nora me ha echado de casa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ha sido al decirle quién era yo y quién era mi madre. Se ha vuelto loca.

—Esa mujer tiene fama de loca.

—No entiendo por qué se ha alterado tanto al enterarse de que yo era la hija de Betty. No recuerdo si ella y Betty se conocían.

—Bueno, Nora ha vivido siempre aquí, o al menos desde que tú y yo nacimos, pero nunca estuvo en las fiestas de Lyckebo; nos acordaríamos. Aunque es posible que su marido sí; ya sabes cómo solían agolparse los hombres en torno a tu madre.

—¿Y es normal que eso la ponga tan furiosa todavía? ¿Y que además se enfade conmigo?

—Quizá no esté en su mejor momento.

Los chicos bajaron. Al instante ya había leche derramada y tostadas estampadas contra el suelo por el lado de la mantequilla. El segundo en edad, Nils, les echó una bronca a sus hermanos pequeños.

—¿Dónde está el mayor? —preguntó Charlie.

—¿Melker? Supongo que arriba —contestó Susanne—. Ya ha desayunado. Tiene algo de lobo solitario.

—Señora policía —dijo Nils de repente—, ¿puedo enseñarte mi nueva habitación?

Charlie miró a Susanne.

—¿Te parece bien?

Susanne asintió. Mejor que subiera a verla sin demora, porque si no, el niño les daría tanto la lata que les taladraría la cabeza.

Charlie siguió a Nils por la escalera hasta la planta superior.

Llegaron a un amplio distribuidor. Charlie constató que los montones de ropa habían crecido desde la última vez. Nils le enseñó primero la habitación de sus hermanos pequeños, luego el dormitorio conyugal y, a continuación, el cuarto de trabajo de su padre. Charlie no pudo evitar echarle un vistazo. Las paredes estaban cubiertas de librerías, desde el suelo hasta el techo, repletas de libros.

—A papá le encantan los libros.

Charlie se volvió hacia el hermano mayor, ni siquiera lo había oído acercarse.

—Le gustan más los libros que las películas —continuó comentando el chico mientras señalaba las estanterías.

—Tú debes de ser Melker —dijo Charlie para, acto seguido, tenderle la mano.

Melker se quedó observándola sin hacerle mucho caso a la mano. Sí, era Melker. Y era igual que su padre: prefería los libros a las películas.

—Yo también —añadió Charlie.

Melker la miró de arriba abajo como si no creyera que pudiera ser verdad que existiera otra persona así en el mundo.

—A mi madre no le gusta leer —le explicó Nils—. Dice que papá no necesita este cuarto, que hay que dárselo a uno de los gemelos antes de que se maten.

—Este cuarto se quedará como está —zanjó Melker lanzándole una airada mirada a su hermano menor.

—Ven —indicó Nils—. Te enseñaré mi cuarto.

Nils tenía la misma habitación que Susanne había ocupado de niña. Entonces el papel de las paredes estaba lleno de arañazos de gatos y el suelo cubierto con un linóleo *beige*; ahora el papel era nuevo y se encontraba en perfecto estado, mientras que el linóleo había desaparecido y nada cubría el suelo de madera.

Charlie se sentó en la cama. La colcha era de la misma tela que las cortinas de la ventana, con dibujos de pájaros raros y de distintos colores. Por lo que respecta a cosas y colores, los niños no eran precisamente unos minimalistas; eso quedaba bien claro.

—Bonita, ¿no?

—Muy bonita. Unos pájaros preciosos.

—No son pájaros. Son los *angry birds*.

—¿Ah, sí? —dijo Charlie.

—*Birds* significa «pájaros», so tonto —intervino Melker, que acababa de entrar en la habitación—. *Angry birds* significa «pájaros enfadados».

—¡Fuera de mi habitación! —le soltó Nils.

—Ya estoy fuera —respondió Melker. Había salido de ella y se mecía en el umbral de la puerta.

Nils decidió ignorarlo y dirigirse a Charlie:

—Estás aquí por lo de la chica, ¿verdad? —quiso saber—. Para encontrar a Annabelle.

Charlie asintió.

—Si no la encuentras, papá se pondrá muy triste.

—Claro, como iba al colegio de papá... —terció Melker desde la puerta —. Claro que se pondrá triste.

—Es que era su amiga también. Era amiga de papá.

—¡No! ¡No era amiga de papá! —protestó Melker.

Charlie se levantó, se acercó a la puerta y, sin pronunciar palabra, se la cerró en las mismísimas narices.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Estás diciendo que Annabelle y tu padre eran amigos?

Nils asintió con la cabeza.

—Sí, pero prometimos no decírselo a nadie. Estuvo aquí una vez que mamá fue a Gotemburgo con los gemelos a ver a una amiga. Fue en mitad de la noche, pero yo tuve una pesadilla y me desperté.

—¿Se lo has contado a tu madre?

—No, porque Melker dice que si lo hago, no nos comprarán ningún perro. Papá ha prometido regalarnos un cachorro.

—Pues has hecho muy bien contándomelo a mí.

—No le vas a decir nada a mamá, ¿verdad? —El niño la miró preocupado.

—Quizá tenga que decírselo a tu madre —respondió Charlie—, pero nadie se va a enfadar contigo, Nils. Has hecho exactamente lo que debías hacer.

Al bajar la escalera tuvo que detenerse a medio camino para recuperar el aliento y no mostrarse demasiado alterada. «Isak Sander —pensó—. El amante».

Fredrik estaba inclinado sobre la encimera de la cocina mirando hacia el camino. ¿Cuántas horas habría pasado así? En algunas ocasiones, especialmente después de haber tomado una de las pastillas de Nora, le parecía ver a Annabelle abriendo la verja y echando a correr hacia la casa. Ayer la vio con el vestido blanco que se puso al terminar noveno, el que eligieron entre los dos para el acto de graduación. Al principio se asustó de que esas ilusiones fueran capaces de producir en su cerebro unas imágenes tan nítidas. ¿Se estaría volviendo igual de loco que su mujer?

No podía dejar de pensar en lo que había leído sobre ese supuesto vídeo. «El vídeo del abuso de Annabelle». Había llamado a Olof en cuanto se enteró para preguntarle qué coño estaba pasando y por qué le ocultaban algo así. Pero Olof sólo le contestó, con la más absoluta tranquilidad, que hacían lo que podían, que debían callarse ciertas cosas, que era por el bien de la investigación... De nada sirvió que Fredrik le gritara que quería saber lo que se veía exactamente en el vídeo y quién había abusado de su hija. ¿Se trataba de Svante Linder? Olof no hizo más que continuar lamentando no poder decirle nada por el bien de la investigación. Y en cuanto a Svante Linder..., lo único que Olof podía contarle era que se hallaba en prisión preventiva. Luego, Olof le aconsejó que no leyera los periódicos, que no pretendían más que vender ejemplares y conseguir visitas en internet, que lo distorsionaban y tergiversaban todo. Olof le había pedido que intentara centrarse en alguna otra cosa. Como si eso fuera posible...

Fredrik pensó de nuevo en el encuentro que tuvo esa noche con Svante Linder. ¿Podía una persona ser tan fría como para dejar que un padre buscara por toda la casa a una hija que él mismo había...? Bueno, ¿qué era realmente lo que había hecho? ¿Era ese chico de tan mala reputación capaz de...? A Fredrik le faltaron fuerzas para llevar su razonamiento hasta el final.

Nora enfureció cuando se enteró de lo del vídeo y de que habían arrestado a Svante Linder. Golpeó y arañó a Fredrik cuando le impidió que cogiera el

coche para ir a la comisaría. Si ella seguía así —pensó mientras se pasaba la mano por el brazo donde tenía un arañazo—, si ella seguía así, no tardaría en verse obligado a ingresarla nuevamente en esa clínica, lo que en cierta manera sería un alivio, porque, tal y como estaban las cosas, gran parte de sus energías las destinaba a cuidar a Nora, a asegurarse de que comía y dormía, y a vigilarla por si... si intentaba quitarse la vida. El pastor le había aconsejado que no la dejara sola.

Fredrik pensó en el arrebato de ira que sufrió esa misma mañana cuando atacó a esa policía. ¿Por qué la difunta madre de la agente había provocado una rabia tan grande en Nora? Betty Lager... Fredrik se acordaba de aquella pobre mujer alcoholizada. Él nunca había asistido a ninguna de las tristemente célebres fiestas de Lyckebo, pero, según tenía entendido, eran de lo más salvaje. No recordaba que Nora hubiera dicho nada negativo sobre Betty Lager con anterioridad. ¿O lo había hecho?

Fuera como fuese, ahora Nora dormía en el sofá del salón respirando breve e intermitentemente. Fredrik pasó ante ella con absoluto sigilo y subió a la planta superior. Buscó la cámara de vídeo y la caja con las cintas y se dirigió a la habitación de Annabelle. Era el lugar de la casa donde más notaba su presencia, donde todavía podía pensar que pronto estaría de vuelta. Se sentó sobre la blanca colcha de su cama y puso en marcha el vídeo.

La amplia sonrisa sin dientes de Annabelle, la lengua que se asoma por entre las mellas... Acaba de perder cuatro dientes de arriba y otros cuatro de abajo y no puede pronunciar la ese.

Intenta reírse. De la risa que le da, la cámara tiembla.

—¿Y dónde está el diente que se te cayó ayer?

—En el escondite secreto —susurra Annabelle mientras señala con el dedo la puerta que hay en la pared, bajo el techo abuhardillado—, lo guardé en el escondite secreto. ¿Crees que el hada de los dientes lo encontrará?

Fredrik detuvo la película y miró hacia el armario más grande de Annabelle. En realidad, no era un armario, sino un pasadizo que conducía al dormitorio conyugal. Se acordó entonces del escondite que encontraron cuando Annabelle era pequeña. Estaban jugando a construir una cabaña y descubrieron, por casualidad, una tabla suelta en la pared. Por detrás de ella había un hueco donde esconder cosas. Annabelle lo llamaba «el escondite secreto». Cuando la policía le preguntó por diarios, cartas o notas no se le ocurrió pensar en ese sitio. ¿Cómo se le había podido olvidar?

Entró en el armario y se agachó bajo el techo abuhardillado mientras buscaba la tabla suelta. Si Annabelle tenía un diario, era muy probable que se

encontrara allí. Palpó a tientas el hueco. Sí, en efecto; allí había algo. Sacó un cuaderno cuyo interior contenía unos recortes de periódico. Desdobló una de las amarillentas hojas y pudo leer: «Niñas de trece años envueltas en el asesinato de un niño de dos años». Le echó un vistazo al texto. Se acordaba del caso; aún era un adolescente cuando ocurrió. Recordaba que todas las personas de su entorno hablaron de lo terrible que fue. Pero ¿qué hacían unos recortes de periódico de hacía casi cuarenta años en el armario de Annabelle? No se encontraban allí cuando dejó el dinero del hada de los dientes, de eso estaba seguro.

—¿Qué estás haciendo?

Fredrik se sobresaltó cuando vio aparecer la cara de Nora en la puerta. Se apresuró a meter el cuaderno con los recortes en el escondite.

—No sé —dijo—. Pensé... Es que me encuentro fatal.

—¿Y meterte en su armario te ayuda?

Cuando Charlie se marchó con su bici de la casa de Susanne, llamó a Anders.

—Comprueba la coartada de Isak Sander —le soltó.

Soplaba tanto viento que Anders no pudo oír lo que le había dicho, así que Charlie se vio obligada a detenerse y repetírselo.

—Ya lo hemos hecho —respondió Anders—. Tiene coartada para esa noche y...

—Isak Sander tenía una relación con Annabelle —le anunció Charlie—. Él es nuestro Rochester.

—¿Y cómo lo sabes?

—Me lo acaba de decir su hijo.

—¿Su hijo?

—Sí, he estado en casa de Susanne, y su hijo me ha contado que Annabelle y su padre eran amigos.

—Creía que la idea era que te mantuvieras alejada de la investigación.

—¡Vale, joder! Pero ¿también tengo que mantenerme alejada de mis amigas?

—Perdón —pidió Anders—. No quería decir eso... Volveremos a comprobarla.

—Entérate también de si tiene un móvil con tarjeta prepago.

—Por supuesto —contestó Anders—. Y oye, Charlie... —continuó diciendo.

—¿Qué?

—Gracias.

Charlie pensó en lo extrañada que se había quedado Susanne cuando, de buenas a primeras, le dijo que debía marcharse. «¿Ha pasado algo?», preguntó. A lo que Charlie respondió que nada en especial. Le quedó muy claro que Susanne no la creía, pero no podía contarle la verdad con todos los

niños en casa. ¿Y Susanne?, pensó Charlie. ¿Qué sabía realmente de su marido?

Esa noche

Oyeron la música mucho antes de ver cómo la vieja tienda iba asomando sobre la colina por encima del puente.

—¡Vaya bajo! —exclamó Rebecka—. Te entran ganas de bailar.

—¿Cómo estoy? —preguntó Annabelle.

—Tan perfecta como siempre. ¿Y yo?

Annabelle examinó la cara de Rebecka, le pidió que alzara la mirada y se echó saliva en el dedo para quitarle un poco de rímel que le había manchado la mejilla.

—Ahora sí, ya estás guapa para tu amante.

—No lo llames así —se incomodó Rebecka—. Sólo es... Sólo es William.

—¿Cuánto tiempo hace que te pone?

Rebecka negó con la cabeza. No le ponía más que otros.

—Pero ¿querías tirártelo cuando yo salía con él?

—Déjalo. ¿Qué coño te pasa?

Annabelle no supo qué contestar. En realidad, le daba igual, pero de repente sintió que le importaba.

—Que sepas una cosa, Bella —le dijo Rebecka—: William jamás me elegiría a mí antes que a ti. Pero me imagino que eso ya lo sabes. Y no entiendo adónde quieres ir a parar con esos comentarios. A veces parece que se te olvida que somos amigas. —Se echó a andar.

—¡Una amiga no se tira al novio de su amiga! —le gritó Annabelle.

Rebecka se paró y se dio la vuelta:

—¡Ya no es tu novio! ¡No puedes volver con él sólo porque el otro te haya dejado!

—Mira: para empezar, lo que tú deberías haber hecho es no liarte con William —repuso Annabelle—. Eso no está bien. Pero ¿qué haces? —continuó diciendo cuando Rebecka se agachó y se puso a remover la grava de la cuneta con las manos.

—Quien sea inocente que tire la primera piedra —sentenció Rebecka para, acto seguido, lanzar un puñado de grava al frente.

Annabelle estalló en carcajadas, lo que enfadó aún más a Rebecka.

—¡Joder! ¿Por qué coño te echas siempre a reír cuando me cabreo contigo? ¡Con lo seria que tú eres! ¿Qué te pasa, Annabelle Roos?

Charlie vio a la gata sentada en la escalera de la casa, como si estuviera esperándola. Cuando abrió la puerta, el animal entró con ella. Le puso un plato de leche y se recordó a sí misma que tenía que comprar comida para gatos y arreglar lo de la desparasitación. Ella también debería intentar comer algo, pero era como si todo su cuerpo se hubiera negado a funcionar. No sentía hambre, tan sólo una insistente desazón provocada por lo que había descubierto esa mañana: el marido de Susanne había tenido una relación con Annabelle. ¿Susanne lo sabía? ¿Habría sido capaz de callarse una cosa así? Charlie pensó en lo cabreada que estaba la mujer de Hugo cuando la llamó. Los celos y la traición podían desequilibrar a las personas más sensatas.

Se sentó un rato con la gata en el regazo. El animal tenía una garrapata grande y llena de sangre detrás de la oreja lesionada, y, desamparado, se quedó mirando tristemente a Charlie cuando ésta se la quitó. Era como si le dijera: «¿Tampoco puedo confiar en ti? ¿Tú también vas a hacerme daño?». Charlie puso la garrapata en la mesa y sintió la familiar satisfacción de comprobar que había salido entera, con su cabeza y sus negras patitas. Empezó a buscar más detenidamente. Había garrapatas de distintos tamaños por doquier. Charlie fue alternando su extracción con caricias en la barbilla y en la barriga de la gata, que parecía empezar a entender que las intenciones de Charlie eran buenas. Pensó en cómo Betty solía pegarles fuego a las garrapatas. Y en lo poco que importaba que Charlie dijera que aquello era terrible, que aquello era maltrato de animales; Betty no podía evitar sentirse encantada cuando los bichitos reventaban y se convertían en un pequeño charco de sangre.

Una vez extraídas todas las garrapatas, acudió de nuevo a su mente Isak Sander. Cogió el teléfono y buscó su nombre en Google. Tenía mejor aspecto que en la vida real, constató al ver una fotografía de él en la pantalla. Pero no dio con nada significativo: allí aparecía su dirección y su profesión, al tiempo que se informaba también del día de su santo. Pudo leer, asimismo, una breve

entrevista sobre buenos libros para jóvenes que le había hecho el periódico local. Isak Sander, bibliotecario, padre de cuatro hijos y marido de Susanne. Además de un completo cabrón, infiel y poco fiable.

En un intento de distraer sus pensamientos, se ató dos trapos de cocina en las rodillas y se encaminó al cobertizo en busca del cubo que tenía los útiles de jardinería de Betty. Siempre con esa gata de enmarañado pelaje pisándole los talones. La pequeña pala y el rastrillo estaban tan oxidados que los mangos le dejaron rojas las palmas de las manos. Pasó un buen rato arrodillada en el suelo trabajando afanosamente, cavando y arrancando hierbajos, cardos y dientes de león. Al cabo de algo más de una hora, apenas había conseguido dejar limpias siete pequeñas baldosas. Charlie suspiró y soltó la pala. Aquello no servía de nada.

Cuando entró en casa para lavarse, sonó el teléfono. Era Susanne, quien entre maldiciones y sollozos consiguió decirle que la policía había ido a buscar a Isak. No, no se lo habían llevado a la fuerza, sólo le habían dicho que querían hablar con él en privado.

—¿Dónde están los niños? —fue lo único que se le ocurrió decir a Charlie.

—Ha venido mi madre a buscarlos. Ahora mismo no puedo ocuparme ni de mí misma.

—Voy para allá —le anunció Charlie—. No tardo nada.

—¡Isak es un cerdo! —exclamó Susanne. Se encontraba sentada en el sofá bebiendo de una botella que contenía un extraño y verdoso mejunje. El perro salchicha estaba tumbado junto a ella y de vez en cuando miraba a su ama cuando la voz de ésta se volvía estridente—. Pero quiero que sepas una cosa, Charlie: que, aunque ahora mismo desee que se pudra en el infierno, no es de los que van raptando jóvenes por ahí. Espero que lo entiendas.

Charlie asintió, aunque no lo entendía del todo. ¿Cómo iba a entenderlo? No conocía a Isak; y, además, cuando una persona estaba sometida a mucha presión, cuando se veía amenazada, podía experimentar los más desagradables cambios de personalidad.

—¿Tú lo sabías? —inquirió Charlie—. ¿Sabías que se veían?

Susanne asintió con la cabeza. Lo sabía.

Entonces, ¿por qué no se lo había comentado a la policía?

Sí, ¿por qué? Quizá porque no deseaba que el padre de los chicos, y todos los miembros de la familia, se vieran vilipendiados ante el maldito pueblo.

—Pero Annabelle ha desaparecido —arguyó Charlie, y quiso continuar haciendo referencia a que la Susanne que ella conocía jamás habría ocultado esa información para salvarse, pero Susanne ya estaba lo suficientemente alterada.

—Supongo que lo creí cuando me juró que no tenía nada que ver con su desaparición.

—¿Estuvo Isak en casa esa noche? —le preguntó Charlie.

—Sí, creo que sí.

—¿Crees?

—Me había tomado dos Imovanes —dijo Susanne—. Dos Imovanes y un analgésico. ¿Cómo diablos iba a saber si estuvo en casa o no?

—Entonces ¿pudo haber salido?

—En teoría, sí.

—¿Y en la práctica?

—Sí, en la teoría y en la práctica, pero él no le ha hecho nada.

—¿Ya le has contado todo lo que sabes a la policía?

Susanne asintió. Ya se lo había dicho todo. Pero estaba segura, completamente segura, de que Isak no le había hecho nada a Annabelle.

—A veces —explicó Charlie— uno cree que conoce a alguien, y luego resulta que... las personas no son siempre lo que creemos que son.

—Como si yo no lo supiera —respondió Susanne antes de apurar el vaso—. Pero Isak..., Isak no podría... Joder, si fuera un tipo violento, haría ya mucho tiempo que le habría pegado a alguno de los chicos. Tú no sabes hasta qué punto pueden sacarte de quicio con sus gritos y peleas. Isak es un puto salido, un mentiroso, un tío con una crisis vital, pero créeme: es incapaz de hacerle daño a nadie... Al menos físicamente.

Permanecieron calladas un buen rato. Susanne le pasó la botella. Cuando Charlie le dio a entender que no con la cabeza, ella suspiró, se llenó el vaso y se tomó tres grandes tragos.

Charlie se armó de valor y le formuló la incómoda pregunta:

—¿Conoces a Annabelle?

—Sí, ya te he dicho que a veces va por el motel.

—¿Y la viste esa noche?

—¿Qué noche?

—Joder, la noche que desapareció. ¿Qué noche va a ser?

—No —respondió Susanne—. Esa noche no. Pero antes sí, por la tarde.

Esa noche

Rebecka desapareció camino adelante. Annabelle pensó en regresar a casa. ¿Qué pintaba en una fiesta en la que casi todo el mundo estaba cabreado con ella? ¡Hasta Jonas! Jonas le había dicho que la había visto con alguien en la isla de Gullö y le había preguntado quién era. Y ella, naturalmente, negó haber estado allí. Entonces, Jonas se mosqueó y le dijo que la próxima vez que quisiera que la llevara a algún sitio que se lo pidiera a otro. Que él ya estaba harto.

Después pensó en William. Él estaba igual de decepcionado con ella que Jonas. O más. Y luego en Becka: seguramente pasaría la noche con William. Annabelle tendría que lidiar con un Svante Linder que no la dejaría en paz, y si alguien podía ponerla de mal humor ése era, sin duda, Svante. ¿Para qué molestarse en ir a la fiesta?

Pero ¿qué haría en casa?

Lo único que quería era verlo a Él. ¿Qué pasaría si fuera a su casa y llamara a la puerta? No, no había que empeorar las cosas. Además, ignoraba lo que su mujer sería capaz de hacer. Lo que ésta le había dicho antes, cuando se la encontró, se le antojó algo más que simples amenazas.

Sentada en la escalera que accedía a la vieja tienda, una chica de unos trece o catorce años, que le sonaba del colegio, fumaba un porro.

—Deberías marcharte a casa —le soltó Annabelle—. No deberías estar aquí.

La chica se rió y le respondió que eso no era asunto suyo. Y que si tan peligroso era aquello, ¿qué coño hacía ella allí?

—Yo soy mayor —contestó Annabelle.

—Unos pocos años no cambian nada, Bella.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿Y por qué no iba a saberlo? En este pueblo todos sabemos el nombre de todos.

—No, todos no —precisó Annabelle, porque ella no sabía el nombre de esa chica, a pesar de haberla visto con anterioridad.

—Me llamo Sara. Estoy aquí sólo porque... porque quiero ver a Svante.

—A los niños no les vende nada.

—A mí suele dármelo gratis —respondió Sara con una desafiante mirada.

Annabelle abrió la boca para dejarle claro que Svante nunca regalaba nada, pero luego pensó que era innecesario.

—Vete a casa —le dijo—; y aléjate de Svante.

El vestíbulo estaba lleno de zapatos. A Annabelle le resultó de lo más extraño que las mismas personas que pintaban en las paredes, hacían cortes en los muebles con cuchillos y vomitaban por toda la casa tuvieran la deferencia de quitarse los zapatos antes de subir la escalera. Se dio cuenta de que necesitaba beber más. Si ésa iba a ser una buena fiesta, necesitaba beber mucho más.

Mientras iba subiendo comprendió que Svante Linder ya estaba allí, porque la extraña música que sonaba era, sin lugar a dudas, elección suya:

*Yo sólo quiero el deseo de la carne sentir,
oírte gemir,
penetrarte al menos un par de metros.
Tú estás mojada...
Yo soy joven y estoy cachondo.*

Cuando Charlie volvió de casa de Susanne bajó directamente al lago. No llevaba bañador, pero qué más daba, se dijo cuando se quitó la ropa y se metió en el agua.

No se bañaba en el Skagern desde el día en el que Mattias se ahogó, porque siempre tuvo la impresión de que su hinchado cadáver saldría a flote y aparecería a su lado mientras nadaba, pero ahora... ahora sabía que eso no sucedería jamás. Pensó que le vendría bien nadar un poco para refrescarse y ordenar sus pensamientos.

La temperatura del agua era ideal. Se adentró en ella caminando unos metros y, a continuación, empezó a nadar. Quizá debería haberse quedado más tiempo con Susanne, pero lo cierto era que ya no aguantaba más. Llevaba horas escuchándola hablar del MMS que Annabelle le había enviado a Isak al móvil, horas escuchándola hablar del pánico que sintió al ver el resultado de la prueba de embarazo. Susanne se había cabreado tanto que había destrozado el teléfono a pisotones. Después había cogido el coche para ir a casa de Annabelle a hablar con ella. Por poco la atropella en el camino de grava que conduce a su casa. Había detenido el coche y le había gritado un montón de cosas repugnantes. Luego se arrepintió. Porque en realidad no era con la pobre chica con quien estaba furiosa, sino con Isak. Esa noche se enfrentó a él y le pidió explicaciones. Y entonces estalló la guerra: lo mandó a la mierda y le gritó que todo se había acabado entre ellos, que se largara de allí. Pero los chicos se despertaron y se entristecieron mucho, de modo que Isak pudo quedarse. Luego, ella se tomó unos somníferos y se acostó.

Y cuando se enteraron de que Annabelle había desaparecido... Bueno, fue como si ya no le quedaran fuerzas para echarlo de casa.

Susanne le aseguró a Charlie que eso era lo que había ocurrido. Y le juró por la tumba de su padre que esa noche él la pasó en casa.

¿Le había dicho la verdad? Charlie intuía que sí, pero en un caso así no debía fiarse tan sólo de su intuición. Por eso sintió la necesidad de llamar a

Anders.

Cuando se dio la vuelta para regresar a la orilla descubrió que había alguien allí, no demasiado lejos de donde ella había dejado la ropa. Al acercarse, vio que se trataba de un hombre con pantalones cortos y camiseta. Charlie pensó que tendría que seguir nadando hasta que él se marchara. Pero el agua ya no le resultaba tan refrescante; ahora tenía más bien frío. Pasados unos diez minutos comprendió que ese hombre no pensaba irse a ninguna parte; era posible, incluso, que la situación se le antojara divertida.

—¿Querías algo? —le gritó ella.

Se había acercado tanto a la orilla que ya hacía pie, aunque todavía mantenía el cuerpo sumergido.

—Sólo hablar un poco.

Hasta ese momento no se percató de que se trataba de Johan, ese cerdo de periodista.

—¡Lárgate! —le chilló.

—¡La playa no es tuya! —le respondió él chillando también.

—Me gustaría vestirme a solas.

—Me daré la vuelta. —Johan se levantó y subió hacia la linde del bosque.

Charlie salió rápidamente del agua y se puso el vestido sobre su mojado cuerpo. Apenas le dio tiempo a calzarse antes de que Johan volviera.

—No te he estado mirando —le anunció con una sonrisa—, así que no pongas esa cara de cabreo.

—¿Qué coño haces aquí? —le soltó Charlie—. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿No te das cuenta de lo que has hecho?

—No. ¿Qué es lo que he hecho?

—Pues que me echen del caso. Ahora veo lo que querías de mí. Ahora veo que lo único que querías era sacarme información.

—Pero ¿qué dices? ¿De qué hablas? —se extrañó Johan.

—Lo que oyes... Hablo de lo del vídeo, de lo que publicaste en tu puto periódico después de haber pasado la noche conmigo. ¿Cómo crees que le sentó a mi colega?

—¿Y cómo iba a saber yo que le contarías eso a tu colega?

—Nos vio. Y al día siguiente el periódico va y publica una información clasificada que sólo poseía la policía. ¿Cómo pudiste pensar que no me perjudicaría?

—Lo que publiqué —le aclaró Johan— lo obtuve de otra fuente. Además, ¿cómo iba a saber yo que tu colega nos vería subiendo a tu habitación?

—¿Y quién es tu otra fuente?

—No puedo decírtelo.

—Claro —respondió Charlie dirigiendo la mirada hacia el cielo—. Joder, qué bien trabajáis. ¿Dónde habéis dejado la puta ética en el cuerpo periodístico? ¿Cómo es posible que te importe más tu fuente que...? No os entiendo, la verdad.

—Tal vez mi fuente sea uno de los vuestros, así que no te pases con lo de la falta de ética del cuerpo.

—Pues dime quién es.

—No puedo.

—Entonces es mejor que te vayas. No quiero seguir hablando contigo.

—Parece que te molesta bastante que la gente mienta —repuso Johan—, pero cuando tú lo haces no pasa nada. ¿No es eso un poco... contradictorio?

—Tendrías que haberme dicho que eras periodista —objetó Charlie ignorando la pregunta—. ¿Por qué me mentiste?

—Bueno, ¿tú qué crees? ¿Me habrías llevado a tu habitación si te lo hubiera dicho?

—No.

—Pues ahí tienes la respuesta. ¿Y tú? ¿Por qué no me contaste que eras policía?

—La verdad es que no lo sé. —Charlie echó a andar en dirección a la casa.

Johan empezó a seguirla. Ella se dio la vuelta y le preguntó qué estaba haciendo. Y, por cierto, ¿cómo había dado con ella?

—Te diré la verdad —contestó Johan—, aunque no vas a creerme.

—Lo más probable es que no. —Charlie siguió caminando.

—Quería volver a verte, pero el tío del motel me dijo que ya habías dejado la habitación, así que empecé a preguntar por ahí dónde podías estar y, bueno, te he encontrado.

—Otra mentira —respondió Charlie—. Sólo dos personas saben que estoy aquí y dudo mucho que te lo hayan dicho a ti.

—Pues mucho me temo que no son sólo dos. Quizá haya alguien más.

—¿Quién? —Charlie volvió a darse la vuelta.

—Alguien que tal vez sepa quién eres.

Una inquietud se apoderó de su cuerpo. ¿Quién era realmente ese tío que no la dejaba en paz? ¿Qué quería de ella? ¿Debería salir corriendo y huir de él? Ella era rápida y conocía esos bosques como la palma de su mano. Eso le daría ventaja, pero ¿tendría tiempo de llegar a la casa y echar el cerrojo antes de que Johan —si es que él decidía perseguirla— la alcanzara? Pensó en lo

que Betty le dijo aquella vez en la que ésta se presentó en casa con un enorme perro lobo que un amigo le había pedido que cuidara: «No dejes que sienta tu miedo, cariño, tan sólo despertaría sus instintos depredadores».

—¿Quién coño eres en realidad? —quiso saber Charlie—. No te acerques, te lo digo en serio. Retrocede.

—Mi padre —dijo Johan mientras daba un paso hacia atrás—. Mi padre vivió aquí cuando yo era pequeño. En esa casa de ahí arriba. En Lyckebo.

A Charlie la invadió una repentina sensación de pánico. Sintió nuevamente que la cabeza le crepitaba. Vio el lago, su profundidad, y sintió de nuevo impotencia, vergüenza...

—¿Cuándo? —le preguntó intentando controlar la respiración.

—Hace veinte años. Se llamaba Mattias —respondió Johan—, Mattias Andersson.

Allí y entonces

John-John está sentado en el arenero del aparcamiento que hay frente a la vieja tienda. Al bobo no se le ve por ninguna parte. Desde los arbustos, Rosa le susurra a JohnJohn que se acerque.

—Ahora verás lo fácil que es —le dice Rosa a Alice.

Llama a John-John, pero el niño no quiere ir.

—Tenemos piruletas —le comenta Rosa—; acércate y te daremos una.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta Alice a Rosa cuando John-John se les aproxima.

Rosa no contesta. Se limita a coger a John-John de la mano. Y, acto seguido, Alice lo agarra de la otra mano. Luego echan a correr tan rápidamente que los pies de JohnJohn apenas rozan el suelo.

Nada más salir del pueblo, John-John empieza a llorar y a llamar a su madre. Ya se le han olvidado las piruletas.

Lo único que desea ahora es ir con su madre. ¡Mamá, mamá, mamá! Tropezada. Rosa lo arrastra consigo cogido del brazo. No le gustan los llorones, comenta. Si hay algo que odia son los llorones.

—Ha perdido un zapato —dice Alice—. Es que ha perdido un zapato...

—¡A la mierda el zapato! —sentencia Rosa.

Caminan por las vías del tren, con John-John en volandas entre las dos. Y de repente se cruzan con una señora que lleva un ramo de flores.

—¿Está triste? —les pregunta la mujer mientras mira al pequeño, que no para de sorberse los mocos.

John-John se ha meado encima, sus muñecas están rojas porque se las han agarrado con mucha fuerza.

—¡Mamá! —grita. Y entonces la mujer ladea la cabeza y les pregunta si necesitan ayuda.

Rosa dice que no, que se las apañan muy bien solas, y que sólo van a llevar a su hermano pequeño a casa, con su madre.

—Se ha escapado —explica—. Al muy pillo le gusta escaparse de casa.

Cuando echan a andar de nuevo, Alice siente cómo la mirada de esa mujer se le clava en la espalda. Quiere darse la vuelta y gritarle que sí, que necesitan ayuda: que, por favor, alguien se lleve a ese niño antes de que ocurra una desgracia.

Charlie intentó quitarse de encima a Johan, pero él la perseguía insistentemente. Había ido a Gullspång para cubrir el caso de Annabelle, aunque también quería aprovechar su visita para indagar un poco por su cuenta. Es que Annabelle no era la primera persona que desaparecía en ese pueblo. A su padre nunca lo encontraron. Había pensado venir muchas veces, pero nunca se había decidido. Hasta ahora.

Charlie le preguntó si de verdad esa noche no sabía quién era ella, y Johan le juró que no. Simplemente la vio y pensó que era atractiva. Todo aquello no había sido más que una extraña coincidencia.

—Johan —dijo Charlie. Habían llegado a la casa y ella no pensaba, bajo ningún concepto, dejarlo entrar—: te creo y todo eso, pero ahora lo único que deseo es estar sola.

—Charline —contestó Johan—: siento mucho no haberte dicho la verdad desde el principio, que era periodista.

—Yo también. —Charlie puso una mano en la manivela de la puerta—. Que te vaya bien.

Johan no se movió.

—Perdón —se excusó él—. Es sólo que... que he pensado tanto en este sitio... Cuando era pequeño siempre esperé que llegara el día en el que pudiera mudarme a esta casa. Mi padre decía que era como el paraíso.

—Pues se equivocaba.

—¿Podría..., podría echarle un vistazo? Sólo eso.

Fueron tal vez los remordimientos los que hicieron que lo dejara entrar y lo invitara a una copa de vino. Fuera como fuese, lo cierto era que ahora se encontraba allí sentado, junto a la mesa de la cocina donde Betty y Mattias habían preparado su llegada con tanto entusiasmo.

Johan tomó un sorbo de vino.

—Un sabor muy particular —dijo mirando la copa.

—Son muchos años de crianza —contestó Charlie con ironía.

Continuaron charlando de su padre. Johan se emocionó cuando ella le habló de lo mucho que él luchó para recuperarlo. Su madre no lo había descrito precisamente como alguien que luchara por su hijo. Durante toda su vida, su madre mantuvo que Mattias era un alcohólico y que estaba medio loco. Ni siquiera era capaz de cuidar de sí mismo, le había explicado; ¿cómo iba a poder cuidar de un niño?

Por un momento, Charlie contempló la idea de dejarle creer que su madre le había mentado y de ofrecerle tan sólo la parte amable de la historia: una familia que vivía en el campo y que se completaría con él, el bosque de cerezos y el lago. Pero ya estaba harta de tantas mentiras.

—Tu madre tenía razón —dijo—. Mattias era un alcohólico y un loco. Betty, mi madre, era igual. Los dos estaban locos. Pero es cierto que Mattias te echaba de menos. Y que los dos querían que vinieras a vivir con nosotros.

—¿En serio?

Charlie asintió con un gesto de la cabeza. Era la pura verdad.

—Me cuesta entender —dijo Johan— que hayas vivido aquí con mi padre. —Recorrió la estancia con la mirada como si intentara imaginárselos a todos allí: Charlie, Betty y Mattias—. ¿Se llevaba bien contigo?

—Lo intentó —contestó Charlie—. Pero no teníamos una relación muy buena que digamos. Es probable que no fuera culpa suya; yo quería a mi madre para mí sola. Yo quería que las cosas fueran como habían sido siempre.

—¿Y tu padre?

—No sé quién es. Creo que mi madre era la única persona que lo sabía, de modo que ya no hay a quién preguntárselo.

—¿Cuándo murió?

—Apenas un año después de Mattias.

—¿Estaba enferma?

—Sí —afirmó Charlie—. Muy enferma.

Siguieron hablando de Mattias. Johan quería que le contara todo lo que recordara de él. ¿Trabajaba? ¿Qué le interesaba? ¿Había seguido tocando la guitarra? ¿Realmente quería que su hijo se fuera a vivir con él?

Charlie asintió con la cabeza. Si hasta le prepararon una habitación...

Johan quiso verla.

Subieron a la planta de arriba. Johan hizo un comentario sobre la escalera. En su vida había visto una tan empinada. ¿Sobreviviría una persona si se cayera por ella?

—Son muchos los que se han caído de cabeza y han sobrevivido —le aclaró Charlie—. Al parecer, estar borracho hace que el cuerpo se relaje y sea flexible. —Se acercó a la puerta de la habitación que quedaba justo encima de la suya y la abrió—. Aquí estaba previsto que vivieras.

Johan miró las paredes. ¿Quién había pintado todos aquellos coches? Y cuando Charlie le reveló que fue Betty, él le dijo que su madre..., que su madre tenía mucho talento.

—Traté de convencerla de que pintara otra cosa —comentó Charlie—. Le dije que tú ya serías demasiado mayor para los coches.

—Creo —zanjó Johan mientras pasaba la mano por encima de uno de ellos, uno que se parecía a un Volvo—, creo, de todos modos, que aquí habría estado muy a gusto.

Charlie no pronunció palabra alguna. Ella no lo tenía tan claro.

—¿Qué es eso? —Johan señaló una construcción a medio hacer adosada a una de las paredes.

—Iba a ser una cama. A Mattias se le ocurrió hacértela de obra, pero no le salió.

Johan se acercó y se sentó encima de lo que podría haber sido su cama.

—¿Qué crees que pasó con él?

—Se ahogó en el lago —sentenció Charlie.

—Sí, pero ¿por qué no lo encontraron? Si murió ahogado, ¿no debería haber salido a flote?

—No todos salen a flote.

—Sí —insistió Johan—, tarde o temprano todos lo hacen.

Charlie pensó en contarle lo de las corrientes submarinas, los remolinos, la turbina..., pero se dio cuenta de que sería terrible, de modo que sólo le dijo que tal vez se hubiera quedado enganchado en algún sitio y que abandonaron la búsqueda al cabo de un tiempo.

—Deberían haber continuado buscando —se lamentó Johan—. Me gustaría tener una tumba que visitar. Porque es como si aún no hubiera podido ponerle fin a esa historia...

«Una tumba no cambia nada», pensó Charlie.

—Yo estaba allí —le confesó de repente—. Estaba sentada en el embarcadero cuando salió a remar con la barca. Y me quedé quieta viéndolo morir; así que, más o menos, sé dónde se encuentra su cuerpo.

Se instaló un largo silencio. Charlie pensó que era muy probable que los latidos de su corazón se percibieran claramente a través de la tela de su vestido. Intentó interpretar la cara de Johan. ¿Tristeza? ¿Enfado? ¿Alivio?

—No fue culpa tuya —la tranquilizó Johan.
—Yo no lo veo así.
—¿Y qué podrías haber hecho?
—Podría haberlo salvado.
—¿Cómo? Tan sólo eras una niña.
—Al menos debería haberlo intentado. Pero fue como si..., como si no pudiera moverme. Sé que suena absurdo pero...
—Más bien suena a que te encontrabas en estado de *shock* —dijo Johan.
Charlie asintió con la cabeza, aunque sabía que no era verdad.
—Entendería que no me pudieras perdonar. Entendería que...
—No debería haber salido a remar —la interrumpió Johan—. Debería haberse quedado en tierra. —Se levantó, se acercó a la ventana, la abrió y, tras invitarla a fumar, cogió un cigarrillo—. En cualquier caso, me alegro de que me lo hayas contado.
—Lo peor fue —prosiguió Charlie— que estabas a punto de venir, que él iba a poder tenerte en casa. Que nunca llegó a vivirlo.
—No creo que eso hubiera pasado —contestó Johan—. Mi madre nunca me habría dejado ir. Después del día en que mi padre me dejó olvidado en una estación de trenes de Copenhague, nunca más consintió que lo viera a solas. Nunca habría permitido que me fuera a vivir con él.
—Al parecer, tienes una madre muy sensata.
—Tenía —la corrigió Johan—. Por desgracia murió hace ya algunos años. Cáncer.
—Vaya... Lo siento.
—Gracias. Siento un vacío... Quiero decir que, como soy hijo único, sólo quedo yo. Sinceramente, a veces resulta terrible. No sé si me entiendes.
Charlie asintió. Claro que lo entendía. Lo entendía a la perfección.

Allí y entonces

Y, de pronto, John-John se suelta y echa a correr.

—¡Cógelo, Alice! —grita Rosa.

Pero Alice se limita a quedarse parada mirando. John-John no recorre muchos metros antes de que Rosa lo atrape. Lo agarra de la camiseta. Algo brilla y cae al suelo.

—El colgante. —Alice se agacha para recogerlo e intenta dárselo a John-John, pero el niño no se preocupa lo más mínimo por él. No hace más que gritar. Rosa lo maldice y se guarda el colgante en el bolsillo.

—¡Rosa! —exclama Alice—. Creo que quizá sea mejor que llevemos al niño a casa. Que quizá sea mejor que volvamos.

—Es sólo una broma. Lo único que quiero es asustarlo un poco.

—¡Rosa! —dice Alice—. Me ha parecido oír a alguien gritar.

—Cállate —le ordena Rosa a Alice—, estoy pensando.

John-John, sin embargo, no se calla. Llama a su madre a gritos y luego empieza a dar patadas. Rosa vuelve a maldecirlo y le pega tan fuertemente que lo tira al suelo.

—¡Que es sólo un niño! —le recuerda Alice, que también se ha echado a llorar.

Rosa los manda callar a ambos, pero John-John es incapaz de cesar de llorar. Rosa se sienta sobre su estómago y le tapa la boca con las manos. El niño gimotea, y Rosa le quita las manos de la boca y se las pone alrededor del cuello. John-John hace aspavientos en el aire con las manos.

Y Alice quiere gritar que lo suelte, que lo suelte antes de que... Pero se limita a permanecer inmóvil, sin hacer nada.

Cuando por fin Rosa deja de apretar, el niño ya se ha callado y se ha quedado quieto. Ya no tiene la carita roja. Rosa le sacude los hombros.

—¡Despierta! —le grita—. ¡Que te despiertes, estúpido!

Pero John-John no se despierta.

Fredrik se levantó del sillón y se dirigió a la cocina. Permaneció un momento frente al fregadero y abrió el grifo, pero se le olvidó beber. Luego regresó al salón.

A Nora la habían ingresado en el psiquiátrico. Se había negado, pero el médico que la atendió en urgencias insistió, cosa a la que Fredrik no se opuso; no había nada que él pudiera hacer para ayudarla. Por lo menos en el psiquiátrico le darían una medicación lo suficientemente fuerte como para que la realidad se le borrara.

Frente a sí, sobre la mesa del sofá, tenía un cofrecito marrón con la cerradura rota que había bajado del desván. Antes de irse, Nora murmuró algo sobre un pequeño cofre del desván y le comentó que, si quería, podía leer todo lo que había dentro, que ya le daba todo igual. «Quizá no me perdones —le susurró—, quizá ni siquiera lo entiendas».

Había algo en el interior de Fredrik que no deseaba saber ni comprender. Le daba la sensación de que, contuviera lo que contuviese ese cofre, le afectaría tanto que tal vez no fuera capaz de soportarlo. Todas las personas tienen un límite.

Se tomó un buen trago de *whisky* del vaso que se había llenado hasta arriba, apoyó la nuca en el reposacabezas del sofá y cerró los ojos. Una vez más, se le vino a la mente la imagen de la esperanzadora cara que puso Nora cuando se mudaron a esa casa. «Aquí, Fredrik, aquí creo que puedo ser feliz».

«Pero ella nunca ha sido feliz —pensó—. Sólo más o menos infeliz». Se inclinó hacia delante y bebió un sorbo más de *whisky*. Acto seguido, levantó la tapa del cofre. Dentro había unos cuadernos, unos recortes de periódico y unas cartas. Empezó a leer los artículos. Parecían hablar del mismo tema que esos recortes a los que apenas le había dado tiempo a echarles una ojeada en el escondite del armario de Annabelle. Y los cuadernos que también encontró, y que comprendió que eran un diario, tenían ahí su continuación. Como Nora empeoró muy rápidamente, no llegó a leerlo. Y como el diario parecía

pertenecer a una chica extraña, tampoco le dio mayor importancia. Pero allí estaba ahora la continuación de la historia. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando empezó a darse cuenta de quién había escrito el diario. De quién era Alice.

Tres horas y dos copas de *whisky* más tarde se levantó, fue a por su teléfono y llamó a Charlie Lager.

Esa noche

—¡Annabelle! —gritó Svante Linder cuando la vio entrar en la cocina. Estaba fumando, sentado junto a la mesa de la cocina—. Creíamos que te habías ido, que andarías por ahí follándote a algún viejo.

—¿Qué hostias dices? —le soltó Annabelle mientras le lanzaba una furiosa mirada.

—Tranquila. —Svante levantó las manos—. Tranquila, joder. Yo sólo digo lo que he oído.

—¿Y qué has oído?

—Que follas con tíos viejos, que ya no tienes tiempo para estar con nosotros de fiesta porque follas mucho.

—Quizá sea mejor follar con viejos que con niños.

—¿De qué estás hablando?

—Lo sabes perfectamente.

Los ojos de Svante se ennegrecieron. Dio la impresión de querer pegarle, pero su voz sonó extraordinariamente suave cuando le preguntó si podía invitarla a un poco de maría... Por su vieja amistad.

Annabelle se encogió de hombros. Le apetecía, pero también le daba cosa aceptar algo de Svante. Había algo en él que le producía repelús.

—¿Dónde está William? —preguntó.

—En el cuarto de follar. Se está tirando a Becka, ya que tú...

—Déjalo, ¿vale?

—Ven —le pidió Svante para, acto seguido, acercarse una silla y agitar en el aire un porro recién liado—. Seguro que estarás más contenta cuando te lo hayas fumado.

Annabelle se sentó a su lado con la esperanza de que tuviera razón.

Johan se había ido. Quizá volvería, dijo al marcharse. Charlie esperaba que no lo hubiera dicho en serio, aunque por otra parte —y por extraño que pudiera parecer— ya lo echaba de menos. Se dieron un beso en la puerta. Él le acarició el pelo y le comentó que estaba muy contento de haber obtenido, por fin, una respuesta.

Luego, Charlie se fue a la cama, y, por primera vez en mucho tiempo, los sueños le dieron calma. Cuando se despertó, el sol ya se había ido y la nocturna niebla había empezado a extenderse por el jardín. Las once. Acababa de coger el móvil cuando éste sonó. Era Fredrik Roos. ¿Podría pasar a verlo? Tenía algo para ella, algo que quizá le interesara leer.

Media hora más tarde, Charlie estaba llamando a su puerta.

—He encontrado algunas cosas —dijo Fredrik para, a continuación, entregarle una bolsa con un fajo de recortes de periódicos, unos cuadernos de tapa negra y un montón de cartas—. Creo que tal vez Annabelle haya visto algo de esto.

Charlie cogió la bolsa.

—No se lo enseñe a nadie —le pidió.

Charlie abrió la boca para decir algo, pero Fredrik se limitó a retroceder unos pasos y cerrar la puerta.

De vuelta a Lyckebo, se sentó en la cocina y empezó a hojear los recortes de periódico. Eran todos de la década de los setenta y hablaban del asesinato de un niño. John-John Larsson, de dos años de edad, había desaparecido a plena luz del día en el aparcamiento de una tienda de comestibles.

En uno de los recortes aparecía una fotografía en la que se veía a la madre, al padre y al hermano abrazados. Y, más abajo, una del hijo que habían perdido: un chico de pelo rizado, sonriente y con los ojos entornados.

El cerebro de Charlie iba a toda máquina. Le sudaban los dedos mientras hojeaba los recortes. ¿Qué tenía que ver ese caso con la desaparición de Annabelle? ¿Y por qué quería Fredrik que leyera todo aquello? Además, él sabía que la habían apartado de la investigación.

¿LAS HIJAS DEL DIABLO?, rezaba un titular. Era una de las frases pronunciadas por un familiar lejano del niño asesinado. En el artículo, un policía confirmaba que todas las sospechas recaían sobre dos niñas.

Charlie se levantó y se acercó a la encimera para llenar su copa de vino. La botella estaba vacía. Introdujo los pies en los zuecos de Betty y bajó al sótano a por otra. De vuelta en la cocina abrió uno de los cuadernos de tapa negra. Se trataba de un diario escrito por una niña llamada Alice. Algo no marchaba bien en su vida, eso le quedó claro a Charlie casi de inmediato. Describía las manos de su madre, que eran como garras, la añoranza de un padre desaparecido, el miedo que le daban los chicos que la perseguían por el camino que iba del colegio a casa... Pero, de pronto, unas páginas después, Charlie percibió una alegría en la florida letra infantil. Se trataba de una nueva amiga.

Es que no puedo entender que ella, Rosa Manner, quiera estar conmigo, que ahora seamos amigas íntimas.

Luego se sucedían largas y felices descripciones de visitas a casa de Rosa. Allí las dejaban hacer lo que querían, había escrito Alice: hornear bollos, pasarse toda la noche sin dormir, pedir *pizzas* entre semana...

Soy la persona más feliz del mundo.

El resto del primer diario hablaba de Rosa, de cuando se bañaban en el lago, de sus juegos y de sus peleas con alguien al que apodaban «el bobo».

Nada más terminarlo, Charlie empezó con el segundo. El tono era ahora más serio, constató. Alice ya no se mostraba tan positiva con todo lo que Rosa hacía. «Me asusta cuando está enfadada. No entiendo por qué está tan enfadada. Y su madre... Hay algo raro en ella».

Cuando Charlie llegó al tercer diario fue como si el tiempo y el espacio se hubiesen esfumado. Ya no le preocupaba reflexionar sobre por qué debía leer el diario de una niña que no conocía o sobre por qué Fredrik le había dado todo aquello. Lo único que deseaba ahora era seguir leyendo. Se enteró así de los juegos que se les fueron de las manos, de las amenazas, de todas las veces que se cruzaron con hombres raros en casa de Rosa... Supo lo de la paliza de la madre de Rosa cuando estaba embarazada, lo del hombre que la había pateado y lo de la niña que nació muerta; supo del desconcierto y del miedo

que Alice sintió. «A veces creo que, diga lo que diga Rosa, es al diablo a quien hemos invocado».

Y justo cuando Charlie había empezado a creer que las cosas no podían ir a peor, la historia dio otra vuelta de tuerca. Sintió escalofríos al leer lo de la gata ahogada en el barril de agua y las exhortaciones que Rosa le dirigió a Alice para que hiciera cualquier cosa por ella si de verdad se consideraba su mejor amiga.

La última parte era la más incoherente. Resultaba obvio que algo terrible había ocurrido:

Fue Rosa la que dijo que lo hiciéramos. Dijo que sólo quería asustarlos. Pero luego... ¿¿¿Qué hemos hecho??? Si existe un cielo y un infierno, yo ya sé adónde iré. Se lo dije ayer a Rosa, que acabaríamos en el infierno. Ella me contestó que si todo eso salía a la luz, nuestras vidas serían un infierno mucho antes de morir. Porque nadie nos creería, nadie creería que no era nuestra intención, que fue un accidente. Rosa sólo quería darle un susto a esa familia tan presumida. Ella no tuvo la culpa de que el crío dejara de respirar así, sin más. ¿Cómo iba a saber ella que todo sucedería tan rápidamente? Pero tal vez el mundo, a pesar de todo, no fuera tan injusto, creía ella, porque si alguien debía experimentar en sus propias carnes lo que se siente al perder a un niño, ése era el padre de John-John.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de quién era ese hombre, de que era él el culpable de que la hermana de Rosa no hubiera podido respirar ni una sola vez.

Al terminar de leerla, Charlie se levantó y encendió un cigarrillo. Había estado tan absorta en la historia de las chicas, así como en la del niño y su asesinato, que se le había olvidado adoptar una perspectiva más amplia. «Pero tampoco sé si quiero saber más», pensó. Aún le quedaban las cartas. Las manos de Charlie temblaron cuando sacó la primera. Los sobres carecían de remitente y sólo contenían unas pocas líneas. «¿Has olvidado quién te salvó?». En algunas de ellas sólo se expresaba la desesperación causada ante la ausencia de respuesta: «¿Por qué no contestas?».

Hasta que no llegó a la última carta no le encajaron todas las piezas. Porque en ella figuraba el nombre tanto de la persona que la había escrito como el de aquélla a la que iba dirigida. Unas fuertes sacudidas, como latigazos, recorrieron la cabeza de Charlie, de modo que tuvo que tumbarse un rato en el sofá de la cocina. Luego se incorporó y volvió a leer esa última carta:

Querida Nora:

Me resulta raro llamarte con un nombre distinto del de Alice, pero quizá eso no deba preocuparme, ya que no deseas tener ningún contacto conmigo.

Seguramente sea verdad lo que dices, que a ciertas personas no se les da más oportunidades... En cualquier caso, quiero que sepas que yo no me he venido a vivir aquí para fastidiarte. Lo he hecho porque te echaba de menos, para mantener esa promesa que nos hicimos. Creía que te alegrarías al saber de mí. No ha sido fácil encontrarte, pero al final lo he logrado. Lo cierto es que debería marcharme, supongo, aunque la niña está muy a gusto aquí y yo he conseguido un trabajo. Pero no tienes por qué preocuparte, te dejaré en paz. Si algún día cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Tu amiga por siempre,

Rosa «Betty»

Charlie paseó la mirada por la cocina: el viejo reloj de pared, las cacerolas de cobre, el palo para secar el pan colgado del techo... Era como si todo se le hubiera venido encima, como si todo le hablara, como si se encontrara a punto de perder la noción de la realidad. «Debería llamar a Anders», pensó. Quizá la desaparición de Annabelle tenga que ver con el pasado de Nora, quizá haya alguien que quiera vengarse, hacer con su hija lo mismo que ella había ayudado a hacerle al hijo de otro. «Llamo a Anders, tan sólo tengo que... cerrar un poco los ojos antes». Cruzó los brazos sobre la mesa de la cocina y apoyó la cabeza en ellos. Las imágenes de Betty empezaron a bailar en su mente: Betty vestida con su camisón blanco en medio del bosque de cerezos, con el pelo suelto y la mirada levantada al cielo. Y Charlie de pequeña, sentada en la ventana abierta de la cocina y uniéndose a la canción:

*Luego, cuando en el cielo todas las estrellas
hayan empezado la canción de la noche,
podremos cantar con ellas
y comer cerezas toda la noche.*

Esa noche

Se habían trasladado arriba y ahora estaban sentados en círculo en el suelo del salón. El porro iba de mano en mano. Y la persona a la que se le cayera la ceniza tendría que responder con sinceridad a la pregunta que se le formulara.

La chica de la escalera, la que iba a octavo y cuyo nombre no sabía —o no recordaba— Annabelle, estaba demasiado colocada como para entender las reglas. Ella contestaba a las preguntas que les hacían a los otros, se reía por cualquier cosa y era incapaz de quedarse quieta.

—¿No vas a preguntarme nada, Svante? —inquirió con una risa tonta cuando se le cayó la ceniza en las rodillas—. ¿No vas a preguntarme qué ocurrió en el granero...?

—No sé a qué te refieres —respondió Svante—. Por cierto, ¿a ti te dejan salir hasta estas horas de la noche, Sandra?

La chica lo miró desafiante y le dijo que se llamaba Sara y que podía salir hasta cuando le diera la gana. Que ya tenía trece años.

Un chico del curso superior al de Annabelle se quedó observando a Svante y comentó que, en tal caso, aquello era ilegal.

—Olvídalo —le pidió Svante—. No sé de qué habla. Está delirando. Oye, tú, Sandra —le dijo—, ¿por qué no te vas a darle de comer a *Skalman*? Creo que tiene hambre.

Sara se levantó y se alejó dando tumbos. Acto seguido, la oyeron gritar algo sobre comida para tortugas, tras lo cual se calló.

El porro seguía circulando entre los chicos, pero esta vez las cenizas cayeron sobre las rodillas de Annabelle. Tuvo el tiempo justo de quitárselas antes de que le hicieran un agujero en el vestido.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Svante—. Ahora todo el mundo podrá hacerle preguntas a Annabelle.

Ella suspiró y dijo que aquello no era más que un juego estúpido y que no tenía por qué contestar a nada.

—Quien algo empieza... —dijo Jonas.

—Bueno, también puedes optar por hacer algo —le aclaró Svante—, como en verdad o atrevimiento.

Annabelle se echó a reír. Ese juego de las cenizas era igual que el de la botella. ¿Cuántos años tenían? ¿Cinco?

—Vale, pues entonces elijo atrevimiento. Pero no me salgas con que tengo que darle una vuelta a la casa a la pata coja.

—Chúpamela —le soltó Svante tocándose la entrepierna—. He oído que se te dan muy bien las mamadas.

—¿Me lo dices en serio? —Annabelle se quedó mirándolo fijamente.

Svante asintió con un gesto de la cabeza. Si había algo sobre lo que nunca bromeaba eran las mamadas.

—Déjalo, Svante. ¡Joder! —terció Jonas.

—¿Qué? —se sorprendió Svante—. Pero si tú mismo acabas de decir que quien algo empieza...

—Ya, pero...

—Venga, quítate los pantalones —los interrumpió Annabelle mirando a Svante—. Es que difícilmente podré hacerlo si no te los quitas. ¿O es que no te atreves? ¿Tienes miedo?

Svante respondió que tenía de todo menos miedo. Dejó su copa y empezó a desabotonarse los vaqueros.

Annabelle se puso a cuatro patas y empezó a avanzar gateando.

Svante permanecía sentado con sus bóxers blancos mientras le mostraba una burlona sonrisa.

—Quítatelos —le susurró Annabelle en cuanto se halló junto a él—. Quítatelo todo.

Svante se puso de rodillas y se bajó los calzoncillos. Luego la agarró del pelo y la obligó a aproximarse a su entrepierna.

Jonas se levantó diciendo que estaban fatal de la cabeza.

Annabelle abrió la boca acercándose cada vez más, pero de repente, cuando se encontraba a tan sólo un centímetro de su miembro, se zafó de Svante.

—¿De verdad pensabais que lo iba a hacer? —dijo antes de dar unas cuantas vueltas por el suelo—. ¡Qué gilipollas sois! —se rió—. Estoy hasta el coño de estar rodeada de gilipollas.

El teléfono vibró. Charlie contestó.

Era Johan.

—¿Todo bien? —preguntó ante el silencio de Charlie—. ¿Qué tal estás?

—Un poco cansada —respondió ella. Miró el reloj y vio que eran las nueve, que la noche se había convertido en mañana, en un nuevo día. Había debido de tumbarse en el sofá de la cocina y quedarse dormida.

—¿Puedo entrar? Estoy aquí, junto a la valla.

—No creo que sea un buen momento —contestó Charlie.

Johan era una de esas personas que no entendía el significado de la palabra «no», Charlie lo comprendió en el preciso instante en que llamó a la puerta. Le dio pereza levantarse del sofá, por lo que esperaba haber echado el cerrojo.

Evidentemente, no lo había hecho, porque unos segundos después Johan se le presentó en la cocina. Lo vio pasear la mirada por el caos que reinaba a su alrededor: los recortes, los cuadernos, los sobres, las botellas, el cenicero...

—¿Qué quieres? —preguntó Charlie.

—No sé. Es que me ha dado la sensación de que no te encontrabas muy bien.

—Pues has acertado. Pero mucho me temo que no vas a poder ayudarme.

—¿Tiene algo que ver con todo esto? —Johan señaló lo que Charlie tenía sobre la mesa.

Ella asintió.

—¿Se puede leer?

—Claro. ¿Te importa si me echo un rato? Creo que necesito dormir un poco más.

—Muy bien.

Charlie se dirigió a su habitación y se metió en la cama. Pensó en todas las noches que había pasado acostada en ella intentando entender a Betty. ¿Era ésa la respuesta al misterio de la bebida, de su parte oscura, de su

silencio sobre el pasado? No, constató; ese nuevo y repugnante conocimiento no era más que la base de un «por qué» aún más grande. «¿Por qué lo hiciste, mamá?».

Las imágenes del pequeño niño asesinado la acompañaron a lo largo de un inquieto y sudoroso sueño.

Cuando se despertó ignoraba si había dormido diez minutos o diez horas, si era de día o de noche.

Johan seguía en la cocina.

—¿Qué hora es? —le preguntó ella.

—Las cuatro.

—¿De la tarde?

—Sí.

—Veo que los has leído —dijo Charlie señalando con la cabeza los recortes de periódico.

—Sí, pero me ha llevado un rato entender de qué iba.

—Yo aún no sé si lo he entendido, ni siquiera sé si quiero hacerlo.

—¿Lo sabías? Quiero decir... ¿Sabías, para empezar, que tu madre y Nora se conocían?

—No, no sabía nada.

—Es una historia terrible, muy jodida.

—Si escribes algo sobre esto en tu maldito periódico, te mato.

—¿Qué piensas de mí?

—No te conozco —respondió Charlie. Y tras mirar los papeles y cuadernos que había encima de la mesa sintió un repentino deseo de quemarlo todo y olvidar que lo había leído.

—¿Crees que puede tener algo que ver con la desaparición? —Johan la miró.

—No lo sé.

—¿No has hablado con tus colegas?

—Todavía no.

—No entiendo cómo fueron capaces —se lamentó Johan—. No entiendo que se le pueda hacer eso a un niño pequeño.

—Supongo —dijo Charlie— que no estaban muy bien de la cabeza.

—Según el diario, fue tu madre quien tomó la iniciativa.

—Sí, pero ¿cómo saber si eso es verdad? La que escribió el diario es Nora... De todos modos, qué más da; igual de malo es quedarse observando

sin hacer nada, ¿no?

—No, no tanto como estrangular a un niño de dos años —repuso Johan—. No hay nada peor que eso. Es como si yo dijera que tú ahogaste a mi padre por no salvarle. Perdón —se apresuró a añadir al ver la mirada de Charlie—, no era mi intención decir que... No, no es lo mismo, realmente no tiene nada que ver...

—Creo que ya va siendo hora de que te vayas.

—Perdóname —pidió Johan de nuevo—. Es que es tan difícil de entender... De verdad que no quería decir que...

—Tranquilo, no pasa nada, pero ahora prefiero estar sola.

Johan se levantó. Sin embargo, en lugar de marcharse abrió la ventana y encendió un cigarrillo. Le dio unas intensas caladas mientras contemplaba el jardín.

Charlie pensó que quizá ahora él sintiera gratitud por no tener que haber vivido con su padre, por no haberse tenido que criar entre esa gente tan loca. ¿Qué más daba que el jardín fuera grande, que el lago estuviera cerca y que el bosque fuera de una encantadora belleza? ¿Qué más daba todo cuando la mujer que hubiera sido su madrastra era...? Eso, ¿qué era realmente?

Charlie también se acercó a la ventana. Sin pronunciar palabra, Johan le encendió un cigarrillo y se lo ofreció.

—El bebé, el feto que murió en la barriga tras la paliza... —dijo Charlie—. ¿Has entendido ya quién le hizo eso a mi abuela?

Johan negó con la cabeza. No, ese punto no le había quedado muy claro.

—El padre —respondió Charlie—, el padre del niño de dos años.

Johan frunció el ceño y permaneció callado tanto tiempo que Charlie se sintió obligada a aclarárselo más.

—Fue él quien le dio la paliza a mi abuela. Ocurrió antes de...

—¿Así que fue una venganza? —Johan la observó inquisitivo.

—No sé lo que fue. Un accidente, espero.

—Si fue el padre del niño el que lo hizo, creo que la explicación de la venganza es la más probable, ¿no? —arguyó Johan.

—Podrían haber sido las dos cosas. Una venganza que, en un principio, no tenía tan malas intenciones, una venganza que se le fue de las manos y acabó mal.

—Supongo que nunca lo sabremos —se lamentó Johan.

Esa noche

Svante tenía más material fuera en el cenador, dijo, cosas más fuertes; tanto que, si ella quisiera, podría llevarla a la luna.

Pero Annabelle le contestó que lo único que deseaba era escapar de sí misma. Quería algo que pudiera acallar todos sus malditos pensamientos.

Y entonces Svante le respondió que eso estaba hecho; no tenía más que acompañarlo al cenador.

Annabelle dudó un momento. No le gustaba la idea de quedarse a solas con Svante. Había visto lo negro de su mirada en el juego de antes, aunque ahora ya no parecía estar tan cabreado.

—¿No podríamos tomárnoslo aquí? —quiso saber ella.

Svante negó con la cabeza. Las cosas a las que se refería no eran para invitar a los demás.

Bajaron al vestíbulo.

—No necesitas zapatos —le advirtió Svante—, sólo vamos al cenador.

—Este jardín —dijo Annabelle nada más salir a la parte trasera de la casa— es como una maldita jungla. ¿Y los árboles —prosiguió mientras señalaba los árboles frutales— se están hundiendo en la tierra, o es la tierra la que se eleva a su alrededor?

—¿No es lo mismo? —repuso Svante—. ¡Joder! —exclamó deteniéndose en seco.

—¿Qué? —dijo Annabelle.

—Me ha parecido ver una serpiente.

—¿Tienes miedo? —Annabelle le mostró una desafiante sonrisa—. Si tanto miedo les tienes a las serpientes, deberías haberte puesto los zapatos.

Svante continuó hacia el cenador sin pronunciar palabra. Cuando llegaron se sentaron frente a frente en un banco que había junto a la pared. Svante se sacó del bolsillo una cajetilla de porros. Cogió uno y lo encendió.

—¿Qué diferencia hay entre éstos y los que nos fumamos antes? —quiso saber Annabelle.

—Éstos son más fuertes —contestó Svante—, pegan más. —Le pasó el porro a Annabelle—. Deja que el humo se quede un rato en los pulmones antes de soltarlo. Así te hará más efecto.

Annabelle le dio una profunda calada y retuvo el humo todo el tiempo que pudo antes de exhalarlo.

—Fantástico, ¿verdad? —preguntó Svante.

—De la hostia —dijo Annabelle.

—¿Tienes sed?

Annabelle asintió con la cabeza. Tenía mucha sed.

Svante se agachó y rebuscó bajo el banco.

—¡Anda, mira lo que he encontrado! —exclamó al dar con una botella—. Qué oportuna.

Svante desenroscó el tapón y le pegó un buen trago antes de pasársela a Annabelle. Ella tomó tres rápidos tragos antes de sucumbir ante la intensa quemazón del alcohol y echarse a toser.

Svante se rió y dijo que ese aguardiente casero era el más fuerte que había probado en su vida.

—¿Cuántos grados tendrá? —quiso saber Annabelle al devolverle la botella.

—Pues la hostia de grados —contestó Svante con una sonrisa—. Anda, bebe un poco más.

Annabelle quiso decirle que no, que ya había tomado demasiado de todo. Y, sin embargo, continuó bebiendo; un trago tras otro.

—Bueno, ¿y cómo va tu amor? —se interesó Svante.

—¿Qué amor?

—El tío con el que follaste en la isla. ¿Te gustó?

—Supongo que sí. —Annabelle se echó a reír. Y se sorprendió al hacerlo, porque lo cierto era que no había nada de lo que reírse, pero, por mucho que lo intentó, no pudo reprimirse. Había algo en la cara de Svante: cambiaba de forma, se desparramaba, se dilataba, se contraía y volvía a dilatarse.

—¿Qué te pasa? —se extrañó Svante—. ¿Estás alucinando?

Annabelle intentó contestar, pero no era capaz de mover los labios, y la lengua se le antojaba grande y flácida. «He de volver con los demás», pensó; y de un tirón abrió la puerta del cenador. El suelo se hallaba cubierto de una neblina húmeda y algodonosa. Tras de sí oyó cómo Svante la llamaba a gritos rogándole que se quedara, pero ella continuó andando. Resultaba imposible seguir la pequeña senda que discurría entre la hierba porque se movía, se

dividía en dos y desaparecía bajo sus pies. Se detuvo para concentrarse en la dirección que debía tomar. Y entonces sintió un empujón en la espalda.

—¿Qué haces? —balbuceó. Y un instante después ya estaba tumbada boca arriba con Svante sobre ella.

—Quédate quieta —le escupió entre dientes cuando ella empezó a defenderse con los brazos, intentando golpearle la cara—. Quédate quieta y cierra el pico si no quieres que te calle yo para siempre.

Johan estaba a punto de marcharse cuando sonó su teléfono. Charlie lo había acompañado hasta la entrada para cerrar la puerta con llave en cuanto él saliera. Ya no tenía energía para recibir más visitas inesperadas.

—¡Mierda! —exclamó al leer el mensaje.

—¿Qué?

—La han encontrado.

—¿Dónde?

—En el río, más abajo de la vieja tienda. Al lado de las compuertas. Tengo que irme.

—Te acompaño —dijo Charlie.

Johan abrió la boca como para protestar, pero ella ya se había puesto los zapatos.

Mientras iban en el coche de camino a la tienda de Valls, Charlie pensó en los ojos de Fredrik, inyectados en sangre, en las temblorosas manos de Nora, en la cortacésped del jardín, en la habitación rosa de Annabelle... En el dolor. Pensó en el tatuaje del brazo de Annabelle, *Becka and Bella forever*, y también en el pequeño punto y coma de la muñeca, en esa continuación que nunca llegaría. La historia de Annabelle se terminaría allí.

Aparcaron al principio del puente. Aún quedaban unos doscientos o trescientos metros hasta las compuertas, pero no se podía avanzar más con el coche. Charlie fijó la mirada en un viejo Volvo amarillo que tenía una pegatina en la luneta trasera: «Jesucristo es la vida, la verdad y el camino». Justo al lado, sobre el polvo del cristal, alguien había escrito con el dedo: «*Hell no!*».

Johan cogió su cámara, que estaba en el asiento trasero del coche.

—¿Vienes? —preguntó—. No sé por dónde ir.

—Creo que hay un sendero un poco más adelante —le contestó Charlie.

El sendero ya no existía. Resultaba difícil abrirse camino entre la maleza, pero llegaron a la zona acordonada al cabo de pocos minutos. No estaban solos. Allí ya había una veintena de personas. Casi todas parecían haber interrumpido lo que se encontraran haciendo para acudir a toda prisa a presenciar la última escena del drama. A lo lejos se oía cómo los buceadores hablaban de que el cuerpo se había quedado atrapado y de que debían tener cuidado. Charlie y Johan intentaron acercarse algo más, pero Micke se hallaba frente al acordonamiento blanquiazul y los detuvo cuando pretendieron pasar.

—Periodistas no —comentó mirando a Johan, y al ver que Charlie se disponía a continuar le puso una mano sobre el hombro y le dijo que el acordonamiento se había montado por un motivo concreto: para impedir que las personas no autorizadas pasaran.

Charlie abrió la boca para soltarle alguna frase incisiva, pero luego pensó que no deseaba darle la satisfacción de que pensara que la había provocado. De modo que retrocedió, dio media vuelta y se alejó rápidamente.

—Vayamos hasta ese pinar —propuso Johan señalando con el dedo—. A aquella roca.

Entraron en el bosquecillo y llegaron a un saliente rocoso desde el que tenían unas vistas perfectas sobre la cascada y las compuertas, que habían perdido su color original a causa del sol y mostraban ahora un tono verde claro.

—¡Mira! —dijo Johan—. La están sacando ya.

Charlie quiso cerrar los ojos, pero se obligó a mantenerlos abiertos. A pesar de la distancia, pudieron verlo todo perfectamente: el vestido azul, que colgaba hecho jirones en torno al pálido cuerpo, las algas mezcladas con el oscuro y pelirrojo cabello... Los delgados y blancos brazos...

Fue como si todos los sonidos y todo cuanto la rodeaba hubieran desaparecido. Ya no era una mujer adulta, sino una chica joven, una chica que había estado fuera hasta bien entrada la madrugada y que, tras llegar a casa, había abierto la puerta del dormitorio de su madre. Era una chica sentada en la playa que, inmóvil, veía cómo las oscuras aguas del lago Skagern engullían a Mattias.

«¿Por qué vienes ahora, Charline? ¿Por qué vienes cuando es ya demasiado tarde?».

«Al final siempre se llega al mar. Tarde o temprano siempre se acaba llegando al mar».

Charlie se dio la vuelta, se bajó de la roca deslizándose y echó a correr.

—¡Espera! —gritó Johan tras ella—. ¡Para, Charlie!

Sin embargo, Charlie continuó corriendo. Igual que había hecho aquella noche de hacía ya diecinueve años; corrió sin protegerse de las ramas que le golpeaban la cara, sin levantar la vista. Y de repente se cayó, se cayó y se quedó sin aliento. «Debería levantarme», pensó al recuperar el aliento y empezar a respirar con normalidad, pero no le quedaban fuerzas.

—¿Estás bien? —le preguntó Johan cuando la alcanzó.

Charlie negó con la cabeza. No, no estaba bien. Estaba muy muy lejos de estar bien.

—No puedes quedarte aquí —le comentó Johan tendiéndole la mano.

Charlie pensó protestar respondiéndole que claro que podía quedarse. Tal y como se sentía ahora, resultaba una idea tentadora dejar de preocuparse por todo, permanecer allí tumbada y nunca más ponerse de pie. Porque ¿qué sentido tenía levantarse y seguir luchando en un mundo en el que se sacaban chicas jóvenes del fondo de un río, un mundo en el que los adolescentes tenían que anesthesiarse con drogas para resistir, un mundo en el que ella no sería capaz de salvar a nadie, ni siquiera a sí misma?

Apoyó la cara en el brezo que crecía a su lado y cerró los ojos, como si todo pudiera desaparecer con el simple hecho de cerrar los ojos lo suficientemente fuerte.

Esa noche

La niebla se había cernido sobre los prados, y los grillos cantaban en la cuneta. La chica avanzaba tambaleándose por el camino de grava. Le palpitaba la entrepierna, de donde le resbalaba algo líquido. Pensó que debería llorar, pero se veía incapaz de derramar ni una sola lágrima.

¿Qué hora sería? ¿Las once? ¿Las doce? Sacó el móvil del bolso: casi las doce y media. Su madre ya se habría vuelto loca. Estaría en la puerta, la cogería de los hombros y la zarandearía preguntándole, a voz en grito, de dónde venía. Y entonces descubriría los arañazos, la sangre, el vestido roto. ¿Cómo se lo explicaría?

Se le nublabla la vista, el mundo se tambaleaba bajo sus pies. Era como si nada fuera firme, como si se estuviera adentrando en algo que sólo era real para ella.

Se quedó contemplando los prados e intentó tranquilizarse pensando en lo que su padre solía decirle cuando era pequeña: que la niebla eran hadas bailando. Nunca había conseguido discernir ninguna en toda esa blanca bruma, pero ahora las vio: unas chicas peinando los prados y las profundidades del bosque con sus brazos.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que no advirtió la presencia de la persona que se hallaba ante ella hasta que los separaron unos pocos metros. Su primera reacción fue gritar, pero, luego, al verle la cara, respiró aliviada.

—Ah, eres tú —balbuceó—; me has dado un susto de muerte. ¿Qué coño haces aquí?

—Quería hablar contigo.

—¿Y qué opina la loca de tu mujer, señor Rochester? ¿O es que la has encerrado en el desván? —Annabelle se echó a reír.

—¿Es verdad? —preguntó Isak.

—¿El qué?

—Pues ¿qué va a ser? El mensaje que me mandaste, la foto. ¿Por qué te ríes? ¿Qué es lo que has tomado? ¿Y qué te has hecho en la mano?

—¡No me toques! —dijo Annabelle cuando él se la cogió—. No me vuelvas a tocar en toda tu vida.

—Tenemos que hablar, Bella. Puedo ayudarte. Quiero decir que...

—¿Ayudarme a deshacerme de él, quieres decir? —Annabelle se le acercó tambaleándose—. ¿Y si no quiero? ¿Y si quiero tenerlo?

—Piensa en tu futuro —respondió Isak—. Piensa en todo lo que has soñado hacer.

—¡Vete a la mierda! —Le dio un empujón. Isak le agarró los brazos y la inmovilizó.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —se rió Annabelle—. ¿Qué tienes pensado hacer conmigo?

Cuando regresaron a Lyckebo, Charlie empezó a sentir frío. Johan se quitó el jersey y le insistió para que se lo pusiera.

—Creo que debemos hablar con tus colegas sobre lo que leímos acerca de Nora.

—«Debemos» no —dijo Charlie—. «Debo».

Se arrepintió de haber leído todo ese material, se arrepintió de no haber obedecido a Challe en lo de que se mantuviera alejada de la investigación; se arrepintió, en definitiva, de haber venido a Gullspång.

—¿Quieres que entre contigo? —le preguntó Johan cuando llegaron a la casa.

Charlie negó con la cabeza. Lo único que necesitaba ahora era dormir.

—No te preocupes por el jersey —añadió Johan—. Ya me lo darás.

Una vez dentro, se tomó dos Propavan que le había dado Susanne. Luego se echó en la cama esperando que las pastillas la sumieran en un sueño tan profundo que le impidieran soñar.

Lo primero que hizo en cuanto se despertó por la mañana fue llamar a Anders.

—¿Cómo van las cosas? —quiso saber.

Anders hizo un torpe intento de explicarle por qué no podía contarle nada.

—Es totalmente absurdo que no lo hagas.

—Es lo que suele suceder —respondió Anders— cuando a una la apartan de una investigación.

—Te di a Isak —le recordó Charlie—. Fui yo quien...

—Pero sigues apartada de la investigación.

—¿Es él? ¿Es Isak?

—No te das nunca por vencida, ¿verdad? —le espetó Anders—. Isak ha confesado que tuvieron una relación, que cortó con ella y que luego se enteró de que estaba embarazada. Dice que la vio esa noche y que intentó hablar con

ella, pero que estaba cansada y enfadada, y que, además, se había hecho daño. Y que cuando intentó ayudarla y llevarla a casa, ella le gritó que la dejara en paz.

—¿Es creíble? —preguntó Charlie.

—Alega que se calló por el bien de su familia. Y que de todos modos daba igual porque él no sabía más que los otros chicos. Ya habían visto a Annabelle alejándose de la tienda por el camino, así que el hecho de que él también la viera allí no cambiaba nada. En cualquier caso, parece lamentarlo de veras.

—¿Y su mujer? —dijo Charlie—. ¿Cómo está Susanne?

—La hemos interrogado. Nos ha comentado que ese día vio a Annabelle, y también lo del mensaje con la noticia del embarazo. Seguiremos interrogándola, claro, pero si la autopsia no revela más que ahogamiento y signos de violación, no creo que seamos capaces de vincular a nadie con ello.

Charlie guardó silencio.

—¿Estás ahí?

—Sí.

—¿Podemos hablar un poco más tarde?

—Sí, por supuesto.

Charlie colgó. Había pensado contarle a Anders lo que había averiguado, aunque ¿por qué iba a hacerlo? Lo cierto era que aquello no parecía tener ninguna relación con la investigación. Que ella estuviera al tanto de lo que había ocurrido ya era de por sí lo suficientemente malo.

Al día siguiente llovió. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, Charlie se despertó descansada de verdad. Se quedó un buen rato en la cama escuchando el tranquilizador sonido de las gotas cayendo sobre el tejado. «Hoy —pensó—, hoy iré a ver a Betty».

El cementerio estaba desierto. La lluvia había cesado tan de repente como empezó. Se respiraba un aire limpio y fresco. Charlie iba recorriendo los senderos de grava perfectamente rastrillados mientras leía las inscripciones de las lápidas. Se acordaba de las tumbas por las que se había interesado cuando era pequeña. Se trataba de las pequeñas y blancas cruces infantiles que había junto a la fachada sur de la iglesia, un panteón familiar con un poema de Ferlin:

*Ni siquiera un pajarito gris
cantando en una ramita verde
en el más allá existe,
cosa que a mí me parece triste.^[4]*

Charlie no pudo dejar de quitar, con los dedos, un poco de musgo gris que tapaba la última palabra del poema. Acto seguido, enfiló en dirección al castaño que se hallaba justo pegado al muro que circundaba la iglesia y el cementerio, el lugar donde estaba enterrada Betty Lager.

Se quedó mirando un instante la paloma que decoraba la lápida. Se encontraba cubierta de blanquecinas cagadas de pájaro. Betty no deseaba ninguna paloma, ni lápida, ni palabras que lamentaran su pérdida. Ella quería que esparcieran sus cenizas en «el mar». Y, sin embargo, allí estaban —a pesar de todo— la lápida, la paloma y las fechas de nacimiento y

fallecimiento bajo la inscripción «Betty Lager. Siempre en nuestros corazones». ¿Quién era la persona que se había encargado del entierro? Charlie no se acordaba. Lo cierto era que no se acordaba de casi nada de lo que sucedió justo después del fallecimiento de Betty.

Frente a la lápida no había ni flores ni velas, sólo una especie de arbusto, el mismo que tenían todas las tumbas que no eran cuidadas por familiares. Charlie saltó el muro y cogió un gran ramo de lupinos rosas y lilas del prado que había al otro lado. Luego se acercó hasta donde se hallaba el grifo y llenó de agua un jarrón de forma cónica. Tras clavarlo en la tierra, delante de la lápida, se sentó junto a la tumba y dejó que su dedo índice repasara las adornadas letras del nombre de Betty.

«Betty Lager... —se dijo—. Deberías haberme contado toda la verdad. Quizá te habría entendido mejor si lo hubieras hecho». Luego pensó que no era cierto, porque si Betty se lo hubiese contado todo, seguro que las cosas habrían ido a peor. Porque ¿cómo habría podido asimilar una niña que su madre hubiera matado a un niño? Incluso de adulta le resultaba imposible hacerlo.

¿Quién eras, Betty Lager? ¿Quién eras en realidad, Rosa Manner?

Pensó en el motivo de la venganza. ¿Bastaba como explicación? En uno de los recortes hablaban del trágico pasado familiar de las asesinas, de adicciones a drogas y alcohol, de prostitución, de enfermedades, de la traición de la sociedad... Pero todo eso resultaba demasiado simple, creía Charlie. Allí fuera había millones de niños que habían sido traicionados por sus padres y por la sociedad, y no por eso se habían convertido en asesinos. Dentro de Betty tenía que haber existido una oscuridad más profunda. ¿Existe también dentro de mí? Era una pregunta que no podía dejar de hacerse. ¿Soy yo como Betty?

«No —pensó—. No, no, no. Yo no soy Betty Lager. Yo no soy como ella».

Cuando Charlie regresó a Lyckebo unas horas más tarde, Johan estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la fachada de la casa y tenía los ojos cerrados y dirigidos hacia el sol. No advirtió la llegada de Charlie.

Ella permaneció un rato mirándolo. Contempló sus bronceadas piernas, bajo los pantalones cortos, y su rizado pelo. Se le veía relajado, como si aquella fuera su casa, como si aquél fuera su florido y salvaje jardín y aquella su terraza. Ella se le acercó. Johan abrió los ojos, la miró y sonrió.

—Parece que se te da muy bien lo de meterte en las casas de la gente — dijo.

—Perdona si molesto. Es que este lugar... en cierto sentido me tranquiliza.

Charlie se sentó a su lado, en una silla.

—¿Y ahora qué? —le espetó Johan.

Charlie se encogió de hombros, porque no sabía muy bien a qué se refería.

—A lo mejor podemos seguir viéndonos —continuó Johan—. Quiero decir que cuando regresemos a Estocolmo podríamos tomar un café o lo que sea.

—Claro —contestó Charlie—. Podríamos vernos, como los hermanos que deberíamos haber sido.

—Me alegro de que no lo seamos.

Charlie le sonrió pensando que debería corresponderle con un comentario similar, pero quizá resultara exageradamente... previsible.

El trabajo había concluido. Charlie había pensado que sentiría alivio al marcharse del pueblo, pero algo dentro de ella había cambiado. «Volveré — pensó—. Esta despedida es sólo temporal».

—¡Joder, cómo conduces! —se quejó Anders.

—Pura envidia —repuso Charlie.

—¿De qué? ¿De que no conduzco como un loco adolescente?

—De que no te atreves a adelantar, de que siempre vas a lo seguro, de que pisas y levantas el pie del acelerador continuamente...

—Sigues cabreada conmigo, ¿verdad?

—Contigo no —dijo Charlie—. Estoy más cabreada conmigo.

—Perdónate a ti misma —respondió Anders.

—¿Jonas Gardell?

—¿Qué?

—Lo que acabas de decir, «perdónate a ti misma». Cuando era joven yo lo solía tener como mantra para calmar los nervios cada vez que..., cada vez que me sentía una mala persona: «Por todo lo que odias de ti, perdónate a ti mismo». Creo que lo escribió Jonas Gardell.

—Ni siquiera sabía que escribiera, creía que sólo era cómico.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Charlie.

—¿Y te ayudó ese mantra? —le preguntó Anders con una sonrisa.

—No —respondió ella—. Siempre me ha costado perdonar.

—¿A ti misma o a los demás?

—Las dos cosas.

Se oyó un maullido en el asiento de atrás.

—A Challe no le va a gustar lo de la gata —comentó Anders—. Sabes que es alérgico a los gatos, ¿no?

—Bueno, tampoco pensaba metérsela en casa.

—Pero si coge el coche...

—Pues entonces tendré que limpiárselo —contestó Charlie, y acto seguido llamó a la gata, que se acercó y se le echó en las rodillas.

—La pobre no tiene muy buena pinta. Está más muerta que viva.

—Se recuperará —lo tranquilizó Charlie.

El teléfono de Anders sonó.

—Hola... —dijo—. Sí, ya estamos en camino... Unas dos horas quizá... Sí, pero pararemos a comer algo... Ya, pero es que tengo hambre.

—¿Le has colgado? —preguntó mirándolo sorprendida.

—¡Sí, joder! No puede estar decidiendo si tengo hambre o no.

—No hace falta que me des explicaciones —lo calmó Charlie—. Estoy completamente de acuerdo.

Pararon en un sitio de comida rápida. Anders pidió un menú completo. Comieron en silencio.

Charlie pensó en lo que habían publicado sobre Betty y Nora en el periódico. Nadie parecía ponerse de acuerdo sobre lo que sucedió realmente. ¿La obra de dos niñas psicópatas? ¿Un juego que se les había ido de las manos? ¿Una consecuencia natural de lo que puede ocurrir cuando los niños se ven obligados a vivir al margen de la sociedad? Charlie pensó en la niña que había perdido su abuela, la hermana de Betty, su tía. Ojalá los periodistas lo hubieran sabido. Es muy posible que eso hubiera atenuado la imagen de su madre, que no la hubieran visto como una despiadada asesina y que se hubiera generado una pizca de comprensión por la tragedia. O igual no habría cambiado nada. Un niño de dos años había sido asesinado; primero raptado y estrangulado, y luego escondido.

Charlie pensó en su abuela: Cecilia Manner. ¿Quién había sido? Una prostituta alcohólica si tenía que creer lo que se había escrito sobre ella, una mujer que había llevado a su propia hija a la perdición. Pero Betty nunca pronunció ni una mala palabra contra su madre. Y, aunque fuera verdad que Cecilia había sido la peor madre de la historia, ¿quién decía que la culpa empezaba y terminaba con ella?

En alguno de los periódicos se había comentado que el asesinato de ese niño carecía de perpetradores, que todas las personas implicadas eran víctimas.

«Es verdad —pensó Charlie—. En esta historia sólo hay víctimas».

Esa noche

Annabelle oyó cómo Isak gritaba tras ella.

—¿No te he dicho que te vayas a la mierda? —le gritó también ella sin darse la vuelta—. ¿No te he dicho que me dejes en paz?

—¡Quiero acompañarte a casa! —insistió Isak—. Creo que es mejor que vayas a tu casa.

—¡Pues no voy a ir! ¡Lárgate de una vez!

Y, aun así, ella esperaba que él la siguiera, que la volviera a coger entre sus brazos, que le dijera que la quería, que todo iría bien. Pero cuando se giró, él ya no estaba.

Permaneció quieta un buen rato pensando en qué hacer. A casa no podía ir, eso estaba claro. Así que, en lugar de continuar por el camino de grava, bajó hacia el puente. Al llegar allí se detuvo en medio de él y, tras apoyarse en la barandilla, miró la negra corriente de agua.

Las compuertas debían de hallarse abiertas de par en par, constató, porque el agua se arremolinaba bajo sus pies y avanzaba con violencia. De repente, sintió un enorme deseo de subirse a la barandilla. Se levantó el vestido y en un santiamén pasó al otro lado. Su pelo ondeaba al viento mientras la cabeza le daba vueltas. «Si te mareas —solía aconsejarle su padre—, si te mareas debes fijarte en un punto concreto». Y entonces bajó la mirada e intentó encontrar un punto fijo entre los remolinos de agua. Pero allí todo se movía.

Fue en el momento en que quiso volver al otro lado cuando se cayó; un pequeño paso en falso y... Un instante después flotaba libremente por el aire.

«¿Estoy volando?», tuvo tiempo de pensar antes de que su cuerpo fracturara la superficie del agua y fuera engullido por las profundidades.

Agradecimientos

Gracias

A Lisa Andersson, por haber sembrado la semilla de este libro.

A Andreas Andersson, por haberme apoyado durante todo el trayecto que duró la escritura de este libro. Ha significado mucho para mí.

A ti, mamá, por tus cuentos, por permitirme creer en esas cosas que no existían, por tu amable y tolerante visión del ser humano, y por haberme tenido siempre en tan alta estima (incluso cuando tus consideraciones sobre mí podrían haber sido distintas y más razonables).

A ti, papá, porque siempre me has hecho sentir querida tal como soy, por todas esas rayas en medio tan bien peinadas, por todas las astillas que me has sacado y por habérmelo enseñado todo sobre la elevada ética que hay que tener en el trabajo.

A mis maravillosos hermanos, Sofia, Petra, Jonna y Jonas, porque siempre estáis ahí cuando la vida se hace dura. ¿Quién sería yo sin vosotros?

A Bengt-Arne y Helena, por vuestro apoyo.

A mi abuela materna, por todas esas conversaciones sobre la literatura y la vida, y porque me enseñaste que, de hecho, hay muchas cosas que son posibles. Te echo de menos. A Göran Højman, por haber cuidado de todos nosotros como si fuéramos sangre de tu sangre.

A Céline Hamilton, por tu amistad, por tu profesionalidad y por alentarme a seguir escribiendo cuando pensaba que quizá no fuera capaz. Me siento muy dichosa de que seas mi agente.

A Johan Stridh y Matilda Lund, por las agudísimas miradas que le habéis echado al manuscrito, por vuestra paciencia y vuestros conocimientos de todo, desde palabras y arte hasta mecanismos acuáticos. Qué suerte que me hayáis acompañado en este viaje.

A Karin Linge Nordh, por haberte enamorado de Annabelle y haber dado con la editorial exacta. A Adam Dahlin, por leer el manuscrito en una fase

temprana. A Sara Lindegren y Marie Björk, por el excelente trabajo que habéis hecho con el libro.

A Elisabeth Brännström y a todo el equipo de Bonnier Rights.

A Ted Esplund, por tu ayuda con el trabajo policial y la lectura del manuscrito. A Mikael Schonhoff, de NOA (Brigada Operativa Nacional), por todas las rápidas respuestas a mis infinitas preguntas sobre vuestra forma de trabajar.

A Sara Hemmel, porque creíste en mí y empezaste a comprar mis textos. Gracias también a tus colegas Veronica Trajkovski-Malheden, Nina van den Brink y Kari Bjørnstad.

A Cajsa Winqvist, dramaturga y lectora, cuya buena opinión sobre mi primer manuscrito me dio la esperanza de que alguna vez...

A Titti Persson y Catharina Wrååk, por haber publicado mi primer relato y por haber hecho que me diera cuenta de que era escritora lo que yo debía ser.

A Svante Weyler, por haber sacado tiempo para leer y hablar de mis textos. Significó mucho para mí.

A Ebba Andersson, Åsa Andersson, Lina Andersson, Eva Birkstam, Rosie Orr, Pernilla Ek, Thordis Elva, Birgitta Schenatz y Anna Winberg, por haberme ayudado con la lectura del manuscrito y por vuestras impresiones y sugerencias. Ha sido de gran ayuda.



LINA BENGTSDOTTER creció en Gullspång (Suecia) y, tras vivir en Reino Unido e Italia, en la actualidad reside en Estocolmo junto a su marido y tres hijos. Es profesora de sueco y de psicología y ha publicado artículos en medios suecos.

Annabelle es su debut, por el que obtuvo el prestigioso Crimetime Specsavers al Mejor Debut del año y está nominada a Mejor libro del año.

La escritura siempre la ha acompañado, pero fue sólo cuando dejó su trabajo que todo cobró sentido. Pronto apareció su personaje principal, la detective Charlie Lager y, con ella, el deseo de explorar su pueblo natal, Gullspång, a través de los ojos de un extraño, en un intento de retratar cómo es crecer en un lugar donde todos se conocen y nadie puede guardar secretos o tal vez sí.

Notas

[1] El cartero ruso es un juego de niños. La persona que hace de cartero trae «cartas» a un destinatario determinado por los participantes. La carta consiste en apretones de manos, caricias, abrazos o besos. (*N. de los t.*). <<

[2] Referencia al poema «Has perdido tu palabra» del poeta sueco Nils Ferlin (1898-1961) y perteneciente al poemario *Barfotbarn*, «Niña descalza», de 1933. (*N. de los t.*). <<

[3] Personaje de la serie televisiva *Pippi Calzastargas* empeñada en meter a Pippi en un hogar infantil. En España es conocida como la señorita Praselius o bien como la tía Pastelius o Prastelius. (*N. de los t.*). <<

[4] De un poema del poeta sueco Nils Ferlin (1898-1961) incluido en el poemario *Goggles* (1938). (*N. de los t.*). <<